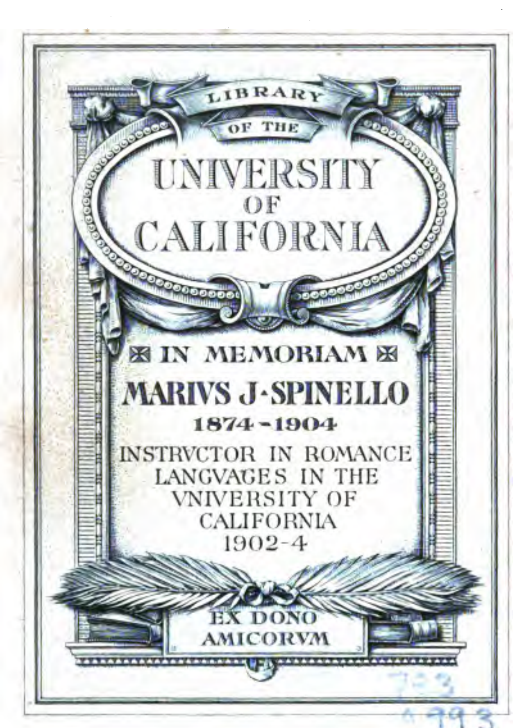




LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA
IN MEMORIAM
MARIVS J·SPINELLO
1874–1904
INSTRVCTOR IN ROMANCE
LANGVAGES IN THE
VNIVERSITY OF
CALIFORNIA
1902-4
EX DONO
AMICORVM



HÉCTOR FIERAMOSCA

PARIS. — IMP. PAUL DUPONT.

MÁXIMO D'AZEGLIO

HÉCTOR FIERAMOSCA

ó

EL DESAFÍO DE BARLETTA

NARRACIÓN HISTÓRICA DEL SIGLO XVI, TRADUCIDA DEL ITALIANO
POR EL CORONEL D. E... I...

PRECEDIDA DE UNA NOTICIA POR PEDRO ROSELLI.

CON MUCHOS GRABADOS



UNIÓN DE EDITORES HISPANO-AMERICANOS

Buenos Aires.
FÉLIX LAJOUANE
51, calle Perú, 53.

Montevideo.
A. BARREIRO Y RAMOS
Calle Cámaras y 25 de Mayo.

1886

DOS PALABRAS SOBRE MÁXIMO D'AZEGLIO.

«He escrito este libro por no haber podido reñir una batalla.» Así decía de una célebre y fogosa novela suya Francisco Domingo Guerrazzi, uno de los autores que han tenido más influencia en el renacimiento italiano.

Máximo d'Azeglio, más afortunado que él (porque, provisto por la naturaleza de mejores dotes, ha podido ser á la vez pintor, escritor, hombre de Estado y soldado de la independencia), después de haber inflamado á la juventud con sus escritos, hizo prodigios de valor como coronel de un cuerpo de voluntarios en la defensa de Vicenza contra la invasión austriaca. Al poco tiempo, siendo primer ministro del gran rey Víctor Manuel, supo salvar la honra del Piamonte y de los italianos, cumpliendo con el penoso encargo de tratar y firmar la paz con el Austria victoriosa.

¡Tipo singular el de d'Azeglio! Como hombre y artista se ha dado á conocer completamente en el bello libro *I miei ricordi* (mis memorias), obra tan original como el autor, quien, por su universalidad, halla difícilmente quien se le pueda comparar en los tiempos modernos. Para encontrar otros ejemplares, hay que buscarlos en hombres de tan múltiples aptitudes y en seres tan privilegiados como los que produjo la Italia del siglo XVI.

Nacido de una de las familias más nobles del Piamonte, la de los marqueses Taparelli d'Azeglio, se dedicó, después de algunas calaveradas de juventud, al *oficio* de pintor, con grandísimo escándalo de la aristocracia acompasada entre la que había crecido. Vivió largo tiempo en la campiña de Roma como un verdadero bohemio; y bajo aquel espléndido cielo, d'Azeglio pintó con incansable ahinco, hasta que un día hizo un *paisaje con figuras*, cuyas figuras representaban el famoso desafío de trece italianos y trece franceses cerca de Barletta.

De este lienzo salió la trama de una novela, la idea de escribir un libro patriótico sobre aquel triunfo de las armas nacionales. D'Azeglio no se había mezclado en las conspiraciones de los *carbonari*, ni tampoco en la *Joven Italia* de Mazzini; pero su corazón, apasionado por todo lo bello y santo, amaba la patria con el mismo amor que profesaba al arte. No fué, pues, sino por una transición natural cómo el pintor premiado en

el Salón de París se dió también al apostolado de la pluma. Balbo y Manzoni le animaron, y así salió, después de brevísima preparación, una obra escrita con grán fluidez, con resplandor continuó de amor patrio, y que, por el tiempo en que fué publicada con tipos milaneses, era un acto de gran valor contra los extranjeros dominantes en Italia.

El argumento era bellísimo: allí cabían variados cuadros de costumbres; la vida italiana de 1500 podía retratarse en sus múltiples aspectos; y especialmente el valor de Italia (vencedora ó vencida, condenada entonces á servir) podía hacerse resaltar no sólo en el único hecho de armas del desafío, sí que también en las narraciones accesorias de la novela. D'Azeglio lo ha logrado perfectamente: sus descripciones son animadísimas; la parte histórica, en nada falseada. Tan suavemente pinta los más tiernos sentimientos como colorea de modo enérgico y sombrío las más infames pasiones; reune admirablemente el elemento del afecto y del amor al de las conmociones patrióticas y al movimiento de las armas.

Este libro es popularísimo en Italia, donde no se cuentan ya las ediciones; su versión castellana, tan fiel y castiza, será en todo tiempo lectura muy amena é instructiva, no sólo por el valor intrínseco del libro, sino también porque traza un período histórico de las gloriosas milicias de España, que se ven al lado de los guerreros italianos. El Gran Capitán es uno de los

personajes más simpáticos de la novela, y la cuerda sensible de su afecto hacia su hija doña Elvira está tocada con rara maestría.

De tantas páginas como los anales de la nación española tienen comunes con la Italia (cuna del que, con endeble flotilla de tres carabelas, dió á España tan alta misión en el desenvolvimiento de la humanidad), es ésta una de las que más han de gustar á los lectores españoles, coronando así los esfuerzos del traductor y del editor.

P. ROSELLI.

HÉCTOR FIERAMOSCA

ó

EL DESAFÍO DE BARLETTA

CAPÍTULO PRIMERO.

LA HOSTERÍA DEL TÍO VENENO.

Al caer de una hermosa tarde de Abril del año 1503 se oían las últimas campanadas del toque de la oración en la iglesia de Santo Domingo en Barletta. En la plaza cercana á la orilla del mar, paraje en que los habitantes pacíficos de las comarcas de los climas meridionales suelen reunirse á prima noche para charlar al sereno descansando de las tareas del día, observábanse varios grupos de soldados españoles é italianos, paseando unos, otros de pie ó sentados ó apoyados en las barcas baradas en la playa, que de ellas estaba llena; y, según costumbre de la soldadesca de todas épocas y naciones, era tal su continente que al parecer decía: el mundo es nuestro. Y en verdad que, cediéndoles el mejor sitio, estaban los naturales del lugar retira-

dos á un lado, como si aprobaran tácitamente la presunta fanfarronada de los militares.

Inexacta idea formaría de este cuadro quien lo comparase á una reunión semejante de nuestros soldados modernos con su mezquino uniforme. El ejército de Gonzalo, en especial la infantería, aunque bien equipado y el mejor de toda la cristiandad, no conocía, sin embargo, en mayor grado que cualquier otra milicia del siglo XVI la estricta disciplina moderna, que ha conseguido asemejar un soldado á otro, desde los zapatos hasta el sombrero. Aquí, por el contrario, el individuo que se dedicaba al oficio de las armas á caballo ó á pie, podía vestirse, armarse ó adornarse como á su gusto cumpliera; de lo cual resultaba en las hechuras, colores y telas tal variedad y discordancia en la turba que hemos mencionado, que ellas solas bastaban para indicar á qué nación pertenecía cada cual. Los españoles, graves casi todos é inmóviles, llevaban trajes de valentones y estaban envueltos (ó como ellos dicen *embozados* [1]) en su *capa* nacional, dejando ver por debajo de ella la sutil y larga hoja de Toledo; los italianos, locuaces y gesticuladores, vestían túnicas ó ropillas, estaban en cuerpo y tenían la daga atravesada por encima de los riñones.

Al vibrar la campana había cesado el murmullo y desaparecido la mayor parte de los sombreros, dejando descubiertas las cabezas; porque en aquellos tiempos hasta los soldados creían en Dios y algunas veces rezaban. Después de una breve pausa, volvieron á su sitio los sombreros, empezó de nuevo el cuchicheo, y aunque aquella turba observada en conjunto tuviese á primera vista ciertos visos

(1) Todas las palabras que se leen en letra cursiva están en castellano en el original.



de alegre y vivaz, fácilmente podía notarse, recorriendo separadamente los diversos grupos, que existía un motivo común de tristeza y desaliento, objeto de los pensamientos y de las palabras de todos. Y el motivo, á la verdad, era



En la plaza á orilla del mar, varios grupos de soldados... (pág. 1.)

cierto y poderoso. Empezaba á cundir el hambre entre los soldados y también entre los habitantes de Barletta, donde el Gran Capitán, aguardando los tardíos auxilios de España,

tenía encerrado su ejército, con exceso inferior al de los franceses para arriesgarse á fiar la suerte de la guerra á la fortuna de una batalla.

Cerraban los tres lados de la plaza algunas humildes casillas de marineros y pescadores, la iglesia y la hostería. El cuarto estaba abierto al mar, y lleno, como suelen estarlo semejantes lugares, de barcas, redes y otros aparejos piscatorios. En la última línea del horizonte se veía surgir del seno de las aguas la nebulosa forma del monte Gárgano, en cuya cresta iba muriendo el último rayo del sol poniente.

En el espacio opuesto corría con la vela tendida una nave sutil, y viraba de cuando en cuando para buscar el viento que soplaba inconstante en aquel golfo, encrespando acá y allá en largas estrías la superficie del mar. La distancia á que aun se hallaba el buque y la dudosa luz crepuscular no permitían distinguir cuál fuese su bandera.

Un español que, con otros muchos soldados, se hallaba junto á la orilla, la miraba de hito en hito arqueando las cejas y retorciéndose unos bigotes descomunales, más bien cenicientos que negros.

— ¿ Qué estás ahí mirando que pareces una estatua, sin prestar atención al que contigo habla ?

Este apóstrofe de un soldado napolitano, que por no haber obtenido respuesta á otra pregunta anterior se mostraba algún tanto amostazado, no alteró ni poco ni mucho al imperturbable español. Por fin, dando un suspiro que más parecía salir de un fuelle de fragua que de humano pecho, dijo :

— ¡ Voto á Dios que nuestra Señora de Gaeta, que envía buen tiempo y buen camino á tantos como la imploran desde el mar, bien podía enviar ahora ese barco á los que

la rogamos en tierra y no tenemos que llevar á la boca, si no es la culata del arcabuz! ¿Quién sabe si llevará grano y provisiones para esos *descomulgados* de franceses que nos tienen metidos en esta jaula para hacernos morir de hambre?... *Mala pascua me dé Dios y sea la primera que viniere, si á su gracia el señor Gonzalo Fernández*, cuando ha comido bien y cenado mejor, se le da más de nosotros que del *cuero de sus zapatos*.

— Y ¿qué puede hacer Gonzalo? repuso con cierta cólera el napolitano, muy contento porque hallaba ocasión de contradecir: ¿habrá de convertirse en pan para meterse en el estómago de un animal como tú? Cuando tenga lo dará: dime, las naves que por su desgracia bararon en los arenales de Manfredonia ¿quién las devoró? ¿Gonzalo ó vosotros?

Disponíase á responder el español con arrugado ceño, cuando otro individuo del corro, dándole un golpecito en el hombro, meneando la cabeza y bajando la voz como para dar más peso á sus palabras, le dijo:

— Acuérdate, Nuño, de que el hierro de tu pica estaba á tres dedos del pecho de Gonzalo, el día en que para que nos pagasen armamos aquella morisqueta en Táranto.... y si alguna vez he creído que tu cuello más negro que la pez ha de trabar conocimiento con el dogal, fué aquélla sin duda... ¿Te acuerdas? el ruido que metíamos era capáz de sobrecoger de miedo á una fiera. ¿Se mueve el torreón del castillo? (y señalaba la torre mayor de la roca que asomaba la cabeza por encima de las casas). Lo mismo se movió Gonzalo, y, muy sereno..... me parece que le estoy viendo..... apartó con su velluda mano el arma y te dijo: *mira que sin querer no me hieras*...

En este momento la cara morena del viejo soldado se puso doble atezada, y para interrumpir un discurso que le gustaba muy poco, cortó la palabra al otro diciendo :

— ¿ Y qué me importa á mí de Táranto, de la pica, ó de Gonzalo?

— ¿ Qué te importa? repuso el primero sonriéndose; si quieres creer á Ruy Pérez y conservar libre el pasapán para cuando *Dios fuere servido* enviarnos algo que comer, no hables en voz tan alta que te oiga Gonzalo y se acuerde de Táranto... Media palabra es poco y una es demasiado, dice el italiano; y hombre avisado medio salvado.

Respondió Nuño con cierto murmullo, en el cual no tenía al parecer su mente mucha parte : el consejo que acababa de recibir le daba en que pensar mal su grado. Volvió dudoso los ojos en derredor para ver si habría nacido en alguna cabeza la idea de denunciar su poco medidas palabras. Esta investigación por fortuna fué, ó le pareció al menos, tranquilizadora.

En tanto la plaza había quedado desierta : tocaban á queda en el castillo, y por lo mismo el grupo que ha llamado nuestra atención imitó á los demás que se habían ido desvaneciendo, y se dispersó por las estrechas y oscuras calles de la ciudad.

— Diego García volverá está noche, decía Ruy Pérez sin detener el paso : las buenas lanzas de su tercio habrán hallado caza en la campiña, y talvez tendremos mañana una comida mejor que la cena de hoy.

Las ideas que esta esperanza suscitó taparon la boca á todos, y cada cual se volvió silencioso á su alojamiento.

Mientras que tuvieron lugar estos discursos, el buque, que al principio mostró ir de paso, se había ido acercando

poco á poco. Botó al mar una chalupilla en que se metieron dos hombres, que bogaron con presteza hacia la playa; y, apenas se apartaron del buque mayor, tendió éste todas sus velas, se largó y no se le vió más. Atracó la chalupa en el paraje más oscuro de la plaza, y los dos remeros saltaron en tierra.

Viendo el primero de ellos que nadie había en aquel sitio, se paró para aguardar á su compañero, que se quedara atrás con el objeto de recoger una maleta y otros chismes; hecho lo cual, llevó la barquilla al desembarcadero de los buques grandes, se acercó en seguida al otro, que según su presencia y cierto aire de arrogante superioridad no mostraba ser de condición igual á la suya, y que le dijo por vía de epílogo de la plática tenida durante el viaje:

— Miguel, ya llegó el caso de ser discreto: sabes quién soy, y no te digo más.

Entendió Miguel perfectamente el sentido de estas sílabas concisas, manifestó moviendo la cabeza que estaba enterado, y ambos echaron á andar hacia la hostería.

Delante de la puerta de ésta, seis pilares de tosco ladrillo sostenían un emparrado, debajo del cual había varias mesas dispuestas para los parroquianos. El huésped (cuyo nombre era Baccio de Rieti, pero que por cierta sospecha mereció del pueblo el apodo del tío Veneno, y así le llamaban todos) había mandado pintar entre dos ventanas un gran sol encarnado, que el pintor, según ciertos conocimientos astronómicos que todavía no se han perdido, enriqueció con ojos, narices y boca y con rayos de color de oro hechos á guisa de cola de golondrina, que de día se columbraban á la distancia de una milla. Lo interior del edificio estaba dividido en dos pisos: un cuarto grande al nivel de la calle

servía de cocina y comedor; por una escalera de mano se subía al de arriba, el cual ocupaba el hostelero con su familia ó con algún desdichado que acertaba á pasar allí una noche pésima. Era uso común de Italia en aquel tiempo el cenar á prima noche: sin embargo, á semejante hora no se encontraban allí sino muy pocos soldados ó cabos de escuadra sentados á la puerta para tomar el fresco, pertenecientes á la parte italiana de la compañía del señor Próspero Colonna, que seguía la suerte de España, todos jóvenes atrevidos que con otros valientes del ejército tenían costumbre de refocilarse en aquel sitio. El huésped, que sabía bien su oficio, no les dejaba carecer de naipes ni de vino, y como era decidor y algo bellaco, tenía un chiste siempre dispuesto para cada cual, y así los entretenía y les sacaba el dinero. Estaba á la sazón Veneno de pie en el quicio dándose aire con su gorro y suspendido debajo el sobaco el delantal; oíase dentro grande estrépito de voces y carcajadas.

Llegaron los dos forasteros, que por no parecer tales se habían ido acercando muy despacio, parándose á menudo y charlando á placer : cuando estuvieron delante de la puerta é iluminó su rostro el resplandor de la lumbre del hogar de la cocina, se vió que su traje era ni más ni menos como el de los otros allí reunidos. Apenas llamaron la atención de la concurrencia cuando entraron en el comedor; pero un individuo que se hallaba algo lejos de la puerta en un rincón oscuro, los había visto mejor, y no pudo menos de soltar un *¡oh!* de extraordinaria admiración y de exclamar casi levantándose : *¡el duque!...* El tono con que fué pronunciada está palabra manifestaba que iba á seguirla un nombre; pero una ligera mirada que dirigió hacia

el que entraba fué suficiente para volverle al estómago este nombre. Nadie había echado de ver este movimiento de asombro; sin embargo un camarada que tenía cerca le dijo :

— ¡Boscherino! ¿qué estás hablando de duques? y eso que hoy no te he visto beber : ¿crees que este sitio sea muy acomodado para duques?

Se alegró Boscherino que no se diese crédito á sus palabras, y dió nuevo giro á las ideas volviendo á la interrumpida conversación.

Detrás de los recién entrados en la hostería echó á andar Veneno con su rotunda y mantecosa humanidad, y con una cara aceitunada, bárbara y maliciosa, en que se columbraba cierto amalgama de dos caracteres : el del hipócrita y el del asesino. Sin incomodarse mucho, hizo un medio saludo con el gorro y dijo :

— Mandad, señores.

El que conocemos con el nombre de Miguel se acercó diciéndole :

— Quisiéramos cenar.

El huésped hizo una mueca, y respondió con tono lastimoso, que se esforzó en aparentar sincero :

— ¿Cenar? Querréis decir tomar un bocado lo mejor que se pueda, si es dable encontrarlo..... Dios solo sabe lo que ha quedado en casa en estos apuros del sitio. Antes un pan costaba un cortonés, y ahora medio florín; tanto á mí me lo cobran en el horno... De todas maneras, tratándose de unos caballeros de forma, se procurará... me ingeniaré.....

Y emitido este exordio, encaminado, según costumbre posaderil, á hacer pagar diez por lo que sólo vale dos, abrió un armario, sacó una cazuela, la puso en la hornilla, y con

el auxilio del aire agitado por el delantal, que levantaba la ceniza hasta el techo, se calentó en breve un tasajo de cabrito, que á decir del huésped era el único comestible existente en aquella hora en Barletta, y estaba destinado para cena de un cabo de escuadra que no tardaría mucho en venir á reclamarlo ; pero añadió que no tenía aliento para enviar á la cama á unos caballeros de forma con la barriga vacía.

Tal como era el guisote, fué perfectamente aceptado y servido en platos pintados de flores, al mismo tiempo que un jarro de la misma familia con ancha panza, y un medio queso de oveja en el cual se veían señalados las dentelladas y tajos de los concurrentes anteriores, que ya habían ensayado en él sus fuerzas. La mesa á que estaban sentados ocupaba un extremo de la sala, si tal nombre merece una caverna ennegrecida por el humo. En el lado opuesto se veía una gran chimenea con campana capaz de doce personas, y adicionada por ambos lados con tres ó cuatro hornillos; delante estaba la mesa del huésped, y del centro de ella á guisa de T mayúscula salía otra mesa muy larga extendiéndose en toda la longitud del cuarto casi hasta la pared frontera, donde los dos se hallaban cenando. De la viga maestra pendía hacia el medio una lámpara de latón con cuatro mecheros, ya moribunda, pero suficiente todavía para que ningún pobrete se partiera las rodillas en los bancos y sitiales que rodeaban la mesa.

Así que el huésped hubo dispuesto lo necesario para los que cenaban, volvióse á la puerta silvando como tenía de costumbre, justamente á punto que llegaba un hombre corriendo caballero en una mula de poca alzada, y que se apeaba sin tocar al estribo, gritando :

— Sus, ¡muchachos! ¡alegría y buen ánimo, que hay buenas noticias! Y tú, Veneno, hazte veinte pedazos, que para todos ellos habrá ocupación. Ha vuelto Diego García, ha echado pie á tierra en su casa, y ahora mismo vendrá aquí á cenar con veinte ó veinte y cinco buenas espadas, y cuenta que él solo vale por cuatro : con que, menea las tabas sin duelo, pronto... ¡Calla! ¿qué haces ahí? ¿estás muerto?... Despacha.

El huésped se había quedado con la boca abierta. Los parroquianos se levantaron y rodeaban y aguijoneaban al mensajero para que les contase cómo le había ido á la cabalgata.

— Me vais á ahogar, dijo repeliéndolos y quitándose de en medio de ellos, y así no sabréis nada. ¿Habláis vosotros ó hablo yo?

— Di, di presto, gritaron todos á una : ¿qué nuevas tenemos?

— Tenemos la nueva de que regresamos hechos pedazos, muertos más bien; que hemos estado catorce horas á caballo sin probar un sorbo de agua... (Oyes, Veneno, un chiquito de á tres, fresco, bien fresco... tengo la garganta seca como un pedazo de yesca...) Pero ya hay en Barletta cuarenta cabezas de ganado mayor y setecientas de menor, y tres hombres de armas prisioneros, que si Dios quiere, escupirán tantos buenos ducados de oro, cuantos cristianos bautizados somos, si apetecen ver otra vez las paredes de sus casas. Puedo deciros que han sido menester puños para sacarlos de los arzones y tomarles las espadas... (Pero ¿traerás tú ese vino antes de caerte muerto?) Acuchillaban á dos manos como demonios : uno de ellos estaba ya tumbado en el santo suelo, debajo del caballo herido, y todos

le gritaban : ¡ ríndete ó eres muerto ! pero él daba de revés con una espada descomunal, que si no se le rompe al tirar al caballo de Íñigo un tajo que fué á dar en el arzón de hierro, ó hubiéramos tenido que rematarle á lanzadas, ó nos le hubieran rescatado. Al fin, ha entregado á Diego García la media espada que tenía en la mano.

En esto llegó Veneno con el vino y dió de beber al narrador, el cual le dijo :

— ¡ Gracias á Dios que te se antojó venir !

— ¿ Y cómo se llama ese demonio encarnado?

— No sé... decían que es un gran barón francés ; tiene un nombre así como La Crotte... la... La Motte, ahora me acuerdo, sí, La Motte : si vierais, un pedazo de animalón que hace retemblar la tierra. Baste decir que todo salió á pedir de boca y que nos refocilaremos si Dios quiere. — Recorriendo luego con los ojos lo interior de la hostería, gritó : — Pero ¿ qué haces, tumbón maldito, sin poner nada á la lumbre ? ¿ deseas que te mida las costillas con esta azagaya?

É iba á entrar para llevar á debido cumplimiento la amenaza ; pero se detuvo al ver que ya habían puesto una gran caldera sobre un montón de ramaje de encina, y que prendía la llama y subía chisporroteando, mientras que el huésped, bañado en sudor, sin acordarse ya de la carestía ni del sitio, y sabiendo que con Paredes y sus camaradas no era cosa de chancearse, corría de un lado á otro para que todo estuviese al óleo. En un abrir y cerrar de ojos encontró cuanto necesitaba, y degollando un carnero, parte puso á cocer y parte ensartó en dos largos asadores que empezaron á dar vueltas sobre los morillos de la chimenea. Todo iba á pedir de boca.

— Me alegro por ti, Veneno, dijo el comisionado de la cena. Si los convidados hubiesen llegado y te pillasen desapercibido, habrías aprendido cuantas libras pesan los cinco dedos de Diego García. Me voy y te los echaré aquí volando.

— Di, Ramazzotto; ¿no vendrás tú con ellos? preguntó uno de los cabos de escuadra.

— ¿Cómo he de venir? la compañía está aún á caballo, tengo que alojarla y no quitar ojo del botín que se halla en la plaza del castillo, porque de noche las manos se menean á las mil maravillas, ya sabes, y no falta en estas escuadras quien sepa andar listo. Fieramosca, Miale, Brancaleone y todos los nuestros están allí alerta, y se nos ha encargado que no haya escándalos. Otro día será la broma para los españoles : á cada uno su vez.

— Si es como dices, repuso Boscherino, iremos contigo y te ayudaremos. Ea, camaradas, ¡á él! este buen hombre tiene más millas en el cuerpo que nosotros, es preciso prestarle auxilio.

Salieron dicho esto de la hostería, y hablando de las hazañas de aquella jornada se encaminaron al sitio donde la compañía de Ramazzotto le estaba aguardando. Éste, tirando por la brida á su cabalgadura y rodeado de sus amigos, contaba y respondía sin detenerse. Seguíale Boscherino escuchando con avidez cuanto salía de su boca. Á poco trecho sintió este último que le tiraban de la capa, y volviéndose vió en la oscuridad un hombre, á quien reconoció por uno de aquellos dos que había dejado en la hostería.

— Boscherino, le dijo en tono bajo deteniéndole mientras los demás proseguían su camino : el duque desea hablarte; no te asustes, que no quiere causarte el menor daño. Pero mira lo que haces, y sé prudente. Vamos.

Entróle á Boscherino calentura al oir estas palabras, y dijo con voz apenas perceptible:

— ¿Sois vos, don Miguel?

— Sí, yo soy, calla y pórtate como hombre de pro.

Boscherino había sido cabo de escuadra del señor Juan Págolo Baglioni y de otros señores italianos, y en las guerras de aquel tiempo se había mostrado tan valiente como amigo de meterse en las escaramuzas peligrosas; en tal grado que al formarse la compañía de quinientos infantes y cien arcabuceros por orden del señor Próspero Colonna para auxiliar con ella á Gonzalo, le habían nombrado para ella con sueldo bastante decente, y todos hacían de él grandísimo caso.

Pero aunque su ánimo era de buen temple, no pudieron menos de hacerle temblar las rodillas las palabras que don Miguel le dirigía y la idea de la persona en cuya presencia debía hallarse dentro de breves momentos. Á poder elegir, se hubiera comprometido á batirse contra diez espadas, de mejor gana que á ir á donde iba. Recordando los sucesos de poco antes, conoció el motivo de aquella llamada y murmuró entre sí:

— Bien seguro estoy de que me oyó cuando dije *el duque*..... El mismo diablo en persona me movió la lengua... y eso que estaba lejos y me parece que no levanté mucho la voz. Pero ¿á dónde no alcanzará el condenado?... ¿qué daño vendrá á hacer aquí?

En esto llegaron á la hostería. En la cocina no había mas gente que la de la casa. El duque había mandado que le llevasen al cuarto en que debía dormir, que caía encima de la cocina-comedor. Estaban tan mal unidas las tablas del pavimento que ofrecían muchas rendijas por las cua-

les podía verse y oirse cuanto pasaba y se hablaba abajo.

También el huésped había abrigado la sospecha de que el incógnito no era lo que parecía, pero como la circunstancia de no hallarse bloqueada la población sino por la parte de tierra, permitía que llegasen por el mar viajeros de todas clases, no se hacía mucho caso de una fisonomía que no perteneciese á las anteriormente conocidas.

Subieron don Miguel y Boscherino la escalera y llegaron al cuarto donde estaba el duque. Una cama con cubierta de sarga leonada, una mesilla y algunos taburetes eran los únicos muebles que lo adornaban. La lámpara, que estaba dando las últimas boqueadas, se apagó con el aire que dió la puerta al abrirse: mientras don Miguel fué á buscar otra luz, Boscherino se encontró allí á oscuras con el duque. Permaneció inmóvil en su puesto, pegándose á la pared, sin atreverse á decir ni una palabra, ni casi á respirar; y se asombraba de verse en aquella coyuntura tan medroso, cuando jamás había temido á nadie de este mundo. Pero la certeza de que se hallaba en presencia de aquel hombre maravilloso y terrible, el tenerle tan cerca que, en el silencio que guardaban entrambos, podía oir su frecuente respiración, todo esto le estremecía á su pesar, de tal manera que le pesaba no estar muerto. Volvió don Miguel con la luz y apareció el duque sentado en el borde de la cama. Tenía el aspecto de un hombre que jamás ha sabido lo que es descanso ni del cuerpo ni del espíritu. Era bien constituído y enjuto de miembros, de estatura algo mayor que la común, y en cada uno de sus movimientos se advertía cierto temblor particular que no es dable describir. Llevaba una capa oscura con mangas de anchas cuchilladas y follados y una daga sutil en el cinturón. Su espada estaba enci-

ma de la mesa al lado de un sombrero sin más adorno que una sola pluma negra. Tenía puestos los guantes y calzadas unas enormes botas de viaje. Volvió hacia los dos recién venidos su rostro pálido con las mejillas hundidas y salpicadas de manchas lívidas, con bigotes y barba casi colorada y bastante crecida que dividida en dos listas le bajaba hasta el pecho. Imposible fuera hallar cosa comparable al mirar de sus ojos, que á su voluntad se ponían centellantes como los de la víbora, ó dulces como los de un tierno infante, ó terribles como la sangrienta pupila de la hiena.

Clavólos en Boscherino, cuyo cuerpo había menguado mitad por mitad y que permanecía en el mismo sitio, cual si aguardara su sentencia de muerte, mirándole de cierto modo capaz de quitarle el miedo; pero Boscherino sabía quién era y no se tranquilizó.

— Me has reconocido, Boscherino, le dijo, y esto me complace : siempre te tuve por hombre honrado y fiel ; y, si no hubieras venido á verme, yo te hubiera buscado. Ya sabía que te hallabas aquí. No digas á alma viviente que me has visto. Sabes que puedo recompensar tus servicios que no te haría mucho bien el disgustarme.

El cabo de escuadra tenía poderosos motivos para creer esta verdad, y respondió :

— Vuecencia ilustrísima puede disponer de mí en todo y por todo, seguro de que seré siempre su fiel servidor; y me parece que cuanto hasta aquí he acertado á hacer, no despierta la menor sospecha en contrario. Sólo rogaré á vuecencia que se digne permitirme le diga dos palabras con libertad.

Habiéndole hecho el duque seña para que se explicase, continuó:

—Os juré, fidelidad, poderoso señor, y vuelvo á juraros que en la vida faltaré á ella. Pero es fácil que otro os haya visto; y si el caso se divulgara después de salir yo de aquí, podría achacárseme una indiscreción que de ningún modo cometeré. No veo, pues, medio de salir del paso con honra.

—Anda, respondió el duque, no tengas pena por eso; sigue siendo hombre de bien, y no temas que te eche en cara faltas que no cometas. Conviene á mis ideas el estar oculto por algunas horas; trascurridas éstas, sépanlo todos y digan lo que les plazca; pero que no salga de tu boca, si estimas en algo mi gracia.

En vez de responder á estas palabras, bajó Boscherino la cabeza con reverente ademán, poniendo la cara de quien desea mostrarse dispuesto á obedecer y no tiene otro recelo que el de que no le crean bastante obediente. Pidió permiso, y andando hacia atrás con muchas cortesías, salió del cuarto pareciéndole que tardaba mil años en llegar á la calle. Á los pocos minutos se echó también afuera don Miguel; halló el dormitorio que le habían señalado, se encerró en él, y quedó el piso superior de la hostería tan tranquilo como si estuviera deshabitado.

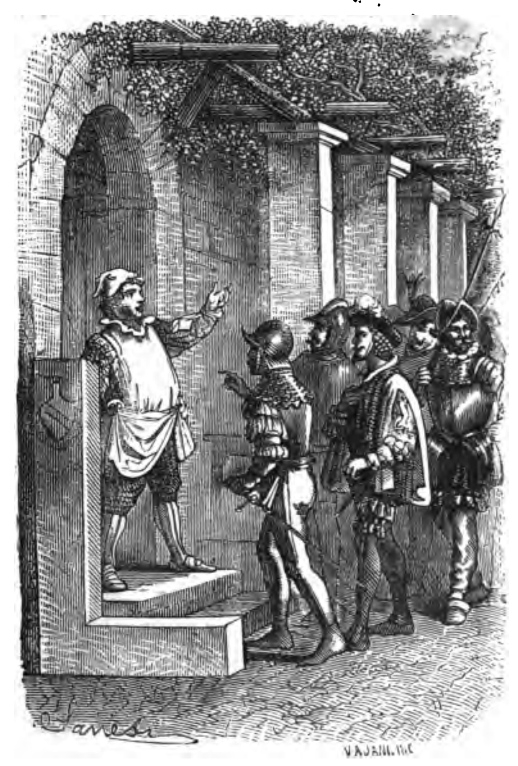
CAPÍTULO II.

LA CENA.

Llegó en seguida á casa de Veneno la gente para la cual se había preparado la cena, y llenó en un instante el cuarto del piso bajo, donde se puso la mesa.

El huésped, para honrar su casa, se había ingeniado en sacar manteles limpios, sobre los cuales, además de los platos y cubiertos de latón, que relumbraban más de lo acostumbrado por haber sido fregados con mayor diligencia, veíanse acá y allá hojas de parra sembradas en la mesa con el objeto de poner encima de ellas las jarras y los vasos, en que al resplandor de bastantes luces brillaban infinitas gotas de agua, que daban testimonio de un enjuagatorio muy reciente. Entró el primero Diego García de Paredes, y detrás de él los barones franceses prisioneros, Jacques de Guignes, Giraut de Forses y La Motte. El español, que era el hombre más osado y de mayores fuerzas de todo el ejército, y talvez de Europa entera, mostraba haber sido formado por la naturaleza para el ejercicio de las armas, pues era en él más aventajado el que más robustez y fuerza muscular tuviese. Su estatura sobrepujaba no en poco á la de sus com-

pañeros; y la continua fatiga en un temperamento como el suyo, consumiendo la gordura de los miembros, había proporcionado tal desarrollo á todos sus músculos, que se le veían dibujados en el pecho, en los hombros y espaldas y



Llegó á casa de Veneno la gente.... (pág. 18.)

en otros puntos, haciéndole semejante á los colosos de la antigua escultura, de formas atléticas y al mismo tiempo bellísimas. Su cuello, robusto como el del toro, sostenía

una cabeza pequeñita, enjuta, con cabellos algo encrespados hacia la coronilla, y una cara varonil y grave, pero sin asomo de arrogancia. Advertíase cierta gracia en el conjunto, y leíase en su fisonomía la sencillez, lealtad y rectitud de su corazón.

Ya se había quitado la armadura, quedándose en corpeto y calzones de gamuza tan ajustados á la carne, que á cualquier movimiento permitían que los músculos apareciesen, viéndoles vibrar, como si estuvieran descubiertos: una capita corta á la usanza española y colgada de un hombro, completaba su sencilla vestimenta.

— Señores barones, dijo haciendo entrar con caballeresca cortesía á los prisioneros, nosotros los españoles solemos decir: *duelos con pan son menos*. La fortuna os ha tratado hoy malísimamente; talvez mañana nos tocará á nosotros el chinazo; en tanto, seamos aquí amigos y cenemos, que por Dios vivo creo que en este punto seremos todos de un parecer: más de una lanza se ha hecho ya astillas, y basta por hoy; que nadie podrá echarnos en cara que dejemos tomar de orín las armaduras. Fuera penas ahora; mañana hablaremos del rescate, y veréis si don García sabe tratar con caballeros.

El continente de la Motte al oir estas palabras, era el de quien se vuela de cólera y no quiere manifestarla. Aunque animoso, buen soldado, muy fiero con las armas en la mano y de aspecto no inferior á sus prendas, era tan soberbio como el que más, y no podía doblegarse á recibir atenciones del mismo que le hiciera prisionero. Conociendo, sin embargo, que fuera gran villanía el mostrarse incomodado, respondió con toda la jovialidad que pudo:

— Si tan ligera es vuestra mano en fijar un rescate como

en descargar un fendiente, el rey Cristianísimo pagará de su bolsillo si quiere rescatarnos, ó me quedaré á vuestro lado por el resto de mis días.

—Íñigo, dijo Paredes volviéndose á un gallardo joven de veinticinco años, que mientras venía la cena se había apoderado de un pan; si hemos de hablar de cuchilladas, preguntaremos á tu caballo á qué saben las de este barón.

Dirigiendo luego sus palabras á La Motte, continuó:

— Algo tarde echo de ver que estáis desarmado; he aquí mi tizona (y desciñéndosela, se la puso al costado á su prisionero); gran falta sería que un brazo como el vuestro no hallara una guarnición en que apoyarse. Tendréis á Barletta por cárcel hasta que haya canje ó venga rescate. Vuestra palabra, caballero.

La Motte tendió la diestra á Paredes, que la tomó añadiendo:

— Para vuestros amigos será igual el pacto, ¿no es verdad?.

Y dijo esto volviéndose á Correa y Acevedo, dos hombres de armas que habían hecho prisioneros á los dos camaradas de La Motte. Respondieron quedar contentos, y con igual cortesía se quitaron las espadas y las ciñeron á los barones franceses.

—Á cenar, señores, gritó á la sazón Veneno, poniendo en el centro de la mesa una grave cazuela, do yacía medio cordero festoneado de cebollas y legumbres, y en los extremos otros dos platos llenos de ensalada; la vista de la vianda no fué menos poderosa que la voz del huésped para atraer á la hambrienta reunión. Sentáronse todos con gran prisa, apartando y volviendo á arrimar los bancos, y manos á la labor; algunos minutos trascurrieron sin que se oyese ni una palabra, pero sí se percibía el ruido de los platos,

de los vasos y de los cubiertos que en ellos chocaban.

Ocupaba solo la cabecera Diego García, y mandó poner á sus dos costados á La Motte y de Guignes. Trinchando con una enorme daga, en un momento hizo trozos el animal y lo repartió entre los convidados. Su estómago de hierro, perfectamente servido por dos filas de dientes blanquísimos y fuertes, que no conocían semejantes, se halló apaciguado si no repleto. Ni un hueso le quedó en el plato, pues ningún mastín podía apostárselas con él á quebrantarlos y reducirlos á polvo.

Concluída la pitanza, llenó los vasos de sus colaterales y el suyo. Así que todos hubieron bebido y sosegado el hambre, animóse poco á poco la conversación, mezclándose las preguntas, las respuestas y los chistes, que en general versaban sobre hechos de armas, sobre caballos, sobre estocadas y sobre las varias ocurrencias del día.

En la parte inferior de la mesa, donde se habían acomodado los veinte ó veintitrés españoles, dejando por cortesía á su jefe y á los prisioneros la cabecera, se descubría en acciones y palabras aquella amorosa fraternidad que suele engendrarse entre quienes se hallan envueltos cada día en los mismos gravísimos peligros, y que descubre cuánto vale el estar prontos á favorecerse mutuamente en caso adverso.

Los rostros ásperos y tostados del sol de aquellos hombres de armas, que la animación, la reciente fatiga y el calor del estómago ponían encendidos como la grana, al resplandor de las luces que los herían desde alto, producían un efecto de claro oscuro digno del pincel de Gherardo el de las Noches.

Al acercarse el postre de la cena, la conversación se había ido haciendo general, según costumbre, y mayores la

risa y el ruido, cosa muy natural entre gentes que reportaran honra y provecho de las guerreras penalidades de aquella jornada. La frente de Íñigo era la única que más trabajo costaba serenar. Estaba el mancebo con el codo apoyado en la mesa y miraba en derredor, sin casi responder á la cháchara de sus compañeros.

—Íñigo, le dijo tendiéndole la mano Acevedo, que tal vez había trasegado algún vaso más de la tasa diaria, y que como hombre de buen humor no podía llevar en paciencia que nadie estuviese triste á su lado; Ínigo, cualquiera diría que estás enamorado, si las mujeres de Barletta mereciesen que un buen mozo como tú pusiera en ellas los ojos. Pero aquí, ¡vive Dios! seguros estamos. Tampoco quisiera que te hubieses dejado el corazón en Nápoles ó en España.

— No me acuerdo de mujeres, Acevedo, respondió el joven, sino del excelente caballo que ese barón me ha dejado medio muerto, mientras continuaba meneando las manos como loco, viendo que ya no podía escaparse. ¡Pobre Castaño! me temo que se quede sin brazuelo, y no pienso montar en mi vida otro como él. ¿Recuerdas lo que trabajó en Táranto?..... y ¿cuando vadeó aquel río? se me ha ido su nombre de la memoria... allá donde mataron á Quiñones... que había más agua de la que se creía, ¿quién llegó antes á la orilla? ¡Y después de tantas pruebas y de tantos peligros, ir á morir á manos de ese enemigo de Dios!

—No levantes tanto la voz, dijo Correa; lo pasado pasado, y guerra á ley; no se debe culpar á los prisioneros, ni conviene que oigan semejantes discursos.

—Te juro, respondió Ínigo, que preferiría estar con una buena herida y ver sano á mi pobre Castaño, y perdonaría al francés si hubiese roto la espada en mi cabeza, en lugar

de ensañarse con mi caballo. Tire al jinete enhorabuena, al menos así lo hacen los que saben tener una espada en la mano, y no acá y acullá, sin ton ni son. ¡Maldito mil veces! parecía que estuviese espantando las moscas.

—Razón tienes ¡por Dios vivo! gritó Sagredo, veterano con bigotes y barbas canosas que mostraban haber visto más de una escaramuza. Cuando yo era mozo pensaba como tú; mira mi frente (y golpeándola ligeramente con una mano que el guante de hierro encalleció, señalaba una cicatriz que le cogía entrambas cejas); ésta me la hizo el rey Chico por cariño á un caballo, el bayo más gallardo que había en el campo. ¡Aquél sí que era caballo! Cuando llegábamos á pelear cuerpo á cuerpo, con sólo tirarle un poco de la brida y meterle un sí es no en la espuela... ¡había que verle! se ponía de manos, y luego corbetas y más corbetas, que para no salir por las orejas era menester afianzar bien los muslos; cuando caía, caía yo también con una cuchillada que parecía el rayo de Dios, y de esta manera más de cuatro moros fueron á cenar con Satanás. ¿Y por la siesta? Me echaba yo entre sus patas á la sombra, y el *pobre Zamoreno de mi alma* ni siquiera se atrevía á espantar las moscas por no incomodarme. En el sitio de Cartagena, donde muy pocos de vosotros han podido encontrarse, y donde el Gran Capitán comenzó á darse á conocer... y Sagredo os afirma que entonces se guerreaba bien, mucho mejor que ahora, á la vista del rey don Fernando y de la reina doña Isabel, que era una hermosura, y de toda la corte, bien pagados todos y mantenidos jinetes y caballos como en el palacio de un príncipe... pero, volviendo á mi caballo, en una salida en que el rey Chico á la cabeza de los suyos peleaba como un león (y con ser un hombrecillo que no me llegaba al pecho,

tenía un brazo que dejaba señal do quiera que tocaba), pasaron al pobre animal el cuello de parte á parte con una azagaya moruna, y por primera vez de su vida cayó de rodillas. Salté de la silla, y vi que no había remedio; sin embargo, confié llevarlo por la mano al campo, pues ni por todo el mundo hubiera querido abandonarle; me seguía sin poder casi tenerse en pie, y, no me avergüenzo de decirlo, ardientes lágrimas me caían por dentro de la gorguera del yelmo y me mojaban el cuello, ¡cuando hasta entonces no supe lo qué era llorar! En esto volvieron grupas una infinidad de moros acosados de muchos hombres de armas, y el rey se vió precisado á huir y venía mugiendo como un toro. Yo me encontré en medio de ellos solo, á pie, y me creí muerto. Paré, sin embargo, algunas cuchilladas; pero el rey me tiró una que me abrió el yelmo como una granada, y me dejó tendido en tierra. Cuando recobré el conocimiento, me encontré al pobre Zamoreno tieso junto á mí.

Toda la concurrencia había oído con interés la historia del caballo de Sagredo, y el veterano, al concluir su narración, no pudo menos de patentizar en su rostro, arrugado por los trabajos y los años, que la memoria de su antiguo compañero se conservaba muy viva en su corazón; pero se ruborizó algún tanto de que hubiera testigos de su flaqueza, y se echó de beber con el objeto de distraer los ojos que aun estaban clavados en los suyos.

Jacques de Guignes, que, así como los demás prisioneros, había ido cobrando ánimo á medida que llenaba el estómago, dijo después de oir el cuento de Zamoreno:

—*Chez nous,* señor caballero, no os hubiera sucedido eso con tanta facilidad, aunque confesaré que *les bonnes coutumes de chevalerie* se van perdiendo de día en día. Un

hombre de armas se creería deshonrado, si, tantos á tantos, cayese su espada sobre el caballo del enemigo. Pero de los moros, como todos sabemos, no puede esperarse semejante cortesía.

— Sin embargo, saltó Íñigo respondiendo á una proposición que no iba á él dirigida, aun es fácil probar que no son solos los moros los que acostumbran á matar caballos. Díganlo las llanuras que hay al pie de Benevento, y dígalo también el pobre Manfredi; Carlos de Anjou, que dió orden para ello, no era más moro que lo somos vos y yo.

La estocada iba derecha, y el francés se descompuso en la silla.

— Dícenlo así; talvez será verdad, pero Carlos de Anjou peleaba por un reino y se las había además con un descomulgado, enemigo de la Iglesia.

— ¿Y por ventura no lo era él de los bienes ajenos? interrumpió Íñigo con amarga sonrisa.

— Creo que sabréis, respondió La Motte, que el reino de Nápoles es feudo de la Santa Sede y que Carlos recibió la investidura de él; y luego el derecho de una buena espada algo vale.

— Y luego, y luego... digamos las cosas como son, repuso Ínigo, los barbudos alemanes de Manfredi y los mil caballeros italianos, que al mando del conde Giordano combatían contra los franceses, se habían mostrado tan valientes desde el principio de la batalla, que Carlos de Anjou, teniendo la idea de coronarse rey de Nápoles, no creyó inútil recurrir á semejante expediente, á pesar de *les bonnes coutumes de chevalerie*, muy en vigor en aquella época.

— Os concederé, si queréis, repuso La Motte, que los alemanes valen alguna cosa debajo de la coraza, y que talvez

habrán podido contener por pocos momentos á la gendarmería francessa en la jornada de Benevento; pero por lo que hace á vuestros mil italianos, ¡qué disparate! Si eran hace doscientos años lo que son en el día de hoy, no necesitaban los franceses para derrotarlos perder el tiempo en estropear sus pobres caballos. En cinco años que ando midiendo la Italia, he aprendido á conocerlos, he seguido al rey Carlos en la compañía del esforzado *Louis d'Ars,* y os aseguro que los engaños de los italianos nos han dado mucho más que hacer que sus espadas. La única guerra que ellos conocen es la sola que la lealtad francesa ignora.

Á nadie gustaron estas palabras hinchadas, y menos á Íñigo, hombre de ingenio y de estudios más que comunes; era, á la verdad, enemigo de muchos italianos, militantes en las banderas de España; pero tenía noticia de lo acaecido en la irrupción de Carlos en Italia. Sabía, por ejemplo, que, á pesar la lealtad francesa, no se cumplió el pacto con los florentinos y se les había encendido la rebelión en Pisa, sin que tampoco se restituyesen en la época estipulada las fortalezas que la imprudencia de Pedro de Médicis había puesto en sus manos.

Todo esto recordó Íñigo, y las palabras de La Motte le encendían la cólera, no pudiendo sufrir que los pobres italianos, vendidos y malísimamente tratados por los franceses, fuesen tachados por estos mismos de traidores y cubiertos de vituperio. Iba ya á decirle una fresca; pero echando el otro de ver que sus palabras no habían sido recibidas muy favorablemente, añadió:

— Vosotros acabáis de llegar de España, señores míos, y no sabéis todavía qué casta de pícaros son estos italianos;

no habéis tenido que entender ni con el duque Ludovico, ni con el papa, ni con el Valentino, que al principio nos recibían con los brazos abiertos, y procuraban luego clavarnos el puñal en el corazón. Pero en Fornovo advirtieron lo que puede hacer un puñado de valientes contra un enjambre de traidores; el Moro fué el primero que cayó en sus propias redes. ¡Bribonazo! Aunque no tuviese á su cargo otro delito que la muerte de su sobrino, ¿no bastaría este para canonizarle del más infame de los asesinos?

— Pero su sobrino, interrumpió Correa, era enfermizo y algo simple, y se dice que murió naturalmente.

— Sí, naturalmente, como todos aquellos á quienes se da un veneno. De Forses y de Guignes lo saben, que estaban como yo alojados en el castillo de Pavía. El rey fué á visitar á la pobre familia de Galeazzo (y todo esto lo he sabido de boca de Felipe de Comines, que lo oyó de la del rey). Llevóle el Moro por unos corredores oscuros, á dos habitaciones bajas y húmedas que daban á los fosos del castillo; allí encontró al duque de Milán con su esposa Isabel y con sus hijos. Echóse ésta á los pies del rey pidiéndole por su padre, y también hubiera podido suplicarle para sí y para su marido; pero estaba presente el Moro infame; el pobre Galeazzo, pálido y extenuado, dijo pocas palabras y parecía estar aturdido de la enormidad de su desgracia... ya tenía en las venas el tósigo que le mató. ¿Y César Borgia, si he de citar otro? ¿Dónde hay pareja como ésta? Hemos visto de él cosas, que si se cuentan, no hay quien las crea; bien que harto conocidas son muchas de sus hazañas. Todo el mundo sabe que asesinó á su hermano para adquirir sus honores y su caudal; todo el mundo sabe lo que hizo para apoderarse de la Romaña; todo el mundo sabe que mató á

su cuñado, que dió veneno á cardenales, á obispos y á muchos otros que le hacían sombra.

Volviéndose luego á sus compañeros franceses, con el gesto de quien recuerda un hecho conocido y lastimoso, dijo:

—¿Y la pobre Ginebra de Monreale? ¡La mujer más bella, más virtuosa, más amable que he conocido! Estos amigos míos se acuerdan muy bien; la vimos al pasar por Roma en 92. Su desgraciada suerte quiso que la conociese el duque Valentino, entonces cardenal; había casado Ginebra con un soldado nuestro, más por obedecer á su padre que por otra razón. Le dió una enfermedad que nadie pudo calificar; se probaron muchos remedios; todo fué inútil, debía morir. Pero cierta casualidad me hizo descubrir un secreto infernal, que pocos han sabido. Su mal no era otra cosa que un veneno que le diera el Valentino por castigarla de su honestidad. ¡Pobre infeliz! ¿No son cosas éstas que piden á gritos un rayo del cielo?

Aquí se detuvo el francés, recapacitando como si quisiera recordar alguna circunstancia que el tiempo hubiese anublado en su memoria.

—Sí, sí, no me equivoco: hoy mismo, entre vuestros hombres de armas, al llegar á Barletta, he visto á uno, cuyo nombre no recuerdo por cierto, pero estoy seguro de haberle encontrado muchas veces en Roma por aquel tiempo: tiene una estatura y una cara de aquellas que no se olvidan fácilmente; todos decían que era el amante oculto de Ginebra, y después de su muerte desapareció y nunca más volvió á hablarse de él; (*mais oui, je suis sûr que c'est le même*) añadió volviéndose á sus compañeros. Á una milla de la ciudad, cuando hemos hecho alto para aguardar á la

infantería... aquel joven pálido, de cabello castaño... nunca he visto cara de hombre mas hermosa y melancólica que la suya... sí, sí, él era á no dudarlo; pero no me preguntéis su nombre.

Los españoles se miraban unos á otros, tratando de adivinar de quién hablaba.

—¿Era italiano, preguntó uno?

—Sí, italiano. Verdad es que no despegó los labios; pero un camarada suyo, que echó pie á tierra y le dió de beber, le habló en italiano.

—¿Qué armas llevaba?

—Me parece que una coraza lisa con cota de malla, y, si no me equivoco, una pluma y una banda azul

Íñigo gritó el primero:

—Héctor Fieramosca.

—Fieramosca, eso es, respondió La Motte; ahora me acuerdo, Fieramosca. Pues bien; este Fieramosca estaba enamorado de Ginebra (así se decía al menos); y como no se le vió por allí después que ella pereció, creyeron que se había dado muerte.

Sonriéndose los españoles á estas palabras, decían entre sí que no era ya de admirar que estuviese siempre melancólico y metido en sí, é hiciese vida tan distinta de la de los jóvenes de su edad. Pero todos á una voz loaban su excelente carácter, su valor, su cortesía, y de esto podía colegirse cuánto le amaba y en cuánto le tenía el ejército entero; Íñigo principalmente, que era su amigo, y como hombre de alma no vulgar admiraba sin envidia las bellas prendas del guerrero italiano, le conocía más á fondo y le amaba con mayor afición, tomó la palabra en su alabanza con todo el calor que puede inspirar la amistad en un pecho español.

—Á vosotros os gusta su cara, ¿y á quién no? pero ¿qué vale en un hombre la hermosura? Si conocieseis el alma de este joven, la nobleza, la magnanimidad de su corazón, sus hazañas con las armas en la mano, aquel atrevido valor que en los más va siempre unido con cierta embriaguez, pero que en él, por el contrario, aun en los mayores peligros, tiene siempre por compañero al frío consejo... En toda mi vida he visto jóvenes esforzados, en la corte de España y en la de Francia; pero como hombre de honor, os digo, uno parecido al italiano, que por Dios lo reune todo, ni lo he hallado ni pienso hallarlo jamás.

El favor de que Fieramosca gozaba en el ejército, hizo que cada cual quisiera decir algo de él, manifestando interés por su historia; ni el viejo Sagredo se mostró menos apasionado que los otros, y dijo:

—Aunque nunca he tenido que perder tiempo con mujeres, ni sabido entender cómo un pecho cubierto de mallas puede apesadumbrarse por ellas, sin embargo, confieso que el mirar á aquel joven valiente, siempre abatido y triste, me causa un pesar que ni yo mismo sabría definir; y por Dios santo, daría mi mejor caballo, con tal que no fuera el pardo, por verle una vez siquiera soltar un par de carcajadas de buena ley.

—¡Bien decía yo que era mal de amores! saltó Acevedo. Cuando se ve un joven descolorido, que habla poco, que busca la soledad, no queda duda: faldas andan en el negocio. Bien es verdad, añadió sonriendo, que un par de tiradas de dados que salgan al revés, le dan á uno más grima y le hacen perder más color que diez faldas juntas... pero no importa, es otra cosa, y luego, dura menos. Por lo que toca á Fieramosca, no hay semejante peligro; jamás le he

visto ni con naipes, ni con dados en la mano... Ahora entiendo el motivo de sus viajes nocturnos. Ya sabéis que mis ventanas miran al muelle. Más de una vez le he visto entrar bastante tarde y solo en un barco, alejarse y ocultarse detrás del castillo. Buen viaje, decía yo metiéndome en la cama, cada uno tiene su gusto; y discurría que andaba buscando fortunas de amor; pero jamás hubiera imaginado que nadie fuera á meterse en la mar para llorar á los difuntos. ¡Imposible parece que un soldado como él se deje dominar de semejante locura!

—Eso prueba, repuso Íñigo con calor, que en el pecho de un hombre animoso delante del enemigo cabe también un corazón bueno y sensible, y vive Dios que en esto hay que hacer justicia tanto á Fieramosca como á todos los italianos que los hermanos Colonna tienen en sus banderas: ninguno de cuantos ciñen espada ó empuñan lanza pueden gloriarse de manejarlas mejor, ni de valer más que ellos.

Á esta alabanza, expresada con el fuego de un alma sencilla y amante de la verdad, dieron los españoles con gestos y palabras una aprobación que no podían negar, como continuos testigos del valor de los hombres de armas italianos. Pero enardecidos los tres prisioneros con la conversación y con el vino, y más que todos La Motte, que se las había con Íñigo, el cual durante la cena le había estado pinchando, no pudo ocultar su orgullosa manía de tener en nada á cualquiera con él ó con los suyos comparado; y respondió con estudiada risa y con una mirada de lástima, que irritó al joven hasta la punta de los cabellos, subiendo su cólera de punto cuando La Motte prosiguió diciendo:

—En esta parte, señor caballero, ni mis camaradas ni yo somos de la misma opinión. Tiempo hace que guerreamos

en Italia, y como ya os he dicho, hemos visto usar con más frecuencia puñales y venenos que lanzas y espadas, y os ruego que lo creáis; un gendarme francés (y puso una cara desdeñosa) se avergonzaría de tener por mozos de caballeriza hombres que no valiesen más que esos cobardes italianos; juzgad ahora si consentiremos que se les compare con nosotros.

—Oid, caballero, y abrid bien las orejas, respondió Íñigo no pudiendo resistir las villanías que de sus amigos se decían, y aprovechando la ocasión de desfogarse contra el que le había estropeado su caballo: si se hallase aquí alguno de vuestros enemigos, Fieramosca el primero, y estuvieseis libre como sois prisionero de Diego García, antes de iros á la cama podríais aprender que un hombre de armas francés tiene que menear bien ambas muñecas para defender su pellejo contra un italiano; pero ya que carecéis de libertad y aquí no hay más que españoles, yo, que me llamo amigo de Fieramosca y de los italianos, digo en su nombre que vos y cualquiera que diga que con las armas en la mano temen á cualquiera, y son, como dijisteis, cobardes y traidores, miente como un vil, y se hallan prontos á medirse con todo el mundo, á pie, á caballo, con todas armas, con espada sola, donde y cuando y siempre que gustéis.

La Motte y sus compañeros, que al empezar este discurso se habían vuelto con altanero ademán hacia el que lo pronunciaba, estaban aguardando que lo concluyera, mientras la expresión de su fisonomía pasaba gradualmente desde la ira al asombro. Como suele suceder en cualquiera concurrencia, cuando, entre la broma de las risotadas, se escucha sobresalir una voz que habla de acero y de sangre,

y todos callan y se vuelven atónitos á indagar el hecho; así al cesar el murmullo, cada español aplicó el oído aguardando en qué vendría á parar aquella amarga interpelación.

—Somos prisioneros, respondió La Motte con orgullosa modestia, y no podemos aceptar desafíos; pero con la venia de los hombres de armas que han ganado nuestras espadas, y suponiendo que recibirán de nosotros un rescate equitativo, en mi nombre, en el de mis compañeros y de toda la gente de armas francesa, respondo y repito lo que he dicho ya una vez y repetiré siempre, esto es, que los italianos sólo sirven para urdir traiciones y no para la guerra, y que son la más triste gente de armas que jamás ha puesto pie en el estribo y vestido coraza. Y quien diga que he mentido, miente, y se lo sostendré con las armas en la mano.

Dicho esto sacó del pecho una cruz de oro, y después de besarla la puso encima de la mesa, añadiendo:

—Y fálteme en la hora de la muerte la esperanza que tengo en este signo de nuestra salvación, y trátenme de caballero desleal é indigno de calzar doradas espuelas, si no acudo yo y mis compañeros al desafío que los italianos me envían por vuestra boca; y con la gracia de Dios, de nuestra Señora y de san Dionisio, que sostendrán nuestra buena razón, mostraremos al mundo toda la diferencia que hay entre la gente de armas francesa y esa canalla italiana á quien protegéis.

—Sea en nombre de Dios, respondió Íñigo. Y abriendo también su corpeto, se quitó del cuello una imagen de la Virgen de Monserrate, con la cual se santiguó, colocándola en seguida junto á la cruz de oro de La Motte; y aunque se sentía un tanto humillado por no permitirle su pobreza pre-

sentar una prenda de batalla igual en valor á la de La Motte, echando á un lado su vergüenza, dijo francamente:

—Ésta es mi prenda. Tómelas ambas Diego García en nombre de Gonzalo, que no negará sin duda campo abierto á nuestros nobles amigos, ni á los caballeros franceses que vengan á pelear con ellos.

—No por cierto, repuso García tomando entrambas imágenes: jamás impedirá Gonzalo que tan esforzada gente mida sus espadas y cumpla con el deber de los buenos caballeros. Pero vos, señor barón, replicó dirigiéndose á La Motte, tened entendido que vais á dar con un hueso más duro de roer de lo que os figuráis.

— *C'est notre affaire*, repondió el francés meneando la cabeza y sonriéndose. Ni yo ni mis compañeros tendremos por la más peligrosa ni por la más espléndida hazaña de nuestra vida esa en que vamos á probar á este valiente español el error en que se halla, botando de la silla á cuatro italianos.

Diego García, que no vivía á placer sino cuando se hallaba en el calor de la pelea ó hablando de mandobles y reveses, no cabía en el pellejo de contento al oir estos preliminares de un desafío, que sin duda alguna sería combatido y rechazado con todo el empeño que puede inspirar el honor nacional; y levantando la voz y la cabeza, y palmoteando con dos manos que parecieran bien en los brazos de Sansón, gritó:

—Dignas son vuestras palabras, caballeros, de hombres de honor y de soldados de pro, y seguro estoy de que los hechos no serán á ellas inferiores. ¡Vivan siempre los valientes de todas naciones!

Y esto diciendo levantó el vaso, acción que los demás

imitaron, y todos con grande alegría lo vaciaron más de una vez á la salud de los futuros vencedores. Sosegado algún tanto el ruido, dijo Íñigo:

— La injuria que al valor italiano acabáis de hacer, señor caballero, no es cosa que mis amigos querrán dejar pasar tan á la ligera, ni rematar con romper una lanza, como si se tratara de ganar la prez en una justa. No hablo por ahora del número de los combatientes; éste se fijará de común acuerdo entre las dos partes; pero sea cual fuere, os ofrezco batalla á todas armas y á toda sangre, hasta que todos los hombres mueran, ó queden prisioneros, ó se vean precisados á salir del campo. ¿Aceptáis estas condiciones?

— Las acepto.

Cerrado así el convenio, y no quedando por entonces cosa alguna que añadir, las fatigas del día y lo adelantado de la hora aconsejaron á cada cual el descanso. La concurrencia se levantó de la mesa unánimemente y salió de la hostería, disolviéndese poco á poco al paso que cada cual iba llegando á su alojamiento. Los barones franceses fueron caballerosamente tratados, y recibieron hospedaje de los mismos hombres de armas que los hicieran prisioneros.

Creemos poder asegurar que, á pesar de las bravatas con que habían mostrado tener en tan poco á los italianos, una conmoción íntima, y en algunos la experiencia, les advertía que para salir con honra del empeño eran necesarios más hechos que palabras.

También Íñigo, aunque tenía pruebas del valor de sus amigos, y sabía que por la gloria de las armas italianas se hubieran medido con todo el mundo, reflexionando que los contrarios eran gente de guerra de muchísima cuenta y las mejores espadas del ejército francés, no podía menos de

darle en que cavilar el éxito que aquel importante negocio alcanzaría. Al cabo, La Motte y sus compañeros eran hombres que á nadie tenían que bajar la cabeza; sus proezas eran conocidas de toda la milicia de entonces, y en las escuadras francesas había muchísimos otros no inferiores ni en pericia ni en valor: el famoso Bayardo, por citar uno, bastaba por sí solo para dar gran peso á la balanza.

Á pesar de estas reflexiones, ni una vez se arrepintió el altivo español de haber dado la cara por los italianos, y pensó que se hubiera portado muy mal llevando en paciencia que el insolente prisionero dijese tantos vituperios de unos hombres que, además de no merecerlos, eran amigos suyos y estaban ausentes. Decía entre sí: —¿cómo ha de ser vencido quien por el honor de la patria pelea?—Tranquilo su ánimo con estas ideas, se dispuso para conferenciar de este negocio á la mañana siguiente con Fieramosca y poner de su parte el mayor esmero, á fin de que saliese con honra la parte cuyo defensor se declarara, y lleno de tan generosos sentimientos, estuvo sin dormir demasiado, aguardando la hora de dar principio á la empresa.

CAPÍTULO III.

EN CASA DE HÉCTOR FIERAMOSCA.

La fortaleza de Barletta, que ocupaban Gonzalo y otros jefes de aquel ejército, estaba situada entre el mar y la plaza mayor de la población. En las casas inmediatas estaban alojados los oficiales españoles con sus sirvientes, y entre ellos, en uno de los mejores edificios, los hermanos Próspero y Fabricio Colonna con el suntuoso séquito de escuderos, criados y caballos, propio de tan respetable familia. Héctor Fieramosca era queridísimo de entrambos por sus bellas cualidades, como pudiera serlo un hijo; acomodáronle, pues, en una casa cercana del mar y pegada á sus habitaciones, que aunque reducida, era bastante capaz para él, sus criados, caballos y equipaje. El cuarto más alto, donde solía dormir, tenía las ventanas al levante.

Era la mañana siguiente á la noche de la cena; apenas permitía el primer albor de la aurora distinguir del cielo en el horizonte la oscura línea del mar, cuando el joven Fieramosca, abandonando el lecho donde no siempre hallaba sueño tranquilo, salió á una azotea en cuyo pie se estrella-

ban las olas, ligeramente agitadas por el fresco vientecillo de la mañana.

¡Pobres habitantes del septentrión! vosotros ignoráis lo que vale esta hora bajo un hermoso cielo del mediodía, á la



La roca de Barletta.

orilla del mar, mientras la naturaleza toda duerme todavía, sin que apenas interrumpa aquel silencio el murmullo de las ondas, que, semejante al pensamiento, no ha descansa-

do jamás desde que fué creado, ni descansará mientras no deje de existir. Quien no se ha hallado solo en esta hora, quien no ha sentido junto á su rostro agitarse el último vuelo del murciélago matutino al comenzar el calor en las lindas costas de Italia, no sabe hasta dónde alcanza la divina belleza de la creación.

Junto á la pared de la azotea, crecía una palmera. Sentado en el antepecho, recostado en el tronco y con las manos entrelazadas sobre una rodilla, estaba nuestro amable soldado gozando un momento de tranquilidad y respirando el aire puro, precursor del alba.

La naturaleza le había concedido el don precioso de inclinarse por índole propia á lo bello, á lo bueno y á lo grande. Un defecto solo se notaba, si defecto puede llamarse: una bondad excésiva. Pero como criado desde los tiernos años entre el estruendo de las armas, presto conoció los hombres y las cosas; su recto juicio le enseñó el límite á que debe llegar la bondad, para que no degenere en flaqueza; y la severidad que suele adquirir quien se halla en continuos peligros, teniendo un corazón como el suyo, se convirtió en templada firmeza, dote digna y preciosa de un pecho varonil.

El padre de Fieramosca, noble capuano de la escuela de Braccio de Montone, encanecido en las guerras que afligieron á la Italia durante el siglo XV, no pudo dar á Héctor otra cosa que una espada; desde muy joven miró éste el ejercicio de las armas como el único digno de sí mismo, y por espacio de muchos años no pudo tener pensamientos superiores á los tiempos en que vivía, en los cuales la fuerza de las armas se empleaba sólo para aumentar la fama y el caudal.

Pero creció con la edad el discernimiento, y en los breves ocios que consentía el pelear, en vez de consumirlos en cacerías, en justas y en otros recreos juveniles, se aficionó al estudio de las letras; al conocer los autores antiguos y los heroicos hechos de aquellos que derramaran su sangre en bien de la patria y no en provecho de quien mejor podía pagarles, comprendió cuán detestable era por sí mismo el oficio de las armas, cuando se ejerce, á guisa de aventurero, con el solo fin de enriquecerse con los despojos de los débiles y no por el virtuoso anhelo de defenderse y defender á los suyos de las agresiones extranjeras.

En su primera adolescencia tuvo que seguir á su padre, á quien llamaron á Nápoles importantes negocios. En la corte de Alfonso conoció al célebre Pontiano, el cual sorprendido del ingenio del mancebo y de la bella apostura de su cuerpo, le cobró grandísimo amor; y admitiéndole en la academia, que, si bien fundada por el Parnomita, tomó el nombre de Pontaniana, se empeñó en enseñarle con grandísimo esmero y alcanzó de aquel joven la recompensa del culto afectuoso que produce la gratitud unida con la admiración.

Excitado por las elocuentes palabras del maestro, su amor á la patria y á la gloria italiana, mal podía permanecer tibio en un corazón como el suyo, y creció hasta el extremo de rayar en frenesí. Peleó cuerpo á cuerpo con un noble francés, joven mayor que él en fuerzas y en edad, porque hablaba mal de los italianos; le hirió y le hizo confesar su sinrazón, hallándose presente el rey y la corte. Después de salir de Nápoles y de sufrir varias vicisitudes, tropezó con los amores, de que el prisionero francés nos ha dado algún indicio.

Pero cuando Carlos VIII trastornó la Italia, teniéndola las armas francesas ó cautiva ó aterrada, se despertó en él más ardiente el amor de la patria, viendo que aquellos invasores querían sojuzgarla como dueños. Exaltábase oyendo referir sus insolencias al cruzar la Lombardía, la Toscana y los demás estados italianos; pero cuando se difundió la fama de la altanera respuesta de Pier Capponi al rey y se supo que éste había cedido, no podía contener su alegría y encomiaba hasta las nubes al valeroso florentino.

Cayeron los reales de Nápoles. Entonces resolvió Fieramosca seguir las banderas de España para oponerse en cierto modo á la contraria, cuyo poder crecía con exceso, y porque el orgullo español le parecía menos insufrible que la vana jactancia francesa : creía además que un enemigo que sólo podía venir por mar no era tan temible, y que, lanzados que fueran los franceses, sería empresa menos difícil la de establecer en Italia un estado floreciente.

Al resplandor que del oriente se difundía, iban poco á poco palideciendo y ocultándose las últimas estrellas. Ya iluminaba el sol las más altas cumbres del Gárgano, tiñéndolas de rosado matiz que en los sombríos senos de la montaña se trocaba en violeta, mientras la opuesta ribera, que formaba una especie de media luna, junto á la playa donde descollaba Barletta, presentaba al crecer del día una amena y variada mezcla de valles y colinas, que bajaban á bañarse en el mar. Entre los hojosos castaños de las cimas que ya empezaban á dorarse con la luz del sol, y descendían por la falda en escaso número, veíanse prados lozanos de verdor, ó algún pedazo de tierra cultivado. Aquí un precipicio dejaba columbrar una masa de granito, allí la ladera de una colina se teñía de colores rojos ó amarillos según la natu-

raleza del terreno. El mar cerúleo parecía inmóvil; pero hirviendo debajo de las peñas, ceñía sus bases con una faja de blanquísimas espumas.

Hacia el centro del golfo, en una islilla que se unía con la



El monasterio de Santa Úrsula.

tierra por medio de un puente largo y angosto, alzábase entre palmeras y cipreses un monasterio con pequeña iglesia y campanario, cercado de torrecillas y muros almena-

dos que podían salvarlo de un ataque improviso de corsarios ó sarracenos.

Parecía que Héctor lo miraba con extremada pasión agrupando las cejas; pero la neblina, que en aquella hora cubre los terrenos más bajos, apenas le permitía distinguir los contornos del edificio. Recogía con ávidos oídos el débil acento de la campana que anunciaba el avemaría de la mañana, y tan absorto estaba que no oyó la voz de Íñigo que le llamaba desde el patio, y que viendo que nadie le respondía, subió.

— Después de una jornada como la de ayer, dijo entrando en la azotea, no te creía levantado antes que el sol.

El que haya tenido alguna vez lleno su corazón de un solo pensamiento ardiente y grande, conocerá cuán poco agradable debía ser para Fieramosca el que le sorprendieran con el suyo y le obligaran á abandonarlo. Volvióse con rostro que no disfrazaba del todo su malhumor, é Íñigo conoció que llegaba á muy mala ocasión. Pero el carácter del joven era demasiado amable para echar una pendencia al español por esta distracción involuntaria. Sin darle categórica respuesta, se acercó á él, le apretó la mano y volviendo en sí enteramente, dijo en tono jovial :

— ¿Qué buen viento te trae á estas horas por acá?

— Un viento magnífico : de tales nuevas soy portador que no te perdono las albricias. Por eso apenas ha rayado el día, he venido á participártelas. Siempre tuve envidia de tu virtud : hoy la tengo de tu fortuna. ¡ Dichoso tú, Héctor mío! Es tan honorífica la empresa que el cielo te ha reservado, que estoy seguro la hubieras comprado á subido precio; ¡ pues bien! ni gasto ni trabajo te cuesta. ¡Ya puedes decir que naciste de pies!

Entraron en la casa los dos amigos y sentáronse frente á frente. Fieramosca aguardaba que Íñigo le anunciase la ponderada fortuna. Refirióle éste cuanto había ocurrido la noche antes, de qué modo había sacado la cara por los italianos y el propuesto desafío. Cuando llegó á las insolentes palabras de La Motte, á las cuales dió vivísimo colorido, saltó de la silla el animoso italiano, y descargó una tremenda puñada en el tablero de una mesa, mientras que lanzaban sus ojos ardientes llamas de incomparable júbilo.

— No, gritó, no ha llegado á tanto todavía nuestra miseria que no haya brazos y espadas que le metan otra vez en la garganta á ese ladronazo de francés cuantas infamias salieron enhoramala de su boca. Y bendiga Dios tu lengua, Íñigo, hermano mío (y le estrechaba entre sus brazos); eterna gratitud te deberé por la defensa que de nuestro honor has hecho, sin que de ella me dispense ni la vida ni la muerte.

Y las caricias de una parte y los ofrecimientos de la otra llevaban camino de no acabarse nunca. Sosegado ya algún tanto el entusiasmo primero, dijo Fieramosca :

— No es tiempo ya de hablar, sino de obrar.

Y llamó á un criado, y mientras éste le ayudaba á vestir, iba nombrando á los compañeros que para tal empresa eran aptos, pensando reunir el mayor posible número.

— Muchos, decía, son los buenos ; pero es importante el negocio : elijamos los mejores. Brancaleone, uno. No hay lanza francesa que le doblegue ni el grueso de un dedo, con aquel par de brazos que tiene á sus órdenes. — Capoccio y Giovenale : son tres y los tres romanos: aseguro que los Horacios no tenían la espada en la mano mejor que

ellos. Tres. — Adelante. Fanfula de Lodi, aquel loco endemoniado, ¿le conoces?

Íñigo levantó la cabeza frunciendo un poco las cejas y apretando los labios, como suele hacer el que desea recordar alguna cosa.

— ¡Vaya si le conoces! aquel lombardo, una de las mejores lanzas del señor Fabricio... aquel que el otro día iba galopando por la muralla junto á la puerta de San Bácolo...

— ¡Ah! sí, respondió Íñigo, ahora me acuerdo.

— Bien. Ya hay cuatro. Éste, mientras tenga manos, sabrá manejarlas. Yo seré el quinto y con ayuda de Dios llenaré mi puesto... — ¡Masuccio! gritó llamando á un criado: mira que ayer se rompió la correjüela del escudo: mándala componer; escucha: que saquen el filo á la espada grande y á la daga y ..... ¿qué iba á decir?..... ¡ah! ¿está corriente mi arnés de España?

El criado indicó que sí con la cabeza. Sonriéndose Íñigo de esta premura, dijo:

— No te faltará tiempo para arreglarlo todo, pues la batalla no ha de ser ni hoy ni mañana.

No pensaba en esta circunstancia Fieramosca, que tenía ya calentura, que no hubiera querido diferir ni un momento el llegar á las manos, que sin atender á cuanto decía el español, andaba buscando más compañeros, porque cinco le parecían pocos.

— Y ¿dónde dejamos á Romanello de Forlí? Son seis. Ludovico Benavoli, siete. Á éste bien le conoces, Íñigo: le has visto trabajar... — ¡Masuccio! ¡Masuccio!

Y el criado que ya se había ido volvió á subir.

— Á mi caballo de batalla, Airón, el que me regaló el señor Próspero, le darás cuanto pienso quiera; y antes

que pique el sol, le harás trotar á la cuerda una hora cumplida, y mira como tiene las herraduras.

Mientras daba estas órdenes se acababa de vestir : el criado le dió la capa : ciñóse la espada, cubrió la cabeza con un sombrero de pluma azul y dijo á Íñigo :

— Estoy á tu disposición. Ante todo conviene hablar con el señor Próspero : después acudiremos á Gonzalo para el salvoconducto.

Y después de salir de casa seguía nombrando por la calle ya uno ya otro de los hombres de armas que pudieran servir para el empeño. Ninguno le satisfacía al primer examen : repasaba el estado, la fuerza, el valor, las hazañas de cada uno, para que no se comprometieran sino hombres muy experimentados. Del romano Brancaleone tenía alta opinión porque sabía que era hombre muy de bien, de grande aliento y de maravillosa pujanza : gustaba de su carácter grave y ajeno de la indolente alegría de los demás camaradas, y sentía por él tanta amistad que muchas veces estuvo decidido á contarle sus amores con Ginebra ; pero cierto rubor, y talvez la falta de ocasión se lo habían impedido. Su familia y sus ascendientes, que habían sido gibelinos, siguieron constantemente en Roma la causa de los Colonna, y ahora en la compañía del señor Fabricio era él el jefe de algunas lanzas escogidas y cumplía perfectamente sus guerreras obligaciones. Era de mediana estatura, ancho de espaldas y de pecho, de pocas palabras y atento sólo á su oficio ; tenaz y obstinado en seguir los impulsos de su corazón, no tenía en el mundo otro pensamiento que el de procurar la victoria á su bandera, pues comparado con ella, todo le parecía nada ; y para sostener este empeño lo mismo que otro cualquiera, se hubiera dejado hacer tajadas.

Héctor é Íñigo tenían que pasar por su casa para ir á la de los Colonna : halláronle parado á la puerta dando algunas órdenes concernientes á sus caballos, y con la espada desceñida, rodeado el cinturón al puño hacía señas á sus criados y mozos de caballeriza, dándose á entender con el menor posible gasto de saliva. Convidóle Fieramosca á arreglar con él aquel negocio, que aunque contado con ardientes palabras, escuchólo Brancaleone sin descomponerse, ni siquiera mudar de color. Tan sólo, al echar á andar con los otros dos, dijo lacónicamente :

— Las pruebas hacen crédulos á los ciegos. Cuatro estocadas de las de mi escuela, y después hablaremos.

Y esta confianza no era fanfarronería; pues muchas veces se viera cercado de enemigos en campo abierto y siempre había salido con honra.

CAPÍTULO IV.

EN CASA DEL SEÑOR PRÓSPERO COLONNA. — LA RELACIÓN DE FIERAMOSCA.

Ni las injuriosas palabras de La Motte, ni el desafío que fué su consecuencia y que se propuso y aceptó delante de más de veinte personas, pudieron quedar secretos : ya corría la noticia por todo el ejército y por toda la ciudad. Al presentarse Íñigo con los dos italianos en el alojamiento de Próspero Colonna, hallaron que no se hablaba allí de otra cosa y que empezaba á reunirse la flor de la juventud italiana, que á él como á su jefe, acudía con el objeto de indagar lo que á cada uno cumpliese hacer en aquel lance. Uno á uno fueron llegando todos los que Fieramosca había nombrado y otros muchos además, de manera que á poco tiempo podían contarse sobre cincuenta. Hablaban entre sí con mucho ardor y vocerío, mostrando cada cual en sus gestos y en su fisonomía cuanto le irritaba la injuria recibida. Algunos españoles de los que la noche antes asistieran á la cena y que habían participado la ocurrencia á sus amigos italianos, agregábanse también al grupo general, repitiendo ya esta ya aquella de las palabras de Íñigo y de los prisioneros, y hacían observaciones, proponían pactos,

ó citaban ejemplos, dando pábulo á una hoguera que ardía perfectamente por sí sola.

Estaba dividida la concurrencia, parte en el zaguán del edificio, parte en el patio y parte en una sala baja, donde los hermanos Colonna solían conferenciar con su gente cuando era necesario y despachar los negocios de la compañía. Resplandecían allí colgadas de las paredes sus armaduras ricamente tachonadas de oro, con finísimas molduras, pulimentadas y bruñidas como espejos. También se custodiaba en aquel sitio la bandera de la compañía, en cuyo paño estaba bordada la columna en campo rojo, con el lema *columna flecti nescio,* que también se veía pintado en los escudos dispuestos simétricamente con las otras armas en casi toda la longitud de las paredes. En los ángulos había dos altos caballetes de madera que sostenían las completas armaduras de los caballos con sus sillas y gualdrapas de precioso terciopelo carmesí adornadas con el ilustre escudo de la familia, y las ricas bridas cuajadas de bordaduras de oro y dignas de tan altos caballeros.

Seis halcones encapillados y sujetos con una cadenilla de plata estaban posados en un palo atravesado en una de las ventanas, junto á un montón de avíos de cazar, ejercicio predilecto de los nobles y tenido por natural pasatiempo de los señores y de los poderosos.

Poco tardó en presentarse á la puerta el señor Próspero Colonna, á quien todos cedieron paso haciendo el debido acatamiento : saludó él con noble continente y se acomodó en un sillón de brazos forrado de baqueta encarnada, junto á una mesa que estaba en medio y en la cual tenía su recado de escribir, é hizo cortésmente una seña para que todos se sentaran.

Traía puesta una capa de lana negra con arabescos y una gruesa cadena de oro, de la cual pendía sobre el pecho un medallón del mismo metal sutilmente trabajado á cincel. En el cinturón de acero negro calado llevaba una daga



.... no se hablaba allı de otra cosa (pág. 49).

corta; y en tan sencillo traje, su admirable presencia, su rostro algo pálido y un poco moreno, con alta frente que mostraba ser asiento de fortaleza y de talento no comunes,

inspiraban aquella reverencia que más bien suele tributarse á las dotes del alma que á los favores de la fortuna ó de un claro nacimiento. Tenía las cejas pobladas, las barbas cortas á la española, y un mirar de ojos tardo y reservado, que le calificaba de autorizado y poderoso magnate.

La ocasión presente le parecía y era en efecto para él de grandísima importancia, no sólo porque en ella se libraba la honra de las armas italianas, sino porque el resultado de aquella lucha, en las actuales circunstancias en que dos reyes poderosos combatían con incierta fortuna, podía tener graves consecuencias para él, para su casa y para su partido. El vencer en un duelo que meteria sin duda gran ruido, debía dar á su gente y á su bandera extremada reputación; y por esto, ya fuera el triunfo definitivo de los españoles, ya de los franceses, unos ú otros tendrían más miramiento en ofenderle y más interés en ganar su amistad.

Todos saben, además, cuán obstinada era la pugna en tierra de Roma, entre los bandos de Colonna y de Orsini, que inicuamente tratados uno y otro por el poder y los amaños de Alejandro VI y de César Borgia, podían, bien con auxilios extranjeros, bien con sus propios recursos, si se presentaba ocasión favorable, pensar en rehacerse; y si hubo en algún tiempo coyuntura de aceptar el convite de la fortuna y de asirla por los cabellos, fué, á no dudarlo, en el presente caso.

El astuto capitán conocía el carácter ardiente de Fieramosca y el poder que en su pecho ejercían la sed de gloria y el patrio amor: veía que con sus discursos se había inflamado mil veces el ánimo de sus amigos anhelando mostrarse dignos italianos, y adivinó cuánto podía en aquel

instante hacer con su ejemplo y con sus palabras para activar más y más aquella santa llama que hace capaz al hombre de las grandes empresas.

Á él, pues, se dirigió al comenzar su discurso : dijo que ya tenía alguna noticia de lo ocurrido; pero que deseaba oirlo extensamente para tomar desde luego la conveniente resolución. Expuso Fieramosca el hecho, encomiando las palabras pronunciadas por Íñigo en favor de la nación italiana; y cuando concluyó, púsose en pie el señor Próspero y habló de esta manera :

—¡ Ilustres caballeros ! Si no fuerais lo que sois, y si por haber lidiado con vosotros en tantas batallas no tuviese prendas de vuestro intachable valor, creería talvez necesario recordaros cómo nuestros abuelos por sus acciones virtuosas á tan alto grado lograron sublimar la gloria de la patria que dejaron asombrado al universo, sin que las tinieblas y las desdichas de diez siglos pudieran apagar los postreros rayos de su clarísimo esplendor. ¡ Cómo temblaban entonces al solo nombre romano esos que vienen ahora de allende los montes á beber la sangre italiana, y que no satisfechos con ella unen á la ofensa el escarnio! Os diría que tan allá ha tocado ahora su insolente desfachatez, que después de haber robado, y Dios sabe con qué arterías, la gloriosa corona que hacía de la Italia la reina de los pueblos, corona comprada con tanto sudor y tanta sangre, paréceles no haber hecho cosa alguna todavía mientras vean una espada en nuestras manos y una coraza en nuestros pechos; y hasta el derecho quisieran arrebatarnos de pelear y de morir en defensa de nuestro honor. Os diría : ¡ ea, sus ! Vamos, corramos todos; caigamos sobre esos codiciosos ladrones despreciadores de todo derecho ; y claramente leo

en vuestras fisonomías que fueran perezosas mis palabras comparadas con los italianos aceros... Pero el grave cargo de jefe, harto duro en ocasión tan grave, me ordena refrenar vuestro ardimiento y declararos que no todos podéis pelear, que pocas serán las espadas que alcancen la gloria de nuestra venganza. El magnífico Gonzalo, que con fuerzas menores ha de sostener la razón del rey Católico, no consentiría que por otra causa se derramara la sangre de sus soldados. Confío, sin embargo, que para diez hombres de armas obtendré salvoconducto y campo franco. Sin demora voy á verle, y así que consiga lo que deseo, volveré. En tanto cada uno de vosotros escriba en un papel su nombre : elija Gonzalo. Pero antes habéis de jurar someteros á cuanto determine.

Fué coronado este discurso de un murmullo de aprobación, y todos juraron.

Escribiéronse los nombres y púsose el papel en manos del señor Próspero, el cual se levantó y se encaminó á la puerta donde dos escuderos le tenían aparejada una mula: montó en ella, y acompañado de solos aquellos dos hombres se dirigió á la fortaleza.

Al cabo de media hora, que para la impaciente ansiedad de los jóvenes duró un siglo, volvió, echó pie á tierra, entró en la sala baja, y cada cual ocupó el sitio en que antes se encontraba : el silencio y la expresión de los ojos, todos clavados en el barón romano, patentizaban cuán grande era el anhelo de enterarse de la elección y la esperanza de hallarla favorable á cada individuo.

— El magnífico Gonzalo, dijo por último Colonna sacando del seno el pliego y poniéndolo encima de la mesa, se da por muy satisfecho de vuestra virtuosa resolución :

está convencido de que para vuestro valor será fácil empresa la presente, concede salvoconducto y campo franco para diez hombres de armas, y no me ha costado poco el conseguir este número : sólo se resigna por la importancia del hecho.

Desdoblando en seguida el papel, que contenía los nombres de los elegidos, leyó los siguientes :

— Héctor Fieramosca. (Nuestro héroe, viéndose nombrado el primero, apretó con alegría el brazo de Brancaleone que estaba sentado junto, mientras los ojos de todos se volvieron á él, manifestando que ninguno se creía con derecho á disputarle el primer lugar.)

Romanello, de Forlí,
Héctor Giovenale, romano,
Marcos Carellario, napolitano,
Guillermo Albimonte, siciliano,
Miale, de Troia,
Riccio, de Parma,
Francisco Salamone, siciliano,
Brancaleone, romano,
Fanfula, de Lodi.

El que, sin conocer personalmente á ninguno de los nombrados, se hallara presente, por la alegría de los rostros hubiera podido distinguir con facilidad á los que la suerte destinaba para la noble empresa. Las mejillas habitualmente pálidas de Fieramosca se tiñeron de bello sonrosado; al hablar con sus compañeros le temblaban los bigotes de color castaño que poblaban su labio superior, dando á entender cuán grande era la interior conmoción que le agitaba. Sus predilectas aficiones hallaban al cabo una oca-

sión de producir hechos dignos de ellas. Por fin, decía para sí, podrá correr la sangre italiana alguna vez con más alto objeto que la defensa de los extranjeros. Si alguien le hubiese dicho entonces : vencerán los tuyos y tú morirás en la demanda, se llamara mil veces feliz; pero había esperanza, casi seguridad de vencer y de gozar de la victoria; y después de ésta, pensaba en volver lleno de gloria, de aplauso y de alegría (¡ cuán raro es que el hombre prevea lo cierto!); adivinaba las alabanzas, la fama inmortal que la Italia y su propio nombre alcanzarían, y cuánto orgullo podrían mostrar los suyos por su hazaña. En esto, un pensamiento que salió de lo íntimo del corazón pasó como una nube y oscureció por un instante el júbilo que en su rostro resplandecía : talvez antiguas desventuras hicieron sentir en su pecho la aguda espina de funestos recuerdos; pero aquello duró poco. ¿ Podía por ventura tener entonces cuidado más importante que el de la batalla?

Próspero Colonna fué nombrado maestre del campo por Gonzalo, cargo que le imponía la obligación de enviar el cartel de desafío, de proporcionar buenos caballos á los suyos, de cuidar que nada les faltase de cuanto pudiera proporcionar la victoria, de vigilar, finalmente, que por ambas partes se pelease á ley de buena guerra.

Antes de todo se habló de fijar el día y sitio : empezaba el mes y se convino que el combate sería después de mediado, para que quedara tiempo suficiente para disponerse. En cuanto al sitio, se enviarían hombres experimentados á elegir el más conveniente.

Después se extendió el cartel, que escrito en lengua francesa fué entregado á Fieramosca y á Brancaleone, comisionándolos para llevarlo al campo enemigo en aquel

mismo día. Arregladas así las cosas, se volvió Colonna á los diez elegidos, y les dijo :

— Nuestro honor, caballeros, está ahora en el filo de vuestras espadas, y no es dable imaginar otro lugar más digno y más seguro para su guarda. Mas por lo mismo conviene juréis no entrar desde hoy hasta el día de la batalla en otra empresa, para no exponeros á recibir heridas, ó encontrar algún obstáculo que os impidiese montar á caballo en aquel día, y, si tal sucediera por cualquier cosa que fuese, bien conocéis cuánto baldón recaería en nuestro partido.

Á todos pareció muy razonable esta precaución, y ninguno se negó á aceptar, bajo su palabra, la condición propuesta.

En tanto la mayor parte de aquellos que muy á su pesar veían no tener ya cosa alguna que hacer allí, se habían ido retirando unos tras otros. Sólo habían quedado los diez. También éstos, así que Fieramosca recibió el cartel, desocuparon la sala, y acompañado el joven de Brancaleone se dirigió á su casa para montar al punto á caballo y trasladarse al campo francés.

Armáronse entrambos á la ligera con cota de malla, manoplas y capacete, y tomando consigo un trompeta, se encaminaron á la puerta de san Bácolo que guiaba al campo enemigo. Abierto el rastrillo y bajado el puente, salieron á un arrabal que, abandonado de los habitantes en aquella confusión, casi estaba destruído y quemado, gracias á la licencia de la soldadesca de entrambas partes. Desde allí tomaba el camino por unas huertas, luego por el campo abierto, y había hasta el real francés una hora de viaje.

Al pasar por el arrabal, descubrió Héctor unas pobres mujeres medio cubiertas de andrajos, que tirando de la mano ó llevando acuestas sus hijuelos debilitados por el hambre, andaban registrando las casas desamparadas por si la avarienta codicia de los soldados que la saquearan, había dejado intacta alguna cosa. Lastimóse el corazón del joven á tal espectáculo; y no pudiendo auxiliar á aquellas infelices, ni soportar su vista, metió espuelas y no dejó el trote hasta que se vió fuera del caserío.

Esta circunstancia, leve al parecer, convirtió en tristeza la desacostumbrada alegría que le animara al pensar en el próximo combate: despertáronse en él vigorosos los recuerdos de las miserias de Italia y la cólera contra sus autores los franceses. No pudo ocultar á Brancaleone, que cabalgaba á la par, la compasión que le inspiraban las desgracias de aquellas pobrecillas, y el guerrero que en el fondo era bueno y caritativo, aunque podía tenérsele por de áspera condición adquirida entre el peligro y la sangre de los combates, se lastimaba también de ellas y de sus miserias.

Al verle Fieramosca en tan buena disposición de ánimo, le dijo meneando la cabeza:

— ¡He aquí los lindos regalos que nos traen estos franceses; he aquí la felicidad que nos proporcionan!... Pero si logro verlos algún día más allá de los Alpes...

Iba á decir: procuraremos deshacernos también de los españoles; mas recordando que militaba bajo sus banderas, cortó en seco la frase y la concluyó con un suspiro.

Brancaleone pensaba más en el partido de Colonna que en el bien de su patria, y no podía participar completamente de los sentimientos de su amigo; pero tomando en ellos algún interés á su manera, respondió:

— Si pudiéramos derrotar este ejército, no tardaríamos mucho, á fe, en saborear el vino del señor Virginio Orsino; y las bodegas del castillo de Bracciano verían alguna vez cómo tienen la cara los cristianos; y Palestrina, Marino y Valmontona no volverían á oler el humo del campo de aquellos pícaros, ni despertarían nunca más á la maldita voz de ¡Orso! ¡Orso!... pero no todos los días son de fiesta.

Conociendo Héctor por esta salida que Brancaleone tenía sus propios deseos, aunque estaba muy lejos de concertar con él en punto á los motivos, calló; y anduvieron un buen trecho de camino, sin que ninguno de los dos rompiera el silencio.

El trompeta iba delante á la distancia de un tiro de ballesta.

No habrá olvidado el lector, sin duda, los indicios que dió el prisionero francés acerca de los amores de Fieramosca. Sus compañeros que oían hablar de ellos por vez primera, sentían en el alma sus disgustos, tanto por el cariño que le tenían, como porque en una reunión de jóvenes se sufre de mala gana al que no pone algo de su parte para sostener y aumentar el buen humor. Mientras que en aquella mañana se estaba tratando del desafío en casa de Colonna, se susurró algo de estos amores, que llegaron también á oídos de Brancaleone. Cuidaba éste muy poco de los negocios ajenos; sin embargo, después de haber cabalgado un buen trecho silenciosamente, viendo á su camarada tan abatido de melancolía, le pareció mal su reserva, y venciendo su propio natural, se dispuso á buscar algún medio de hacerle explicar, y con palabras de amistosa solicitud llegó al punto de rogarle le contase la historia que tanta

tristeza le causaba. Hízolo tan bien, que logró su intento. Fieramosca sabía que nada arriesgaba en fiarse de él, además de que la situación en que se veía le soltaba también la lengua, pues de un corazón agitado por fuertes pasiones sale con facilidad el secreto. Fijando por un momento sus ojos en el rostro de su amigo, le dijo :

— Una cosa me pides, Brancaleone, que jamás he concedido á alma viviente; y ni á ti te lo diría (no lo lleves á mal), si no me acordase que puedo morir en la pelea... y ¿entonces?... ¿qué sería de?... Sí, sí, tú eres mi amigo verdadero, eres hombre de bien y lo sabrás todo. No te enfades si me extiendo un poco, porque en pocas palabras no caben tan extraños acontecimientos.

Dábale á entender Brancaleone con sus gestos cuánto agradecía aquella muestra de confianza; y animado Fieramosca lanzó un resuelto suspiro y comenzó de este modo:

— Cuando empezaron á correr los primeros rumores de guerra por parte del rey Cristianísimo, que amenazaba tentar la empresa del reino, tenía yo, bien lo sabes, sólo diez y seis años y me hallaba sirviendo con el Moro. Pedí mi licencia, y me pareció justo consagrar mi vida en favor de los reales de Raona, que tantos años hacía nos gobernaban. Vine á Capua donde se estaba distribuyendo la gente de armas, y el conde Bossio de Monreale que mandaba la guarnición, me destinó á la defensa de la ciudad. Estaban ya dispuestas las provisiones, y no habiendo por entonces cosa mayor que hacer, procurábamos divertirnos lo posible. Pasábamos la velada en casa del conde, que era amigo de mi padre, y me miraba como á un hijo. Antes de irme con el duque de Milán, frecuentaba yo mucho su casa. En ella conocí á una hija suya de corta edad, y como niños y sin

adivinar la trascendencia de nuestros sentimientos, nos teníamos extraordinario cariño. El día en que me despedí para ir á Lombardía, fueron extremadas las lágrimas y las caricias : acuérdome de que cabalgaba yo en una jaca de dos cuerpos, la mejor que en mi vida he visto, y al partir pasé por debajo de las ventanas de ella, que se llamaba Ginebra, llevando perfectamente el caballo, al decirle adiós con la mano : la doncella, sin que ni su padre ni otro ninguno lo viese, pues apenas amanecía, me echó una banda azul que desde entonces nunca se ha separado de mí.

» Pero éstos eran juegos de niños. En un año que estuve ausente, se enfrió bastante en mi corazón este amor primero. Al volver, y al mirar á Ginebra que había crecido y era ya la joven más hermosa del reino, y tenía estudios, y cantaba acompañándose con el laúd que no había mas que oir, no fuí tan dueño de mí mismo que no recayera en la más loca y ardiente pasión que se conoció jamás.

» Ella que se acordaba de los primeros años y volvía á verme honrado y con algún nombre en las armas, aunque como muy honesta no quería darse por entendida, gustaba de escucharme, bien lo advertía yo, cuando refería las cosas de la tierra de Lombardía, las guerras que había visto, y las cortes y las usanzas de por allá : y si ella se complacía de oirme, mucho más deseaba yo conversar con ella : tanto adelantó este trato que no podíamos vivir ni un instante separados el uno del otro.

» Yo, que hasta cierto punto echaba de ver el camino que iban tomando nuestras relaciones, empecé á reflexionar acerca de los muchos pesares que nos aguardaban. Iba á abrirse la campaña : ¡ infeliz quién en semejante ocasión se

halla enredado entre los lazos del amor! Y así como al principio procuraba hallarme de continuo junto á ella, después conociendo lo que mejor convenía, y que nuestro afecto era algo más que una niñada, me quedaba tanta fuerza que procuré manifestarlo lo menos posible y hasta arrancármelo del corazón. De este modo pasó algún tiempo; pero aquel combate acrecentó mi pasión en vez de menguarla, pues intentando refrenarla en lo exterior, sólo conseguía que me devorase interiormente, llevándome casi por mal camino. Ya se había trastornado mi fisonomía, y por cansado que estuviese no podía hacer sueño, y teniendo siempre la imaginación fija en ella, sentía caer mis lágrimas ardientes en la almohada y me asombraba de mí mismo.

» Deslizáronse de esta manera muchas semanas y había llegado mi situación á tal extremo, que ya era necesario adoptar cualquier partido. Ya adivinarás cuál elegí : un día la encontré sola en el jardín al anochecer, y aprovechando la coyuntura, le dije cuánto bien la quería; ella ruborizándose, sin responder palabra, se retiró dejándome afligido y más descontento que nunca : desde entonces me pareció que procuraba apartarse de mí, y cuando había delante otras personas, casi nunca me dirigía la palabra : desesperado ya y no pudiendo dominar aquel amor tan furioso, resolví marcharme y buscar la muerte en el campo donde ya se encendiera la lucha. Quiso mi estrella que acertase á pasar la compañía del duque de San Nicandro que daba la vuelta de Roma para reunirse con el duque de Calabria, y me dispuse para irme con ella. Y sin decir á Ginebra mi resolución, quise un día volver á requerirla ; pero se mantuvo firme, lo cual debió convencerme de que el amor que

yo creía descubrir en ella había sido una ilusión de mi cerebro; enteramente decidido (era por la tarde, y aquella noche dormía en Capua la compañía del duque, que debía continuar su viaje á la mañana siguiente), dispuse lo necesario para montar á caballo de madrugada. Fuí, según costumbre, á pasar la velada en casa del padre de Ginebra. Estábamos los tres solos al rededor de un tablero y jugábamos á las tablas reales: cuando me pareció oportuno, dije al conde cómo había determinado partir de mañana; pues, siendo insoportable para mi genio aquella inacción, quería ir á guerrear y aguardaba para ello su beneplácito. Alabó el conde mi propósito; yo miraba de reojo, no sin alguna esperanza, qué cara pondría Ginebra. Figúrate cuál me quedaría al verle mudar el color del rostro, y ponérsele los ojos como de grana. Lanzóme á hurtadillas una mirada que harto me decía. Estuve tentado por deshacer lo hecho; pero conocí que ya no podía desdecirme con honra, y justamente cuando mayores motivos de contento tenía, me fué forzoso llevar á cabo mi mal aconsejada ausencia: de aquí nacieron todas mis desgracias.

» ¡Ojalá que al poner el pie en el estribo me hubiese caído muerto, que menos malo fuera para ella y para mí!

» Me encaminé á Roma maldiciendo mi fortuna, y llegué á sazón que por una puerta entraba el rey Carlos y se retiraban los nuestros por la otra desordenadamente. Hubo una ligera escaramuza en que me adelanté tanto entre unos suizos, que caí como muerto con dos heridas en la cabeza, de que curé á fuerza de tiempo y de gran cuidado.

» Habíanme herido junto á Velletri: allí me hicieron la primera cura y allí tuve que permanecer dos meses enteros sin saber nada de Ginebra, ni de su padre: sólo de cuando

en cuando oía las tristes nuevas del reino, que allí llegaban siempre abultadas por la gente de mi casa y tan recargadas de fabulosas añadiduras, que no podía entrever en ellas nada bueno.

» Al cabo recobré la salud y las fuerzas, y queriendo salir de tanta incertitumbre, monté á caballo una mañana y me vine á Roma. Encontré allí grandísimo desorden: el papa Alejandro, que al pasar el rey le había mostrado muy poca amistad, viendo ahora desesperadas las cosas del reino, y que ya se empezaba á hablar de la liga del Moro con los venecianos, estaba con la mayor zozobra, y se armaba y reforzaba lo mejor que podía á Roma y el castillo.

» Apenas eché pie á tierra, fuí á rendir homenaje á monseñor Capece, que me acarició muchísimo y quiso de todas maneras hospedarme en su casa.

» Crecía en tanto el rumor en Roma, y aguardándose de día en día la vanguardia del rey, compuesta de suizos, había gran susto, y cada cual pensaba en su seguridad.

» Al cabo llegó el ejército. El papa con el Valentino había huído á Orvieto. La gente francesa se alojó parte en la ciudad, parte fuera en los Prados (1), y se conducía tan perfectamente con los inofensivos habitantes, que todos se iban ya tranquilizando.

» Á los pocos días tomó el rey la vuelta de Toscana: sin embargo aun pasaban por Roma ahora uno y luego otro de sus capitanes, que marchaban así en reducidos pelotones para sentir menos la escasez de vituallas. Ya se habían disipado los temores, y cada cual atendía á sus negocios según costumbre.

(1) Llámase así un pedazo de campiña junto al castillo de Santángelo, entre el Tíber y el monte Mario.

» Yo que sin descanso me veía atormentado con el pensamiento de Ginebra, así que hallé coyuntura me despedí de monseñor Capece para volverme á mi casa y saber noticias ciertas; pues en todo aquel tiempo no había tenido oportunidad de hablar con persona alguna que supiese algo de positivo.

» Un día muy de madrugada me puse en camino, dispuesto á hacer jornada hasta Citerna, y desde vía Julia, donde vivía monseñor, tomé por la plaza Farnese, enderezando hacia la puerta de San Juan. Debajo del Coliseo encontré una tropa de franceses con bagajes, y cuando estuvieron cerca, vi que traían una litera donde yacía maltrecho uno de sus capitanes, que por las vendas que le cubrían la frente y las sienes, mostraba hallarse herido de la cabeza. Retirando mi corcel, me había detenido un poco para mirar al guerrero ; entonces me estremeció un grito agudo : volví la cabeza, vi á Ginebra, que en el lado opuesto de la litera, iba á caballo en compañía de los franceses. ¡Dios mío, cuán demudada! No sé cómo no vine al suelo : estallaba mi pecho debajo de la coraza ; pero tratando de averiguar lo que podía ser aquello, sin perderlos de vista y pensando lo peor, los fuí siguiendo hasta su alojamiento.

» Ya puedes suponer que no me atreví á presentarme de nuevo á monseñor, que me creía á muchas millas de allí y menos á Ginebra, temiendo, si lograba hablarle, oir de su boca lo que no hubiera podido escuchar, si bien al mismo tiempo anhelaba aclarar el misterio : en fin no sabía qué resolver.

» Llevado por mi caballo que tenía la querencia en las caballerizas de monseñor, me encontré en Banchi de la Chiávica, junto á la tienda de un tal Franciotto, llamado de la

Barca, porque se ocupaba en trasportar mercaderías desde Ostia á Ripagrande. Era éste muy amigo mío, y me salió al encuentro; eché pie á tierra, y retirándome con él á un lado, le dije que por ciertos motivos me había despedido de monseñor y me convenía permanecer oculto. Oído esto, me ofreció una casita que tenía en un arrabal, y me llevó á ella al instante.

»Tomé el partido de comunicarle que había visto en compañía de los franceses á una doncella cuyos padres conocía, y deseaba saber cómo había caído en sus manos para darle auxilio en caso de necesidad. Mostrándole el sitio donde se había apeado, le rogué que buscase traza de hablar con alguno de sus criados, y de ponerme en paraje donde sin ser conocido pudiese lograr mi propósito.

»Él, que era de agudo ingenio, supo complacerme á maravilla. Hacia la media noche fué á buscarme y me llevó á una hostería, donde hallamos á un hijo suyo que ya había engatusado á uno de los escuderos del barón francés, y dándole de beber, le había puesto á punto de charlar de lo lindo. Cabalmente llegamos en la mejor ocasión.

»Franciotto logró con pocas palabras hacerle decir lo que nunca hubiera yo querido saber. Con respecto á la joven nos contó que al llegar ellos á Capua, cuyos habitantes hicieron gran resistencia, penetraron á viva fuerza y casi saquearon la población; que su amo Claudio Grajano de Asti (así dijo llamarse) entró con muchos soldados en casa del conde Monreale, que había sido herido en el asalto y no podía defenderse; que llegó á la habitación donde yacía éste, y allí se puso su hija de rodillas pidiendo favor para sí y para su padre. Grajano estaba furioso y decidido á hacer daño; por lo cual, incorporándose el conde lo mejor que

pudo, le dijo: «Cuanto en el mundo poseo, sea para vos; » tomad por mujer á mi hija, y salvad su decoro del furor » de los soldados.» Y temblando Ginebra por la vida de su padre y por la suya, no tuvo ánimo para oponerse. Dos días después el conde era difunto.

» Yo me mordí las manos pensando que, si me hubiese encontrado allí, talvez no cayera ella en manos de aquel perverso; pero no había remedio.

» Salí de la hostería, y toda la noche anduve vagando por las calles como un loco; mil veces estuve tentado por acabar mi vida. La divina misericordia me contuvo. El dolor, la agonía del corazón que experimentaba eran tales, que no pueden las palabras explicar ni la milésima parte: sentía en el pecho una opresión que me dejaba sin aliento y me iba sofocando por instantes. No pudiendo sufrir ya una existencia tan dolorosa y trabajada, imaginé las más extrañas resoluciones, los remedios más insensatos del mundo. Ora me proponía matar al marido, ora buscar la muerte de cualquier manera, para manifestar á Ginebra que á tal extremo me había visto reducido por amor de ella, y me consolaba la idea del pesar que mi triste fin le causaría; de idea en idea iba casi perdiendo el juicio.

» Después de pasar de este modo algunos días, quise una noche probar fortuna. Embocéme en una capa hasta los ojos, bien cubierta la cabeza con una gorra, llegué á su puerta y llamé. Salió á la ventana una criada y me preguntó qué quería: « Decid á la señora, respondí, que un hombre » que viene de Nápoles desea hablarle y le trae nuevas » de los suyos.» Hiciéronme entrar y me dejaron en una sala baja con una lucecilla que apenas daba un poco de resplandor. Parecióme estar ora á la puerta del cielo, ora

más profundamente metido en el infierno, y era tal mi turbación, que me temblaban las rodillas : tuve que dejarme caer en un sillón.

» Á los pocos minutos, que se me hicieron siglos, sentí por la escalera la pisada y el crujir del vestido de Ginebra: me quedé casi sin aliento. Entró y permaneció algo apartada mirándome : yo ¿lo creerás? ni podía hablar, ni moverme, ni pronunciar un acento ; pero apenas me hubo reconocido, lanzó un grito, y hubiera caído al suelo desmayada, á no sostenerla por el brazo. Le afloqué un poco la ropa, espantado de la importancia del caso y recelando que allí me encontrasen ; con el agua de un refrescador que estaba cerca le humedecí la frente. Pero las abrasadoras lágrimas que brotaban de mis ojos é inundaban su rostro, fueron más poderosas y le volvieron la vida. Yo no supe hacer mas que tomarle una mano y apretarla contra mis labios con tal pasión que creí que el alma se me huía en aquel momento.

» Así estuvimos un rato ; al fin, trémula como la hoja del árbol, se desprendió de mí, y con voz apenas perceptible, me dijo :

» — ¡Héctor, si supieras lo que ha sucedido !...

» — Lo sé, repuse, harto lo sé, y sólo te pido que me permitas morir á tu lado y verte alguna vez mientras me dure la vida.

» En esto se oyó ruido en la habitación que daba encima ; discurrió por mis huesos el hielo del terror, recelando, si sería descubierto, de aumentar sus penas. Despidiéndome más bien con gestos que con palabras, supliqué me sacasen de allí, y salí poco después menos afligido y desconsolado.

»En tanto no curaba el marido de su herida, y cada día iban á visitarle muchos franceses, nobles y prelados. Aunque el peregrino rostro de Ginebra descubría el interno pesar que la devoraba, su belleza, mayor si cabe con la melancólica palidez del cutis, tenía cierto carácter apasionado que no consentía mirarla sin quedar rendido; de manera que aquellos señores se maravillaban al contemplar su juventud, su gracioso atavío, su angelical compostura, y no se cansaban de alabarla y ponderarla en todas partes con tal exceso, que llegó su fama á oídos del Valentino.

»En Roma se hablaba entonces mucho de él. Su hermano el duque de Candia había sido asesinado en la calle por la noche aun no hacía un mes, y á él se achacaba este delito; por lo cual, depuesta la púrpura cardenalicia, se había entregado con ardor á las armas, y se decían de él tantas cosas, que nadie sabía qué pensar. Mucho temí desde entonces que anduviese requiriendo de amores á Ginebra; y hartas palabras indecorosas escuché del pueblo, que no pude castigar por respeto á ella misma, y devoré interiormente mi despecho para no descubrir con una imprudencia mi verdadera condición.

»Mientras tanto, ya con un pretexto ya con otro, había logrado presentarme en su casa y hablar con su marido; pues aunque sólo el mirarle me indignaba, lo sufría con gusto y hubiera llevado en paciencia cualquier cosa á trueque de ver de cuando en cuando á Ginebra, con la cual desde la primera vez que te he referido, no volví á usar palabras amorosas, convencido de que hubiera sido perder tiempo, que harto bien conocía su modo de pensar.

»El tal Grajano de Asti era un hombre vulgar, ni feo ni bonito, ni bueno ni malo; buen soldado sí; pero que hu-

biera servido al gran Turco, si le hubiese dado más paga. Los bienes de Ginebra le hacían bastante rico, y la quería como se quiere una hacienda, por la renta que da, no por otra cosa.

» Así pasó algún tiempo. Por la noche podía ver á Ginebra, porque el marido no recelaba de mí; disgustado con su herida que tardaba mucho en cerrarse, y no siendo muy entendido en cosas de amor, tenía en la cabeza algo mas en que pensar; así podía hallarme con más frecuencia que antes al lado de la triste joven.

» Queriendo en tanto el Valentino reunir gente para la empresa de Romaña, contó con Grajano de Asti, que ya iba estando en disposición de montar á caballo. Supe de qué manera había conquistado su voluntad y cómo se habían convenido á la primera conferencia. Concertáronse por veinticinco lanzas, y el marido de Ginebra creyó haber hecho un trato ventajosísimo.

» Fué una noche el duque á casa de Grajano para cerrar el convenio, y hubo cena á la cual concurrieron algunos prelados franceses y varias lanzas que estaban sin compromiso y trataban de alistarse con él, que por entonces á cualquiera admitía.

» Casi estuve tentado por ofrecerle mis servicios para seguir la fortuna de Ginebra, siguiendo la de Grajano; pero sin que pueda decirte por qué, no hice nada ni fuí á verlos aquella tarde. Anduve, ya muy de noche, vagando por los sitios más solitarios de Roma, siempre atormentándome con mil sospechas y sin poderme librar de los más extraños pensamientos que tuve jamás. Desde algunos días había encontrado á Ginebra más abatida, y de vez en cuando me pareció ver asomar en su frente el reflejo de algún arcano, que

forma de cama lo mejor posible los lienzos que la envolvían, la sacamos del féretro y la colocamos con gran cautela sobre ellos.

» Aun no había abierto los ojos la pobre Ginebra; pero salían de su pecho algunos suspiros débiles y ahogados. Registró Franciotto la iglesia, halló por fortuna unas vinajeras, y conseguimos introducir en la boca de la desmayada algunas gotas de vino, con el objeto de reanimarla algún tanto; pero en escasa cantidad, pues no queríamos que volviese enteramente en aquel lugar. Luego, con gran cuidado, cogiendo yo por la cabeza y Franciotto por los pies las orillas del paño mortuorio, la levantamos y sin accidente alguno, gracias al amparo de la Virgen santísima, la sacamos de la iglesia, y por San Miguel llegamos á Ripa donde están las barcas. Entre ellas había una de Franciotto. No podíamos encontrar en aquel apuro un sitio mejor ni que ofreciera más seguridad. Metimos en ella á Ginebra, acomodámosle un lecho tal cual bajo cubierta, y ayudados de dos ó tres hombres que guardaban la barca, la puse á mi lado; corrió Franciotto á buscar un barbero amigo suyo, hombre de bien, para que la socorriese y le sacase sangre si era preciso.

» Tenía que pasar otra vez por Santa Cecilia. Al llegar allí, vió un grupo de hombres armados y á pie firme delante de la puerta; acercóse con disimulo, arrimado á la pared, y contó hasta treinta hombres con picas y espadas de dos manos; junto á ellos había una litera que estaba vacía. El que parecía jefe tenía la vista clavada en la iglesia, estaba embozado y se ponía ya sobre un pie, ya sobre el otro, en ademán de impaciencia. Á poco salieron dos que tenían traza de criados, y acercándose á él, le dijeron:

» — Señor excelentísimo, la caja está desclavada y vacía.

» Tanto poder tuvieron estas palabras que, desembozándose el de capa, descargó una linterna, que traía oculta, en la cabeza del criado haciéndole venir al suelo; y peor hubiera tratado al otro, si no hubiese dado á correr, porque ya tenía la mano en la guarnición de la espada. Después de fulminar maldiciones y porvidas con extremada cólera, tuvo que marcharse avergonzado.

» Franciotto había columbrado entre la gente de armas un individuo con traje curial, reconociendo en él al resplandor de las luces que llevaban, al bribonazo de maese Santiago de Montebuono. La presencia de semejante bicho en aquel sitio y entre aquella chusma le hizo concebir extrañas sospechas.

» Cuando echaron á andar los fué siguiendo desde lejos, y en vez de buscar al barbero, pensó dirigirse á maese Santiago, aunque temía que por precaución no exigiera que le acompañasen hasta la puerta algunos de aquellos soldados. Pero quiso Dios que, como vivía al principio de la Longara, cuando llegó al puente Sixto que no era su camino, dejó pasar á los otros y enderezó á su casa. Llegóse á él Franciotto debajo del arco, le dijo que nada temiese, le rogó que fuese en su compañía á Ripagrande para ver á una joven que estaba muy mala, y tantas cosas le supo ensartar que al fin lo trajo á donde estábamos nosotros.

» Así que entró debajo de cubierta, nos reconoció á Ginebra y á mí, y echó de ver que había dado en una emboscada. Llamándome aparte, Franciotto me contó lo que había visto y oído junto á Santa Cecilia; empecé á reflexionar, desgarré el velo de aquel misterio y comprendí lo que había sucedido. Y acosando y amenazando á maese Santiago,

CAPÍTULO V.

CONTINÚA LA RELACIÓN DE FIERAMOSCA.

Continuó Fieramosca su relación con estas palabras:

— Muerta Ginebra, acabó el mundo para mí. Salí de la casa con ojos espantados que no derramaban ni una lágrima. Apenas podría decir en dónde estuve y lo que fué de mí en los primeros momentos, si no me lo hubieran revelado las cosas que sucedieron después. Iba andando como un bulto pesado, ó como alguna vez acontece, bien lo sabes tú, cuando una maza de armas descarga á dos manos en el yelmo, que por un rato zumban los oídos y todos los objetos dan vueltas alrededor. Así, sin saber casi lo que me había pasado, atravesé el puente (la casa de Ginebra estaba inmediata á la torre de Nona), y arrabal arriba llegué á la plaza de San Pedro.

» Mi amigo Franciotto, apenas supo mi desgracia, fué á buscarme y me encontró tendido al pie de una columna: cómo me hallaba allí, es lo que no puedo decirte. Sentí dos brazos que se introducían por debajo de mis sobacos, que me levantaban y me ponían sentado. Entonces cobré el sentido, y le vi á mi lado. Empezó á consolarme con amorosas palabras, y de este modo fuí volviendo en mí poco á

poco. Me ayudó á levantarme, y no sin trabajo me llevó á mi casa, me desnudó, me puso en la cama; se sentó á la cabecera, y allí se estuvo sin fastidiarme con palabras y consuelos que hubieran sido de todo punto inútiles.

» Pasamos así la noche sin despegar los labios. Á mí me dió una espantosa calentura que me hacía delirar, y la alterada fantasía me presentaba de cuando en cuando la imagen de una figura enorme vestida de todas armas, que estaba de pie sobre mi pecho y me ahogaba la respiración.

» Por último la afligida naturaleza halló el alivio del llanto. Daban las cinco en el castillo y entraba el albor de la aurora por las rendijas de la ventana. Tenía colgadas de la pared encima de la cabeza la espada y las otras armas; al levantar la vista percibí la banda azul que me diera Ginebra muchos años antes. Entonces, como una ballesta que se dispara, brotaron mis lágrimas y salieron á torrentes, aliviándome el pecho y volviéndome la vida. Cuando hube llorado por espacio de una hora sin interrupción, me pareció que nacía otra vez y pude ya oir y hablar; ayudado del buen Franciotto, pasé el día regularmente, y por la tarde quise levantarme.

» Conforme volvía en mí, iba pensando qué partido me convenía tomar en semejante calamidad; y de idea en idea, desesperando de poder vivir y considerando que, si me dejaba consumir de dolor, sería insoportable este género de muerte, renacieron en mi espíritu los antiguos pensamientos de acabar entonces para volar en pos de aquella alma purísima. Y tomada esta resolución, me pareció haber adelantado mucho, y me sentí tranquilo casi del todo.

» Franciotto, que había estado conmigo desde la tarde anterior, me dejó para dar una vuelta por su tienda, y me ofre-

ció volver en breve. Eché mano á la daga (esta cabalmente que traigo ahora) y quise matarme al momento. Pensando luego que aquella misma noche se debía hacer el entierro á Ginebra, resolví verla por la última vez y morir á su lado.



Volvíme hacia la Virgen, y le hice esta oracion.... (pág. 77.)

Vestíme á la ligera, ceñí la espada, y tomando el solo bien que me quedaba, la banda azul, salí de casa.

» Pasé el puente y me encontré con el entierro. Venían

los frailes de la Regla de dos en dos y otros de varias órdenes cantando el miserere, y enderezaban por la vía Julia, por el puente Sixto, con el féretro cubierto con un gran paño de terciopelo negro.

» ¿Querrás creer que no me sobrecogí á semejante espectáculo? Imaginando que, si no en vida, nos uniríamos en la muerte, que emprendíamos el mismo viaje, y que el mismo sepulcro nos encerraría á entrambos, seguí la triste comitiva lleno de funesto júbilo, como si perteneciera ya á otro mundo, dejándome llevar sin pensar adónde íbamos. Después de pasar el puente Sixto, entramos en Santa Cecilia.

» Depositaron el ataúd en la misma sacristía donde está la tumba de santa Francisca Romana; yo permanecí á un lado, sostenido con la pared, mientras que los frailes cantaban las últimas exequias. Al cabo retumbó en las bóvedas el postrer *Requiescat in pace*.

» Salieron todos en silencio, y yo me quedé solo y casi á oscuras; no había más luz que la lámpara de la Virgen. Oí á lo lejos el murmullo y las pisadas del pueblo que salía. En esto llegó la noche, y el sacristán recorrió la iglesia sacudiendo el manojo de las llaves y disponiéndose á cerrar.

» Al pasar junto á mí me dijo : — Se va á cerrar. Yo le respondí: — Me quedo.

» Me miró, y como si me hubiera conocido, replicó :

» — ¿Eres el hombre del duque? Mucho has madrugado.... Dejaré la puerta entornada, y ya que estás aquí, me iré á mis quehaceres.

» Y sin oir respuesta, desapareció.

» Aunque apenas le prestaba atención, aquellas palabras me dieron en que pensar, y no sabía si él ó yo estábamos

soñando. ¿Qué duque es ése? ¿qué puerta entornada? ¿qué está diciendo ese loco?

» Sin atinar ni con cien leguas en la verdad, y no hallándome en aquel momento en disposición de discurrir demasiado, volví á la resolución primera, y á los pocos instantes (reinaba el mayor silencio) osé acercarme al ataúd con el temblor de la muerte.

» Quité el paño que lo cubría, y sacando la daga, que era fuerte y aguda, me puse á desclavar la caja; gran trabajo me costó levantar las cabezas de los clavos; pero tanto hice, que logré quitar la tapa.

» El hermoso cuerpo estaba envuelto en una sábana, y tenía puesto un vestido blanco como la nieve. Antes de morir quise ver una sola vez el rostro de aquel ángel. Púseme de rodillas y fuí apartando los lienzos que me vedaban el último consuelo. Levanté el postrero, y apareció la cara de Ginebra; parecía una estatua en cera. Trémulo de angustia, apoyé mi frente en la suya, y de paso le estampé un beso en los labios, acción que me pareció un delito. Aquellos labios se estremecieron casi imperceptiblemente. Pensé que me caía muerto. ¡Llegará á tanto, Dios poderoso, tu inmensa misericordia! Toqué con mis dedos su pulso. Los latidos de mi pecho me cortaban la respiración. El pulso se movía. Ginebra estaba viva.

» Figúrate mi apuro al verme solo en semejante situación. Si ella vuelve, decía entre mí, y se ve en este sitio, el susto solo puede darle muerte. No sabiendo qué hacerme, me desesperaba. Volvíme con los brazos hacia la Virgen y le hice esta oración: — ¡Oh verdadera madre de Dios! haz que yo pueda salvarla, y juro por tu hijo divino, que sólo al bien se encaminarán mis pensamientos. — Y dentro de mi cora-

zón hice solemne voto de no intentar con ella cosa alguna contraria á la honestidad, si conseguía volverle la vida, y desterrar para siempre toda idea de dar muerte al marido; idea que hasta entonces había tenido fija en la mente, resuelto á llevarla á cabo tarde ó temprano.

» Esta súplica hecha con toda el alma alcanzó el misericordioso auxilio divino.

» Franciotto que, como te he dicho, había salido de casa, cuando volvió me había visto encaminar al puente, y sospechando lo cierto, y temiendo, como después me confesó, que no tomase un partido desesperado, me había seguido sin perderme de vista. Pero, como prudente, procuraba no hablarme, y en aquellos momentos ponía el mayor cuidado en incomodarme lo menos que podía, bien persuadido de que mi situación requería, en vez de consejos, auxilios positivos en caso necesario. Entró con la turba en la iglesia, y permaneció recatado en un rincón oscuro; después me ha contado muchas veces que al verme echar mano á las armas estuvo por correr á mí y detenerme el brazo, temblando llegar tarde; pero conociendo que mi empeño era abrir la caja, se quedó quieto, y sólo al convencerse de la necesidad que tenía de socorro, determinó presentarse á mis ojos. Oí sus pisadas en el momento de concluir mi oración; volví la cara y le encontré á mi lado. Sin levantarme del suelo le abracé las rodillas, como si me diera á un tiempo dos vidas, como si fuera un ángel bajado del cielo; poniéndome luego en pie, comencé á reflexionar de qué manera podría sacar de allí á Ginebra con muchísimo cuidado y sin peligro. Tomamos al fin el paño de terciopelo que cubría el ataúd, y volviéndolo del revés, para que si cobraba el sentido no conociese en qué lúgubre lecho se encontraba, y disponiendo en

que era el hombre más miedoso del mundo, le hice cantar, y me dijo que por orden del Valentino había dado á la joven, la tarde anterior, un vino compuesto, por virtud del cual se quedó adormecida; que auxiliando él aquel engaño, la había declarado por muerta; y por último que la llevaron á la iglesia para que el duque pudiese ir á buscarla por la noche.

» Milagro fué por cierto que una trama tan bien urdida quedase tan completamente desconcertada; figúrate cuántas gracias dí al Señor.

» Volviéndome á maese Santiago le dije:

» — Escuchadme, maese Santiago. Podría dejaros en el sitio con esta daga; pero quiero concederos la vida bajo la condición de que salvéis á esta mujer. Cuidad, pues, de echar mano de todo vuestro saber, si apetecéis salir sano de este lance. Y si decís luego á alma viviente el éxito de mi empresa, os mataré como á un perro do quiera que os encuentre.

» Lleno de susto, maese Santiago me prometió todo lo que quise, y con gran premura empezó á atender á la desmayada; entonces, después de oir el parecer de Franciotto, mandé desatar la barca, y río abajo llegamos á la Magliana cuando iba á amanecer.

» Maese Santiago nunca dijo cosa alguna de esta ocurrencia.

» Entonces Ginebra había ido cobrando el sentido, y abriendo los ojos los revolvía con asombro en derredor. Convencido yo de que estaba viva, y pareciéndome haber hecho un milagro, daba con todo corazón gracias á Dios, hincado de rodillas junto á la cama que se le había dispuesto en un cuartito de Franciotto.

» Al poco tiempo retiró la mano en la cual ponía yo la frente y tal vez los labios, y apartando los cabellos que me caían encima de los ojos, me miró fijamente. Luego me dijo:

» — ¿Eres tú, Héctor mío? Pero ¿cómo nos hallamos aquí?... ¿dónde estamos?... éste no es mi cuarto... ni ésta mi cama... ¡oh Dios! ¿qué ha sucedido?

» En esto Franciotto, que se asomaba de cuando en cuando para ver qué tal estaba la enferma, se presentó en la puerta. Ginebra lanzó un grito, y echándose en mis brazos toda trémula, dijo:

» — ¡Socórreme, Héctor! ¡mírale! ¡mírale! ¡Virgen Santísima, amparadme!

» Yo me esforzaba en tranquilizarla lo mejor que podía; pero en vano, pues se asustaba tanto de ver á Franciotto, que parecía que los ojos se le iban á saltar del cráneo. Conocí su equivocación, y le dije:

» — Serénate, Ginebra; no es éste el duque, sino un buen amigo mío, que te compadece y te estima de veras.

» Á estas palabras depuso enteramente su temor, y se volvió con rostro jovial hacia Franciotto, como si le pidiera perdón. ¡Figúrate cuántas maldiciones echaría yo en mis adentros á aquel infame!

» Entonces me exigió Ginebra que le explicase cómo se hallaba allí; y yo la rogué que por entonces se contentara con fiarse de mí, y cuidar sólo de su salud que necesitaba mucho sosiego; y tanto le dije, que conseguí serenarla. Á media mañana le dimos un cordial, y se quedó dormida.

» Pero yo velaba. Bien conocía que sería locura esperar que se decidiese á permanecer conmigo; y que á mi pesar, y talvez al suyo, querría volverse con su marido, apenas lo consintiese el recobro de sus fuerzas. Por esto envié á Fran-

ciotto á Roma para que se informase de lo que por allí sucedía, y de cómo se hablaba de nuestra aventura.

» Volvió á la tarde trayendo la noticia de que el Valentino se había movido con su gente y enderezado hacia la Romaña, llevándose consigo á Grajano y su compañía. Nadie sabía qué empresa intentaba acometer primero.

» Contéle á Ginebra todo lo sucedido, y al escuchar lo que habían hecho con ella, vacilaba entre varios pensamientos sin saber qué determinar. Manifestéle que de ningún modo le convenía volver á Roma, donde el Valentino podía encontrarla con facilidad, y desquitarse del primer golpe que diera en vago; que su marido, atento sólo á los negocios de la guerra, y hechura del duque, difícilmente conseguiría defenderla, aunque tuviese la mejor voluntad; y *luego* ¿cómo, en dónde encontrarle?

» Supliqué á Ginebra con grandísimo fervor que no se opusiese á una disposición casi divina, que por caminos tan extraordinarios nos había reunido, sacándola de una condición llena de asechanzas y peligros; que reflexionase que ausentándonos de allí, podríamos, á favor de la supuesta muerte, dirigirnos, sin excitar sospechas, á paraje donde libre y tranquila podría al menos aguardar y ver qué giro tomaban las cosas con respecto á la suerte de su marido y á la suya propia; y levantando la voz, añadí estas formales palabras:

» — ¡Ginebra! juro á la Virgen Santísima que estarás en mi compañía, lo mismo que si estuvieras en la de tu madre.

» También Franciotto me ayudaba, y al cabo la buena Ginebra con muchos suspiros y no pudiendo vencer enteramente el remordimiento que la afligía, me dijo:

» — Héctor, sé tú mi guía: á ti te toca demostrar que sólo el cielo me ha puesto bajo tu guarda.

» Adoptada esta resolución, eché á maese Santiago otra arenga con la daga en la mano, y le envié á Roma en compañía de Franciotto, del cual me aparté con el mayor sentimiento. Entramos otra vez en la barca con nuestro sencillo ajuar, nos apartamos de allí, y río abajo llegamos á Ostia y enderezamos sin perder tierra hasta Gaeta. Todavía estaba el reino en poder de los franceses, y siendo muy su amigo el duque, no me parecía estar seguro de él mientras no me hallara á cien leguas. Por esto procuraba, sin fatigar demasiado á Ginebra con jornadas continuas, alejarme de aquellas costas; quiso Dios que llegáramos á salvamento á Mesina, y le dí gracias de todo corazón porque nos había librado de tantos peligros.... »

Al llegar aquí, Fieramosca vió que salían del campo muchos hombres á caballo, y se dirigían hacia donde estaba con su amigo; por lo cual añadió:

— Mucho me quedaría que contarte; pero ya vienen y no hay tiempo. Concluiré diciendo que pasamos cerca de dos años en aquella ciudad. Retiróse Ginebra á un monasterio, y yo que pasaba por hermano suyo, la visitaba todas las veces que podía.

» Pasado este tiempo volvió á encenderse la guerra entre españoles y franceses. La vida que llevaba me pareció al cabo harto indigna de un soldado y de un italiano; y hallándome comprometido con el voto que había hecho en Santa Cecilia, no podía esperar virtuoso fin á nuestros amores.

» Toda la Italia tomaba las armas; los franceses parecían los más fuertes. Además del amor á la patria que me

impelía á combatir al enemigo más peligroso, tenía antiguas cuentas que ajustar con los franceses y con sus insolencias. Te confesaré también, que veía más seguridad para Ginebra á la sombra de las banderas españolas, adonde no podía alcanzar la maldad del duque Valentino.

» Convencida de la exactitud de estas razones la valerosa Ginebra, que á pesar del amor que me tenía, no podía sufrir que yo permaneciese quieto mientras otros peleaban en defensa de la Italia, me determiné; y después de escribir al señor Próspero Colonna, que reunía gente para Gonzalo, me alisté en su bandera.

» Hallábase por entonces con la compañía en Manfredonia: salimos, pues, de Mesina por mar, y nos dirigimos allá. En este viaje nos sucedió un accidente particular.

» Estábamos anclados en Táranto: después de descansar allí, zarpamos del puerto una mañana para Manfredonia. Había una espesa niebla de Mayo, y nuestro barco que tenía dos velas latinas y doce remos, volaba por la superficie de un mar llano como una mesa. Á medio día nos vimos encima y á tiro de arcabuz cuatro naves que nos llamaron á plática. Yo quería huir, y hubiera podido lograrlo, pues teníamos el barlovento; pero considerando que podían hacernos mucho daño con la artillería, resolví acercarme.

» Eran unos buques venecianos que venían de Chipre, y llevaban á Venecia á Catalina Cornaro, reina de aquella isla. Al saber quiénes éramos, nos dejaron en libertad, y seguimos el viaje detrás de ellos.

» Era muy de noche y se hacía más densa la niebla: yo tuve á buena suerte el haber encontrado aquel convoy, que, con tanta oscuridad, nos ayudaba á no perder el rumbo. Á la media noche dormía Ginebra, y sólo había dos hombres

en pie para cuidar de las velas y dirigir el barco; pero ellos también se iban durmiendo poco á poco.

» Sentado yo en la proa, seguía vigilando y revolviendo mil pensamientos. Todo estaba callado. Parecióme de repente escuchar en la cubierta de la nave que iba delante á medio tiro de ballesta, los pasos de algunos hombres: les oí hablar muy bajo, pero en tono concentrado y lleno de cólera; presté atención: mezclábase con la otra una voz de mujer como pidiendo gracia; luego sonó un llanto, que cesaba á intervalos, cual si se intentara sofocarlo.

» Por fin percibí un chapuzón, como de un cuerpo que cayera al mar. Levantéme sobresaltado, y apretando las cejas distinguí una cosa blanca que se agitaba á flor de agua; tiréme al mar, y braceando un poco me encontré á su lado; cogí el bulto por la ropa, y aferrándolo con los dientes, volví á mi barco trayendo conmigo un cuerpo.

» Los dos vigilantes, que se habían despavilado al ruido, pudieron ayudarme á subir y á levantar hasta la cubierta á la persona que yo remolcaba. Hallamos que era una joven sin más ropa que la camisa, atadas las manos con un cordel grosero, y que no daba señal de vida. Á fuerza de trabajo logramos que se volviera en sí. Hicimos por quedarnos muy atrás de los venecianos, que siguieron su camino sin parar mientes en nosotros. Arriamos las velas y aguardamos quietos á que viniese el día. Al salir el sol, refrescó el viento, y á las pocas horas nos hállamos en Manfredonia, donde me presenté al señor Próspero, y alojé en la hostería á Ginebra y los demás.

» Tú desearás saber quién fuese la doncella que saqué del mar; pero no puedo complacerte, porque también lo ignoro. Nunca he podido, ni tampoco Ginebra, sacarle una

palabra acerca de su nombre y procedencia. Se conoce que ha nacido en Levante, y seguramente es turca. Nunca he visto mujer más justificada, más leal, ni más amable; pero al mismo tiempo es altiva y tan valiente que nada la asusta, ni el estruendo de las armas: en los peligros más parece hombre que mujer.

» Desde aquel día no se ha separado de Ginebra. Pude conseguir que la abadesa del convento de Santa Úrsula recibiese á las dos en su monasterio, donde por ser tan poca la distancia, puedo ir á visitarlas á menudo, ahora que la guerra nos tiene encerrados en Barletta. »

CAPÍTULO VI.

EL DUQUE DE NEMOURS. — EL CARTEL DE DESAFÍO.

Llegaron en esto los franceses que debían introducir en el campo á Fieramosca y Brancaleone. Levantáronse los dos amigos, montaron á caballo y se fueron con ellos.

Atravesaron entre dos largas filas de tiendas y barracas, mirando el atavío de aquella gente que les salía al camino para averiguar á qué venían; y en medio de una turba de soldados desembocaron en una plaza formada por varios pabellones dispuestos en círculo, en cuyo centro y debajo de una enorme encina se distinguía el del capitán.

Allí estaba reunida la flor de los jefes del ejército. Echaron pie á tierra los dos jóvenes y entraron. Después de algunos cumplimientos tan corteses como lacónicos, les trajeron dos taburetes en que se sentaron de espaldas á la puerta.

La tienda, que interiormente estaba colgada de paño azul en que se veían sembradas muchas flores de lis de oro, tenía la figura de un cuadrilongo, dividido en dos cuadros iguales por cuatro delgadas columnas de madera estriadas de

azul y oro. En el fondo estaba el lecho cubierto con una piel de leopardo, al pie del cual yacían dos grandísimos lebreles. Junto á la cama había una mesa en que se miraban confusamente amontonados frascos, cepillos, collares y dijes, como también un espejo polígono encerrado en un marco de plata trabajado á cincel, mostrando que el gentil duque no desdeñaba de acicalarse. Y si un elegante de nuestros días hubiera echado menos en aquella *toilette* el indispensable frasquillo de agua de Colonia, encontraría subsanada esta falta con dos grandes vasos de plata sobredorada, en los cuales se leía : *Eau de Citrebon* y *Eau Dorée*. Colgaban de las columnas, á guisa de trofeos, armaduras de varias especies y muchas lanzas y azagayas colocadas de través sobre gruesas escarpias.

Debajo de éstas, hacia el medio de la tienda, estaba sentado Luis d'Armagnac, duque de Nemours, virey de Nápoles, nombrado por Luis XII capitán de aquella guerra. Vestía una capa azul forrada de martas ; sus nobles facciones resplandecían con el brillo de la juventud, del valor y de la cortesía caballeresca. D'Aubigny, Ivo de Alegre, Bayardo, Mr. de la Palisse, Chandenier, á su lado; y algo más allá otros barones y caballeros de menor cuenta, que formaban en derredor una especie de corona, dentro de la cual estaban encerrados Héctor y Brancaleone.

Como este último entendía algo más de reveses y mandobles que de arengas y peroratas, dejó á Fieramasca el encargo de exponer las razones de aquella embajada.

Levantóse el joven y dirigió á los circunstantes una rápida mirada en que se descubría la altivez sin insolencia que el lugar, los circunstantes y lo que iba á decir exigían. Refirió el insulto de La Motte, propuso el desafío, y por

cumplir con las formalidades de costumbre, desdobló el cartel y leyó en voz alta la fórmula siguiente :

Haut et puissant Seigneur Louis d'Armagnac, duc de Nemours:

Ayant appris que Guy de la Motte, en présence de D. Íñigo López de Ayala, a dit que les gens d'armes italiens etoient pauvres gens de guerre; sur quoi, avec votre bon plaisir, nous respondons qu'il a meschamment menti, et mentira toutes fois et quantes qu'il dira telle chose; et pour ce, demandons qu'il vous plaise nous octroyer le champs à toute outrance, pour nous et les nostres contre lui et les siens, à nombre égal, dix contre dix.

Die VIII Aprilis MDIII.

PROSPERO COLONNA.

FABRITIO COLONNA (1).

Leído el cartel, lo arrojó al suelo á los pies del duque: desenvainó Bayardo la espada y lo levantó con la punta. Iba Héctor á concluir su discurso, cuando al dirigir la vista hacia un escudo bruñidísimo que tenía en frente y retrataba á los que detrás de él estaban, descubrió en él la figura de Grajano de Asti ; quedó algo turbado, y volviendo la cara, vió á dos pasos al marido de Ginebra que con los demás le estaba escuchando.

Este descubrimiento tan repentino como inopinado quitó á las últimas palabras de su razonamiento aquella fuerza

(1) Alto y poderoso señor Luis de Armagnac, duque de Nemours. — Habiendo sabido que Guy de La Motte, en presencia de D. Íñigo López de Ayala, ha dicho que los hombres de armas italianos eran pobre gente de guerra, á lo cual, con vuestro beneplácito, respondemos que ha mentido villanamente, y que mentirá cuantas veces lo diga ; os pedimos que os sirváis otorgarnos campo á todo trance para nosotros y los nuestros contra él y los suyos, en número igual, diez por diez.—Día 8 de Abril de 1503.

que hubiera deseado comunicarles. Los que no tenían noticia de su historia atribuyeron este accidente á una causa muy distante de la verdad y no poco perjudicial al honor de Fieramosca. Sonriéronse algunos guerreros franceses, y



Fieramosca, Brancaleone y el duque de Nemours.

no faltó quien dijese por lo bajo que no sería muy temible quien mostraba turbarse con sólo oir hablar de batalla. Notó nuestro joven la risa y la murmuración, y sintió una

llamarada de fuego en las mejillas; pero se contuvo reflexionando: « en la prueba verán si tiemblo ».

Fué la respuesta del duque nada escasa de palabras y tanto más jactanciosa cuanto que en la turbación del mancebo italiano había creído entrever muy poca firmeza de espíritu.

En breves minutos se concluyó el parlamento; los dos mensajeros hallaron en una tienda inmediata algunos refrescos para ellos y sus caballos.

También Grajano había reconocido á Fieramosca: echó á andar tras él, así que le vió salir de la tienda del duque, y le alcanzó á los pocos pasos saludándole, con la cara desdeñosa que suelen poner los que estiman en los hombres más los dones de la fortuna que las prendas de la virtud. Conocióle en menguada situación, y le pareció que no había adelantado mucho desde que le viera en Roma.

— ¡Oh! le dijo, señor Juan.... no, señor Mateo... ¡qué diantres! no me acuerdo..... pero no importa. Así, pues, los que no mueren vuelven á verse algún día.

— Seguro, respondió Fieramosca, que á pesar de su carácter generoso no podía vencer cierto sentimiento de despecho delante de aquel hombre á quien tenía por dichoso y autorizado poseedor de la mujer que más que la vida amaba. Tuvo intención y aun hizo esfuerzos para no dejar aquel *seguro* tan seco y pelado; pero fueron inútiles, y se vió en la necesidad de callar. No era hombre Grajano que reparase en semejantes medias tintas: viendo que la conversación se acababa, añadió:

— Vaya, ¿qué hacemos de bueno? ¿estamos por España, eh?

Pareció á Héctor que semejantes preguntas en plural

mostraban cierta convicción de superioridad y altanería, y respondió:

— ¿Qué hacemos de bueno? Vos, no sé. Yo soy lanza del señor Próspero.

— ¡Ola! no olvidéis el proverbio:

> Orsin, Colonna e Frangipani
> Riscuoton oggi e pagano domani (1).

Corría entonces este dicho entre los soldados aventureros del ejército italiano y provenía de la penuria de dinero que á menudo aquejaba á los barones de la campiña de Roma, que por esta razón eran más codiciosos que los otros y menos puntuales en satisfacer las pagas de sus propios soldados.

No estando para chanzas Fieramosca en aquel momento, tomó el partido de callar; mas, por no mostrarse descortés, preguntó á su interlocutor cómo se había separado del Valentino.

— ¡Oh! respondió Grajano, porque el tal pide mucho y ha puesto demasiada carne en el asador; si llega á morir el papa, todos se desplomarán sobre él y le harán soltar capital é intereses. Basta, porque de ese individuo es mejor no decir ni bien ni mal. Ahora me he acomodado aquí y estoy tan contento que no me trocaría por el pontífice romano.

Durante este diálogo habían llegado á la tienda en donde encontraron que comer. Así que concluyeron y se quitó la mesa, envióles el duque un recado para que fuesen por la respuesta.

(1) Orsini, Colonna y Frangipani cobran hoy y pagan mañana.

Como es fácil presumir, respiraba ésta orgullo y jactancia hasta más no poder. Decía que los franceses se hallaban dispuestos á pelear; que habían de ser trece en lugar de diez, número que se tenía por de mal agüero y que se elegía para presagiar desastre á los italianos.

Entregaron á los mensajeros una carta cerrada para Gonzalo y separadamente una lista de los combatientes elegidos por parte de los franceses.

Después de despedirse del capitán, volvieron al pabellón para aguardar allí que les dieran los caballos. Sirviéronles en tanto algunos frascos de vino y bebieron en compañía de muchos caballeros, entre los cuales se hallaba Bayardo. Así que hubieron bebido, rogó éste á Fieramosca que le enseñase la lista de los combatientes; sacóla Héctor del seno y la puso en sus manos; entonces se agruparon los circunstantes al rededor de Bayardo, el cual leyó los siguentes nombres :

Charles de Torgues, Marc de Frignes, Giraut de Forses, Martellin de Lambris, Pierre de Liaye, Jacques de la Fontaine, Eliot de Baraut, Jean de Landes, Sacet de Jacet, Guy de La Motte, Jacques de Guignes, Naute de La Fraisse, Claude Grajan d'Asti.

— ¡Claudio Grajano de Asti ! exclamó Fieramosca mirándole con asombro.

— Sí, Claudio Grajano de Asti, respondió éste. ¿Os parece que no soy tan alto y corpulento como los demás?

— Pero decidme, señor Claudio ; ¿sabéis por qué motivo es el duelo ?

— ¡Toma! ¿soy por ventura sordo? Lo sé sin duda.

— Sabréis entonces que los italianos han sido tachados

de cobardes y de traidores por los franceses y que por esto van á pelear. Decidme ahora, ¿de dónde sois vos?

— De Asti.

— ¿Y Asti dónde está sino en el Piamonte? ¿Y el Piamonte es Italia ó es Francia? ¿Y siendo vos soldado italiano, queréis reñir en las filas de los franceses contra el honor de los italianos?

Fuego echaba Fieramosca por los ojos al pronunciar estas palabras. Otras más graves hubiera usado, á no acordarse del voto que le impedía sacar las armas contra aquel hombre.

Pero Grajano, que ni con cien leguas adivinaba el sentido de lo que le decía Fieramosca, no pudo comprender al pronto adónde iban á parar tantas preguntas. Enteróse por fin, no sin bastante trabajo, cuando el otro hubo concluído, y le pareció lo que oyera la mayor necedad del mundo; por lo cual, sin dignarse responder directamente, se volvió con toda intención á los demás, y les dijo riendo:

— ¡Oh! ¡habéis oído cosa más peregrina! ¡Cualquiera diría que ésta es la primera vez que tomo la lanza en la mano! Ríome yo de los italianos y de quien bien quiera á la Italia: á quien me paga, á ése sirvo. ¿No sabéis, gallardo joven, que para los soldados, donde hay pan hay patria?

— Yo no me llamo *gallardo joven*, sino Héctor Fieramosca, repuso éste, que no podía ya contenerse; y nada sé de esas infamias que estáis diciendo. Y si no fuera...

Llevó involuntariamente la mano á la guarnición de la espada; pero la retiró al momento, y siguió hablando con la fisonomía contraída de quien se ve precisado á tragar un bocado amargo.

— Lo que no puedo llevar en paciencia, vive Dios, es

que estos nobles caballeros y vos, señor Bayardo, que sois el primer hombre del mundo en nuestra pro esión y el más honrado y leal, tengáis que oir á un italiano decir semejantes vituperios contra su patria. Pero ¿quién ignora que en cualquier país hay traidores?

—¡El traidor serás tú! gritó tronando el piamontés.

Ambos echaron mano á las espadas; pero no las desenvainaron enteramente, pues muchos de los circunstantes se pusieron de por medio y los detuvieron, recordando que los mensajeros no podían ofender ni ser ofendidos. Grandes fueron los gritos y el tumulto; mas la voz de Bayardo que las cubría todas, consiguió restablecer el orden y el sosiego. Lleváronse á Grajano de allí empleando la fuerza.

Después que Fieramosca acabó de envainar su acero, descargando una buena palmada en el pomo para cerrarlo mejor, se volvió á Bayardo, pidiéndole perdón por aquella ocurrencia.

Éste le puso entrambas manos sobre los hombros, mirándole con fija atención; casi ruborizado el joven, bajó los ojos. Después de permanecer en la misma postura un breve espacio, besóle en la frente y le dijo: *Benoiste soit la femme qui vous porta* (1).

Al cabo de una hora caía el puente levadizo de Barletta para dar paso á Héctor y á Brancaleone que estaban ya de vuelta.

(1) Bendita sea la mujer que te llevó en su seno

CAPÍTULO VII.

LOS DOS HUÉSPEDES DE LA HOSTERÍA DEL SOL.

La mañana de aquel día, que los italianos emplearon en disponer la batalla, no fué tampoco perdida para los huéspedes que desde la noche anterior ocupaban los cuartos que daban sobre la cocina de la hostería del Sol. Sus nombres, que para todos, menos para el cabo de escuadra Boscherino, son todavía un secreto, no lo serán tampoco para nuestros lectores. Eran César Borgia, duque Valentino, y don Miguel de Corella, uno de sus tenientes.

Comparar á estos dos perversos con los animales más dañinos y más enemigos de todo ser viviente, fuera escaso encarecimiento. Los animales obran por instinto, y el instinto tiene señalados límites. Pero ¿qué límite tendrán para la maldad unos corazones pervertidos, guiados por unos ingenios de diabólica sutileza, dotados de poder, de valor (que por desgracia no todos los malvados son cobardes) y de inmensas riquezas?

El hijo de Alejandro VI, terror de la Italia y de cuantos en ella poseían oro, bienes ó mujer bonita, se hallaba casi solo en una casucha miserable, en medio de muchos que

con la vida compraran el placer de descargar sobre él el peso de sus venganzas.

Aquellos que ignoran cuánta seguridad puede hallar dentro de sí misma un alma de fuerte temple asociada con un talento frío y calculador, darán á tal confianza el nombre de temeridad. Pero el duque conocía bastante sus naturales recursos, y poniendo en un lado de la balanza el peligro y en el otro la ganancia que podía sacar de su venida á Barletta, hallaba favorables todas las probabilidades.

Dos motivos le impelieron á este viaje. Uno, encontrar á Ginebra, que según varios indicios creía se hallaba con Fieramosca; y si bien no se debe suponer que estimase más á ésta que á cualquier otra mujer, puédese al menos asegurar que le escocía en extremo el haberse visto burlado por ella. Nacía el otro motivo de razón de estado; y para dar de él clara idea á nuestros lectores, es necesario convertir por un instante su atención hacia los tenebrosos manejos de la política de entonces.

El poderío de la casa de Borgia, procedente de la exaltación del cardenal Rodrigo Lenzuoli al trono pontificio, había crecido en tan gran manera con las armas espirituales y temporales, con los amaños, con los enlaces y con los auxilios de Francia, que todos los príncipes, todas las repúblicas italianas le miraban con recelo. César, antes cardenal poco satisfecho con la púrpura, se propuso poseer sin rivales la herencia entera de su padre y coger el fruto de los delitos comunes. El duque de Candia, su hermano, gonfalonero de la Santa Iglesia, á quien el papa pensaba dar pingües dominios en Italia, era el único obstáculo á su desmedida ambición. Un puñal pagado por el cardenal, ó según algunos, vibrado por su propia mano, quitó una noche aquel

obstáculo. Un pobre hombre que estaba velando para cuidar de las barcas de carbón en Ripetta, vió llegar tres hombres á la orilla del río; uno que venía á caballo era el cardenal; traía á la grupa el cadáver de su hermano que los otros dos



El hijo de Alejandro VI... hallábase casi solo en una casucha miserable... (pág. 99.)

cogieron por la cabeza y por los pies, y lo lanzaron al Tíber; lavaron la grupa del caballo manchada de sangre, y desaparecieron por una callejuela oscura.

Al cabo de un mes el Valentino, depuesta la púrpura, se presentó á la cabeza de un ejército. Valiéndose, ora de la fuerza, ora de la traición, ocupó en breve á Faenza, Cesena, Forlí, la Romaña, parte de la Marca, Camerino y Urbino. Pero su modo de conquistar, las astucias empleadas para conservar el dominio, las infinitas injurias hechas á tantos, encendieron contra el duque un odio universal, que para estallar sólo aguardaba una ocasión. Podía ésta proporcionarse de dos maneras: ó muriendo su padre, ó faltándole el auxilio de la Francia. La edad del papa y la siempre fluctuante fortuna de los franceses en Italia le impelían á proveerse de otros apoyos para cuando le faltasen éstos.

Su vista que descubría cualquier manejo, que indagaba los pensamientos, que penetraba en los más cerrados corazones, le descubrió cuál era entonces realmente la situación de la Italia. Conocía el impetuoso valor de los franceses, más apto para vencer en una jornada, que para sostener las fastidiosas molestias de una guerra larga y de poco provecho.

Presentía que Gonzalo era el único capaz de abatir su orgullo; veíale próximo á domar la suerte de las lises con su valor, con su prudencia, con su terrible perseverancia. Parecióle, pues, muy conveniente añudar con él alguna alianza, para tener franca una puerta si le faltaban los antiguos amigos. Un paso tan atrevido y que podía perderle enteramente si los franceses llegaban á traslucir que lo hubiese dadó, no podía encargarse á la fidelidad de nadie. Por estas razones había salido ocultamente de Sinigaglia y se había trasladado á Barletta.

Una hora quedaba hasta al amanecer; el Valentino que tenía de aquellos temperamentos férreos que apenas nece-

sitan descanso, se levantó, llamó á don Miguel, que ya estaba alerta para acudir puntual, y dándole una carta le dijo:

— Ésta para Gonzalo. Te dará un salvoconducto. Si te pregunta de mí, le dirás que no estoy en Barletta, sino muy cerca. Anoche los soldados que estaban de broma abajo me dieron nuevas extensas de Ginebra. Ahora estoy seguro de que ese tal Fieramosca la tiene consigo, ó no demasiado lejos: supongo que en algún paraje á donde se va por mar. Antes de la tarde quiero saber dónde está. Busca á Fieramosca, y procura que no me escapen.

Recibió don Miguel la carta y las órdenes de su señor, sin proferir una palabra. Volvió á su cuarto, se vistió, y cuando fué de día, echándose en la cabeza el capuchón, se encaminó á la fortaleza.

Mientras don Miguel salía, el duque se había asomado á la ventana, desde donde le miraba con malísimos ojos y poniendo una cara que para cualquier otro hubiera presagiado desgracias. Y sin embargo, entre cuantos malvados tenía á sus órdenes, ninguno con más razón que éste podía llamarse el alma de sus empresas; y si cabe fidelidad en un hombre de esta ralea, había dado pruebas de ella á su señor en más de una ocasión de suma importancia. Mas por lo mismo que le debía grandes obligaciones, por lo mismo que no podía deshacerse de él sin cortarse el brazo derecho, le aborrecía César Borgía con sus cinco sentidos. Su origen era poco conocida. Muchos decían fuese natural de Navarra; y acerca de los motivos que le había llevado al servicio del duque, se contaba un caso extraño de cierta venganza que tomó contra un hermano carnal de la manera que vamos á referir.

Tenía don Miguel una mujer joven y hermosa; vivía también en su casa un hermano menor, que era soltero. Pudo tanto en el pecho del joven la belleza de la cuñada, que despreciando los respetos debidos á su entenado, alcanzó reducirla á su voluntad. Pero no supieron ocultar tanto su intriga, que no la descubriese una criada, la cual fué con el soplo al marido. Acechó éste, y logró sorprenderlos; sacó un puñal para herir á los dos á un tiempo; pero tan buena maña se dieron, que se deslizaron de entre sus manos sin más daño que una herida muy ligera. Grande fué la ira que en él despertó el recibido ultraje; sin perder tiempo se dió á seguir, con ánimo deliberado de matarle, la pista de su hermano, el cual iba huyendo con su cuñada para ponerse en cobro. Sabiendo éste que había jurado su muerte, logró ocultarse tan perfectamente que por muchos años consiguió burlar su intención; esto dió margen á que desesperando el ofendido conseguir su venganza, enfermase de peligro y llegase á las puertas del sepulcro.

Vino en tanto el jubileo del año 1500; en el pueblo donde habitaba don Miguel, se hicieron procesiones y penitencias, y se predicaron sermones en las plazas, de lo cual resultó que se apagaron muchos odios, se juraron paces, y él mismo mostró resolverse á deponer todo rencor para consagrarse enteramente á las cosas de Dios. Pero el hermano, por más protestas que de su parte se le hicieron, nunca quiso resignarse á ponerse en su presencia. Hacia el fin del año santo, que don Miguel empleó en prácticas continuas de penitencias, se decidió á dejar el mundo y entró de novicio en un convento de descalzos pronunciando á su debido tiempo los solemnes votos. Enviáronle los superiores á varias partes de España y también á Roma para que estudiase teología,

y se hizo un doctor aventajado; al volver á su patria con fama de hombre de santa vida, determinaron conferirle el sacerdocio. Dijo la primera misa con aquella pompa y concurrencia de pueblo, de amigos y parientes que se estila; concluída, volvió á la sacristía, se puso (así es costumbre) de pie en un escabel sin quitarse la casulla, y allí sus amigos y parientes venían uno tras otro á besarle la mano y abrazarle.

Todos le habían oído lamentar mil veces el odio tantos años alimentado contra su hermano y decir que no tenía en el mundo otro deseo que el de conseguir eterno olvido de lo pasado y de humillarse ante él el primero, como siervo de Dios. Vencido al cabo el hermano en tan solemne ocasión por las súplicas de todos los deudos, resolvió presentarse con los demás: cuando estuvo junto á él empezó á hablar con palabras muy modestas, y tendiendo sus brazos al sacerdote lo estrechó contra su pecho; pero luego, en vez de levantar la cabeza, se le doblaron las rodillas y cayó de golpe en el suelo dando un gran suspiro; el fraile blandiendo al aire un puñalito sutil que durante el abrazo le había clavado en el corazon, besó la hoja que goteaba sangre, dió un puntapié al cadáver, y dijo: —¡Al cabo caiste!... Desapareció. Fue tal el aturdimiento de los circunstantes que nadie pudo hacer la menor demostración contra el fratricida.

Por este crimen se puso su cabeza á precio; huyó de tierra en tierra hasta Roma, donde el Valentino le salvó la vida. Poco tardó éste en conocer sus virtudes; dióle encargos de la mayor importancia, y el perverso fraile pasó á ser muy en breve el alma de todas sus empresas.

Cuando llegó á la puerta del castillo preguntáronle los

centinelas á quién buscaba. Mostró un cofrecillo que traía bajo el brazo, diciendo que acababa de llegar del Levante y deseaba ver al capitán Gonzalo para ofrecerle muchas cosas rarísimas, remedios, secretos contra maleficios y otras baratijas. Un soldado de la guardia, después de examinarle de pies á cabeza, le hizo seña de que le siguiera.

Entraron en un gran patio, cerrado con altas paredes de antigua arquitectura. Las habitaciones de todos los pisos tenían comunicación con unas galerías que daban hacia lo interior, y estaban sostenidas por pilares de piedra cenicienta, en las cuales descansaban arcos semicirculares ó de forma ojiva, según las diversas épocas de su respectiva construcción. Muchas torres cilíndricas coronadas de almenas de figura de cola de golondrina y del rojizo color de ladrillo viejo y colocadas á distancias desiguales descollaban mucho por encima de los techos. En lo alto de la mayor, llamada la torre del reloj, ondeaba una enorme bandera amarilla y encarnada.

Subieron al primer piso por una escalera interior con ancho pasamano, en el cual se veían puestos en fila muchos leones de piedra toscamente esculpidos ; y entraron en una sala, donde dejó á don Miguel su guía, diciéndole :

— Cuando salga el Capitán podréis hablarle.

— ¿ Y cuándo saldrá?

— Cuando le dé la gana, respondió ásperamente el soldado, marchándose á sus quehaceres.

Don Miguel sabía muy bien que la paciencia es la diosa de las antesalas, y por esto calló. Reparó que en el otro extremo había junto á unas grandes ventanas que daban al mar, un grupo de caballeros que le estaban observando ; por hacer algo y disimular, empezó á pasearse mirando las

antiguas pinturas que llenaban las paredes. Poco á poco se fué acercando naturalmente á aquellos señores, y decía entre sí: — «¿quién sabe si hallaré aquí ocasión de hacer alguna buena obra?» Al cabo encontró coyuntura de encajar algunas palabras en la conversación, y á los pocos minutos ya era también individuo integrante del grupo.

La fortuna, esa ciega deidad que los hombres de bien invocan casi siempre inútilmente, le sirvió mejor de lo que podía esperar. Observando con sutiles ojos á aquellos señores, notó entre ellos un hombre como de cincuenta años, alto, chupado, con una paletilla que ligeramente faltaba á las leyes de la simetría; traía ceñido un espadón que por detrás le levantaba el gabán, dando de paso en las espinillas del que cerca anduviese, mientras su dueño iba arqueando el cuerpo con infinitas cortesías, haciéndose el hombre necesario y muy íntimo de cada cual y principalmente de aquellos que eran de mayor valía. Sus cejas que subían en forma de arco hasta la mitad de la frente y un par de ojos grises enteramente redondos y admirativos comunicaban á su magra fisionomía la expresión de la curiosidad unida á la de la sencillez; esta última cualidad aparecía más pronunciada en la perenne sonrisa de complacencia que resplandecía en todos sus discursos. Este hombre de bien era don Literio Defastidiis, podestá (alcalde) de Barletta; el hombre más curioso, más vano y más apestante de todo el universo.

Don Miguel, que era muy entendido fisonomista, conoció al punto que había encontrado lo que necesitaba. Acercóse á don Literio, y con expresiones modestas y francas, que cuando le convenía sabía usar perfectamente, trabó conversación con él. El podestá no concluía un discurso sin la

añadidura de un chistecillo (de aquellos que nuestros lectores conocen á no dudarlo, si alguna vez han pasado media hora sentados en el banco del boticario en cualquier aldea), y exigía con sus gestos la carcajada de cajón. Reventaba de risa don Miguel, y le decía: — « ¡no he hablado jamás con hombre tan agudo! ¡qué gracia! ¡qué chiste! » y así se hicieron amigotes á los veinte minutos.

Salió Próspero Colonna del gabinete de Gonzalo con el salvoconducto para el desafío; cruzó la sala y todos le hicieron acatamiento. Preguntó don Miguel quién era aquel barón: pareciéndole mal á don Litterio el hacerse el reservado, empezó á hablar del desafío, de lo que pasó en la cena en la hostería del Sol, de Fieramosca, de sus amores. Don Miguel que iba recibiendo más noticias de las que esperaba, dijo manifestando grande interés:

— Y ese joven... ¿cómo le llamáis?

— Fieramosca.

— ¿Y ese Fieramosca es amigo vuestro, que tanta afición os merece?

— Amiguísimo. Mucho le quiere el señor Próspero y generalmente todo el mundo... ¡Es un mancebo tan bizarro! Todos los días nos vemos ó en casa de Colonna ó en la plaza. ¡Nunca se ríe, nunca! parece imposible. Tiene siempre una cara de hereje que le hace á uno temblar. ¡Ah! mucho tiempo hace que caí en ello y nadie quería creerme. Estos valentones de soldados suelen salir con unas manías... ¡casi se avergüenzan de estar enamorados! En conclusión, ayer mismo el prisionero francés que le conociera en Roma cantó de plano; ya no queda ni asomo de duda. Bien dice el refrán: amor y dinero no pueden estar ocultos.

El chiste del podestá excitó como era justo la risa de don Miguel, el cual se vió precisado á repetirla dos ó tres veces, porque don Litterio tuvo á bien repetir otras tantas su refrán. Concluída la bromita, repuso don Miguel:

— Con sólo verle me atrevería yo á curarle de su amor, en términos que ni siquiera volvería á acordarse; pero...

Y se detuvo para hacerse de rogar.

— ¿Curarle? dijo el podestá : ¿y cómo querríais curarle? Esta calentura no la entienden ni los médicos ni los boticarios.

— Pues yo os afirmo que como pudiera hallar un amigo suyo que quisiera ayudarme, la cabeza apostaría á que le curaba.

Miróle un breve espacio don Litterio para adivinar si hablaba de veras ó de burlas; y no hay que decir si el otro sabría hacer de modo que esta investigación resultase favorable á sus designios. Cuando estuvo medio persuadido, saltó don Litterio :

— Si no pedís otra cosa, no os faltará el amigo.

Y ya discurría entre sí que iba á alcanzar la gloria de tan portentosa curación como creía haber conseguido la de descubrir la enfermedad. Y sin temor de errar puede decirse que quien hiciera el milagro de trocar á Fieramosca en un camarada alegre y amigo de la broma, hubiera sido ensalzado hasta las nubes por los amigos y aun por los conocidos del gallardo joven.

El podestá iba pinchando á don Miguel para que éste dijera de qué modo pensaba lograr una cosa tan difícil; y éste firme en su propósito se hacía de rogar como si no se fiara enteramente de su interlocutor. Fingiendo al cabo que se dejaba vencer, le contó que en tierra de turcos había

visto usar y aprendido un secreto maravilloso para apagar cualquier amor, por muy furioso que fuera, y no le costó gran trabajo hacerse dueño del cerebro de chorlito del pobre podestá, que se dió mil parabienes de haber topado con semejante hombre.

— Todo pende, dijo por fin don Miguel, de que yo pueda encontrarme por espacio de solos cinco minutos con su querida : lo demás queda á mi cargo.

— Eso, así de repente, no puedo prometerlo; porque si he de hablar con franqueza, ni siquiera la conozco. Pero si está en Barletta ó en diez millas á la redonda, es cosa hecha : no pasarán veinte y cuatro horas sin que tenga que deciros algo bueno. Me veré con Julián, el mozo del Concejo, que es un diablo para averiguar estas cosas...

— ¿Y en dónde nos veremos? preguntó don Miguel.

— En donde gustéis.

— Si os parece, iremos á la hostería del Sol, á eso del anochecer.

— Corriente, respondió don Litterio.

Y dejando á don Miguel que estaba asombrado de su propia fortuna, se encaminó á las casas consistoriales con ánimo de buscar á Julián. Nuestro lector nos permitirá que no le acompañemos, para no dejar á don Miguel fastidiándose demasiado en la antecámara.

Aguardó inútilmente largo rato : Gonzalo no salía : al cabo consiguió que el ujier le introdujese.

Estaba el capitán español de pie junto á la ventana, cubierto de un ropón de raso carmesí con forro leonado; la augusta presencia, la enhiesta frente, los penetrantes ojos, la fama, en fin, de un hombre de tal cuenta despertaron en el ánimo del mensajero del Valentino aquel sentimiento de

temor y casi diría de envilecimiento, que siempre asalta al inicuo delante del hombre virtuoso. Hizo una profunda y humilde cortesía, y dijo :

— ¡ Glorioso señor! la importancia del mensaje que traigo á vuestra magnificencia me ha precisado á presentarme aquí bajo un nombre que no es el mío. Si pude en esto ofenderos, rendidamente os pido perdón; pero, como fácilmente conoceréis, era el secreto harto necesario, pues el que á vos me envía, sólo á vuestra gloriosa buena fe podía librar su seguridad.

Á estas palabras respondió Gonzalo que jamás faltaría á quien de él se fiaba, y que se explicase. Dióle don Miguel la carta del duque; recibió el salvoconducto, y volviendo con él á su señor, le aseguró que Gonzalo guardaría el secreto de su venida á Barletta.

Añadió cuanto bueno se prometía de las pesquisas de su flamante amigo el podestá : contento el Valentino del sesgo que iban tomando las cosas, se caló el capuchón hasta los ojos, y embozado en la capa salió de la hostería. Hizo que en un barquichuelo le llevaran á cierto punto de la roca, donde Gonzalo, según ofreció á don Miguel, había enviado un hombre para que le aguardase. Abriéronle una puertecilla, guiáronle primero por una escalera secreta, luego por unos tortuosos corredores, y llegó á la cámara del capitán español.

No creemos necesario el dar minuciosa cuenta de esta entrevista.

Expuso sustancialmente el Valentino con admirable claridad la situación de las cosas de Italia, las fuerzas, las esperanzas, los temores de sus diferentes estados. Dió á entender que le hubiera complacido muchísimo el acercarse

á España, mostrando que á ello le impelía el deseo del bien que con ello podían alcanzar sus pueblos y el afán de ver concluídas las desdichas que naturalmente no hubieran terminado á menos que fueran vencedores los españoles. Con aparente sencillez, que sabía fingir pasmosamente, consiguió dar de sí propio una opinión algo más aventajada que su fama. Ofreció hacer con España una liga en que entraría el papa, dejando lugar á los venecianos para que se pudieran aliar, y comprometiéndose en ella á auxiliarse en defensa de sus mutuos intereses, y á no darla al público sino cuando los españoles se hubieran hecho dueños de las dos terceras partes del reino. Propuso acometer con sus propias fuerzas la empresa de Toscana, manifestando que los mayores amigos de Francia eran los florentinos, y que convendría mucho abatir un aliado tan poderoso. Añadió que estimaba por de gran provecho llamar también á esta liga á los pisanos, ayudándoles á que se rehicieran de los daños que les causó la república de Florencia, de la cual, para adquirir mayor fuerza, se harían vigilantísimos guardianes.

No tenía Gonzalo objeciones esenciales que oponer á semejantes propuestas, pues el sutil ingenio de César Borgia sabía exponer con grandísima evidencia cosas que en gran parte eran verdaderas. Pero el español le conocía y estaba muy sobre sí para fiarse de él.

Tomó el partido de no dar por entonces una respuesta decisiva, y dijo que oiría el parecer de sus más allegados antes de adoptar resolución alguna. No escaseó al Valentino ni buenas palabras, ni corteses ofrecimientos : llevóle á una habitación baja que daba al mar, haciéndole dueño de ella por el tiempo que gustase pasar en Barletta ; y dis-

puso que algunos criados fieles le sirvieran allí con toda la atención que era debida al hijo de un papa.

Al caer la tarde, Fieramosca y Brancaleone llegaron á la puerta de Barletta. Apenas entraron, empezó á rodearlos una turba de oficiales, de hombres de armas, de soldados,



Los nombres de los combatientes fueron publicados... (pág. 112.)

que iba engrosándose con cuantos hallaban por el camino: todos querían ser los primeros en saber la respuesta de los franceses. «¿Cómo ha ido? ¿quién peleará? ¿cuándo?

¿en dónde?... » Pero los dos amigos se sonreían y se contentaban con responder: « Venid á la fortaleza y lo sabréis ». Llegaron á la roca, presentáronse á Gonzalo, y Fieramosca le entregó la carta del duque de Nemours. Leyó en voz alta: aceptaba el duque el desafío, pero negándose á conceder campo franco. Á todo pareció extraña esta negativa; el Gran Capitán dijo:

— No esperaba yo que los franceses buscasen subterfugios para eludir la batalla. Pero tendréis campo franco: yo os lo aseguro.

Llamando en seguida á un secretario, le dijo:

— Escribirás al duque de Nemours que se tranquilice, pues no existe obstáculo alguno; que le ofrezco una tregua hasta después del combate, y por último que dentro de dos días aguardo á mi hija doña Elvira, á quien pienso obsequiar con alguna fiesta: si quiere venir á disfrutarla con nosotros, mientras descansan las armas, me obligará mucho haciéndola con su presencia más agradable.

Entre escribir, enviar la carta y recibir la respuesta, apenas mediaron dos horas. Aceptó el duque de Nemours el convite y la tregua, que fué solemnemente publicada en la ciudad á son de trompetas aquella misma tarde, junto con los nombres de los combatientes italianos, á los cuales para llenar el número que los franceses exigían, se les añadieron otros tres, que fueron:

Ludovico Aminale, de Terni;

Mariano, de Sarni;

Juan Capoccio, romano.

CAPITULO VIII.

EN EL MONASTERIO DE SANTA ÚRSULA.

El monasterio de la isla situado entre el monte Gárgano y Barletta estaba dedicado á santa Ursula. Sus paredes no ofrecen hoy más que un montón de ruinas cubiertas de espinos y de yedra ; pero en la época de nuestra historia se hallaban en buen estado, y formaban un edificio de severo aspecto, levantado por el tardío remordimiento de una princesa de la casa de Anjou, que se encerró en él para concluir santamente una vida pasada en el desenfreno de los placeres y de la ambición. No es posible imaginar una soledad más tranquila ni más amena.

En lo alto de un escollo elevado veinte brazas sobre el nivel del mar, hay un llano de tierra fructífera que tiene una extensión de quinientos pasos de circunferencia. En el ángulo más cercano á la tierra está la iglesia : éntrase en ella por un gracioso pórtico sostenido de esbeltas columnas de granito gris. Lo interior, que tiene tres naves con arcos de forma ojiva, los cuales descansan en haces de sutiles columnas adornadas de escultura, recibe la luz de altas ventanas góticas cerradas con vidrieras de colores, llenas de los milagrosos hechos de la santa. El coro, colocado detrás del retablo es redondo y está cuajado de mosaicos

en campo de oro. En el frontero se descubre pintado un Dios Padre en la gloria, y á sus pies santa Úrsula con las once mil vírgenes llevadas en hombros de los ángeles.

La iglesia, algo apartada del convento, estaba casi siempre vacía. Reuníanse en ella las monjas á las horas señaladas para coro, tanto de día como de noche. En la tarde, y mientras que detrás del altar mayor se estaban cantando vísperas con tonillo pausado y monótono, veíase una mujer arrodillada junto á un sepulcro de mármol blanco que amarilleaba de vejez, cubierto de un dosel también de mármol y lleno de hojas y animales al gusto gótico : en él descansaban los huesos de la fundadora del monasterio.

Aquella mujer cubierta hasta los pies de un velo del mismo color de los mármoles, pálida, inmóvil y orando, hubiera parecido una estatua allí colocada por el artífice en actitud de rezar, si no dejase ver por debajo del velo dos largas trenzas de cabellos castaños, y sus párpados, que de cuando en cuando se abrían, no permitiesen descubrir dos ojos azules en que se leía el fervor de una oración ardorosa.

La pobre Ginebra, pues ella era, tenía mucha razón para dirigir sus plegarias al cielo, porque se hallaba en aquella extremidad en que no bastan al corazón de una mujer las propias fuerzas para vencerse á sí mismo. Se arrepentía, harto tarde por cierto, de haberse decidido á seguir á Fieramosca, y de haber unido en algún modo su suerte á la del hombre de quien por obligación y por prudencia debiera huir más que de otro alguno : se arrepentía de haber pasado tanto tiempo, sin averiguar si su marido estaría vivo ó muerto. Decíale la razón que aun puede hacerse lo que no se ha hecho ; pero la voz del alma le respondía : « es tarde », y este *tarde* sonaba como una sentencia irrevocable.

Eran largos los días, angustiosos, amargos, desnudos de toda esperanza de salir de aquella situación, sino de otra manera, al menos rindiéndose á una de las dos fuerzas que la combatían. Su complexión se debilitaba bajo el peso de este combate continuo.

Las horas de la mañana, las del medio día eran las que pasaba menos mal. Se entretenía en bordar, en leer y en pasearse por la huerta del monasterio. ¡Pero la noche! Los pensamientos más tétricos, los cuidados más molestos, como aquellos insectos que al ponerse el sol se multiplican y se hacen importunos, aguardaban aquella hora para asaltarla en tropel. Refugiábase entonces á la iglesia : no encontraba en ella ni alegría, ni paz; pero disfrutaba al menos algunos instantes de consuelo.

Breve era su oración y jamás variaba. « Virgen Santísima, decia, haced que yo no desee amarle. » Y añadía tal vez : « haced que me decida á buscar á Grajano y que apetezca hallarle... » pero casi siempre le faltaba valor para proferir esta última plegaria.

La continua repetición de estas palabras solía despertar en su memoria el recuerdo de Fieramosca, cabalmente en el mismo instante en que su lengua pedía la gracia de olvidarle. Entonces gemía, lloraba y conocía harto bien la fuerza de su más poderosa voluntad. El día de que hablamos, por efecto de uno de aquellos altos y bajos que hay en nuestra naturaleza, le pareció que podría resolverse á adoptar el mejor partido. La idea de una enfermedad que su salud delicada le pronosticaba como muy cercana, la idea de la muerte entre las angustias de una conciencia impura la exaltó en un momento de vacilación, dió peso á la balanza y la hizo tomar la resolución de informarse de

Grajano, con el objeto de volverse á su lado de cualquier modo y á toda costa, así que descubriese su paradero. Si Fieramosca se hubiese hallado presente, le habría declarado su resolución sin demora alguna, sin titubear un momento; « pero esta noche vendrá y lo sabrá todo », dijo al levantarse para salir de la iglesia.

Concluído el coro, salían las monjas silenciosamente y á la desfilada por una puertecilla que daba al patio del claustro : cada una se retiraba á su celda.

Ginebra echó á andar tras ellas y entró en un pulido mirador que dominaba el jardín, por donde se salía á una casilla fuera de clausura y separada del resto del edificio : en ella habitaba Ginebra con la joven á quien Fieramosca salvó en la mar, ocupando dos ó tres cuartos, que según costumbre de los monasterios no tenían comunicación interior sino por medio de un corredor común. Al entrar Ginebra en la cámara donde solían pasar juntas la mayor parte del día, halló á Zoraida trabajando en un bastidor y cantando en lengua árabe una canción llena de tonos menores, como todos los cantos de los pueblos meridionales. Contempló un instante el bordado, y lanzó un suspiro (era una capa de raso azul bordada de plata que hacían entre las dos y estaba destinada para Fieramosca); luego se sentó en un balcón sombreado por una parra y que miraba hacia Barletta. Acababa de ocultarse el sol detrás de las colinas de Puglia. Veíanse en el cielo algunas listas de nubes inflamadas por el resplandor solar, semejantes á peces de oro que nadaran en un mar de fuego. Su imagen se reflejaba en las olas, aquí y allí surcadas por algún barquichuelo de pescadores, que un suave levante impelía hacia la playa. Estaban los ojos de la joven clavados en el

muelle del puerto que tenía delante y del cual veía salir muchas veces una barquilla que bogaba en dirección de la isla. Hoy la desea con mayor ansia; pues cree que su vista producirá una decisión definitiva, que, sea la que fuere, siempre habrá de ser ventajosa. Pero ¡cuán lentos, cuán amargos le parecían aquellos momentos de espera! quisiera que Héctor se hallase ya presente, que hubiese oído ya aquellas palabras tan difíciles de pronunciar; pues si tarda ó no parece ¿tendrá mañana suficiente ánimo?

Á poco se percibió en el mar cerca de la orilla un punto oscuro que al parecer no se movía de un sitio. Al cabo de un cuarto de hora se había acercado, y, aunque apenas podía distinguirse que era una barquilla en que remaba un hombre, Ginebra le reconoció y sintió en su pecho un fuerte latido. Merced á un súbito trastorno de todas sus ideas, le pareció de golpe imposible decirle lo que un momento antes había ó creía haber resueltamente decidido. Hubiera visto con placer que la barquilla se volviera atrás; pero seguía avanzando, ya estaba cerca de la isla, ya se oían los remos sumergirse y salir del agua.

— Zoraida, aquí está; dijo volviéndose á su compañera, que apenas levantó la cabeza, hizo un gesto en vez de dar respuesta, y volvió á inclinar los ojos sobre el bordado. Bajó Ginebra y fué al sitio por donde se desembarcaba en la isla: por una escalera cortada á pico en el peñasco, llegó al mar cabalmente cuando Fieramosca dejaba los remos en el fondo de la chalupa y cuando la proa se detenía chocando con el escollo.

Pero si la joven carecía de esfuerzo para declarar sus resoluciones, no sentía mayor ánimo Fieramosca que por su parte traía cosas no menos graves que revelar.

Apartado por largos días de los lugares donde Grajano guerreaba, no había oído nuevas suyas hacía mucho tiempo. Algunos soldados procedentes de Romaña, ó mal informados ó equivocados en el nombre, le habían asegurado que era muerto; pero como el darles crédito halagaba su deseo, ni se detenía en dudar, ni se daba prisa por averiguar la verdad del hecho. Pocas veces sucede que apetezcamos ver muy claro, allí donde tememos descubrir el propio daño : de este modo, descuidando inquirir lo cierto, había llegado Fieramosca de duda en duda hasta el día en que sus ojos le habían sacado finalmente del error en que estaba. Volvióse á Barletta, batallando consigo mismo y vacilando si lo diría ó lo callaría á Ginebra. El decírselo le apartaba de ella para siempre, el callarlo le parecía criminal; y luego ¿cómo ocultar cualquiera cosa á la que sabía leer en todos sus pensamientos?

Así fluctuando entre los dos extremos, llegó á la isla : nada había resuelto aún, cuando encontró á Ginebra, y apurado por la circunstancia á decidirse por el sí ó por el no, se atuvo provisionalmente al segundo partido, diciendo entre sí : lo pensaremos después.

— Tarde he venido hoy, dijo al subir por la escalera; pero hemos tenido mucho que hacer y hay grandes novedades.

— ¿Novedades? replicó Ginebra : ¿buenas ó malas?

— Buenas; y con la ayuda de Dios, algun día serán mejores.

Llegaron á la esplanada que había delante de la iglesia : en el último borde donde el escollo cae á plomo en el mar, existía entonces un muro de defensa, algunos cipreses en círculo, en medio de éstos una cruz de madera y al rededor varios asientos rústicos.

Sentándose allí los dos, al argentino rayo de la luna que iba ya venciendo la purpúrea luz del crepúsculo, tomó la palabra Fieramosca :

— Alégrate, Ginebra mía : hoy ha sido un día de gloria para la Italia y para nosotros, y si Dios no niega su favor á la justicia, será principio de mayores dichas. Pero es preciso que te armes de fortaleza para dar ejemplo á las mujeres italianas.

— Habla, respondió la joven mirándole con atención como para leer anticipadamente en su fisonomía cuál era la prueba que de ella aguardaba : soy mujer; pero tengo corazón.

— Lo sé, Ginebra, y antes que dudar de tí, dudaría que el sol ha de salir mañana...

Y le contó el desafío, exponiendo extensamente su origen, la ida al campo francés, la vuelta, el combate que se preparaba : cuán animosas fuesen sus palabras, cuanto se inflamó del amor de patria y de gloria, cuánto avivaría aquella ardiente llama la presencia de Ginebra, eso lo adivinará fácilmente quien haya sentido latir su corazón más rápido hablando de hazañas generosas en pro de la patria con una mujer capaz de igual entusiasmo.

Á medida que Fieramosca se iba explicando, cada vez con más fuerza en las palabras, en la voz y en los gestos, se hacía más frecuente la respiración de Ginebra; su seno, como la vela impelida por los repetidos soplos de un viento porfiado, se elevaba y deprimía henchido de afectos impetuosos, discordes, pero todos dignos de ella; sus ojos que al parecer se atemperaban al calor de las palabras del joven, se iban encendiendo, despedían chispas.

Por último, asió con su blanca mano el puño de la

espada de Fieramosca y levantando el rostro con osadía, dijo :

— ¡ Si tuviese yo tu brazo !... si pudiese blandir esta arma que apenas me es dado sostener... ¡ no irías solo, no! Y no me dirían talvez : han vencido los italianos; pero quedó en el campo... ¡ Ah ! lo sé, lo sé. Vencido no volverás...

Y exaltada aquí con la idea del próximo peligro, no podía contener un diluvio de lágrimas, algunas de las cuales cayeron en la mano del mancebo.

— ¿ Por quién lloras, Ginebra ? ¿Desearías tú por nada en este mundo que no se llevara á cabo esta pelea?

— ¡ Oh no ! ¡ Héctor, jamás, jamás ! No me hagas semejante injusticia... y enjugando sus ojos, continuaba solícita : No lloro... mira, se acabó... ha sido un pronto...

Y luego con una sonrisa á que la ligera hinchazón de los párpados todavía húmedos daba mayor gracia, añadía :

— Me quise hacer demasiado valiente y hablar de espadas y de peleas, y al cabo he descubierto mi flaqueza : bien empleado me está.

— Las mujeres como tú pueden lograr que las espadas hagan milagros aun sin tocarlas y trastornar el mundo entero... si supieran manejarse. No hablo por ti, Ginebra, sino por las mujeres italianas que desgraciadamente no te se parecen.

Oyó esta última frase Zoraida que llegaba á la sazón con un canastillo colmado de fruta, tortas, miel y otras golosinas : traíalo colgado del brazo izquierdo, y en la mano derecha un frasco de vino blanco. Su traje estaba cortado al uso de occidente; pero en la elección de los colores todos muy vivos y en la extraña manera de casarlos, se

columbraba el gusto de los países bárbaros donde naciera. Su cabeza, que conservaba todavía el tocado de oriente, estaba cubierta de fajas retorcidas, cuyas puntas le caían sobre el pecho. Tenía aquel sobrecejo elevado, aquel mirar de águila, aquel tinte moreno, y si puedo expresarme así, ligeramente dorado que conservan las razas del Cáucaso. En sus apacibles ademanes brillaban tal vez algunos rasgos de la naturaleza selvática, de osada sencillez, despreciadora de todo humano respeto.

Detúvose mirando á Fieramosca y Ginebra, y con palabras que, si bien eran italianas, revelaban el acento extranjero, dijo :

— ¿Hablabas de mujeres, Héctor? Sigue, que también quiero oirte.

— ¡Sí, de mujeres! respondió Ginebra; hablaba de una danza en que nosotras haríamos tristísima figura.

Estas palabras embozadas despertaron aun más la curiosidad de Zoraida; Héctor le contó lo que había referido á Ginebra.

Permaneció suspensa la joven un breve rato y dijo después sacudiendo la cabeza :

— Yo no os entiendo. ¡Tanta cólera y tanto ruido porque los franceses dicen que os tienen en poco! ¿No os lo han dado á entender más claramente con sus hechos, viniendo á vuestra tierra á devorar vuestras mieses, á lanzaros de vuestros hogares? ¿no os lo dicen los españoles al mismo tiempo que los franceses, viniendo también á hacer lo mismo que los otros hacen? El ciervo no echa al león de su guarida; pero el león arroja de la suya al ciervo y lo devora.

— Zoraida, aquí no nos hallamos entre bárbaros para

quienes la fuerza lo decide todo. Mucho fuera menester para explicarte los derechos que la corona de Francia tiene á este reino; conténtate con saber que es feudo de la Iglesia, lo cual significa que ésta es su señora; y que, siéndolo, dió la investidura de él, hace unos doscientos años, á Carlos, duque de Provenza, de quien es heredero el rey Cristianísimo.

Encogióse de hombros Zoraida, y nada respondió. Con lo que traía en el canastillo dispuso una merienda encima de uno de los asientos, que cubrió primero con una servilleta limpia como el ampo de la nieve.

— Sí, sí, dijo Héctor para distraer los pensamientos que leía en la frente de Ginebra; procuremos divertirnos mientras podamos, y ruede el mundo á su antojo.

Y pusiéronse á merendar alegremente.

— El proverbio dice, añadió el guerrero, que no se hable de muertos en la mesa: no hablemos tampoco de batallas y desafíos, sino de cosas agradables. Muy pronto tendremos fiestas. El señor Gonzalo ha mandado publicar una justa, una función de toros, comedias, bailes y banquetes, que no habrá más que ver.

— ¿Cómo es eso? ¿y los franceses? saltó Ginebra.

— Los franceses asistirán también. Se les ha ofrecido una tregua y no será tanta su villanía que la rehusen. Se trata de solemnizar la llegada de doña Elvira, hija del Gran Capitán, y éste que la quiere como á las niñas de sus ojos, desea que sean grandes las diversiones.

Infinitas fueron las preguntas de las dos mujeres: Héctor procuraba satisfacer lo mejor posible ora á la una ora á la otra con las respuestas siguientes. El lector adivinará las interrogaciones.

— ¿Si es hermosa? hermosísima según dicen; tiene una cabellera que parece de oro. — Llegará dentro de pocos días. — Se quedó enferma en Táranto, y ahora que se halla mejor vuelve al lado de su padre. — ¡Si la quiere! Figuraos que por ella hizo lo que nunca ha hecho por sí mismo. En Táranto fué : ya habréis oído que las tropas españolas se amotinaron cierto día, porque no las pagaba. Íñigo me dijo que Gonzalo vive de milagro, pues todos aquellos demonios le tenían cercado de picas. Un tal Iciar, capitán de infantes (Gonzalo gritaba que no tenía pan) le dijo en alta voz con palabras descompuestas y villanas que su hija (perdonadme) se lo buscaría. Él callaba; concluyóse el tumulto, y por la noche todo estaba tranquilo como si tal cosa. Levántanse todos por la mañana, van á la plaza... ¿sabéis lo que vieron? vieron al capitán Iciar ahorcado de la ventana de su propia habitación. Y eso que á los que le habían apuntado las picas al pecho ni siquiera les tocó al pelo de la ropa. Mirad si la quiere mucho.

Mientras duraba esta plática se había ido haciendo tarde.

— Es forzoso separarnos, dijo Fieramosca.

Levantóse en seguida y acompañado de las dos mujeres se encaminó muy despacio hacia su barquilla. Ginebra bajó con él hasta el pie del escollo, y Zoraida, que se había quedado arriba, recibió un saludo de Fieramosca que entraba ya en su diminuta nave. Pero la joven no correspondió y se apartó de allí. Héctor no hizo gran caso y dijo á Ginebra :

— No me ha oído : salúdala en mi nombre y adiós. Quién sabe si en estos días podremos vernos; pero haré lo posible.

Dió al agua con los remos y se alejó de la isla. Ginebra,

que volvió á subir la escalera, permaneció en lo alto un buen rato, contemplando meditabunda las dos líneas divergentes que desde la proa de la barquilla se prolongaban hacia atrás en un largo trecho de mar. Cuando ya no vió nada, entró en la hospedería, cerró la puerta y la aseguró echando dos cerrojos interiores.

CAPÍTULO IX.

UN GRAN COMEDIANTE. — EL TESORO ESCONDIDO.

Desde el principio del mundo hasta nuestros días los cazadores han cogido las pájaros con los mismos cimbeles y han caído los hombres en iguales lazos. Pero el más peligroso de todos es sin duda alguna el que se tiende á nuestro amor propio. Sabíalo ciertamente don Miguel, que conociendo además de qué pie cojeaba el podestá, no tardó mucho en hacerse dueño de todos sus sentidos y potencias. Cuando salió de la antecámara de Gonzalo en busca del mozo del Concejo, iba mascullando y revolviendo mil pensamientos y no cabía en sí de júbilo por haber dado con un hombre que tantas maravillas le ofrecía. Verdad es que alguna vez le asaltaba la sospecha de si sería un charlatán; pero teniendo alta idea de su propia penetración, decía como dicen los que pasan su vida siendo víctimas de la astucia ajena: « Á mí no me la pega nadie ».

Fué puntualmente á la hostería del Sol á la hora de la cita. Mas no tuvo por entonces grandes cosas que decir á don Miguel, pues el mozo Julián, que en su concepto era tan admirable averiguador, había prometido mucho, había hecho muy poco y no había descubierto nada.

Por la noche, á la hora de cenar, columbraron su mu-

jer y su criada que andaba maquinando algún negocio de cuenta y no le dejaron comer bocado á gusto, tal era el diluvio de sus preguntas. Milagro fué que no desembuchase toda la historia, pues el guardar un secreto, máxime si era de aquellos que podían darle nombradía, le costaba más trabajo que le cuesta contener la tos á quien tiene prurito de toser. Ya se le iban escapando algunas palabras. — « ¡Bien decía yo!... ¡si supierais!... ¡si sale bien cierta cosa!... » Luego reflexionó un momento, espantóle el peligro á que se exponía, se levantó de la mesa, y, tomando con mal gesto una luz, se fué á la cama.

Un siglo se le figuró aquella noche. Vino por fin el día, se vistió muy de prisa, bajó á la plaza y se metió en una barbería donde don Miguel había ofrecido ir á buscarle. Sentóse en el banco de la tienda en la cual se reunían todas las mañanas el escribano, el médico, el boticario y dos ó tres más, que eran las notabilidades intelectuales de Barletta. Echó una pierna encima de la otra y empezó á menear el pie que quedaba en el aire : tenía el brazo izquierdo pegado al cuerpo, y su mano recibía por el lado opuesto en el hueco de la palma el codo derecho ; con los dedos tocaba el tambor en la barbilla, mirando á un lado y otro si se presentaba el amigo, luego al cielo porque no parecía. El boticario, el escribano y otros le habían dicho muchas veces : « buenos días, señor podestá » ; pero, conociendo que era en balde, proseguían apartados hablando entre sí, y repitiendo : ¡qué diantres habrá de nuevo esta mañana! Dejábales decir don Literio, y callaba. Don Literio tenía dos caras á sus órdenes : una humildemente plácida para los que eran más que él ; otra erizada y llena de escabrosidades para los que eran menos; don concedido

por el cielo, como cualquiera sabe, á todos los necios nacidos y por nacer.

Al cabo de media hora de espectativa oyó á sus espaldas una voz que le decía :



.... siempre han caído los hombres en iguales lazos (pág. 125).

— Excelentísimo... señor podestá... no por ofenderos... si gustáis... se han cogido con el rocío.

Volvióse y vió al hortelano de Santa Úrsula, Genaro Ra-

famillo, que le ofrecía el diezmo de una cesta de cerezas que iba á vender en la plaza y que sabía por experiencia que, mediante este tributo, podía luego fijar el precio á su gusto sin darle pena la tarifa del mercado.

— En otras cosas tengo que pensar y no en tus cerezas, respondió don Literio. Pero después de mirar la cesta, hinchó los carrillos, y arrojando poco á poco el aire acumulado en su boca, tomó con cierto desprecio de dignidad tres ó cuatro hojas de parra, las colocó sobre el banco á guisa de plato y puso en ellas un montoncito de cerezas que empezó á comer.

— ¿Son buenas, verdad? Ayer le llevé otras igualitas á la señora y me dijo que nunca las había visto tan hermosas.

— ¿Y qué señora es esa de que hablas?

— La señora Ginebra, la que vive en la hospedería: dicen que es una señora de mucho copete, que ha venido de Nápoles, y que no sé si su marido ó su hermano está aquí sirviendo en la compañía del señor Próspero; casi todos los días va á verla...

Tela larga tenía cortada el hortelano, pues no era su cualidad dominante el laconismo; pero durante este coloquio había llegado don Miguel y estaba en pie detrás del podestá sin que éste hubiese reparado en él.

— Ea, señor podestá, le dijo dándole un golpecito en el hombro: se me figura que éste puede ponernos en buen camino. Dejadme hacer á mí...

Y sin aguardar más, empezó á sonsacar á Genaro, conociendo muy luego por sus respuestas que aquélla era cabalmente la Ginebra que buscaba. El cabo de la madeja ya estaba hallado: para un hombre como él, lo demás era nada.

Vió que el podestá podía serle muy útil para introducirse en el monasterio, examinar aquel terreno y disponer los medios necesarios para apoderarse de Ginebra; y que convenía inspirarle toda la confianza capaz de quitarle cualquier sospecha que aun abrigase acerca de la rectitud de sus intenciones. Llevóselo á un lado y le dijo :

— Fuerza será que hablemos un poco del asunto. Aguardadme en la hostería del Sol; entre tanto veré si Genaro sabe enseñarme á ese joven que tan á menudo visita á Ginebra.

Encaminóse don Literio á la hostería, mientras que don Miguel, llevándose al hortelano al sitio donde se hacía diariamente la parada y que á la sazón estaba lleno de oficiales y soldados, le preguntó :

— ¿ Está entre éstos?

Miró Genaro, vió á Fieramosca y dijo :

— Aquél es.

Y don Miguel supo por un soldado que al fin había encontrado al que buscaba.

Cinco minutos después estaba con el podestá en la hostería, sentados ambos uno frente á otro á los dos lados de una mesa en la cual había dos vasos y un frasco de vino griego.

Empezó don Miguel á hablar, poniendo una cara en extremo modesta.

— El descubrimiento ya está hecho. Pero antes de pasar adelante, he de deciros cuatro palabras. Don Literio, yo he corrido el mundo y me precio de conocer á los hombres de bien á la primera ojeada. De lo poquísimo que hemos hablado, colijo que no hay de tejas abajo un ingenio más agudo que el vuestro.

El podestá anunció con su fisonomía que iba á responder al cumplimiento.

— No, no, dejaos de eso..... digo sencillamente lo que siento. Vos no me conocéis; si otra cosa pensara, os diría ni más ni menos: «señor podestá, tened paciencia, sois un mentecato». Esto os prueba que á ser yo un charlatán, buscaría algún tonto á quien engañar, y no á un sujeto de talento. Pero así como me glorio de ser tan hombre de bien como el que más, y preséntese quien quiera, asimismo no temo habérmelas con el que tenga los ojos abiertos. Ahora os lo diré todo y no os veréis precisado á dar crédito únicamente á mis palabras; veréis hechos, y entonces podréis conocer que habéis dado con un hombre de bien.

Aquí encajó un embrollo de los suyos: que había sido muy grande pecador, que para conseguir el perdón, había ido peregrinando al santo sepulcro, que un ermitaño del Líbano le había absuelto, imponiéndole la penitencia de correr mundo por espacio de siete años con la obligación de detenerse donde quiera que hallase una buena obra que hacer, fuera la que fuera, aunque en ello expusiera la vida, y viviendo siempre humilde y pobre; que cumpliendo con esta orden sagrada, empleaba en beneficio de la humanidad los recursos y la ciencia que había adquirido en sus dilatados viajes por la Persia, la Siria y el Egipto.

— Ahora vais á oir, prosiguió, la razón que tengo para librar sin tardanza á vuestro amigo de ese fatal amor y de los peligros que podrían acarrear la eterna condenación de su alma. Su querida es á no dudarlo esa señora Ginebra de Santa Úrsula. Vos solo podéis hacer que me vea con ella. Temeréis acaso que yo sea un tunante, y no os atreveréis á

introducir en aquella santa casa á un hombre que no os es conocído y tendréis muchísima razón.

Don Literio reventaba por responder.

— No, no; repito que tenéis mil razones; nadie lleva escrita en la frente su hombría de bien. ¡Son tantos por desgrácia los pícaros! Pero cuando yo os muestre que, gracias al auxilio divino, con sola la vista extraigo los tesoros encerrados en las entrañas de la tierra, detengo la furia de una bala de arcabuz y consigo otras cosas dificilísimas que me veréis ejecutar, siendo vuestro todo el provecho sin que yo toque ni á un grano, contentándome con lo poquísimo que he menester para sustentar mi vida miserable; entonces habréis de decir: «Este que podría hacerse rico y vivir lleno de comodidades, es tan pobre que pasa trabajos: luego lo que me cuenta es verdad, y no merece que se le tenga por un tunante». Dos palabras y concluyo: muchos se han dado por muy contentos de haber tropezado conmigo; acaso os plazca también á vos. Pensad en ello y decidíos pronto. La penitencia que estoy cumpliendo me obliga á correr el mundo sin detenerme en ninguna parte más de una semana.

Esta arenga, que el podestá escuchó con la boca abierta y sin respirar siquiera, hizo que por sus adentros se avergonzase de haber podido pensar mal de aquel santo varón. Sin embargo, para echarla de hombre sagaz, respondió que así que hubiera visto cualquiera de aquellas pruebas, le habría favorecido en todo lo demás de bonísima gana.

Convenidos de esta manera, separáronse prometiendo don Miguel que se dejaría ver cuanto antes y que entre tanto se valdría de su ciencia para averiguar si en aquellas cercanías existía algún tesoro escondido.

Dejando tan bien dispuesto al podestá y viendo que su astucia iba tomando excelente sesgo, dispuso desde luego el lazo; buscó á Boscherino y le dijo que necesitaba de su cooperación para cierto asunto que interesaba en gran manera al duque. El cabo de escuadra, que al solo nombre del Valentino temblaba como la hoja en el árbol, sin inquirir siquiera de qué se trataba, respondió: «Estoy pronto». Don Miguel sin declararse por entonces, le dijo solamente: «Aguárdame fuera de la puerta que da á la playa y mira al puente de Santa Úrsula» (la tregua aceptada ya por el capitán francés permitía á los sitiados salir al campo).

Boscherino fué puntual á la cita, no menos que su guía, que se reunió con él, trayendo un envoltorio debajo del brazo.

El que quisiera seguirlos les vería andar á lo largo de la playa hasta una milla mas allá del puente que une la isla con la tierra firme; volviendo luego á la izquierda, meterse entre los matorrales de un vallecillo desierto, y entrar por último en una iglesuela antigua, abandonada, que había servido de cementerio muchos años; mas, para no repetir este viaje, aguardaremos á hacerlo después que haya cerrado la noche, y creemos que nuestro lector nos agradecerá esta economía.

Diremos únicamente que al anochecer compareció don Miguel en la plaza, se acercó el podestá, que se hallaba en la barbería, y le dijo al oído:

— Encontré el sitio. Esta misma noche á los once iré á buscaros á vuestra casa. No os hagáis esperar.

En efecto, á las once estaba don Miguel á la puerta del podestá. Salió éste, cerró con gran cuidado para no hacer ruido, metiéronse silenciosamente por calles y callejuelas

oscuras (entonces no se estilaban faroles), y presto se vieron fuera de la ciudad.

Anda que anda; oyeron dar las doce en el reloj del castillo, pero con oscuro son que parecía enroquecido por el viento, cuando ya se hallaban más allá de Santa Úrsula, y se dirigían playa arriba hacia la iglesia arruinada. Era un desierto estéril sembrado de arbustos enanos, que cada vez se iban haciendo más silvestres. La senda que seguían se confundió muy luego en un arenal, donde se hundían hasta media pierna; hallaban de cuando en cuando lechos de torrentes enjutos, llenos de guijo y de pedruscos acarreados por las aguas; pero al vencer los viajeros estas dificultades, estaban en muy diversa disposición de ánimo.

Acostumbrado don Miguel á caminar de noche más que de día, iba delante con paso firme. El otro, que en toda su vida se había hallado dos veces fuera del pueblo después del avemaría, andaba mirando á un lado y á otro, conteniendo la respiración y maldiciendo en lo íntimo de su alma el instante en que había salido de su casa: verdad es que la tal salida no tuvo muy buen fin para él. De idea en idea se fué llenando de terrores, no siendo el más pequeño el encontrarse solo, lejos de poblado y por la noche, con un hombre que al cabo no sabía quién fuese.

De cuando en cuando quería desechar el miedo y cantuseaba en voz baja tres ó cuatro sílabas (para la quinta no tenía ánimo); parecíale después haber escuchado ruido en los matorrales, entre los que al débil resplandor de la luna seminublada creía ver ora un hombre agachado, que no era mas que un tronco ó un pedrusco, ora la extraña forma ó visión de algún difunto, y recitaba callandito un *requiem* ó un *de profundis*. Con semejantes disposiciones de espíritu

llegaron á un claro del bosque, en cuyo centro descollaba la iglesuela.

En la fachada estaban pintados varios esqueletos tiesos, muy tiesos, con mitras, tiaras y coronas en las cabezas y con cartelones en las manos en que se veían escritos versículos latinos, como: *Beati mortui qui in Domino moriuntur*, *Miserere mei*, etc., y aunque no podían leerse sin dificultad á la luz lunar, las solas figuras de muertos que eran sumamente visibles, producían ya bastante efecto. Sacó don Miguel una linterna y se dispuso á entrar. El podestá, que se había quedado algunos pasos á retaguardia, adivinando la intención de su compañero, dejó escapar un *¿aquí?* tan lamentable y tan lleno de espanto que no pudo menos de provocar una sonrisa en los delgados y lívidos labios de don Miguel.

—Ahora es cuando hace al caso el valor, señor podestá; pues con el miedo se adelanta muy poco en sitios como éste, y pueden suceder desgracias. El que os acompaña opera en nombre de Dios, y para probaros que sólo en éste conjura las almas de los muertos, empecemos por la oración.

Púsose de rodillas y empezó á ensartar *misereres* y *dies iræ*, á los cuales respondía don Literio lo mejor que sabía, haciendo voto si escapaba con vida, de encender un cirio todos los sábados á Santa Fosca y de ayunar la vigilia de los difuntos. Concluído el rezo, echaron á andar. Á un puntapié de don Miguel vino al suelo la puerta medio podrida que apenas se sostenía en las enmohecidas visagras. Entraron haciéndose pedazos las calcetas en los escombros que obstruían la entrada.

El pavimento estaba lleno de huesos humanos. En un rincón yacía un ataúd casi pulverizado por la carcoma y al-

gunas palas y azadones que, sabe Dios cuándo, habían servido para enterrar; éstos eran los únicos muebles de aquel edificio.

Al rumor que hicieron los dos al entrar y al presentarse la luz de la linterna, echaron á volar desatentadamente algunos centenares de murciélagos, lanzando chillidos, dando aletazos contra las paredes y buscando refugio en un campanario gótico, cuya base estaba á un lado del altar mayor.

El sitio, la soledad, la hora avanzada eran capaces, si no de infundir temor, al menos de disponer el ánimo de cualquiera á fúnebres ideas; y el pobre don Literio, que cuando el sol estaba alto en el horizonte había pensado en aquel momento sin inmutarse, hallándose ahora en el acto, conocía cuánta diferencia existe entre el decir y el hacer.

Miraba con angustia aquellos huesos que tenía debajo de los pies, aquellas paredes que la humedad había puesto de color verdoso, y aquellas pinturas antiguas que aquí y allí se columbraban, y tieso en medio, con las manos cruzadas, aguardaba el término de aquella diablura.

Dejó don Miguel en el suelo un envoltorio que había traído; sacó de él el libro de los conjuros, se puso una especie de estola negra pintorreada de signos cabalísticos, y dibujó un círculo con una varita, haciendo mil ceremonias; señaló en él una puerta, dijo al podestá que entrase en ella poniendo primero el pie izquierdo, le dió el talismán y empezó á murmurar palabras latinas, griegas, hebreas, ora llamando por su nombre á centenares de demonios en virtud de Dios eterno, ora levantando y bajando la voz, haciendo pausas, durante las cuales se prolongaba el eco por las bóvedas, y pasaba algún murciélago batiendo sus alas

junto al rostro de don Literio, que todo encogido y trémulo parecía la personificación del frío.

Temblaba creyendo ver salir á cada momento de aquellas sepulturas los originales de los esqueletos pintados en la fachada, y se ocupaba en pedir al Señor y suplicarle que por su misericordia hiciera ineficaces los conjuros de su terrible compañero.

Mientras que de rodillas murmuraba esta oración, sintió un golpecito en el hombro; levantó los ojos y vió el rincón que caía debajo del campanario iluminado de lívido esplendor, y una figura humana cubierta con el largo sudario en que suelen envolverse los cadáveres, que lenta lenta salía de un agujero.

Permaneció inmóvil el espectro, y no diremos cómo se quedó el podestá. Acercóse don Miguel á su oído y le dijo:

— Ea, valor; ahora es tiempo de mostrar corazón; pronto, pedid lo que apetezcáis.

Todo era inútil; el podestá no podía menearse, ni responder, ni respirar.

Habló don Miguel á la aparición algunas palabras en lengua desconocida; en vez de contestar, levantó aquélla pausadamente un brazo, señalando una sepultura que ya tenía la losa algo removida.

— ¿Oisteis? dice que cavando aquí hallaremos tantos florines que quedaremos contentos.

Pero el otro no se daba por entendido. Viendo don Miguel que no había esperanza de menearle de allí, se aproximó á la sepultura, y con mucha facilidad se coló dentro Á poco salió fuera con una olla medio cubierta de tierra y llegándose adonde el podestá se había quedado sin poder mover ni un dedo, derramó delante de él una buena canti-

dad de monedas de oro, ó que al menos lo parecían, que cayeron al suelo sin que ni su vista fuese capaz de volver el alma al cuerpo del que para conseguirlas se había metido en aquel lance.

Apenas había caído la última moneda encima del montón de las demás, cuando abrirse la puerta de par en par, saltar en la iglesia quince ó veinte espantajos armados con picas y partesanas, echarse encima de los dos y apuntarles las armas al pecho y á la garganta, fué obra de un momento.

Apenas tuvo tiempo don Miguel de poner mano al puño de su espada; pero sintiendo que cuatro ó cinco puntas le tocaban á la capa y que alguna le pinchaba en las carnes, tuvo que estarse quieto, pues de otro modo le mataban sin remedio.

Era tan grande en el podestá el terror precedente, que esta nueva complicación no podía producir en su físico ningún efecto visible. Quedóse como se estaba, con los ojos desencajados, con la cabeza sumergida entre los hombros, con las manos indeliberadamente cruzadas y apretándose con tanta fuerza los dedos secos y descarnados que clavaba las uñas en la piel: al cabo dijo con ahogado acento:

— No me matéis que estoy en pecado mortal (1).

En aquella acometida se había caído la linterna é iluminaba de abajo arriba á la extraña turba, que permaneciendo inmóvil durante pocos segundos para asegurarse de que los dos presos ni querían ni hubieran podido defenderse, presentaba un grupo compuesto de la canalla que en aquellos tiempos se conocía bajo la denominación de aventureros. Hoy los llamamos asesinos, y aunque entonces lo eran tam-

(1) Esta interpelación para salvar la vida tenía gran poder sobre los salteadores de la campiña de Roma.

bién, se distinguían con este nombre, especialmente las cuadrillas compuestas generalmente de soldados que habían desertado sus banderas para reunirse bajo el mando de un capitán y pillar los pueblos indefensos, haciendo todo el daño que podían.

Había algunos con petos ó coseletes, llevaban otros un casco de hierro, éstos espadas, aquéllos puñales y cuchillos; muchos traían sombreros en forma de cucurucho con plumas y cintas de varios colores; y casi todos, ó en el pecho ó en la cabeza, ostentaban la efigie de alguna Virgen. En vez de zapatos gastaban sandalias de piel de cabra, con las cuales podían encaramarse mejor por las montañas.

En punto á sus caras, no hay que hablar. Vistos á la luz de aquella linterna, con las barbas y los bigotes larguísimos y descompuestos, parecían demonios desencadenados.

Uno de ellos, tirando al suelo la partesana con que amagaba al pescuezo del podestá, arrancó á éste y á su compañero las armas que traían ceñidas y les sacudió la ropa para ver si tenían escondida alguna otra.

Mientras duró esta jarana, desembarazándose el espectro de su sudario, se había convertido en hombre de carne y hueso, y conociendo que no había tiempo que perder, se había encaramado campanario arriba y sentádose en una viga, sosteniéndose con las piedras, que sobresalían de la pared: allí estaba aguardando coyuntura para escapar, y desde su oscuro refugio donde nadie le veía, podía observar perfectamente cuanto pasaba en la iglesia.

En tanto, el capitán de los bandoleros, joven que podía tener diez y siete años, pero de terrible aspecto, robusto, con una cicatriz que le cogía toda la frente de parte á parte y le subía las cejas más de un dedo, dió un puntapié en la

rabadilla del podestá para determinarle á levantarse, lanzando al mismo tiempo aquel mugido propio de los que carecen del uso de la palabra. No había en el mundo remedio más eficaz para curarle del aturdimiento: púsose en pie sin aguardar la segunda dosis, y conducido á un rincón con don Miguel, fueron ambos atados y vigilados de cerca por algunos de aquellos caribes, mientras los demás cogían y contaban el oro á la luz de la linterna. Hecho esto lo metieron en una bolsa de cuero que el capitán sacó del cinturón, y salieron todos llevando en medio á los prisioneros, á los cuales, con aquella atención que suele usar semejante canalla, dijeron que anduvieran ligeros so pena de trabar conocimiento con las puntas de sus puñales.

Después de haber caminado media milla cuesta arriba por lugares donde no había ni señal de senda, se detuvieron y vendaron los ojos á los dos.

El miedo había vuelto el uso de la voz al podestá que se lamentaba llorando como un chiquillo: los asesinos se divertían con él y le dejaban quejarse á sus anchas.

Pero don Miguel, que con aquella pausa pensó lo peor, dijo entre dientes:

—¡Ahora es ella! Probó á entrar en composición para escapar de sus manos; pero á la primera palabra le cerraron la boca de una puñada que le envió dos dientes al estómago. Como no podía ni ver ni hablar, aguzó las orejas. Oyó que los ladrones trataban de repartirse el dinero y los prisioneros; percibió que hablaban de rescate y calculaban cuál de los dos tuviese traza de poder pagarlo más crecido. Entre varias voces que charlaban en diversos dialectos, todos italianos, advirtió una que tenía acento extranjero, al parecer alemán; pero en lo mejor de sus observaciones,

sintió que muchas manos le agarraban y le cargaban en hombros de dos individuos que se apartaron de la comitiva, sin que le fuese dable adivinar la dirección que seguían.

Duró más de una hora el viaje, interpolado de pausas, en las cuales dejaban no con mucha suavidad al llevado y descansaban los llevadores. En tanto, entre el terror, natural aun en el hombre animoso, de morir degollado como un perro por aquellos bandidos, las ataduras que le mortificaban y la angustia de caminar en hombros de otro sobre los agudos ángulos de una armadura, empezaba á parecerle á don Miguel algo pesada la burla.

Por último, pararon, y se oyó el estrépito de una gruesa puerta que se abría. Entraron: la puerta, cerrándose de nuevo, resonó á sus espaldas. Aquí desataron á don Miguel, le condujeron algunos pasos más allá, le desvendaron los ojos, y se encontró en un cuarto en el cual por una tronera entraba un poco de resplandor de la luna. En una de las paredes había cierta puertecilla baja y enana, cuajada de cerrojos; abriéronla, y una voz dijo á don Miguel: «Anda adentro». Inclinóse para entrar, y mientras, echando un pie procuraba indagar si había escalera, un empujón en los riñones, dado con el cuento de una pica, lo hizo llegar más presto que deseara al pie de una grada, siéndole imposible contar el número de escalones que había bajado. Un cerrojo que se corrió rechinando, advirtió á don Miguel que, al menos por la puerta, no quedaba esperanza de salir.

El sitio estaba oscurísimo. Empezó por tocarse la boca que le estaba doliendo de resultas de la puñada recibida: sacó las manos mojadas, sin duda de sangre, y descubrió que de entonces para en adelante no debía echar la cuenta

con treinta y dos huesos dentales, caninos y molares, sino sólo con treinta.

—Si el diablo te hubiese desnucado á ti y á tu padre, como era su obligación, no estarían sembrados mis dos dientes junto al matorral,— dijo apostrofando mentalmente á quien le había metido en aquella empresa.

Hizo, sin embargo, cuanto pudo para serenarse, y extendiendo los brazos procuró reconocer el sitio en que se hallaba. Columbró que por un agujero penetraba un rayo de luz y le pareció oir que las olas se estrellaban por la parte de afuera contra la pared de su encierro. Arrastrando los pies halló en un rincón un poco de paja: tendióse allí, decidido á aguardar lo que la fortuna le deparaba.

CAPÍTULO X.

CONTINÚA LA COMEDIA EN EL DRAMA.

El lector habrá adivinado sin duda que el espectro no era otra persona, que el cabo de escuadra Boscherino.

Pero fáltale saber cómo la cuadrilla de los aventureros había acudido á trastornar el enredo urdido por don Miguel. El hecho era éste.

Tenía don Literio una criada fresca y guapa, á causa de la cual podían suscitarse dudas acerca de la firmeza de su fidelidad conyugal. Aunque la muchacha daba oídos á los suspiros quincuagenarios de su señor, no era sorda á los de un mozo de cuadra que servía también en la casa. Por los eslabones de la cadena de este amor bajó hasta el caballerizo el secreto de que el podestá iba aquella noche á desenterrar un tesoro. Era el mozo amigo de algunos hombres de la cuadrilla de Petraccio (éste es el nombre del capitán de bandoleros), el cual combinó su plan de manera que, si el tesoro parecía, entrase al menos una parte en su bolsa, en vez de caer íntegro en la de su dueño.

Antes que volvamos á don Miguel, es necesario que el lector tenga noticia de los lugares en que acaecieron los hechos que nos proponemos referir.

Á la cabeza del puente por el cual se va á la islilla de Santa Úrsula, había una torre maciza y cuadrada. Cerraban el paso una puerta gruesa, un rastrillo, y un puente levadizo. Subíase por una escalera de caracol á los dos pisos



superiores, donde estaban alojados el comandante y la tropa, y en lo alto había una azotea rodeada de almenas por las cuales asomaban las bocas de dos pedreros.

La abadesa del monasterio que gozaba derechos seño-

riales, tenía allí de guardia una compañía de ochenta infantes entre picas y arcabuces, mandada por un tal Martín de Schwarzenbach, alemán, soldado aventurero, que consideraba más cómodo el estarse rascando la barriga en aquella torre, bien pagado y mejor comido, que el andar exponiendo su vida en el campo y en la guerra, en la cual había conocido que la delicia de maltratar y esquilmar á los pueblos es á las veces turbada por una bala de plomo ó por la punta de una partesana. Sus tres pasiones dominantes consistían en hallarse lejos de las escaramuzas, en robar, y en beber tanto vino de Puglia cuanto pudiera caber en su estómago, que en este punto tenía muy poco que envidiar á un tonel.

Leíansele en el rostro estas tres inclinaciones: las dos primeras en un par de ojos igualmente llenos de codicia y de cobardía; la última en un color encendidísimo, que dejando pálido el resto de la cara, se concentraba todo en las mejillas y en la nariz. Barba rala y del color de la de un chivo, labios cárdenos y un cuerpo capaz de resistir las fatigas de la milicia, si la disipación no le hubiera dejado á los cuarenta años tan desmadejado y blando como pudiera estar á setenta.

El oficio del tal se reducía á cerrar la puerta por la noche. Los ejércitos que guerreaban en los contornos no tenían miras hostiles contra el monasterio, y por consiguiente no había motivo para guardarse de ellos. Las cuadrillas de aventureros que corrían la comarca no se hubieran atrevido á asaltar á ochenta hombres encerrados en una buena torre con dos pedreros. Otra razón había que dejaba dormir tranquilo sueño á Martín Schvarzenbach, aunque estuviera rodeado de ellos. Habíase ajustado con la abadesa para guar-

dar el monasterio; pero no por eso se creía obligado á ser también el guardián y defensor de los ducados, de los florines y de los haberes de los habitantes de aquel condado ó de quien por él transitase. Mas como á cara descubierta no podía ir á pescar en las bolsas ajenas, había aceptado un tanto por ciento en las mercaderías que Pietraccio recogía, le hacía espaldas ayudándole con los suyos cuando lo pedía la necesidad, y escondía dinero, ropa y hasta personas cuando eran de aquellas que daban esperanza de un grueso rescate.

Hacíanse con tal cautela estas operaciones, que las gentes ofendidas á todos hubieran echado la culpa antes que á Martín, que sólo era tenido por el más considerable bebedor de aquella tierra.

En las uñas de este cernícalo había caído don Miguel, el cual pasó la noche devanándose los sesos, sin poder adivinar dónde se hallaba. Oyó al amanecer tres cañonazos, como solían dispararse cada mañana en la fortaleza de Barletta: se encaramó lo mejor que pudo, logrando al fin nivelar su cabeza con la rendija por donde entraba la luz; mas el agujero estaba cubierto de hierba por la parte exterior, y desde él no se veía más que un pedacito de mar. Sosteniéndose allí algunos momentos vió pasar un barquichuelo cargado de hortaliza, y en el hombre que iba dentro reconoció al hortelano de Santa Úrsula; entonces quedó casi convencido de que se hallaba en lo más bajo de la torre que defiende la entrada de la islilla.

Apenas bajó del sitio de su descubierta, se abrió el calabozo y le sacaron de él dos robustos bigardos que le hicieron subir al cuarto del capitán.

Acababa éste de levantarse, estaba aún desceñido y sen-

tado en el borde de su cama y tenía delante una mesa en que desordenadamente yacían los restos de una comilona. Un astillero que daba vuelta á toda la pared estaba guarnecido de picas, de arcabuces de horquilla, de petos de hierro y otras armaduras.

Miró á don Miguel con unos ojos que al parecer no atinaban á levantar los pendientes y arrugados párpados que los cubrían, y marcando el compás en el pavimento con el tacón de una de sus botas, le dijo:

— Has de saber, señor tú, no sé cómo te llamas, que quien pasa la noche en mi posada paga cien florines de oro de diez libras bien acuñados en la zeca de Florencia, ó, si bien le parece en la de San Marcos. De lo contrario, una cuerda y un cantón al cuello junto con un baño de mar, le eximen de satisfacer el escote. ¿Qué te gusta más?

— Lo que á mí me gusta, talvez á ti no te hará gracia, respondió don Miguel con la mayor sangre fría. Ayer noche nos cogisteis á los dos, pero no estábamos solos en la iglesia: había otro á quien no visteis, que os vió á vosotros y que te conoce; á estas horas se saben en Barletta vuestros latrocinios y no tardarás mucho en tomar el baño que me ofrecías, á menos que halles medio de estorbar que tres ó cuatrocientos catalanes ó estradiotas echen al suelo á puntapiés la puerta de esta torre, ó de inducirlos á que te ahorquen de una almena en vez de proporcionarte una reconciliación con el agua, que en este caso, si no me engaño, probarías por primera vez en la vida.

Sugirióle esta idea la vista de un medio barril, que el alemán tenía en la cabecera de la cama en lugar de pililla de agua bendita.

Una réplica en tan desenfadado tono acabó de despertar

al condestable, que calándose la gorra hasta los ojos, respondió :

— Si crees que hablas con algún chiquillo y que me asustan tus bravatas, te advierto en primer lugar que no te creo, y luego, que si viniesen tus albaneses ó esos diablos que has mentado, medios tengo para no temerlos, ni al mar, ni á la almena... y no sé quién me detiene que no te mande atar por el pescuezo ahora mismo. Pero más me gustará el son de los florines que el graznido de los cuervos que vendrían á picarte en los ojos. Con que, al hecho : aquí hay chismes de escribir ; haz que venga el dinero, y luego vete con mil satanases adonde te plazca.

Sin darse mucha prisa á responder, le miraba don Miguel con el gesto de quien, sin temer la menor cosa, está dudando si lo tomará de veras ó en chanza. Iba ya á estallar la cólera del capitán, y talvez con algo más que con palabras ; pero llegó antes la respuesta :

— Condestable, los florines te gustan y el vino no te desagrada ; por fuerza debes de ser lo que llamamos un buen camarada. Se entiende ; el buen soldado ha de ser así, tuno, glotón y poca devoción. ¿Quién diantres, pues, te enseña á hacerte el pícaro? Oye : quiero que seamos amigos. Verdad es que tendrías que pagarme la mala noche que me has dado, y si no fuera... basta ; te perdono y quiero hacer que ganes...

Volvióse al llegar aquí, mirando á los dos que le habían traído y aun le tenían sujeto por los brazos.

— Decid, mocitos, ¿nada hay que hacer por ahí si no tenerme en medio de los dos, como los ladrones á Nuestro Señor?

» Anda, querido, — añadió desprendiéndose de uno y

dándole en chanza una palmadita en la cara ; librándose del otro del mismo modo, — anda tú tambien ; no os incomodéis, puedo estar en pie sin tentemozo. Id á ver si asoma alguien por el camino de Barletta... en cuanto digo dos palabras aquí, á su señoría. ¿No veis que no tengo armas, ni trato de comérmelo crudo?... ¡diantre! necesitaría un estómago peor que el vuestro.

Los soldados, á quienes no menos que á Martín asombraba tan desusada frescura, clavaron los ojos en su jefe para conocer su voluntad: hizoles éste una seña afirmativa con la cabeza, y salieron. Pero al verse solo con don Miguel, creyó prudente ponerse en pie y colocarse al alcance de su espada.

— Condestable, me has pedido cien florines por mi rescate; no creí por cierto valer tan poca cosa, y para enseñarte á apreciar bien á mis iguales te daré doscientos (el alemán abría los ojos á más no poder y se le hacía la boca una agua); sí, doscientos, y esto no es nada... si tuvieras traza de saber servirme con tino y fidelidad haría tu suerte... ¡bah! ¡es inútil! necesitabas ser muy listo, tener buenas explicaderas, callar á tiempo; en suma no enseñar á nadie esa cara de nabo cocido, ni esos ojos apagados que parecen papilla con aceite.

Al ver Martín tanta serenidad creía que estaba soñando y cruzaban por su mangín mil ideas de si tendría en su poder algún príncipe ó gran personaje disfrazado; pero no pudiendo fijarse en ninguna y no gustando de verse poco respetado en su mismo palacio, respondió :

— Pero en nombre de Dios ó del diablo que te lleve, ¿quién eres? ¿qué pretendes? Habla, que ya estoy fastidiado y no soy el hazmereir de nadie.

— Despacito y á buenas, que si me atufo... no digo más, y peor para vos. Habéis de saber.....

Entró un soldado é interrumpió á don Miguel diciendo :

— Condestable, se ve gran polvareda en el camino hacia Barletta; parecen jinetes, al menos así lo cree Sandro, que ve más que todos.

El alemán se estremeció y miró á su prisionero, el cual riendo con malicia le dijo :

— ¡Si yo os lo había pronosticado! pero no tengáis miedo. ¡Juicio! y todo se compondrá. Anda, añadió dirigiéndose al soldado, y si hay algo de nuevo avisa. Pues como iba diciendo, habéis de saber que aquí en el monasterio hay una persona encerrada por algunos que no es preciso mentar, cuya persona más quisiera correr mundo y gozar de él, que tener siempre entre manos cirios y cruces. Se trata de jugar limpio. Si una noche de estas viniese una barca con cinco ó seis buenos mozos á llevársela, y el condestable oyese ladrar algún perro ó percibiese alguna voz delgada pidiendo socorro (sabido es que las mujeres chillan dos horas antes de que nadie las toque), no haga caso, piense que ha sido un sueño, échese de otro lado y siga roncando, bien persuadido de que este facilísimo servicio le valdrá, como caídos del cielo, quinientos zequíes nuevos de los acuñados en San Marcos, y talvez un mando mejor del que tiene ahora con esas gazmoñas.

El pobre Martín, que al par de tantos vicios tenía la buena cualidad de ser fiel á quien le pagaba, á pique estuvo de perderla con tan aventajada proposición. Pero la ley de que no puede haber en el mundo cosa ni absolutamente buena ni absolumente mala, le salvó del total naufragio, y respondió con intención de mostrarse ofendido; sin em-

bargo, sus palabras más tenían de pesarosas que de coléricas:

— Martín Schvarzenbach ha servido á Milán, á Venecia y al emperador en los buenos tiempos, y jamás ha hecho traición á nadie. La abadesa de Santa Úrsula le ha pagado hasta fin de Diciembre de 1503. Si vueseñoría es algún... qué sé yo... algún señor... ó hace gente para algún príncipe italiano y quiere engancharme, bueno, hablemos de eso, os presentaré la compañía : son cincuenta picas y treinta arcabuces, todos de veinte á cuarenta años; y en cuanto á los arneses, veréis que no falta ni el clavo de una hebilla. Si nos concertamos, vendremos el 1.° de Enero de 1504 á dar el asalto al monasterio y nos las llevaremos á todas, hasta la cocinera. Pero antes de cumplir el plazo y mientras me queden municiones para un tiro y una hoja de puñal, nadie tocará un cabello ni á las monjas, ni á la última lega.

— ¿Y creéis, señor Martín, que yo no sepa cuáles son los deberes de un hombre como vos? ¿Creéis que tendría yo cara para proponeros una infamia? No me conocéis. La persona de quien se trata no es monja, ni lega, y tanto se le da del monasterio como á ese medio barril que tenéis ahí. ¡Dios os bendiga! bien se ve que sois hombre de bien y que sabéis que cuando se puede ir despacio, es loco el que corre; que cuando se puede dormir bajo de techado con medio vaso de buen zumo, es necio el que duerme al fresco con el estómago vacío; y que quien puede ganar quinientos florines sin trabajo, con toda la honradez del mundo y en gracia de Dios, debe pensar que semejantes fortunas no todos los días caen en la boca como brevas... Ahora bien, á poco que lo penséis, seréis de mi opinión, y resolved presto, que no pueden tardar mucho esos jinetes.

La virtud de Martín, como la de la mayor parte de los hombres de bien, era capaz de transacción; por esto respondió :

— Si no se tratara de monjas, sería otra cosa.

Mientras que pensando don Miguel si descubriría á Martín quién era la mujer que trataba de robar, se detenía un poco en responder; una disputa que sobrevino á la puerta del cuarto entre dos soldados y una vieja, interrumpió la conversación.

— Está ahí dentro el diablo que cargue con tus huesos, maldita jorobada : está ahí dentro quien debe estar, y el condestable tiene otras cosas que hacer mucho más urgentes que escucharte.

Así gritaba uno de los soldados procurando detener á una viejezuela muy diminuta, desgreñada y con dos ojos de nácar ribeteados de carmín. Ya había metido medio cuerpo dentro del cuarto del condestable; pero el soldado la tenía agarrada por el sitio donde el cuello se une á los hombros, tirándole el pellejo de modo que le torcía la boca tres dedos hacia un lado. Tiró la vieja á la mano que la sujetaba un arañazo con sus uñas de acero, que fué poderoso á dejarla libre; y cayendo como un muelle disparado encima de don Miguel, al cual se aferró, evitó una puñada dirigida desde el otro cuarto, que si la alcanza, pobrecita de ella.

— Tómate ésa, hijo de Bercebú, decía volviéndose al soldado, el cual chupándose la sangre del arañazo, miraba á la vieja como mira el mastín al gato que le ha peinado el hocico : tómate ésa, y si me buscas otra vez, te daré algo que más te duela.

— Y tú, bruja hedionda, prueba á venir cuando esté de guardia... Sandro mío queridito (y decía esto replegando

el labio inferior sobre los dientes para imitar la voz de la vieja), déjame entrar en el monasterio... sólo por un instante mientras pido á la forastera unas hilas para Scannaprete que está herido, y unos polvos para Paciocco que tiene calentura... Un poco de plomo derretido (en voz natural) para ti y para quien te envía. Vuelve, vuelve, y te contaré cuántas son cinco. Que me arranquen la lengua, como el Valentino, Dios le dé salud, se la mandó arrancar al infame de tu amo, si no te envío con tu gazmoñería al infierno, bruja de la noche de San Juan.

Materia tenía la vieja para responder y para no infringir una de las leyes fundamentales del código femenino, esto es, la de ser siempre la última en hablar : pero le corría prisa el decir cosas importantes : volvió las espaldas á Sandro con aquel movimiento de escarnio que más es para imaginado que para descrito.

— Si no ponéis mano vos (hablaba con el condestable) vamos á danzar en grande : allá arriba en el matorral ha habido esta noche un infierno. Han vuelto los hombres una hora antes de amanecer. Traían aquel tío tan feo que anoche cogisteis... ¡ Virgen santa ! parecía un muerto de tres días. Poco le duró el miedo. Pietraccio lo ha despavilado como á un cabrito.

— ¡ Cómo! gritaron á un tiempo Martín y don Miguel : ¿han asesinado al podestá? ¿por qué? ¿dónde? ¿cómo?

— ¿Qué queréis que os diga? ¡ Virgen de mi vida! Pietraccio quería hacerle comprender que pagase no sé cuántos ducados de rescate; y ya sabéis que como no tiene lengua, el diablo que le entendía : el otro estaba con los ojos fijos, vidriosos, más del lado de allá que del de acá. Entonces mi amo le escribió en un papel lo que quería, y empeñado en

que había de leerlo. Peor. Parecía la efigie de san Roque que hay en la capillita de Belfiore. Entonces Pietraccio le descargó en el rostro tres ó cuatro bofetones, ¡pero de aquéllos!... Ni por ésas. En seguida se infurruñó... y ya sabéis que cuando se enfurruña... Un navajazo aquí en la boca del estómago y abajo, abajo, abajo, le ha descosido hasta la pretina (no hay otro que maneje el cuchilo como él, avergüenza á los hombres barbados). Al cabo ¿qué queréis? es un loquillo: ¡cuántas veces se lo he dicho á su madre! ¡Ghita! el chico va adquiriendo la maña de andar muy listo con las manos... pero no se puede hacer carrera de él...

Estas noticias y la manera de contarlas dejaron suspensos, aunque por motivos diversos, á los dos oyentes, que no hallaron palabras para responder.

La vieja prosiguió:

— Ahora concluyo y me voy, que desde ayer no me he sentado. Nos habíamos echado para dormir una hora: llega en esto Cocco de Oro corriendo: ¡Arriba pronto! ¡que viene el preboste con su gente!... Nos levantamos, ¿qué queréis? estaban ya debajo de la Malagrotta y venían en posta; pies para qué os quiero, montaña arriba. Ahora están todos encerrados en la cueva de Focognano sin un pan ni un sorbo de agua: y por el llano andan á lo menos doscientos entre esbirros y soldados; quiera Dios que alguno de los nuestros no reciba la propina antes de trabajar. Vaya, daos prisa, ved cómo se remedia esto... Habrán encontrado muerto al podestá... ¡Virgen del cielo! ¡buena se va á amar!... Y dice Ghita que no olvidéis que allí nada tienen que roer y que al instante les enviéis algo.

Dicho esto, vió en la mesa las sobras de la cena, y tomán

dolas con presteza y sin pedir permiso, llenó el delantal de mendrugos, de pedazos de carne y de fruta : vertió en una calabaza que traía colgada, todo el vino que pudo contener ; bebió el remanente, y limpiándose la boca con el dorso de la mano, se marchó después de dar un empujón á Sandro para quitarle del paso y sin decir á los otros dos oste ni moste.

El caletre de Martín no podia contener tantos negocios á la vez. Con una mano en la barba y otra encima de la rabadilla andaba por el cuarto sacudiendo la cabeza y soplando. La súbita salida de la gente de Barletta le aconsejaba dar crédito á don Miguel, que con tal seguridad la había previsto, y le hacía discurrir si sería persona de tanto valer como afirmaba.

Resolvió ante todo concertarse con él, para que no le descubriese cuando llegaran los que andaban buscando á los asesinos del podestá. Dejó pues su tono habitual de petulancia, y medio pidiendo favor le dijo que contase con él enteramente, prometiéndole además auxiliarle en su empresa.

Concluído el trato, oyéronse las pisadas de muchos caballos que entraban por el puente, y una voz clara y fuerte como una trompa que llamó repetidas veces al condestable Schvarzenbach. Bajó éste, y se encontró con Fieramosca y Fanfula de Lodi que le estaban aguardando á la cabeza de algunos soldados de caballería ligera.

El lector recordará haber visto al segundo en la lista de los campeones italianos.

Entre cuanta gente de armas contaba la Italia, no había alma más desesperada que la suya. Por cualquier friolera y muchas veces sin causa alguna, exponía su vida al mayor

peligro. Como nada tenía en qué pensar, sólo cuidaba de divertirse y manejar las armas en caso necesario. Era ágil como un leopardo, todo nervio, tenía un cuerpo gracioso y bien constituído : la naturaleza sabía sin duda que debía habitar en él un espíritu temerario hasta la locura, y por esto se esmeró en formarlo de manera que pudiera resistir á las más peligrosas pruebas. Como hijo de un teniente de Jerónimo Riario, se había criado entre las armas y había cobrado sueldo de todos los estados de Italia, porque ya por quimeras, ya por desobediencias, ya por propia inconstancia, siempre le tocaba andar á caza de nuevos peligros. Los florentinos habían sido los últimos á quienes sirviera, y tuvo que apartarse de ellos por el hecho siguiente.

Hallándose acampado al pie de las murallas de Pisa, se dió un asalto en el cual, si Pablo Vitelli, capitán por la república no hubiese mandado tocar retirada y contenido hasta con heridas á los soldados florentinos que estaban llenos de ardor para aprovechar la primera ventaja, Pisa se hubiera tomado aquel día (y la conducta de Vitelli tachada en Florencia de traición, fué después, como todos saben, la causa de su muerte). Fanfula que iba siempre delante de los primeros había llegado por una escala á abrazarse con una almena : haciendo el molinete con su espada había abierto un claro; estaba ya en el muro, y tanto menudeaba los golpes, estocadas y reveses que á poco más hubieran los otros tenido campo para seguirle.

En esto tocan retirada, y le dejan solo. Le irritaba el tener que volver atrás ; sin embargo bajó mugiendo de rabia entre una nube de dardos, piedras y arcabuzazos que ni siquiera le tocaron al pelo de la ropa, y sano y salvo volvió al campo corriendo como un loco y vomitando inju-

rias contra cuantos encontraba. En el pabellón del capitán se hallaban los comisarios florentinos conferenciando con Vitelli : saltó Fanfula entre ellos hecho una fiera, llamándolos traidores, y con un palo que halló al paso, empezó á sacudir á todos un granizo de garrotazos, puntapiés, empujones y puñadas; entre que él era robustísimo y entre que ninguno podía esperar aquello, les puso en tal confusión, que se hallaron patas arriba en el suelo, antes de tener tiempo para averiguar quién fuese el autor de semejante zafarrancho.

Después de esta calaverada, montó á caballo sin despedirse, como es fácil de suponer; y estaba ya muy distante del campamento, cuando, repuestos los jefes de su atolondramiento, resolvieron echarle mano.

Abandonando así á los florentinos, se había enganchado con Próspero Colonna y se hallaba ahora en Barletta con el resto de la compañía.

El aviso que dió Boscherino de que el podestá había caído en manos de aventureros, comunicado de modo que no excitase sospechas contra él, puso en movimiento al preboste y á los esbirros de Barletta, que se dirigieron á la montaña. Siguiéronlos con algunos caballos Fanfula y Fieramosca, parándose á guardar la salida del valle donde estaba la iglesia abandonada.

Recibieron de mano de los esbirros dos prisioneros que habían cogido con gran trabajo, y los condujeron á la torre que mandaba Martín Schvarzenbach.

Cuando éste bajó al rastrillo, los dos infelices estaban en medio de los soldados, aguardando que se abriera su prisión. Era uno el capitán de bandoleros Pietraccio, joven feroz, de miembros y aspecto como un salvaje, con un me-

chón desgreñado de cabellos colorados que le caían por encima de los ojos, los brazos desnudos y manchados aún con la sangre del podestá cruzados sobre el pecho por medio de una cuerda que le entraba en las carnes : tenía un mirar hosco y extraviado como el del lobo cogido en la trampa. El otro era una mujer de alta estatura, de bellas formas ; pero el trabajo, el hábito del crimen, la desesperación en que la ponía su estado actual, la hacían parecer más vieja de lo que era realmente. Una herida que recibió en la cabeza al defenderse, le había impedido llegar hasta allí de otro modo que en brazos de dos soldados. Dejáronla tendida en el pavimento : renovándosele con aquella conmoción el dolor de la herida, le hizo abrir los ojos y lanzar un profundo gemido, mientras que brotando la sangre de la frente cubría su rostro y su pecho. Abrióse el calabozo donde había estado don Miguel, y allí la arrojaron con Pietraccio, sin quitarles las ataduras.

Desembarazados de ellos, volvieron los soldados hacia el valle, por si había más prisioneros que recoger. Fanfula subió al cuarto del condestable, y Héctor aprovechó aquella coyuntura para pasar á la hospedería del convento.

Las dos mujeres, que no le aguardaban á aquella hora, quedaron asombradas al verle, y después de los cumplimientos usuales oyeron las razones que le habían llevado al monasterio. Al contar la batida contra los bandoleros, les dijo que junto con el capitán habían cogido una mujer, la cual, haciendo cara á la entrada de una cueva donde estaban agazapados, había herido á algunos esbirros, hasta que de una cuchillada en la cabeza cayó tendida en suelo.

Lastimada Ginebra de la desgracia, quiso ir á socorrer á los prisioneros. Levantóse, y tomando lo que le pareció

oportuno de un armario en que guardaba varias especies de polvos y ungüentos, que, según hemos visto, se habían gastado algunas veces en pro de los mismos asesinos, rogó á Fieramosca que pidiese al condestable las llaves del calabozo.

Obedeció el mancebo, y al acercarse por la escalera de caracol á la puerta del cuarto de Martín, oía un pisoteo cuya causa no acertaba á comprender. Empujó la puerta, que sólo estaba entornada, y vió á Fanfula en medio de la habitación jugando como con un bastoncillo con una espada de dos manos que había cogido del astillero. La esgrimía, hacía molinetes, tiraba estocadas y fendientes con tal velocidad que apenas se veía la espada en el aire como una niebla : si hubiera tenido que defenderse de un ejército, no hubiera hecho más. Hector, que iba á entrar, se detuvo para no recoger algún chirlo, y miraba sonriéndose esta justa singular que el otro proseguía no creyendo que le estuviera mirando. Los mandobles que entonces tiraba al aire no habían dado siempre en vago, por desgracia del dueño de la casa. Sea imprevisión, sea malicia, uno de ellos había dado cima y remate á los dilatados servicios del medio barril que yacía junto á la cama del condestable, dividido en dos mi ades como una nuez, mientras el líquido que contuviera se iba nivelando en el rincón más bajo del pavimento.

— Tarde se trasiega el vino este año, dijo por último riendo Fieramosca. Volviéndose Fanfula á esta voz, dejó caer á sus pies la espada y se tendió en la cama soltando tan descomunales carcajadas que parecía frenético.

— ¿Qué diablos has hecho, loco de atar? ¡Mira, mira! media hora hace que llegamos, y ya has destrozado más

que un tercio de catalanes en una semana. Y Martín en dónde está?

Al cabo se sosegó Fanfula, y respondió:

— Ahí estaba poco ha y decía que sólo los suizos y los alemanes saben manejar la espada de dos manos: yo le he replicado que tenía muchísima razón y que me diese una leccioncita: probando entonces lo mejor que he podido, he abierto una rendija al barrilillo (que me ahorquen si lo hice á mal hacer), y él se ha atufado de mala manera. ¡Mira qué animal! ¡no querer compadecerse de un aprendiz! ¡bien decía él que los pobrecitos italianos no sabemos tener una espada en la mano! Nos hemos enredado de palabras, y se marchó jurando y amenazando. ¿Qué había de hacer? Sin pensar en que me metía con un esgrimidor tan aventajado, le he sacudido un *cancher* á la lombarda y le he dicho: Si queréis bajar al prado que hay al pie de la torre, os abriré una ventana en vuestra calabaza tudesca para probaros que la del barril ha sido por equivocación.

—Y él ¿qué ha respondido?

—Que le dejase en paz que ya le tenía quemada la sangre.

Y decir estas palabras y revolcarse en la cama riendo y tirando al aire toda la ropa que en ella había, fué obra de un instante. El lance había pasado exactamente en los términos que Fanfula contara; pero no queriendo Martín meterse con aquel calaverón, aunque en extremo acongojado por la pérdida de su vino, había subido blasfemando en alemán á la azotea, donde se hallaba escondido don Miguel. Oyendo desde aquella fortaleza la relación de Fanfula, levantaba la voz de cuando en cuando para decirle injurias, á las cuales respondía el otro con otras tantas en forma de paréntesis, sin dejar de continuar su cuento.

Fieramosca, que no tenía humor para semejantes burlas, medió en el altercado, y no sin mucho trabajo los puso en paz. Bajó Martín, fuése Fanfula sin dejar la risa, y Héctor, que apenas podía contener la suya viendo al alemán que contemplaba las dos mitades de su barril con los ojos de un avaro que encuentra abierta y vacía el arca de su dinero, expuso el deseo de Ginebra de entrar en el calabozo, y con buenas palabras le rogó que lo abriera.

En tanto el condestable había puesto en pie los dos fragmentos del barrilillo, y con un trapo, que á manera de esponja iba empapando y luego exprimiendo diligente en ambos recipientes, procuraba salvar los restos de su derrota. Después de oir la solicitud de Ginebra, dijo refunfuñando :

— ¡Toma! los asesinos encuentran quien los socorra, y un pobre hombre que se está en su casa cuidando de su hacienda y sin hacer daño á alma viviente, halla locos que le saquean á tente bonete.

— Querido señor Martín, os sobran mil razones ; pero yo nada tengo que ver en eso.

— Y yo ¿ qué tenía que ver? ¿ he ido por ventura á rogarles que viniesen á refocilarse á mi casa ?

Fieramosca instaba.

— Bueno, bueno : volved dentro de media hora y entraréis en el calabozo... Y ojalá reventéis todos allí, añadió entre dientes ; pero Fieramosca estaba ya á la mitad de la escalera y no pudo oirlo.

CAPÍTULO XI.

LA MADRE Y EL HIJO. — LA LLEGADA DE DOÑA ELVIRA.

La captura de Pietraccio y de su madre era un accidente que podía tener graves consecuencias para Martín y estorbar la ejecución de los proyectos de don Miguel : habían hablado de ello los dos y convenido en la necesidad de hacer huir al asesino para que no le llevasen á Barletta, donde podría revelar la conducta que el capitán observaba. Pero no era fácil hallar el modo sin comprometer la responsabilidad de quien debía guardar al preso.

Cuando llegó Fieramosca á pedir permiso para entrar en el calabozo, turbado todavía el condestable por la disputa con Fanfula, no pudo calcular de repente si esto favorecía ó perjudicaba sus intereses. Tuvo sin embargo suficiente talento para dar largas confiando en la astucia de su nuevo amigo, y subió adonde estaba, esperando que hallaría medio de sacarle de aquel conflicto. Cuando oyó don Miguel la pretensión de Fieramosca, dijo :

— Si le hubiéramos pagado, no podía servirnos mejor.

Dejad hacerme á mí, condestable, y veréis si entiendo yo el negocio. Pero... ¡acordaos!

— Entiendo, no hay que hablar. Con tal que las monjas...

— Las monjas, respondió riendo don Miguel, están seguras : tranquilizaos. Dadme ahora las llaves del calabozo y aguardadme aquí.

Tomó las llaves, bajó al piso inferior y abrió la puerta con mucho tiento : aplicó el oído, y escuchando que la madre y el hijo estaban en conversación, se detuvo en la primera grada de las cuatro ó cinco que guiaban á aquella caverna, y desde ella podía ver y oir á aquellos infelices.

La mujer permanecía tendida en el suelo como la dejaron, con la cabeza apoyada en un madero tirado en un rincón ; pero habiéndole acometido con la angustia una calentura ardiente, al dar media vuelta había caído chocando con la frente en las húmedas y frías losas, sin tener fuerzas para incorporarse otra vez. Su hijo, con los brazos atados al pecho, de manera que no podía menear un dedo, había probado, pero inútilmente, á ayudarla : al cabo, por pura desesperación se hincó de rodillas junto á ella y revolvía los ojos espantados ora hacia su madre, ora hacia las paredes.

La pobre mujer hacía de cuando en cuando algún esfuerzo para levantar la cabeza : estaba demasiado débil y no podía por sí sola. Con mucha dificultad consiguió por fin su hijo en uno de aquellos esfuerzos introducir entre el suelo y la cabeza una de sus rodillas, y así la volvió á poner en su primera actitud; pero le causó tanto dolor este movimiento, que llevando las manos á la frente y lanzando un suspiro prolongado, dijo :

— ¡Maldita sea la espada del calabrés villano que me ha herido!... Pero si el diablo me concede siquiera dos minutos de vida... quiero que sepas quién eres. ¿De qué me serviría rogar á Dios y á los santos? ¡nunca me han dado oídos cuando he vuelto á ellos mis plegarias!...



Precisaba hacer huir al asesino (pág. 161).

Y clavando en la bóveda con gran trabajo las amortiguadas pupilas, profirió blasfemias capaces de erizar el cabello á otro que no fuera Pietraccio. Luego, trocando aquella fe-

roz desesperación en otra más dolorosa aunque no menos profunda, añadió :

— Y sin embargo, también había yo confiado en el perdón... ¡cuando cantaba con las otras monjas!... ¡Oh! ¡maldita, maldita la hora en que puse el pie en aquel recinto!... ¡Vanas quejas! era del demonio antes de nacer... procuré huir de ellos... ¡he aquí de qué manera lo he conseguido! — Y dirigiendo al cielo los ojos por segunda vez, exclamó con una expresión que no es dable describir : — ¿Estás ahora contento?

Volviéndose en seguida á su hijo :

— Si puedes salir de aquí... si eres hombre... El que fué causa de mi muerte y de tu ruina arderá conmigo toda una eternidad, si los sacerdotes no mienten. Aquella noche, en Roma, cuando te coloqué al pie de Tor-Sanguigna para que mataras á un caballero... tú, necio, gritaste antes de herirle, y por eso te prendieron y te arrancaron la lengua... ¡Era César Borgia!... Cuando éste estudiaba en Pisa (yo me hallaba en el monasterio) se enamoró de mí, y yo ¡loca desenfrenada! de él. No sabía quién fuese... una noche entró en mi habitación... tenía yo en mi compañía una niña de siete años que era mi ahijada... le vió subir por una ventana y empezó á gritar... ¡desdichado de él si le hubieran descubierto!... echóle sobre la cabeza las almohadas... y luego se subió encima... ¡Monstruo!... yo caí al suelo... Júrame por todo el infierno que le matarás... indícame con la cabeza que lo juras... al menos esto.

El asesino, clavando en su madre los ojos horriblemente abiertos, hizo con la cabeza un signo de afirmación, y quitándose ella del cuello una cadena que traía debajo de la camisa, añadió :

— Y cuando le hayas traspasado el corazón, dile : Mira esta cadena... te la devuelve mi madre... Estrújasela encima de los ojos... ¡No he concluído... un instante no más!... luego ya nada temeré. Cuando cobré el sentido me hallé tendida en la cama de la pobre niña, y tú eras... ¡oh! ¡no puedo decirlo!... me hallé al lado de la infeliz Inés... ¡cuán hermosa era!... ¡ahora está en el cielo!... ¡y yo! ¡yo! ¿por qué he de ir al infierno?...

Estas palabras terminaron en un aullido que hizo retemblar la bóveda. Había muerto.

Pietraccio no se conmovió apenas : con estúpidos ojos contempló los convulsivos movimientos de su madre. Cuando la vió sin vida, se acurrucó en el rincón más apartado, como hace una fiera que encerrada en una jaula con un cadáver de su misma especie, se horroriza y se aleja de él.

El bandolero no había oído más que una parte de aquella relación hecha con mil interrupciones y en una especie de delirio. La idea viva que le quedaba era la de que tenía que vengarse de César Borgia, por muchas injurias y principalmente, á su parecer, porque su barbarie le había puesto en el estado en que se hallaba.

Distinto efecto había producido en el esbirro del Valentino la misma relación. El que en aquel momento hubiera podido verle, habría creído que cada palabra de la mujer moribunda le arrancase una porción de vida ; tal era la alteración que iba produciendo en su rostro. Cuando la madre de Pietraccio cayó exámine sobre el pavimento, poco faltó para que á él no le sucediera lo mismo.

Bajó con mal segura planta, y con mano trémula cortó las cuerdas que sujetaban al bandido. Clavó los ojos en la cadena que tenía ya pendiente del cuello, y dijo :

— Dentro de pocos instantes vendrán á verte un caballero y una señora. Quieren libertarte sin dar á entender que te hacen este gran favor. Sé prudente, y cuando examinen si esa mujer puede volver en sí, toma la escalera, huye y cuida que no te cojan, pues estás sentenciado á muerte.

Pronunció estas palabras con mucha precipitación, como si estuviera con los pies sobre ascuas, lanzó de paso al cadáver una mirada de horror, dejó su puñal en manos de Pietraccio, y en un momento se encontró en el cuarto del condestable. Á su tiempo explicaremos por qué turbaba de tal manera á un malvado como él lo que acababa de ver y oír.

El lector dirá talvez : ¿Pero no acabamos nunca con esta pesadilla de asesinos, de traidores, de prisioneros, de cadáveres y de diablos encarnados?

Si hemos logrado adivinar su pensamiento, debemos decirle que no ha acertado con el nuestro, que cabalmente era el de dar fin á estos horrores, enviando á paseo á don Miguel, á Pietraccio y á Martín (que en confianza confesaremos que también nos iban empalagando ya) y de rogarle que saltase en medio de la fortaleza de Barletta, la cual hallaremos bastante mudada de como la vimos cuando en ella entramos otra vez acompañados de don Miguel.

El patio y las galerías estaban colgadas de telas de seda de todos colores con guirnaldas de laurel y arrayán, que formaban cifras y festones, mientras que todas las banderas del ejército ondeaban en los balcones y ventanas. La muchedumbre, compuesta de espectadores ociosos y de hombres que se daban prisa á ordenar el aparato, despedía monótono murmullo, ora apiñándose, ora extendiéndose por

las escaleras, por el patio, por las galerías. Soldados, operarios, escuderos, muchachos, iban y volvían cargados de herramientas, de escalas, de trastos de toda especie para proveer la mesa ó adornar el teatro. Traían viandas, frutas, vinos, caza, que los pudientes de la ciudad y del ejército regalaban á porfía al capitán español. Era aquello un ir y venir, un gritar, un llamarse continuo; en fin un desorden indescribible.

Al dar las diez en la campana de la torre, presentóse en lo alto de la escalera exterior el Gran Capitán con todos sus barones : la alegría que le causaba el volver á abrazar á su hija (un correo que llegó poco antes para anunciar su llegada la había dejado á tres millas de Barletta) quiso manifestarla en la gala de su traje y de los de su comitiva.

Sobre una ropilla de tisú de oro rizado traía una capa de terciopelo de color morado subido, forrada de martas, y en la cabeza una gorra compañera. De un bellísimo zafiro que servía de broche salía un penacho de poco más de una cuarta de alto, pero enteramente formado de perlas finas ensartadas en hilos de acero que suavemente se mecían sobre la frente, cual si fueran verdaderas plumas. En la espada y el puñal, con vainas también de terciopelo morado, resplandecían muchas piedras preciosas, y traía bordada en el pecho la cruz roja de Santiago.

Halló al pie de la escalera una mula blanca cubierta hasta el suelo con una gualdrapa de seda morada y tornasolada con bordadura de oro á pasamano : montó, haciendo lo mismo su comitiva, y todos juntos echaron á andar para ir á recibir á doña Elvira.

Próspero y Fabricio Colonna, vestidos de rico paño de color rosado con profusas bordaduras de plata, llevaban en

medio al capitán, cabalgando en dos potros berberiscos, los más hermosos que en mucho tiempo se vieran en Italia. Los dos primos, ya de edad provecta, gallardamente montados en altas sillas de terciopelo y refrenando el ímpetu de sus corceles, se ostentaban grandes soldados y los mejores condottieri que entonces tenía la milicia.

En la turba que los seguía distinguíase por su melancólico y robusto aspecto Pedro Navarro, inventor de las minas, con tan buen éxito usadas en el asedio del castillo del Uovo. Diego García de Paredes, el Hércules de aquel tiempo, que casi nunca acostumbraba vestirse de otra cosa que de hierro y carecía en aquella ocasión de traje acomodado á las circunstancias, había limitado su gala á que estuviesen sus armas más lustrosas que nunca y á sacar el más feroz de los muchos bridones que tenía. Era un gran caballo padre calabrés, arrendado pocas semanas hacía, alto, membrudo y negro como el cuervo, sin un pelo de otro color.

Sólo Paredes se hubiera arriesgado y podido cabalgar aquella bestia salvaje, que acostumbrada á la libertad de los bosques, y viéndose ahora entre tanta gente y tanto ruido, se había enfurecido y bufaba y echaba espumarajo como un león.

Pero la estatura del jinete, su pesada armadura y el auxilio de un bocado de dos cuartas de largo que ensangrentaba la espumante boca, sujetaban perfectamente al animal : después de haber dado extraños botes (nadie se descuidaba en apartarse) tomó el prudente partido de no tenerse por más fuerte que Diego García, el cual clavado entre los arzones se reía de aquellos inútiles esfuerzos.

Venía en pos lo más florido de la juventud italiana, mez-

clada con los oficiales españoles. Héctor Fieramosca, cabalgando entre sus dos amigos más queridos Íñigo López de Ayala y Brancaleone, llevaba una capa de raso azul bordada de plata, obra y don de las dos refugiadas en Santa Úrsula. Tenía fama de ser el primero del ejército en el buen manejo de un caballo. El que montaba, perlino con cabos negros, que le regaló el señor Próspero, estaba amaestrado por él con tanto estudio, que mostraba comprender sin ayuda de brida ó espuela todos los deseos de su amo.

Parecía que Fieramosca gozaba del privilegio de hacer siempre doquiera que se hallara el primer papel en todas las cosas y entre todas las personas. Descubría la perfección de las formas de su cuerpo con una vestimenta de raso blanco muy ceñida á la carne, que especialmente en las piernas y muslos no le hacía ni una arruga, y era tanta su belleza, tal la gracia de su traje, que al pasar la cabalgata por las calles en él solo se fijaba la muchedumbre y de él solo se admiraba. Conocía el joven este triunfo, pero casi se ruborizaba de acoger un pensamiento que apenas puede perdonarse al otro sexo.

Á la cola venían los escuderos de los jefes y oficiales. Según costumbre de entonces, cada señor procuraba tener entre sus servidores hombres de diversas naciones, tanto más apreciados cuanto más bárbaros y extraños pudieran ser : veíanse por esto spahis turcos, con ligeras corazas escamadas, con cimitarras y turbantes ; hombres del reino de Granada armados de azagayas moriscas ; flecheros tártaros, que eran dos, servían de palafreneros con Próspero Colonna y llevaban vestidos de colores vivísimos, arcos y carcajes de plata : había también negros procedentes de Egipto y armados con dardos de extremada longitud. Las bárbaras

fisonomías de tal gente contrastaban con los rostros europeos y formaban un cuadro lleno de animación y variedad.

Al partir Gonzalo, saludáronle todas las piezas de artillería que coronaban las torres y espaldones del castillo y todas las campanas tocando á vuelo. Entre tal extruendo descollaba de cuando en cuando el clangor de las trompetas y el son de otros instrumentos, produciendo una armonía, sino perfecta, muy propia al menos para expresar la alegría marcial que al ejército entusiasmaba.

Recibió en esto el Gran Capitán el aviso de que el duque de Nemours con sus barones había entrado ya en Barletta. Detuvo la comitiva, envió algunos de los suyos á recibirle, y poco después comparecieron los franceses por el lado opuesto de la plaza.

Viendo el duque que Gonzalo echaba pie á tierra y que se acercaba á cumplimentarle, le imitó : tendiéronse las manos con gentil gravedad, y el francés dijo cortésmente que tendría á gran villanía el perturbar una fiesta viniendo á ella convidado, como pudiera suceder si por causa de él se demorase un momento la dulce entrevista de un padre con su hija. Conociendo que salían á recibirla, rogó se le permitiera ir también, no dudando que si bien la guerra los hacía enemigos, el capitán español le haría la justicia de contarle el primero entre cuantos apreciaban su valor, su ingenio y sus demás prendas sublimes. Imposible fuera no ser cortés al oir tales palabras.

Montando otra vez los dos capitanes, echaron delante y tras ellos entrambas comitivas, prodigándose mutuamente las atentas expresiones de que los franceses han sido siempre los maestros en toda edad.

Á poco más de una milla fuera del recinto, detúvose la

cabalgata, viendo asomar á lo lejos la comitiva que venía escoltando la litera de doña Elvira.

Acompañábala Victoria Colonna, hija de Fabricio, que después fué mujer del marqués de Pescara y alcanzó tanta nombradía por la fortaleza por su virtud, por su talento. Echó Gonzalo pie á tierra, corrió á abrazar á la joven, que se había apeado de la litera, y la tuvo un buen rato apretada al pecho llamándola muchas veces *hija de mi alma* y colmándola de caricias que admirablemente contrastaban con la madura gravedad de un hombre de tanta cuenta.

El Gran Capitán había elegido á Héctor y á Íñigo para que sirvieran de escuderos á su hija: adelantáronse trayendo una hacanea para que la montase. Dobló en tierra una rodilla el joven italiano, y poniendo la doncella ligeramente su pie en la otra, se sentó en la silla con tanta gracia que no había más que ver. La pálida frente de Fieramosca se tiñó de un ligero sonrosado, cuando al levantarse le dió gracias doña Elvira con una sonrisa y un mirar de ojos que revelaban lo mucho que le complacía la elección da tan gallardo joven para su escudero.

El carácter de ésta (culpa talvez del extremado cariño de su padre) no tenía por desgracia toda la madurez y aplomo que podría exigirse en una joven de veinte años. Su corazón ardiente, su viva imaginación no siempre se veían templados por aquel juicio recto tan difícil de hallar en los dos sexos, y que sin embargo, después de la virtud, es la más preciosa joya del alma.

Su amiga Victoria Colonna unía á esta dote la viveza y el brío de un ingenio agudísimo. Aunque entrambas eran igualmente hermosas, no podían hallarse dos bellezas de carácter más diverso. Los chispeantes ojos de doña El-

vira, su frecuente sonrisa, hija talvez de un íntimo convencimiento de estar así más graciosa, gustaban á primera vista ; pero las formas grandiosas y verdaderamente romanas de la hija de Fabricio, su bello rostro, semejante al que imaginaron los escultores para figurar á las Musas, y cierto destello de divina luz que resplandecía entre sus dos cejas, se insinuaban con mayor ventaja en el corazón, excitando un afecto y una maravilla que difícilmente se destruían. Una vista sagaz hubiera creído acaso percibir en ella una ligera tinta de orgullo : si lo tenía, su virtud supo después dominarlo y convertirlo al bien.

CAPÍTULO XII.

LA CORRIDA DE TOROS. — OTRO DESAFÍO. — LA JUSTA.

Volvió la comitiva á Barletta y se apeó en la fortaleza. Alojáronse los nuevos huéspedes en las mejores habitaciones, y disuelto el cortejo, preparóse cada cual para las corridas y las justas que debían ejecutarse en el discurso del día.

En medio de la plaza se había dispuesto un circo rodeado de palcos y gradas de madera, adornados lo mejor posible; en algunos toriles estaban encerrados hacía muchos días toros y búfalos salvajes destinados al espectáculo tan grato entonces á los italianos, en el cual no se desdeñaban de tomar parte los caballeros de más nota. En la misma arena, que era muy llana, debía celebrarse también la justa; todo estaba lleno de pueblo; los tejados, las ventanas, los sitios más altos, todo cuajado de espectadores. Los hujieres y los pajes con corpetos de diversos colores, después de bien barrida y regada la plaza, aguardaron en ella que apareciese Gonzalo.

No tardó en llegar con los suyos, viniendo á su derecha el duque de Nemours y á su izquierda doña Elvira. Después de dar una vuelta por el circo, echó pie á tierra y subió á un palco mayor y aderezado con más esmero que estaba en uno de los frentes; entre los vivas y aclamaciones que el populacho prodiga fácilmente al fausto de los trajes, al oro y á las galas, tomaron todos asiento, y se hizo señal para la salida del primer toro.

Cesaron al abrirse el toril el murmullo de las turbas y las rencillas que en semejantes casos produce entre los espectadores la porfía de ocupar los mejores puestos. Lanzóse á la arena un toro corpulento, de color negro la cabeza y el cuarto delantero, de gris oscuro el lomo; enarbolando la cola anduvo un buen rato de aquí para allí dando brincos, hasta que viendo que no había salida, se plantó revolviendo con suspicacia la sangrienta pupila y escarvando la arena con las manos.

En esto claváronse todas las miradas hacia un ángulo de la plaza al rumor suscitado por la quimera de dos hombres, cuya causa era desconocida. Para que el lector se entere de ella, tenemos que volver por un momento al monasterio de Santa Úrsula.

La tarde en que Héctor Fieramosca anunció á las dos refugiadas el combate con los franceses, no fué sólo Ginebra la que se estremeció á la idea del peligro á que el joven tenía que exponerse; también Zoraida sintió extremado terror. Un carácter altivo y animoso revela por lo común un corazón de difícil acceso; pero si al cabo logra el amor penetrar en él, suele causar allí mayor estrago. Desde aquella tarde no volvió á conocer Zoraida ni paz ni descanso, ni sueño. Pasaba los días ocupándose de un solo

pensamiento, siempre con las mismas ideas que no le era dable desechar y sin poder dedicarse seriamente á cosa alguna; por breves instantes se sentaba al bastidor y trabajaba en el bordado de la capa de Héctor; pero, levantán-



La comitiva se apeó en la fortaleza (pág. 173).

dose á poco, consumía horas y horas, ó bien en el balcón arrancando las hojas y los racimos verdes que lo sombreaban, sin que su mente tomara parte en ello, ó bien salía

solícita como si fuera á hacer alguna cosa importante; y luego, olvidándose de sí misma, iba deteniendo el paso y se paraba con los ojos clavados en el suelo, y procuraba estar sola y huía sobre todo de la vista de su amiga, temiendo que descubriese lo que tenía más empeño en guardar secreto.

No menos agitada se encontraba Ginebra por su parte, y talvez la lucha interior que sufría se fundaba en razones mas poderosas é importantes. El cariño que tenía al guerrero italiano, cariño engendrado y nutrido por un trato íntimo y antiguo, por las obligaciones grandísimas que le debía, era ahora más intenso á causa del conflicto en que ambos se encontraban, de la idea de que una muerte gloriosa podía destruirlo para siempre, y del virtuoso remordimiento (ya que nada suele encender la mente y el corazón como los graves obstáculos) que la advertía la obligación en que estaba de buscar cualquier medio para reunirse con su marido y alejarse del hombre que, á pesar de la virtud de los dos, la tenía en el borde del precipicio. Recordaba haber prometido á Dios y á la santa del monasterio revelar á Héctor su firme resolución de abandonarle: hallaba excusa de no haberlo hecho reflexionando que el mismo día en que se propusiera anunciársela le trajo la nueva del desafío; pero en su interior conocía que si esta causa pudo perdonar una dilación, jamás podía oponerse á la ejecución del deber.

Además de estas ideas, que ya bastante la afligían, habíase despertado en su mente una sospecha acerca de su amiga. Tienen las mujeres un tacto íntimo, y casi diré un instinto, que las guía á descubrir el amor, aun cuando más se oculta en el fondo del alma. Ginebra echó de ver desde

luego que Zoraida no era la misma que antes, y harto adivinó la causa de su mudanza. Pasaron así algunos días las dos amigas, pero ya no se veía en ellas aquella familiaridad primera.

Entre el hortelano Jenaro, las legas y los soldados de la torre, no había en tanto otra conversación que la de las fiestas de Barletta y de lo que se decía acerca de los regocijos preparados; en tal manera que al llegar aquella mañana, exceptuados los que absolutamente no podían, todos los demás se marcharon al amanecer á tomar sitio en la ciudad. El hortelano, que como todos los meridionales era fanático por las diversiones, se puso la ropa dominguera y un gran ramo en el sombrero, y se disponía á entrar en su barquilla cuando apenas asomaba el alba. En lo alto de la escalera del peñasco por el cual se bajaba al mar, salió á su encuentro Zoraida ataviada con más esmero que el sitio y la hora consentían.

— Jenaro, le dijo, quisiera ir contigo á Barletta.

Estas palabras fueron pronunciadas con cierta vacilación tan nueva para Jenaro, acostumbrado á oirla hablar resuelta y lacónicamente, que permaneció suspenso un momento mirándola antes de responder que era dueña y que le honraba mucho, sintiendo sólo no haber limpiado la barca y puesto un paño para que estuviera con más comodidad.

— Vuelvo al momento; en un abrir y cerrar de ojos lo arreglaré todo, añadió yendo á buscar lo que necesitaba para su objeto.

Zoraida le asió de un brazo, dando tal apretón al pobre hortelano, que éste se puso á mirarla de nuevo, diciendo entre sí: — ¿Está loca ó espiritada esta mujer?

La joven había dejado á Ginebra en la cama, y no que-

ría entrar en explicaciones acerca de su viaje, que sin duda debía parecerle extraño, siendo aquella la primera vez que salía del monasterio. Á cada momento que trascurría, figurábasele ver á su lado á su amiga.

Por esto, en breves palabras y con acento más de orden que de súplica, hizo que el hortelano se embarcase sin demora y la llevase á la ciudad. Mientras Jenaro iba remando no dejaba de charlar, diciéndole que la llevaría á todas partes, que era amigo del ayuda de cámara de Gonzalo y que nadie mejor que él podía buscarle buen sitio para disfrutar de las funciones. Llegaron á la plaza del castillo cuando Gonzalo y todos los suyos con los barones franceses echaban á andar para recibir á doña Elvira. De nada sirvieron los ruegos de Zoraida á su conductor para que no la dejase sola : el curioso hortelano no pudo menos de correr en pos de la cabalgata entre la polvareda y la muchedumbre. Contentóse con llevarla á la hostería de Veneno, asegurándola que al instante daba la vuelta.

Pero deteniéndose más de lo que creía, cumplió su promesa un poco tarde, y cuando quiso entrar en la plaza para tomar asiento en las gradas, las halló todas llenas de espectadores, bastándole una sala mirada para convencerse de que no había esperanza de colocar á su compañera. Abriéndose paso ya con buenas palabras, ya con los codos por entre el pueblo que estaba amontonado aun detrás de los palcos, consiguió penetrar hasta debajo de uno de ellos junto á la abertura por donde entraban en la liza los combatientes; pero desde aquel sitio no veía más que las colgantes piernas de los mirones que tenía encima y se desesperaba de tener que pasar por malísimo guía. Quiso su suerte que en el momento de presentarse el toro saliese del circo

Fanfula de Lodi, encargado de dirigir los juegos, que viendo á la descontenta Zoraida que miraba en derredor, columbró también al hortelano: dirigióle éste la palabra con mucha humildad:

— Excelentísimo, ilustrísimo señor... mirad á esta pobre señora que se muere de ganas de ver la justa, y como hemos llegado tarde...

Observando Zoraida que el joven á quién iba dirigida la súplica, manifestaba en sus fulminantes miradas algo más que buena voluntad de proporcionarle asiento, tiraba de la ropa á Jenaro para que callase; pero era ya tarde; acercóse á ella Fanfula, y tomándole la mano la sacó fuera de allí, abriendo paso por entre el populacho con una varita; levantó luego los ojos para ver dónde podría acomodarla.

En la grada más alta, sentado muy á placer en el sitio más cómodo, con las rodillas abiertas y cruzados los brazos sobre el pecho, estaba por sus pecados el condestable de la torre de Santa Úrsula, Martín Schvarzenbach. No hubiera cedido á nadie Fanfula tal encuentro en semejantes circunstancias ni por mil ducados. Con su bastoncillo podía alcanzar á los talones del alemán que estaban del suelo á la altura de hombre y medio; sacudióle ligeramente, y el otro miró para ver quién le llamaba. Fanfula sin perder su momentánea gravedad, levantó su mano hasta el nivel de la frente y meneando los dedos de alto á bajo con un ligero movimiento lateral de cabeza unido á un guiño ejecutado con los ojos y con la boca, le dió á entender que necesitaba un sitio para la mujer que iba en su compañía; la expresión de su cara hubiera provocado la cólera de un muerto. Martín, que viéndose en tan elevado

puesto se creía seguro y recordaba talvez en aquel instante su malaventurado barril, hizo con los hombros aquel gesto de impaciencia, que significa «quítateme de delante», y volvió á ponerse como antes se hallaba.

— ¡Eh! ¡alemán, tudesco! dijo entonces Fanfula sacudiendo la cabeza y alzando la voz: te prometo una buena soba de palos, ¡y de todos modos figúrate que por hoy ya has visto la función!

Martín no se movía y se contentaba con murmurar por lo bajo, porque tratándose de aquel antagonista, aunque de lejos, no las tenía todas consigo.

Dicho y hecho: saltó Fanfula encima de una viga atravesada, cogió por los tobillos al condestable, que atacado de improviso no pudo defenderse; hízole escurrir hacia abajo tirándole con fuerza hacia sí y creyendo derribarle al suelo; pero el pobre Martín había quedado embutido entre dos tablones, por los cuales no podía su barriga abrir camino, y gritaba: ¡misericordia! ¡socorro! Seguía el otro dando tirones y más tirones sin quedar contento hasta que vió en el suelo al pobre diablo magullado y lleno de arañazos. Hecho esto y diciéndole con mucha calma: — lo siento de veras, pero ¿no te decía yo que ya habías visto la función? — mandó subir á toda prisa á Zoraida y á Jenaro, metiéndose en seguida entre la turba y riéndose de las mil y quinientas maldiciones que le enviaba Martín mientras iba arreglándose la ropa, tocándose por todas las partes para ver si se le había roto algo, recogiendo la espada, los guantes y el sombrero y costándole no poco trabajo el reponerse de aquella derrota.

En tanto Zoraida, que desde el sitio que le proporcionara la victoria de Fanfula dominaba perfectamente el anfiteatro

lo recorrió todo con los ojos, fijándolos luego en el balcón de enfrente, donde divisó á Fieramosca que, sentado al lado de doña Elvira y entre los primeros barones, conversaba con ella y procuraba con su cortesía, hacerse digno del favor que le eligiera por su caballero en aquel día. La joven española, de alma ardiente y de imaginación vivísima, aunque algún tanto ligera, atribuía talvez aquellas atenciones á una causa que igualmente lisonjeaba su amor propio y su corazón. Eran espectadores de este diálogo dos mujeres, que desde diferentes distancias y con diversos sentimientos, no perdían ni un solo gesto de él. Era una de ellas Zoraida: colocada demasiado lejos para poder oir sus razonamientos, los observaba con tanto afán y seguía con tanta atención sus menores ademanes, que bien pudo conocer que la hija de Gonzalo sabía apreciar el mérito del guerrero italiano y que no le miraba con la sola benevolencia de la cortesía; pero no le era dado sondear los pensamientos de Fieramosca, si bien es cierto que un corazón predispuesto como lo estaba el suyo, suele recelar hasta de una sombra. La otra era Victoria Colonna, que por experiencia estaba convencida de que la tierna Elvira no sabía guardarse de los atractivos de un rostro hermoso y de un acento insinuante. Sentía por ella verdadero y profundo cariño, y en su frente severa y en su mirada penetrante se leía el disgusto con que miraba la animación de aquella plática y el temor que le infundían sus consecuencias.

El primer toro que entró en la arena quedó al principio abandonado á merced de la muchedumbre: bajaron algunos á lidiarle con varia fortuna, pero sin poder alcanzar victoria. De un palco lateral donde con los barones franceses había muchos españoles é italianos, bajó por fin Diego

García, á quien aquellos forasteros habían rogado diese muestra de su destreza en este género de combate. La habilidad del *matador* consiste hoy día en España en saber dar la estocada en el hueco que presentan los dos omoplatos y se llama la cruz, mientras baja la cabeza para embestir á su adversario; en aquel tiempo en que el manejo de pesadas armas proporcionaba mayor fuerza al brazo, solía tenerse por mejor prueba el cortar en redondo con un fendiente la cabeza del toro, lo cual consiguieran alguna vez los que reunían gran puño y gran destreza.

Al entrar Paredes en el circo, trayendo al hombro izquierdo su excelente espada de dos manos, vestido con un corpeto de búfalo y descubierta la cabeza, vió que el toro estaba herido y perdía mucha sangre. Hizo seña á los pajes para que sacaran uno fresco. Echaron la guindaleta al ya corrido, y se lo llevaron: abrióse de nuevo la puerta del toril, salió otro mayor, de aspecto feroz, que saliendo de la oscuridad al sol, aguijado y ensoberbecido, empezó á recorrer saltando toda la plaza hasta que, viendo á su antagonista, se le plantó en frente. Bajando la cabeza, mugiendo, sacando un palmo de lengua fuera de la boca, en ademán de tomar campo, reculaba, y con los pies delanteros arrojaba la arena sobre el lomo y sobre el cuello. Grande era la fuerza de García; pero hubiera sido contar mucho con ella el quererla medir con la de un toro que tenía armada la frente de enormes cuernos y un cuello ancho y nervudo sobre toda ponderación: conoció, pues, el español que convenía obrar con cautela. Levantó con ambas manos la espada por encima del hombro izquierdo, hirió el suelo dos ó tres veces con el pie derecho, gritándole: ¡ah! ¡ah! Baja el toro el testuz y arrójase á su enemigo: al llegar á

tiró, desvíase éste, descarga en el cuello la espada con tanto vigor y tanta fortuna, que cae la cabeza en la arena, y da el cuerpo uno ó dos pasos antes de desplomarse.

Un estallido general de gritos aplaudió á Diego García, el cual volvió á sentarse entre los suyos.

Poco acostumbrados los franceses á este género de espectáculos, viendo con cuánta facilidad había cortado el español aquel robusto cuello, creyeron que sería cosa muy hacedera; y como eran hombres en la flor de la edad y de la fuerza y manejaban perfectamente las armas, decían: «También haremos nosotros lo mismo». Y el que más veces lo repitió fué La Motte, el cual, según hemos visto, cayó prisionero en manos de García y luego se rescató: altanero por naturaleza, estaba siempre con él á regañadientes, no porque le hubiese tratado mal, sino porque le parecía muy extraño el haber llevado la peor parte y el verse delante de quien le había domado un poco el orgullo.

Alabó la prueba de Paredes, por no mostrase envidioso y descortés; pero con aquel gesto que los franceses de hoy día llaman *suffisant*, y que no es posible traducir exactamente en italiano (1), y le dijo enderezándose, sacando el pecho afuera, y según su costumbre, sin volverse mucho hacia él: — Bravo, don Diego; bien cortado, *par notre Dame* (2). Encarándose luego con su vecino que era francés, añadió sonriéndose: — *Grand meschef a esté que le taureau n'eust pas sa cotte de maille; la rescousse eust esté pour lui* (3).

(1) Tampoco en español. Campmany lo traduce *arrogante, presumido, satisfecho de sí.*
(2) Por Nuestra Señora.
(3) Gran lástima ha sido que el toro no tuviese puesta su cota de malla, que entonces él hubiera sido el vencedor.

Oyólo Paredes, arrebatósele á la cabeza la cólera, y murmuró entre sí: — *Voto á Dios que he de saber si ese perro francés tiene los dientes tan largos como la lengua.* Acercóse á él y le dijo:

— ¿Cuántos ducados de oro de buena ley querréis perder si corto á un toro el cuello armado de malla, mientras que vos no lo cortáis ni desnudo? Y aun sin mentar los ducados, pues no quiero que se diga que Diego García piense en que le paguen como á un *torero*, vaya sólo la honra; y veremos si sabéis imitar mi fendiente lo mismo que sabéis mofaros de él.

No gustó mucho á La Motte semejante desafío y se mordió los labios que le habían provocado; no por villanía, pues era hombre generoso y atrevido, sino porque siendo aquella la primera ocasión que se le presentaba de lidiar con una fiera, no se le ocurría medio de salir del lance. Pero no había remedio: delante de tanta gente era forzoso saltar la valla. Respondió, pues, osadamente:

— No fuera por cierto vergonzoso para un caballero francés el negarse á batallar con un toro; pero jamás se dirá que Guy de La Motte rehuse dar una cuchillada, sea la causa la que quiera. Á la prueba.

Levantóse y dijo entre dientes con bastante ira: —*Chien d'espagnol, si je pouvois te tenir sur dix pieds de bon terrain, au lieu de ta bête!...* (1).

Diligentemente había observado y aprendido bastante la maña con que García diera el venturoso tajo; y siendo joven, hombre de armas y francés, ¿podía acaso desconfiar de sí mismo?

(1) ¡Perro español, si yo pudiera pillarte sobre diez pies de buen terreno, en lugar de tu bestia!...

Á tal desafío de tan nuevo género, levantóse con rumor toda la juventud : notóse en el balcón de Gonzalo el movimiento y el murmullo, cuya causa se averiguó muy pronto, difundiéndose por todo el anfiteatro y acogiéndola la multitud con favor y alegría. Verdad es que al correr la noticia de boca en boca había sufrido extrañas transformaciones, tanto más ridículas cuanto que nacían de los individuos de las últimas clases del pueblo. El punto donde estaba Zoraida, el más apartado acaso del balcón de Gonzalo, fué cabalmente adonde llegó esta nueva más desfigurada por uno y otro lado á un tiempo mismo. Como los más distantes procuraban informarse de los más inmediatos, veíase un ondear de cabezas, un volver de caras, que bastaba para conocer los progresos que iba haciendo la noticia por las gradas entre las espectadores. Jenaro estaba en pie, rato hacía, alargando el cuello y esperando impaciente el instante de saber algo; él, Zoraida y sus adláteres habían columbrado el movimiento del palco de los caballeros y jefes, luego la salida de los segundos y su bajada á la arena; no veían sacar otro toro, y unos á otros se preguntaban: ¿qué hay? ¿qué ha sucedido? y nunca lograban respuesta. Al fin, dice uno por un lado: — Ahora va á tener lugar el combate entre italianos y franceses en este mismo palenque. — ¡Qué disparate! saltaba otro, ¿no ves que Fieramosca se está como clavado en el palco? su conversación con aquella joven da bien claro á entender que de lo último que se acuerda es de batallas. — Oyó esto Zoraida y lanzó un suspiro. Volvióse un quídam por el otro lado diciendo: — Se asegura que el capitán francés ha desafiado á Gonzalo, y que el que mate de los dos el toro que vino de Quarato, será vencedor de la guerra y señor del reino. — En tanto muchos

hombres que trabajaban alrededor del toril, daban indicio de que se iba á soltar otro toro. Veíase en un ángulo á Diego García con su enorme espada al hombro, rodeado de muchos que mostraban hablarle á un tiempo, como si quisieran convencerle de alguna cosa; pero en su animosa frente, que entre las de todos descollaba, leíase aunque desde lejos el irrevocable propósito de cumplir cuanto había prometido, á pesar de graves peligros. Algo más allá tenía La Motte en derredor á sus franceses que le animaban á que dejase bien puesta su honra.

En tanto, uno de los espectadores que había en las gradas más bajas y que acababa de charlar largamente con Veneno, sentado junto él, dijo volviéndose á Jenaro: —Asegura este buen hombre que aquellos señores apuestan á quién se beberá de un tirón un frasco de vino griego delante del toro. Riéronse muchos de esta salida; pero presto cesó la risa, cuando se vió que los hujieres, á cuya cabeza iba Fanfula, despejaban la plaza, en la cual se quedó solo é inmóvil el gigante español con su espada al hombro.

Convencido de lo difícil que era salir airoso de la segunda prueba y de que, á pesar de sus fuerzas hercúleas, cortar el cuello de un toro cubierto de la malla de hierro era empresa punto menos que temeraria, se había provisto de otra espada aun más pesada que la primera y que sólo usaba en los asaltos y defensas de las trincheras; había corrido á su casa para mandarle sacar el filo y para entonarse devorando lo que á las manos pudo haber y echándose un buen frasco de vino de España. Tiempo tuvo de más para estos preparativos, pues no poco se requirió ni leves esfuerzos para fajar el cuello de un toro con una cota de malla, que abierta por delante y ensartadas las mangas en los

cuernos, quedó ajustada y cerrada hasta la cruz, de forma que el collarín venía á caer sobre la frente. El que en nuestro tiempo ha visto las corridas de estos animales, sabe que aun cuando estén en paraje estrecho y oscuro, es posible sujetarlos con el auxilio de buenas cuerdas y hacer de ellos lo que se quiera.

Al resonar de las trompas y de todos los instrumentos, se adelantó el rey de armas vestido con una dalmática encarnada y amarilla, que en el pecho y en la espalda tenía las armas de España : haciendo seña con su bastón, impuso silencio, y dijo en alta voz :

— En nombre del rey católico, Fernando rey de Castilla, de León, del reino de Granada, de las Indias occidentales, etc., etc., don Gonzalo Fernández de Córdova, marqués de Almenara, comendador y caballero de la orden de Santiago, capitán gobernador por S. M. católica del reino aquende del Faro, prohibe á todos los presentes, bajo pena de dos vueltas en el potro y aun mayor si fuera su voluntad, el turbar con voces, gritos, gestos y de cualquier otro modo el combate que va á verificarse contra el toro armado, por el ilustrísimo y magnífico caballero don Diego Manrique de Lara, conde de Paredes.

Respondieron los trompetas. Los espectadores de todas clases, unos por cortesía conociendo que de un paso más ó menos que el toro diese podía depender la vida del intrépido español, otros por temor del tormento, permanecieron inmóviles y guardando tan profundo silencio, que al abrirse el toril el único ruido que se oía de un lado al otro del anfiteatro, en medio de tanta turba, era el rechinar del cerrojo. Salió el toro; pero no con la furia de los anteriores : era menos corpulento, recogido, marrajo y enteramente

negro, pero mucho más feroz: detúvose también á diez pasos de Diego García y empezó á mirarle, á azotarse con la cola y á arrojar á lo alto la arena. Su adversario, con la espada levantada, era todo ojos, pues bien sabía que si el primer golpe daba en vago podía serle fatal. Arrancó por fin la fiera, despacio los primeros pasos; luego de repente, dando un mugido y bajando el testuz, se abalanzó á don García. Cree éste poder rebanarle la cabeza como al otro, se desvía á un lado y descarga la cuchillada con grandísima fuerza; pero, sea que la espada no cayese de corte ó que el toro se saliese del terreno, resbaló el acero en la férrea malla, y volvióse el animal con tanta furia, que el español para contenerle apenas tuvo lugar de apuntarle la espada á la frente, que estaba cubierta del collarín. Aquí se patentizó toda la fuerza de Paredes. Plantado con las piernas abiertas una delante de otra, sujeto el espadón con ambas manos, el pomo del puño en el pecho y la punta fija en el cerviguillo del toro, consiguió detenerlo; la gruesa y templada hoja resistió la prueba; y era tal el empuje que hacía don Diego, que se le veían los músculos de las piernas y en especial de los muslos hincharse y vibrar lo mismo que las venas del cuello y de la frente; pusóse como la escarlata, luego morado, y de tal manera se mordió el labio inferior que se llenó de sangre la barbilla. Viendo el toro cerrado aquel camino para el asalto, reculó, y tomando campo lanzóse otra vez hacia don Diego con mayor furia. Calenturiento estaba ya de la vergüenza de haber errado el golpe; en un momento en que volvió los ojos á los palcos, vió en el rostro de La Motte una sonrisa de escarnio; pero esta vista le infundió tan desmesurado furor y tanto acrecentó sus fuerzas, que levantando la espada

cuanto pudo, la desplomó sobre el cuello del toro con tanto estrago que lo dividiera aunque fuese de bronce. En semejante alteración no cayó el acero perpendicular: cortó primero en redondo un cuerno como si hubiera sido un junco, luego la cota y las vértebras, y se detuvo en el cuero de la papada, por medio del cual quedó aún la cabeza unida al tronco, que rodó en la arena.

Á esta increíble prueba se alzó un grito universal de aplauso tan estrepitoso é instantáneo que pareció el estampido de un trueno. Dejó caer don Diego á sus pies el espadón, quedóse quieto jadeando por pocos momentos, y lo encendido de su color se trocó en una palidez de corta duración. Rodeáronle los suyos con grande alegría. Quién le admiraba, quién contemplada la espada, quién la descomunal herida y la limpieza del tajo; y en tanto los instrumentos llenaban el aire con los acentos de la victoria.

El español ya había salido de su empeño; ahora le llegaba su turno á La Motte. La gran cuchillada de su antagonista le daba en qué pensar; pues no podía prometerse igualarla, y aunque consiguiese (lo que era muy dudoso) derribar la cabeza del toro á cuello desnudo, siempre alcanzaría menor lauro; además de que su inexperiencia en este género de combate le hacía prever que ni siquiera podría hacer tanto. De todos modos conoció que no habría sabido salir del paso con honra, y el despecho que sentía le puso fuera de sí.

Cuando llegó el español á preguntarle si quería bajar á la arena, respondió negativamente con injuriosas palabras, añadiendo que los caballeros franceses, á caballo y lanza en cuja, era los primeros del mundo, y como nobles y caballeros querían luchar y vencer caballeros sus iguales en

buena guerra, dejando el arte de matar toros á los villanos y matachines, y así que se quitase de delante y no le rompiese más la cabeza. Á tan bestiales palabras respondió García con otras peores: uno y otro hicieron ademán de echar mano á las armas; á esta disputa que ocurría en el palco de los caballeros, volvieron la cabeza Gonzalo, el duque de Nemours y todos los espectadores; y para decirlo brevemente, produjo otro desafío, por el cual ensoberbecido Paredes, con alta y terrible voz retó á los franceses y se obligó á combatirlos á caballo y á mostrarles que los españoles en esta lucha no sólo eran iguales sino que valían más que ellos.

Los capitanes de Francia y de España veían con placer cómo el espíritu marcial se mantenía y acrecentaba en sus ejércitos por medio de estas porfías, que renovaban al parecer en aquel tiempo los romancescos hechos referidos por los poetas y trovadores. Concedieron también licencia para este desafío, y en pocos minutos quedó concertado el número y los nombres de los guerreros y que batallarían diez contra diez dentro de dos días á la orilla del mar, junto al camino de Bari. Pero pusieron la condición de que no se hablaría palabra de aquella lid para aquel día, para que no se turbasen por ello los regocijos. Contentos quedaron los caballeros de ambas partes, dieron muestra de ello apretándose las manos, y todos volvieron sosegadamente á sus puestos.

Mientras se hacían estos tratos, los hombres que cuidaban de la plaza sacaban fuera el cuerpo del último toro regando de arena y aserrín el lugar donde había caído, borrando así los vestigios de la sangre. Fanfula que era su capataz, recibió de Gonzalo la orden de aparejar para la

justa; en pocos minutos se armó en medio del circo una valla á manera de pared, sostenida por estacas fijas en agujeros dispuestos de antemano. Cogía toda la longitud de la plaza, como el eje que atraviesa los dos focos de una elipse; de alto tendría hasta el pecho de un hombre regular. No tocaban los dos extremos á la circunferencia y dejaban junto á las gradas un hueco para tres caballos de frente.

Esta clase de justa exigía correr lanzas con los hierros embotados; los dos caballeros se ponían á los extremos de modo que la valla quedaba entre los dos y á la derecha entrambos; luego metiendo espuela, corrían á lo largo y al encontrarse se daban; este género de combate era menos difícil y peligroso, pues el caballo tenía marcado el camino, y el caballero el punto donde encontraría su adversario. En los dos extremos de la valla pusieron dos toneles con una sola tapa y llenos de arena, en la cual clavaron lanzas de todos tamaños que los combatientes tomaban al pasar, cuando rota la suya sin que ninguno de los dos fuese vencido, daban vuelta hacia las barreras; y volvían á encontrarse cada uno por el lado donde en la carrera anterior se hallaba su antagonista.

Cuando todo estuvo dispuesto, llegóse Fanfula al pie del palco donde estaba sentada doña Elvira y le dijo que ya podía dar la señal. La hija de Gonzalo tiró á la arena su pañuelo: al mismo tiempo sonaron las trompetas, y entraron á caballo, armados de lucientísimos arneses, con tantas plumas, tantas bordaduras y tantas galas, que era cosa digna de ver, los tres españoles mantenedores del campo, ofreciendo tres botes de lanza y dos de hacha á quien quiera que se presentase.

Los campeones era don Luis de Correa y Xarcio, don Íñigo López de Ayala y don Ramón Blasco de Acevedo.

Adelantóse el heraldo y después de proclamar estos nombres, prohibió, según costumbre, á los espectadores tomar parte ni con hechos ni con palabras. Colgáronse los tres escudos de los españoles del palco de Gonzalo con sus nombres escritos en letras de oro, mientras que los guerreros, después de haber dado vuelta á toda la plaza, se colocaban en el testero de ella, junto á una bandera donde se ostentaban las torres y los leones de Castilla y las barras de Aragón, y que sostenida por un heraldo ricamente ataviado, ondeaba majestuosa sobre su cabeza.

El premio para el vencedor era un yelmo ricamente guarnecido, con una victoria de plata por cimera, que tenía en una mano una palma de oro y sustentaba con la otra el penacho, obra del cincel de Rafael del Moro, aventajado artífice florentino. Estaba en la punta de una lanza, junto á la entrada por donde vinieron los tres españoles.

Bayardo, honra y espejo del ejercicio de las armas, fué el primero que se presentó en la liza, caballero en un hermoso bayo normando calzado de tres pies y con cabos negros; las bellas formas del bridón estaban ocultas, según uso de aquel tiempo, debajo de una gualdrapa muy grande que lo cubría desde las orejas á la cola y era de color verde listado de rojo; traía bordada hacia el brazuelo y el hijar la empresa del caballero y remataba en flecos que llegaban á los corvejones. En la cabeza y en la grupa ondeaban mazos de plumas de los mismos colores, repetidos también en la banderola de la lanza y en el penacho del yelmo. La humanidad del jinete nada de particular ofrecía á la vista,

y aun, de lo que podía colegirse teniendo en cuenta el arnés, no anunciaba el vigor común á todos los hombres de armas de la época. Adelantóse aguijando al caballo, que, ligeramente herido por el acicate y contenido por el freno se recogía y marchaba piafando y volviendo á uno y otro lado la cabeza, arqueando el lomo y azoteando el aire con la poblada cola que levantaba la menuda arena del suelo.

Detúvose en frente de doña Elvira, y después de saludarla inclinando la lanza, dió con ella tres golpes en el escudo de Íñigo. Recibiéndola después en la mano izquierda que ya empuñaba la brida y el escudo, asió el hacha que del arzón pendía y con ella hirió dos veces el escudo de Correa, lo que significaba pedir al primero tres golpes de lanza y dos de hacha al segundo. Hecho esto, volvióse á la entrada del anfiteatro.

Al mismo tiempo acudió Íñigo á su puesto con la lanza en la cuja y la punta en alto. Bayardo que hasta entonces había tenido alzada la visera, mostrando el rostro cubierto de extrema palidez, por lo cual se maravillaban todos que quisiera y pudiera justar en aquel día, mandó á su escudero que se la calase y cerrara, diciéndole que á pesar de la cuartana, que no le dejaba hacía cuatro meses, confiaba no empañar en esta ocasión el lustre de las armas francesas.

Al tercer toque del clarín mostraron los caballeros y sus caballos que un solo espíritu los animaba. Encorvarse sobre la lanza, meter espuelas, salir á carrera tendida, fué una cosa misma que ambos caballeros ejecutaron con igual furia y estrago. Miró Íñigo el yelmo de su adversario; golpe seguro, pero no fácil; luego, cuando estuvo cerca, pensó que delante de tan escogida concurrencia era mejor

intentar sólo lo que no pudiera fallar y se contentó con romper el asta en el escudo. El caballero francés, que acaso era el hombre más diestro de aquel tiempo en el manejo de las armas, puso con tal acierto la mira en la visera de Íñigo, que á estar á pie firme, no le hubiera acertado mejor. Brotó chispas el yelmo, rompióse el asta á dos brazas del cuento y se torció tanto el español hacia el lado izquierdo, cuyo estribo había perdido, que dió muestra de venir al suelo. La prez de este primer encuentro fué para Bayardo.

Siguieron los dos campeones la carrera para encontrarse por el lado opuesto; arrojando Íñigo con ademán de cólera la astilla, arrancó al paso otra lanza.

En el segundo lance salieron iguales los botes: Íñigo en sus adentros pudo muy bien dudar si la cortesía del caballero francés sería la causa de no emplear toda su destreza. En la última carrera, esta duda se convirtió en certeza. Rompió Íñigo la lanza en la frente de su enemigo, el cual apenas le rozó la mejilla con su hierro, y se conoció que la torpeza no era involuntaria.

Resonaron las trompetas, y los heraldos proclamaron igual el valor de los justadores, que fueron juntos al pie del palco de doña Elvira á hacer el acatamiento; mientras que la joven los recibía con laudatorias frases, no eran de ellas avaros ni Gonzalo ni el duque de Nemours, que decía á los campeones: *chevaliers, c'est bel et bon* (1).

Era Íñigo hombre de aquellos que en cualquier otra cosa podrán quedar vencidos, pero jamás en generosidad.

Por esto quiso proclamar la cortesía que con él usó

(1) Caballeros, esto es hermoso y bueno.

Bayardo, el cual con la modestia que siempre es compañera de la virtud, negaba resueltamente, diciendo que había hecho cuanto pudo.

Al oir esta porfía de urbanidad, dijo Gonzalo:

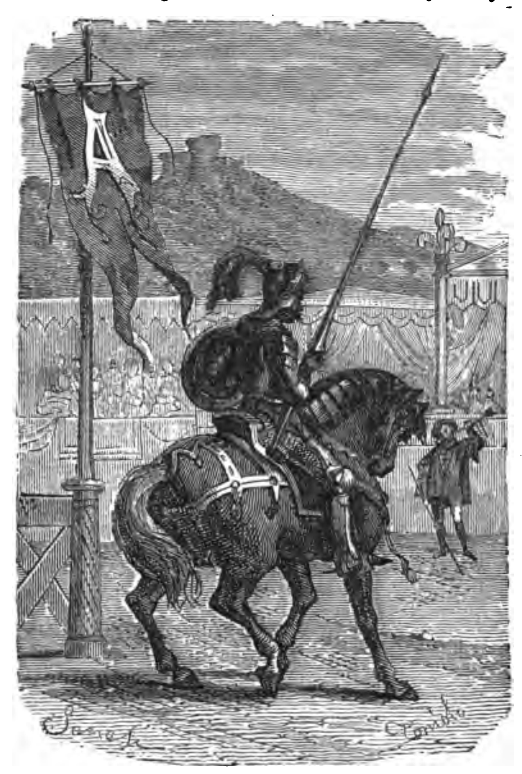
— Vuestras palabras, caballeros despiertan la duda de quién habrá corrido mejor esta lanza; pero lo que ninguna tiene es que no hay en el mundo otros más nobles y gene rosos que vosotros.

CAPÍTULO XIII.

EL RESULTADO DE LA LIZA.

Al sonar los clarines presentóse Correa armado de hacha y de un escudo pequeño y redondo para responder al reto de Bayardo, el cual, después de echar pie á tierra, montó en un caballo fresco y se preparó al combate. Salieron los dos adversarios uno contra otro, no teniendo sus caballos á la carrera, sino conteniéndolos con freno y espuela al medio galope hasta que se hallaron cerca. En esta lucha no servía la velocidad de la carrera para aumentar el ímpetu de los golpes, como en la de la lanza. Su mérito se cifraba más bien en el vigor del brazo y también, en no poca parte, en saber gobernar el caballo de manera que poniéndose de manos hiciese á tiempo una corbeta cayendo sobre el cuarto delantero: el jinete aprovechaba este momento para descargar el arma, procurando herir al yelmo del enemigo, y cuando esto se conseguía á tiempo, era tal el choque que difícilmente se podía resistir. Al primer encuentro, perfectamente acostumbrados y diestros los dos

caballos, se alzaron y cayeron á una; por lo cual no pudieron los guerreros herirse y pasaron de largo. Lo mismo sucedió la segunda vez. Conociendio ya Bayardo la



Presentóse Correa para responder al reto de Bayardo... (pág. 196).

maña de su adversario, arrancó á la tercera con mayor furia; Correa tuvo que hacer lo mismo; pero cuando se hallaron casi frente á frente, detuvo el francés de repente

su bridón sobre las piernas en el instante en que no esperando el enemigo este movimiento había levantado su corcel, creyendo vibrar el golpe, pero volvió á caer sin haberlo conseguido. Aprovechó Bayardo la ocasión con increíble rapidez, levantó el hacha con ambas manós, metió espuelas, y empinado en los estribos, caló sobre el yelmo de Correa un fendiente descomunal que lo doblegó sobre el cuello del caballo, y cuando los espectadores aguardaban que se enderezase, le vieron venir al suelo aturdido; llevároنle sus escuderos fuera del circo. Salió también Bayardo saludando á doña Elvira entre las aclamaciones de todo el anfiteatro y el estrépito marcial que celebraba su victoria. Pero presto volvió á presentarse para luchar con Acevedo, que avanzando en la arena, se ofreció á terminar la contienda en lugar de su compañero. Este combate duró más y con varia fortuna; sin embargo, fué opinión general que el francés llevó en él la mejor parte.

Junto á la entrada y fuera del anfiteatro se había dispuesto un sitio cerrado con una valla, donde los caballeros que deseaban combatir pudiesen armarse y tener sus caballos y escuderos. Gonzalo previno de antemano que hallasen allí cuanto habían menester. Veíanse mesas para poner las armas, un herrero con una fragua portátil por si era preciso componer algún arnés, y finalmente un aparador provisto de vinos y viandas. Brancaleone fué el encargado de que nada faltase y de que se presentasen á los campeones los auxilios que pudieran necesitar.

Mientras desempeñaba este cometido, llegó con dos escuderos que traían sus armas y su caballo de batalla Grajano de Asti, á quién conoció cuando con Fieramosca fué á llevar el cartel al campo francés. Brancaleone, que según su

costumbre, había hablado poquísimo hasta entonces, se acercó á Grajano y le recibió con mejores y más palabras de lo que solía; el que lo hubiera tratado, viendo en esta ocasión su extraña conducta, conocería que algún motivo oculto le impelía á trabar conversación con él; teníalo en efecto y no de escasa importancia, como veremos en su lugar.

Despues de los primeros cumplimientos y de ofrecerle cuanto pudiera necesitar, se detuvo á hablar con él, mientras los escuderos le ayudaban á despojarse del rico traje que traía y vestirse un corpeto y calzones de gamuza muy ajustados á la carne, para ponerse encima el arnés.

El de Grajano era una hermosa armadura con fajas doradas sobre el bruñido acero, dispuesta sobre una de las mesas. Examinábala Brancaleone parte por parte con el mayor estudio, y tomando en la mano el peto para ayudar á echarle las hebillas, observó que era de dos láminas de acero y lo juzgó impenetrable; la coraza era doble y de igual fortaleza; miró los quijotes, las hombreras y las demás piezas menudas, y como práctico conoció que podían resistir cualquiera prueba. Mientras hacía este examen, un observador sagaz hubiera notado en su frente algo de extraño y en su boca un guiño de nueva especie; pero en aquel momento nadie reparaba en él. Sólo quedaba por poner la celada, y habiéndola tomado y visto Brancaleone, reparó que no correspondía en firmeza á lo demás; preguntó á Grajano si acostumbraba usar por ventura algún casquete de hierro, y después de responderle el otro que no, volvió á interrogarle cómo sirviéndose de armas tan templadas para lo restante del cuerpo, no procuraba defender la cabeza con iguales precauciones.

— Porque en el asalto de un castillote que no valía dos blancas (y el loco del duque de Montpensier se había empeñado en tomarlo), mientras iba apoyando una escala para subir, uno de los villanos del Abruzzo que lo defendían, me desplomó en la cabeza un peñasco que cayendo de punta abolló el yelmo y me abrió en el cráneo un agujero, que no creo se cerrará hasta que le echen encima una espuerta de tierra ; tienta aquí.

Así diciendo le tomó la mano, y llevándola á la cabeza le hizo tocar con el dedo una hendidura en medio del cráneo, por lo cual se conocía que no hubiera podido sostener un casco más pesado.

— Por esta herida, y ahorcado se vea el que me la hizo, he perdido muy buenos ducados, porque tuve que dejar al rey Carlos y quedarme muchos meses en Roma para curarme. Verdad es, añadió riéndose, que en aquella ocasión salí de cierta mujer... lo cual me produjo un poco de mal y un poco de bien. Luego me enganché á sueldo con el desdichado del Valentino, hasta que, como Dios fué servido, me volví con mis franceses ; y con ellos al menos ni me llueve ni me nieva encima, y á fin de cada mes desembuchan los florines que es una bendición.

— ¿Pero cómo resistiría ese yelmo un buen fendiente ? replicó Brancaleone.

— ¡Oh! repuso el otro : eso me tiene sin cuidado. En el primer lugar es acero de Damasco y de un temple sin igual ; luego has de saber que cuando veo que se trata de espantarme las moscas de la cabeza, me valgo del escudo de manera que listo ha de ser el que me toque : mira (y le enseñaba el escudo y la correa con que se sujetaba al cuello), mira cómo la gasto larga para dejar libre el brazo.

Nada más dijo Brancaleone; miró y remiró otra vez y otra la celada volviéndola de todos lados y haciéndola sonar con los nudillos de los dedos; abrióla después, y con sus manos se la puso al caballero.

En tanto habían justado los tres españoles con Bayardo del modo que se ha dicho. Éste, así que los dejó vencidos, entró cuando Grajano acababa de armarse é iba á montar á caballo. El de Asti dirigió al vencedor algunas palabras de cortesía, y viendo que Brancaleone no los observaba, le preguntó qué tal eran los campeones.

Quitándose Bayardo los guantes de hierro y el yelmo, los dejó sobre una mesa, limpióse el sudor y respondió:

— Don Íñigo de Ayala, *bonne lance, foi de chevalier* (1).

Y también tributaba á los demás las alabanzas á que los creía acreedores: dió al guerrero que salía á luchar algunas instrucciones sobre el modo de manejarse, que no fueron perdidas.

Entró en la arena Grajano bien puesto á caballo sobre un corpulento bridón morcillo, cubierto de una gualdrapa de color de naranja; proclamó un heraldo su nombre; después fué el caballero bajo el palco de Gonzalo é hirió tres veces con la lanza los escudos de Avecedo é Íñigo; un estremecimiento interior é involuntario conmovió todas las fibras de Fieramosca al escuchar aquel nombre. Volvió á asaltarle el remordimiento de haber callado á Ginebra que vivía; y como el hombre es tanto más capaz de hacer buenos propósitos, cuanto más remota columbra su ejecución, resolvió otra vez revelárselo todo á la primera ocasión.

(1) Buena lanza, á fe de caballero.

En esto empezaron á justar; el guerrero piamontés que tanto en robustez como en maestría en el manejo de las armas era tenido por uno de los primeros, obtuvo decisiva ventaja sobre Acevedo aunque no consiguió desarzonarle, y aun con Íñigo se portó de manera que el voto general resultó en su favor. Después de él justaron muchos franceses; el señor de la Palisse, Chandenier, Obigny y La Motte que, irritado con la rencilla que tuviera con Diego García acerca del combate del toro, hizo aquel día maravillas.

Si ha de decirse la verdad, los tres españoles que se propusieron mantener el campo llevaron lo peor de la justa, y bien podían prever que salir sólo tres contra las mejores espadas del ejército francés era empresa muy superior á sus fuerzas. Quedaban á caballo Íñigo y Avecedo; Grajano que ya había luchado con ellos una vez, salió de nuevo á retarlos. El cansancio que sentían después de tanto batallar favoreció en parte al otro, que tuvo la suerte de concluir la pelea, venciéndolos uno trás otro, y fué declarado vencedor de la liza. Recibió de mano de doña Elvira el rico yelmo, premio de la victoria, entre el estruendo de los instrumentos y de universales aplausos. Concluída la diversión, levantóse Gonzalo con su hija, el capitán de Francia y todos los caballeros y se volvió á la fortaleza, donde, por estar ya cercana la hora del convite, empezaba á cubrirse la mesa. La plaza y el anfiteatro quedaron pronto libre de espectadores, pues todos, forasteros y naturales, se marcharon unos á sus casas, otros á las hosterías y principalmente á la de Veneno, que era de las mejores, á descansar y á comer conversando de los lances de la justa.

Por la mañana de aquel día en que la fortuna le deparaba acerbos golpes, despertó Ginebra una hora más tarde

de lo que solía. Cada vez más acongojada con sus tristes pensamientos, no había podido reconciliar el sueño agitado por mil fantásticas ilusiones. Ora se le presentaba Fieramosca herido, moribundos los ojos, en actitud de pedirle socorro; ora le parecía verle victorioso, lleno de gloria entre cien barones, y que, apartando de ella la vista con desprecio, la ponía en otra mujer y le tendía la mano. Y aun dormida decía: ¡Dichosa yo si esto no es más que un sueño! pero no dejaba de temblar figurándosele oir el rumor de la fiesta que celebraba las bodas de Héctor, las campanas, el estampido de la artillería. Por último, con tanta fuerza hirió su tímpano aquel estruendo, que despertó de golpe, abrió los ojos y volviéndolos hacia el balcón desde donde podía ver á Barletta, conoció que si todo lo demás había sido sueño, no lo era el estrépito que llegara á sus oídos. Sentóse en el lecho, y sacando de debajo de la ropa un pie corto, redondo y blanco como la leche, lo ocultó en una babucha encarnada, mientras se vestía una bata azul, recogiendo con las dos manos detrás de las orejas sus largos cabellos castaños.

Sentóse bajo los pámpanos del balcón, mirando con los ojos deslumbrados por la luz de un cielo límpido y sereno el majestuoso cuadro que se presentaba á su vista.

El sol, ya dueño del horizonte dos horas hacía, iluminaba de frente la orilla, la ciudad y la roca donde se sentaba la fortaleza; entre las torres y las rojas murallas, nacían al parecer de cuando en cuando varios globos de humo color de perla, cruzados de rápidas líneas de fuego, y que á los rayos solares resplandecían vivísimo fulgor, revolviéndose en mil giros, que subían perdiéndose al fin en el azul del cielo: al cabo de algunos instantes llegaba el estampido

que después de resonar en las olas, volvía á repetirse entre los peñascos de la costa y se confundía poco á poco en un eco lejano entre las últimas gargantas de los montes. Veladas la ciudad y la fortaleza por la humareda que presto desapareció al soplo de la brisa de la mañana, se reflejaban en la cerúlea superficie del mar bonancible, tan lisa en aquel momento que su imagen trocada se reprodució trémula, pero entera en las aguas.

El son de las campanas y de los instrumentos venía ora más fuerte, ora más débil, según soplaba el viento; y con el silencio que reinaba en el monasterio, podían distinguirse en algunos momentos hasta los gritos y vivas del pueblo que aclamaba al capitán español. Pero ni estas señales de alegría, ni el risueño cuadro que tenía ante los ojos, eran capaces de arrancar del alma de Ginebra la tristeza que la oprimía. Á la espina del remordimiento se había agregado otra igualmente terrible: la sospecha de que la vendía aquel á quien hiciera el inmenso sacrificio de desobedecer la voz del deber y de la conciencia. Era una duda que su mente rechazaba, que su corazón aborrecía; pero duda que existía, y diga quien llegó á concibirla igual si es cosa fácil el disiparla. Y por cierto, si bien lo que temía era falso enteramente, varias circunstancias podían darle sin embargo alguna apariencia de verdad.

Supo Héctor ocultarle el encuentro de Grajano; pero como estaba acostumbrado á descubrirle entero su corazón, no logró fingir tanto que ella no percibiese escondido en lo más hondo un secreto que no quería comunicarle.

Por otra parte la diferente conducta de Zoraida era para ella un dardo que no podía arrancar del pecho. Y pensaba: ¿Quién me responde de que el mismo Fieramosca no

lo haya echado de ver? ¿Quién me asegura de que no haga caso de ella?... Y cuando de todos estos argumentos procuraba deducir una consecuencia, se confundía en un laberinto de dudas, sin hallar el hilo que la sacase de él.

Cansada ya la imaginación de tanta lucha, se levantó para ir á encontrar con quien departir y distraerse, y buscó á Zoraida: no estaba en su habitación; bajó al jardín, tampoco; preguntó en el monasterio á los pocos que en él quedaban, y ninguno sabía dónde se hallaba. Sintió oprimírsele el corazón, y se agolparon á su mente mil indefinidas sospechas.

Al hacer esta pesquisa se había ido apartando hasta cerca de la torre que defiende la entrada de la isla. La encontró abandonada y ni un hombre de guardia: después de marcharse el condestable, se habían largado también uno tras otro á disfrutar de las fiestas. Pasó el puente y anduvo un largo trecho de playa, teniendo á la derecha el mar y á la izquierda la falda del monte vestido de espesos arbustos. Iba paseando muy despacio y con la imaginación harto llena de ideas para que pudiera ocuparse de lo que alrededor sucedía. Sorprendióla un rumor improviso que oyó entre los matorrales, y estremecióse al ver salir un hombre, que, sosteniéndose con dificultad, cubierto de ensangrentados andrajos, añarado de las rocas, con los cabellos largos descompuestos que le cubrían el rostro, se arrojó á sus pies. Tuvo intención de huir, mas como animosa y atrevida, se quedó. Mirando al que de tan extraña manera se le había aparecido, reconoció poco á poco al capitán de bandidos Pietraccio, al cual había involuntariamente auxiliado á huir, á favor de la traza que le diera don Miguel. Todo había sucedido puntalmente como previno el esbirro

del Valentino. Mientras Ginebra y Fieramosca procuraban volver en sí á la mujer, Pietraccio dió á correr, subió la escalera, pasó la puerta, y blandiendo el puñal logró deshacerse de los que le impedían el paso; y aunque estaba herido y le seguían muchos, metiéndose en el matorral como práctico del terreno, y ágil sobremanera, logró salvarse. Para no caer en manos de los que le buscaban, tuvo que quedarse tristemente agazapado en lo más espeso del bosque; y ahora hallándose por casualidad tan cerca de aquella á quién no podía temer, pues la creía su libertadora, espoleado por el aburrimiento y por el hambre, le pedía auxilio por señas para que conociese su miseria, harto patente en toda su figura. Sintió Ginebra horror y piedad de aquel desdichado y le dijo que en el monasterio no había más gente que las monjas, y que, no estando guardada la torre, podía irse con ella, que le escondería en una leñera que había debajo de su casita y le daría algo de comer.

El asesino, que talvez hallaba menos dura la muerte que una vida tan congojosa, la siguió, y sin ser visto pudo llegar al escondite, adonde la piadosa joven le llevó alguna vianda, le vendó la herida, que si bien ligera, necesitaba remedio, y con un poco de paja le arregló un lecho. Hecho esto, subió Ginebra á su habitación á tiempo que Zoraida y Jenaro volvían de Barletta.

No pudo menos de dirigir á la joven una cariñosa reconvención porque se había ausentado sin decirle nada.

— Zoraida mía, mucha pena me ha dado el no hallarte en toda la isla : ¿por qué no me dijiste que te ibas?

— Por no despertarte, respondió Zoraida; y la poca sinceridad de semejante respuesta tiñó sus mejillas de un lige-

ro sonrosado que no se ocultó de la penetrante vista de Ginebra; luego prosiguió:

— He salido muy temprano con Jenaro, y.....

— ¿Y anoche, dijo Ginebra sonriéndose, no sabías que deseabas ir á la justa?

Esta pregunta tan directa añadió una tinta de despecho al rostro de Zoraida, que respondió lacónicamente:

— Sí... tuve así una idea. Y añudando luego el hilo de la anterior conversación, añadió: Deseaba hace mucho tiempo ver una justas de éstas para poder juzgar si efectivamente aventajan en mucho á los juegos de los árabes. Pero, ¡vive Dios! lo que aquí hacen los caballeros y los señores, entre nosotros lo harían esclavos, y ningún de nuestros jefes expondría su vida para divertir á tres ó cuatro millares de espectadores de la ínfima plebe.

Conociendo Ginebra que por no dar Zoraida más latas explicaciones acerca de su ida á Barletta, quería empeñar la conversación acerca de la justa, no insistió más y dijo:

— Vaya, ¿y esa justa ha estado buena?

— ¡Buena! ¡ya, ya! respondió Jenaro que se despepitaba por ser el cronista, y comenzando por la salida de Gonzalo, describió lo mejor que pudo la riqueza y las galas de aquellos barones; luego, con la idea de adular á Ginebra, añadía meneando la cabeza y apretando los labios, mientras que sus manos daban vueltas y más vueltas á la gorra que en ellas tenía:

— Y si hubierais visto á vuestro hermano, ¡cuán arrogante iba á caballo en aquel potro de color de plata! todos exclamaban ¡qué gallardo chico! y si he de decir verdad, con aquella capita azul que le habéis bordado parecía una pintura. ¡Por poco me cuesta caro el querer seguir la cabal-

gata hasta fuera de la puerta! ¡Buenos codos era menester!... pero cuando la hija del señor Gonzalo bajó de la litera, tan cerca estaba yo de ella como ahora lo estoy de vos... el señor Héctor la puso á caballo... es decir, ella apoyó un pie sobre su rodilla, ¡un piececito tamaño! (y para mostrar la medida extendía el pulgar de la mano derecha apuntando con el índice de la izquierda á la primera articulación), y luego arriba, más ligera que un gerifalte; y ¿sabéis lo que digo? que sin duda no le disgustaba vuestro hermano, pues cuando estuvo ya en la silla le dijo ciertas palabritas y le hizo un mohín tan mono, que bien puede llamarse feliz el que lo ha visto; y él, no he perdido nada, no, se puso como la grana; ¡Dios solo sabe lo que habrán hablado! yo pensé entonces: ¿si se casará el señor Fieramosca? ¡buena pareja, á fe de cristianos! pintiparados el uno para el otro.

Figúrense nuestros lectores si esta relación y estas reflexiones serían muy agradables para Ginebra. No pudiendo ya sufrir más, y deseando quitar de su presencia á aquel hombre, dijo secamente:

— Sí, sí... ya me contarás eso otra vez. Y dió media vuelta para marcharse con Zoraida á su habitación. Pero Jenaro, que tenía larga tela cortada, no quiso dejarla y prosiguió:

— Y todo eso no es nada. Luego, en la justa, había que verle en el palco de los señores; siempre firme á su lado, y charla que charlarás... todo el mundo lo notaba, aquí está la señora Zoraida que lo veía lo mismo que yo. También estaba el hostelero del Sol, el que trae el vino para el castillo, y decía que el padre era gustoso de que se casen. ¡Buen negocio, por mi vida! ¡Cuántos miles de ducados

pillaría el novio! Eso, eso, es lo mejor; y no andar toda su vida á caballo, más que llueva y haga viento.

Para cortar Ginebra estas explicaciones que la incomodaban, aunque conociese el ningún fundamento que tenían, dijo:

— Pero ¿y la justa? habla de la justa.

— ¡Oh! ¡qué justa! Los más viejos de Barletta no recuerdan otra igual.

Y empezando por la corrida de toros, y por las proezas de don García, describió los combates con hacha y lanza, repitiendo los nombres que los heraldos proclamaran. Demasiado le sirvió su buena memoria. Cuando iba ya á concluir, dijo:

— El que ha dado remate á la justa y ha desarzonado á los tres españoles uno tras otro, ha sido el señor don Grajano de Asti.

— ¿Quién? ¿quién? replicó Ginebra con una alteración de rostro y de voz, que no pudo disimular.

— Un tal don Grajano de Asti; por fuerza debe de ser un barón de muchas campanillas; sus armas y sus vestidos valían un tesoro.

— ¿Grajano de Asti, dices? ¿Es alto, bajo, joven...... cómo es?

Jenaro, que no había perdido ni un cabello de las armas, fisonomías y aspecto de todos los campeones y tenía muy presente la cara de Grajano, que entrando en la liza con la visera levantada, la dejó ver perfectamente, pudo describirlo con tal exactitud que no dejó á la joven la menor duda de que aquél era su marido. Tuvo sin embargo bastante presencia de ánimo para ocultar en parte el tumulto que trastornaba su corazón y para convencerse de cuánto le im-

portaba el no descubrirse. Mientras Jenaro hacía lo posible por explicarle la figura y arreos del barón, tuvo lugar de volver en sí, y notando que sus dos oyentes habían reparado su extrañeza y su movimiento de asombro al escuchar aquel nombre, con intención de desvanecer cualquier sospecha, así que el hortelano dejó de hablar dijo:

— No tenéis que admiraros de que me haya turbado un poco al oir mentar á ese hombre; hubo en algún tiempo serios disgustos entre él y mi familia; pero todo se compuso después, y desapareció hace muchos años la antigua enemistad. No podía creer que se hallase ahora en Barletta y mucho menos sirviendo con los franceses.

Dicho esto, se volvió para ir á su habitación. Zoraida y Jenaro debieron conocer en el color de su rostro, que se iba mudando gradualmente, que la atormentaba algún pensamiento oculto de grande importancia; por esto se guardaron de seguirla, y cuando la vieron algo distante, dijo el hortelano á la joven:

— ¿Si estará mala? ¿Ó si habré dicho yo algo que no le guste?

Zoraida que tenía otras cosas en que pensar y que ni ella misma podía definir demasiado bien cuáles eran sus propias ideas y sospechas, respondió encogiéndose de hombros y se fué, pues no menos que Ginebra deseaba estar sola. Quedóse allí Jenaro con su gorra entre las manos, y luego, encaminándose hacia sus quehaceres, murmuraba:
— ¡Todas son lo mismo! ¡gran sabio será quien las entienda!

En tanto subía Ginebra á su cuarto por una escalerilla excusada, pero á cada escalón se le figuraba que el mundo se le caía encima; respiraba con más frecuencia; latía su

corazón con tanta furia que apenas podía sostenerse en pie, y decía continuamente á media voz: — ¡Virgen santa, amparadme! Luego, sintiendo aun mayor angustia, sólo tenía aliento para pronunciar estas breves palabras: — ¡Dios mío! ¡Dios mío! Por último fué tal la opresión de su pecho, que se le doblaron las rodillas y tuvo que sentarse en el cuarto ó quinto escalón. Tocándose la frente bañada de frío sudor, exclamó con apagado acento: — ¡Mañana no viviré! Aunque había oído á Zoraida entrar por otra parte y encerrarse en su habitación, aunque, por ser ya la hora ardiente después de medio día, estaban las monjas recogidas en sus celdas, sin embargo dábale gran pena el riesgo de que la encontraran allí en tan triste situación, y por huir de él, renunciando á la idea de subir á su cuarto, resolvió entrar en la iglesia por la puertecilla del coro, pues conocía ya que sólo allí debía buscar auxilio y protección contra los males que la amenazaban. Encaminóse lo mejor que pudo hasta aquel sitio, ora sosteniéndose con las paredes, ora haciendo los mayores esfuerzos para fingir el paso natural cuando veía pasar alguna lega por los corredores, ó asomarse alguna monja á las ventanas.

Nadie había en la iglesia; cayó sentada en la primera grada del coro y permaneció gran rato con la cabeza entre las manos y con los codos en las rodillas para cobrar aliento, revolviendo en su mente confundida tantos y tan varios pensamientos, que bien puede decirse que ninguno tenía.

Por ocho ó diez escalones de mármol que había detrás del altar mayor, se bajaba á una capillita subterránea, en la cual ardían de día y de noche cinco lámparas de plata delante de una imagen de la Madre de Dios pintada en la pared por san Lucas, según general creencia. Los milagros

que la fama atribuía á aquel lugar, habían sido causa de que después se fabricaran la iglesia y el monasterio. Tenía la capilla la figura de un exágono, y en el lado frontero á la escalera estaba el altar con la imagen; en cada ángulo se veía una columna con capitel de gruesas hojas al gusto antiguo, que sostenía una de las espinas de la bóveda, que en lo más alto se unían todas en un círculo de piedra, el cual tenía en medio una claraboya cerrada con una reja que daba á la iglesia delante de la tarima del altar mayor. Un sutil rayo de sol que entraba por las vidrieras de colores de una de las ventanas de la bóveda se abría paso por aquel agujero hasta el subterráneo. Entre las tinieblas escasamente combatidas por la tibia y rojiza luz de las lámparas, bajaba visible el rayo, formando una cinta en el aire y reproduciendo en el pavimento los colores de los vidrios y el dibujo de la reja. Fué Ginebra á hincarse de rodillas al pie del altar, y al pasar al través del rayo de sol, la luz reflejada en su vestido azul iluminó por un instante toda la capilla como un relámpago de pálido resplandor.

Empezó á orar con las manos estrechamente cruzadas sobre el pecho y clavados los ojos en aquella pintura ; poco á poco sentía irse disminuyendo la pulsación de sus arterias y la angustia de su seno. Sus mismas plegarias, más bien concebidas con el corazón y los afectos que expresadas con la voz, la traquilizaban gradualmente.

El rostro de aquella Virgen, así como el de todas las imágenes antiguas, mostraba una tristeza tan divina y augusta, que la angustiada joven se figuró que se compadecía de su dolor, y á fuerza de fijar en ella la vista llegó á creer que descubría en aquellos ojos sublimes un movimiento rápido, que si bien la llenaba de santo terror, no dejaba por

eso de confortarla. — ¡Virgen santa y gloriosa! decía al fin con el mayor afecto ¿quién soy yo para merecer tu piedad? y sin embargo, ¿quién me amparará si tu no me amparas? Á tus pies traigo mis pesares; mira que no puedo resistir á esta prueba, que ignoro cómo salir de este conflicto: ¡oh piadosa Virgen mía! ¡da á mi corazón la fuerza necesaria para que pueda hacer lo que deseo!... Y sin apartar de ella los ojos y derramando abundantes lágrimas que bañaban sus mejillas y su seno, se estuvo así largo espacio como si se pusiera bajo la protección de aquella que quiere que la llamen madre y consuelo de los afligidos; y echaba de ver cuánto alivio siente el que vuelve su corazón al cielo cuando todo lo perdió en la tierra, hasta la esperanza.

Volvían á su memoria todas las horas de su vida, las inocentes alegrías de la infancia, los afectos de la juventud, las primeras palabras de amor que oyeron sus oídos, los primeros remordimientos que inquietaron su corazón, y luego el cúmulo de penas y aflicciones que sobre ella cayeron después de casarse; repasaba en los últimos años la continua alternativa de escasas satisfacciones (y éstas nada puras) y de tantas amarguras y tan punzantes remordimientos. Y ahora por complemento veía, como quien de un largo sueño despierta, desvanecerse la seguridad que hasta entonces la había alimentado de que Héctor era incapaz de mudanza. Y cuando abrumada con tantas pesadumbres y deseando seguir la voz de Dios que la llamaba, le parecía imposible el resolverse, he aquí que la voluntad divina hablaba con más imperio, y casi por fuerza la ponía en el camino de su deber, haciéndola hallar á su marido de una manera tan inesperada.

— Todas las dudas están ya desvanecidas, decía entre

sí; mientras pude creer que no vivía, tuve talvez un medio de disculparme; pero ahora ¿podré por ventura seguir de esta manera? ¡desdichada de mí!

Luego otro obstáculo impensado le salía al encuentro. — Y cuando me presente á él y me pregunte: ¿En dónde estuviste hasta ahora?...

No era fácil hallar respuesta; herida por esta idea, le pareció tan absolutamente imposible resolverse á ponerse delante de su juez, que de pronto abandonó este proyecto y empezó á discurrir algún otro arbitrio para salir de aquel laberinto. Pero cuánto más pensaba en ello, tanto mejor iba conociendo que el paso que tanta repugnancia le causaba, era precisamente el único que podía y debía dar. Ya decía para sí: — ¿De quién he de quejarme? de mí misma. Si yo, coma era mi obligación, me hubiera conducido de otro modo, no tendría ahora que resignarme á una humillación tan amarga y que tanto más amarga habrá de ser cuanto más dure la irresolución.

Tenía Ginebra un alma de buen temple y enemiga por lo mismo de la angustiosa incertidumbre. — ¿Puedo acaso vivir, exclamó, con este remordimiento? no: ¿puedo despreciar la esperanza y prescindir del horror de la otra vida? no. Hagamos pues nuestro deber sin pensar en otra cosa; y sean las penas que voy á buscar el castigo de mis errores. Tú, Madre divina, tú tendrás lástima de mí en este mundo y en el otro. Si Grajano se niega á perdonarme ¿qué cosa peor podrá hacer conmigo? ¿Quitarme la vida? Entonces mi alma inmortal volará á la presencia de Dios y podrá ofrecerle frutos de penitencia y merecer su misericordia y su perdón.

Después de otra fervorosísima plegaria, subió á la iglesia

con paso firme y veloz, como si de este modo hubiese de cobrar más aliento, y fué á encerrarse en su habitación para elegir el medio más adecuado de llevar á término su proyecto. Sentóse, como de costumbre tenía, al balcón que daba hacia Barletta, y empezó á cavilar. Para volverse al lado de su esposo no podía hallar un día más á propósito que el presente, pues tenía la certidumbre de encontrarle en las fiestas que se celebraban en la fortaleza, adonde podía llegar por mar en media hora y sin ningún tropiezo. Si, por el contrario, hubiese aguardado á que estuviera de vuelta en el campo francés, se aumentaban extraordinariamente las dificultades. Y por esto decía:

— No queda lugar á duda; es preciso que antes de mañana esté en su compañía. Pero ¿cómo he de conducirme con Héctor? Hoy no vendrá seguramente. ¿Esperar? no puede ser. ¿Dejar la isla, abandonarle y que ni siquiera sepa lo que ha sido de mí? ¿cómo, si le debo la vida? — Aquí se le ocurrió un pensamiento digno sólo de un corazón como el suyo: — Si al huir le digo cuánto estoy padeciendo por él en este instante, le conozco, no tendrá un solo día de paz mientras vivas; si me voy sin manifestarle el motivo, pensará que soy una ingrata; y presto, muy presto se borrará de su pecho la memoria de esta infeliz...

No pudiendo soportar esta idea, suspiró y dijo:

— Grandes son mis pecados; ¡pero estas penas son horribles!

Con aquella inquieta solicitud que despiertan las fuertes conmociones del ánimo, se levantó enjugándose los ojos con la mano y se puso á arreglar lo poco que pensaba llevar consigo. Revolviendo un cofre, se ofrecieron á su vista

algunos retales de la capa azul de Fieramosca y el resto del hilo de plata con que la había bordado. Figúrese el lector lo que sentiría Ginebra al contemplar estos objetos.

Su primera intención fué recogerlos para llevárselos; pero dejándolos al instante donde los había hallado, dijo:

— ¡No! todos sus recuerdos deben borrarse para siempre; básteme saber que es feliz por mí.

Escribió á la abadesa dándole gracias en pocas líneas por la hospitalidad que le había concedido y recomendándole á su amiga; decíale que un motivo gravísimo la obligaba á ausentarse sin despedirse y que confiaba hallarse muy pronto en paraje desde donde le daría más terminantes explicaciones acerca de su persona.

Cumplido este último deber, nada le quedaba ya que hacer en el monasterio, pero no quería salir antes de que oscureciese. Aun quedaba cerca de una hora de día, y se dispuso á esperar con paciencia la noche, sentada en el balcón á pesar de que en aquella circunstancia no podía haber para ella una manera más angustiosa de pasar el tiempo; si volvía los ojos á lo interior de su cuarto, la vista del ligero envoltorio que dejara sobre la mesa y había de acompañarla en tan angustioso viaje, le anticipaba, por decirlo así, aquellas amarguras; si miraba al lecho, pensaba que la noche anterior había entrado en él por última vez, y sólo Dios sabía dónde dormiría en la siguiente. Fuera del balcón era aun peor el espectáculo: veía el brazo de mar que la separaba de Barletta, y se acordaba de cuantas veces había descubierto como un punto oscuro sobre las aguas la barquilla de Fieramosca. Ella era la que ahora debe cruzar aquel espacio... y ¡adónde se dirigía!...

CAPÍTULO XIV.

TRAMA DE UN RAPTO EN EL MONASTERIO. — EL BANQUETE EN EL CASTILLO.

Mientras que la angustiada Ginebra estaba temiendo y deseando que se hiciese de noche, escondido Pietraccio en la leñera debajo de la habitación de la joven, aguardaba á ésta con recelo é impaciencia, creyendo que al anochecer vendría á darle algún medio para huir sin ser visto.

La ventanilla por donde desde lo alto le entraba algo de luz estaba por fuera al nivel del suelo, y correspondía á un sitio solitario detrás del monasterio, lleno de cardos y ortigas, que no tenía traza de que en él se presentase alma viviente. Estremecióse el bandolero al oir pasos de gente que venía acercándose entre aquella maleza, y subió su miedo de punto viendo parado junto á la ventana un hombre á quien al instante reconoció. Era el condestable de la torre. Hubiera deseado agacharse entre unos haces, pero el temor de que las hojas secas no le descubriesen le hizo permanecer inmóvil; y desde su sitio, procurando recoger el

aliento, pudo percibir distintamente la conversación que el condestable tenía con el individuo que le acompañaba.

— Mira, decía Martín, esa ventana del primer piso donde hay una jaula y una maceta: por la reja del cuarto bajo se puede subir sin escalera. Bueno: cuando estarás arriba, hallarás un corredor con muchas puertas; pero, acuérdate bien, la primera á mano izquierda es la habitación de la señora. Luego tienes la ventaja de que no hay gente en la hospedería. Á las nueve todas las monjas están en la cama; si quieres acertar, puedes venir á eso de las once, llevaros á la forastera y estar más allá de una milla mar adentro, antes de que nadie trate de perseguiros. Encerraré los perros; he dado suelta á mi gente, y aseguro que el guapo que los necesite esta noche tendrá que buscarlos en las hosterías de Barletta. Ya estáis servidos; pero cuenta, y díselo al diablo de tu compañero, que mire por sí; pues yo no tengo ánimo de perder mi empleo por la miseria de unos cuantos florines. Te lo repito, manejaos con juicio; porque si la empresa sale mal, ya tengo pensado el medio de echaros á vosotros el muerto y guardar mi pellejo. Cuanto más amigos, más claro.

Boscherino, á quien iba dirigido este discurso, tiró ligeramente la punta de uno de los bigotes del condestable, y le dijo meneando la cabeza:

— Para echar el muerto al que nos envía á esta comisión, tendrías que tirarlo muy alto, y tu brazo no es bastante robusto para ello. Agradece á san Martín que está tan lejos el castillo de Barletta y que no puede oirte un quídam que en él se encuentra ahora; porque, si no, te juro que si bien estamos en Abril, él te haría discurrir que te hallas en Enero. Créeme á mí, hermano; salga bien ó

salga mal este negocio, cuanto menos hables de él mejor para ti.

Martín, que había asistido al banquete que Gonzalo diera en Barletta y bebido en términos que sentía más coraje que un león, respondió sin turbarse:

— Y yo te repito que no conozco el miedo y que si he condescendido en haceros este favor, lo he hecho más porque así se estila entre militares, que por aquellos ducados de marras, y no trato de romperme los cascos ni de perder el pan por gentes que no conozco; por esto te lo digo en plata: sed prudentes, pues si os descubren, sabré disculparme. Cuando estoy en mi torre, me río también del que os envía á esta empresa, sea quien fuere. Conque, ya estamos entendidos; abur.

Dicho esto, se encaminó á la torre dejando allí á Boscherino para que se enterase bien del sitio; éste le dejó que se alejara mirándole con cierta sonrisa de compasión, y luego no pudo menos de decir en voz bastante alta para ser oído de Pietraccio.

—¡Pobre majadero! ¡Miren con quién pretende habérselas! ¡con César Borgia! ¡Darías por cierto con la horma de tu zapato! Pero ¿quién hace caso? no es él quien habla, sino el vino de Alicante.

Estas últimas palabras no menos que todo el diálogo anterior escuchado con la mayor atención por el asesino, bastaron para darle á conocer que por encargo del Valentino se estaba tramando el rapto de su protectora y que el duque se encontraba actualmente en la roca de Barletta. Sin hacer agravio á Pietraccio, bien puede creerse que no fué su primera idea la intención de defender á Ginebra: ¿qué sabía él de gratitud? Pero la esperanza de trastornar una

empresa del enemigo mayor de su madre y suyo, otra esperanza más atroz de poder topar con él entre la turba y la confusión de la fiesta y matarle, le hizo hervir la sangre de alegría; y cuando Boscherino se hubo marchado, que poco tardó, levantóse del sitio donde estaba, y sacando del seno el agudo puñal que le diera don Miguel, tocaba la punta con la yema del dedo índice, apretando los dientes y haciendo el ademán de dar de revés. Y luego discurría de qué manera podría llegar á Barletta sin estorbo.

Sonó la oración en el monasterio; al cabo de una media hora, subiendo despacito, abrió Pietraccio la puerta y mirando en derredor vió que estaba desierta la esplanada; pero para llegar á tierra firme no se atrevió á pasar por la torre ni por el puente; y conociendo que el trecho que había entre la isla y la orilla le ofrecía camino más seguro (había algunos cientos de brazas) bajó por la escalera de piedra, se desnudó, hizo un lío de su ropa, se lo ató á la cabeza, echóse á nadar, y á pocos minutos, sin ser oído ni visto, se encontró en la arena de la playa. La noche estaba oscura. Se enjugó de prisa, se vistió, y sin zozobra y con ligero paso tomó el camino de la ciudad.

Apenas Diego García de Paredes hubo puesto fin á la querella que la admirable prueba hecha con el toro suscitara entre él y los franceses, se acordó de que Gonzalo le había dado una comisión de importancia, y salió precipitadamente del anfiteatro. Era este encargo el de vigilar los aprestos de la gran comida que había de servirse en el castillo; como el tiempo apuraba, llegó en un instante á la cocina, y teniendo aun muy fresca la cólera que le dieran las palabras de La Motte, su aparición entre los cocineros, pinches y ayudantes que se afanaban en derredor de las

viandas, fué la de un hombre nada dispuesto á disimular la menor falta é inadvertencia de sus súbditos.

— ¿Cómo va eso? dijo parándose en la puerta y cruzando los brazos. ¿Estará á punto al instante? Una hora escasa queda de aquí al banquete.

El jefe de la cocina, hombretón alto y obeso, estaba junto á la mesa de en medio ensartando capones en el asador con aquella cara ceñuda que ponen en iguales circunstancias los de su oficio, aun cuando todo anda en regla; pero éste tenía grandísima razón de darse al diablo: le faltaba combustible, y además de que por no poder alimentar la lumbre con igualdad padecía mucho la cocción de las viandas, amenazaba el peligro aun mayor de que la comida no estuviese á punto para la hora señalada y de que no fuese á la mesa ni en buena ni en mala disposición. Quién sepa cuán recelosa es la honra de un cocinero, adivinará qué tripas tendría aquel á quien el español enderezaba su pregunta. Ni al papa hubiera respondido en aquel momento; pero fué preciso responder á Paredes.

Levantó la cabeza y dijo blandiendo el asador:

— El diablo nos ha puesto hoy los cuernos, señor don Diego; el diablo del infierno... ¡el traidor del mayordomo me ha dejado sin leña! He enviado á todos los mandrias que he podido echar de aquí para que la buscasen en cualquier parte; pero sin duda han muerto todos, porque ninguno parece...

Y terminó estas palabras dando aquel suspiro, mejor diré rugido, que desembucha el que ya no puede más.

— Con leña ó sin ella, le gritó Paredes, *voto á Dios* que si no estás listo para la hora horada...... *majadero, harto de ajos*... y siguió ensartando en castellano una retahila de

injurias todas para el cocinero; no pudo éste con tanto, y respondió por fin:

— Dígame vuecelencia cómo sin fuego se puede cocer la carne.

No era Diego García uno de aquellos fuertes que se irritan contra un débil sólo porque éste tiene razón. Aunque al pronto le incomodó la respuesta del cocinero, conociendo después su inocencia, dijo:

— ¿Y en dónde se ha metido ese ladrón de mayordomo? y sin aguardar respuesta, le volvió las espaldas y subió otra vez al patio gritando desaforadamente: ¡Izquierdo! *¡maldito de Dios!*

Izquierdo había ido corriendo á la leñera más cercana, donde auxiliado de los marmitones había cargado unos borriquillos, los hacía andar á garrotazos y entraba justamente en el patio cuando oyó la voz que le llamaba; entonces menudeó los palos para que la culpa de la tardanza recayese al menos en parte sobre los infelices jumentos; ¡y Dios sabe qué tenían que ver con ella!

Acercándose á Paredes empezó á disculparse; éste le interrumpió:

— Ea, pronto, menos charla y abajo la leña, si no queréis que os la parta en la cabeza.

Para ir desde el patio á la cocina había que subir primero tres escalones; luego por un pasadizo oscuro se llegaba á un patinillo, en medio del cual se veía un hoyo rodeado de una pared pequeña que daba á la cocina; bajábase á él por una escalera de caracol. Impacientábase García por ver cuánto tenían que trabajar aquellos pobres diablos para llevar la leña á brazados hasta abajo. Pareciéndole muy lento este medio, se enfadó de veras; agachóse debajo

de la barriga de uno de los asnos, y levantándolo en peso con carga y todo, sujetándolo de pies y manos como si fuera un cabrito, lo llevó al borde de la pared del hoyo y lo descargó de golpe, la leña debajo y el asno encima patas arriba; y volviendo con igual furor al segundo y al tercero, hizo lo mismo, de manera que en aquel hueco no muy ancho se veía un monte de leña y hocicos, orejas y patas de borricos todos magullados y desollados, meneando á una los cuatro remos, y los pinches asustados procurando sujetarlos, sacar leña y echarla en la cocina. El miedo á Diego García se apoderó hasta del mismo cocinero, el cual salía á ayudar á la maniobra, pero mirando hacia lo alto de cuando en cuando por ver si continuaba todavía la lluvia de borricos; en un momento quedaron provistos los hornillos, y fué tan poderoso el auxilio extrañamente dado por Paredes, que cada pinche trabajaba por tres. Así que vió que todo marchaba en regla, sacudiéndose el polvo sin dejar de regañar entre dientes, se largó á su casa para mudarse de ropa; al pasar por el patio lo encontró lleno de gente que volvía de la justa. Gonzalo, el duque de Nemours, las señoras y los principales barones habían llegado á tiempo de ver á Diego García cargado con el último borrico, y al saber el caso echaron todos á reir y dejaron paso franco al español atleta. Subiendo en seguida á las cámaras adornadas para las fiestas, aguardaron la hora de sentarse á la mesa.

En el salón que estaba inmediato á la habitación de Gonzalo, y tenía cien pasos de longitud, se había dispuesto una gran mesa en forma de herradura, que daba vuelta á toda la pared y podía contener hasta cien convidados. En el sitio más apartado de la puerta y en lo alto de la

parte convexa de la mesa, había cuatro sillones de terciopelo con franjas de oro para el duque de Nemours, Gonzalo, doña Elvira y Victoria Colonna. Sobre sus cabezas pendían de la pared los estandartes de España, los pendones de la casa de Colonna y las banderas del ejército, alternados de trofeos compuestos de los más ricos y bruñidos arneses, con preciosos penachos en los yelmos y tantas galas y joyas que era una riqueza. De algunos agujeros hechos de propósito en la mesa, que tenía la anchura conveniente, salían á iguales distancias ramos de naranjos, mirtos y palmas, llenos todos de flores y frutas, y varios chorros finos de agua fresca y pura, que venía por unos tubos muy sutiles brotando por debajo de aquellos arbustos, caían en fuentes de plata, donde nadaban muchos peces de varios colores; entre las ramas revoloteaban pajarillos, los cuales estaban disimuladamente atados con cerdas de caballos, y como se habían criado en jaulas, cantaban sin espantarse del ruido que hacía la concurrencia. En el frente del sitio señalado para los personajes de más cuenta, se veía un enorme aparador cargado de vajilla de plata, y en medio, delante de él, un sitial bastante alto para el maestresala que con varita de ébano debía dirigir las operaciones de los criados y camareros. En el centro de la herradura había puestas en el suelo dos grandes urnas de bronce llenas de agua, por si ocurría lavar ó enjuagar alguna cosa, como se ven pintadas en las cenas de Pablo Veronés, y tenían dentro frascos y garrafas de vino de España y de Sicilia puestos á refrescar. En los otros dos costados de la sala, á la altura de diez pies, había tribunas para los músicos. Gracias al cuidado de Diego García y á la diligencia del cocinero, pudo entrar poco después de me-

dio día el maestresala en el sitio en que estaba aguardando la concurrencia, seguido de cincuenta camareros vestidos de amarillo y rojo con sendas toallas, jarros y aguamaniles para dar agua á manos, anunciando que la comida estaba pronta. El duque de Nemours, colmado de juventud, de robustez y de aquella gracia que tanto hacen resaltar los franceses, ofreció su mano á doña Elvira para llevarla á su asiento. Quién al verle en aquel momento tan joven, al considerarle destinado para un porvenir lleno de gloria y fortuna, se hubiera dicho que dentro de breves días aquellos ojos tan vivos, aquellos miembros tan ágiles estarían fríos é inmóviles, tendidos en un ataúd humilde en la reducida iglesia de Ceriñola y que una sentida exclamación de Gonzalo sería el postrer afecto que debía despertar en un corazón humano?... (1).

Sentóse Gonzalo entre Victoria Colonna y el duque, colocó á la derecha de éste á su hija doña Elvira, á quien seguía Fieramosca, y empezó el banquete. Habían sido tan finos sus modales en todo aquel día, que la joven española, dueña de un corazón vivísimo, no pudo menos de sentirse tanto más apasionada cuanto oía que todos alababan y apreciaban al que á ella los dirigía. Como estaban juntos en la mesa, continuaban sus razonamientos llenos de agrado; pero á poco cubrióse de una nube la frente del italiano, eran menos rápidas sus respuestas, y casi no concertaban con las preguntas. Miróle de reojo doña Elvira con ademán de duda y de impaciencia, y viendo que estaba pálido, y que bajando los ojos se quedaba como suspenso, tentación tuvo de creerse la causa de aquella mudanza. Esta

(1) El duque de Nemours pereció en la célebre batalla de Ceriñola tan gloriosa para las armas de España.

idea la hizo indulgente; dió también fin á su discurso, y ambos permacieron largo tiempo silenciosos entre el tumulto y la fiesta. Pero la pobre Elvira se lisonjeaba demasiado: el motivo de la turbación de Fieramosca era muy distinto y procedía de una casualidad. Tenía frente por frente las altas ventanas de la sala, que por el calor se habían dejado abiertas; desde su asiento veía toda la marina con el Gárgano pintado de la hermosa tinta cerúlea que toman los montes hacia el medio día cuando la atmósfera está limpia y serena; en medio surgían del mar la islilla y el monasterio de Santa Úrsula, y hasta se podía distinguir, como un punto negro en la rojiza fachada de la hospedería, el balcón de Ginebra sombreado por la parra. Sobre el puro colorido de este cuadro veía campear la oscura figura de Grajano que estaba sentado entre él y el balcón.

El contraste del cielo hacía parecer más encendido el color de su tez y aumentaba la rústica expresión de sus facciones. Recordando Fieramosca cuál era el hombre que tenía delante, se consumía. Y eso que ignoraba en qué mayor conflicto se hallaba entonces Ginebra, que en aquel mismo instante, habiendo sabido por Jenaro que Grajano se hallaba en Barletta, bajaba á la iglesia y en ella sellaba su resolución de abandonar para siempre aquellos lugares.

En el tumulto de un banquete de tanta gente, poco ó nada se atendía á Héctor y á Elvira; pero Victoria Colonna, que ya había concebido alguna sospecha, echó de ver la alteración de los rostros de entrambos jóvenes, y creyendo que habrían tenido alguna conversación más íntima, estaba azorada y atenta observando las acciones del caballero y de

su amiga, por la cual no podía dejar de temblar. Mientras que los tres se hallaban en esta situación, había ido siguiendo su curso el banquete, servido con aquella profusión y variedad de viandas que el uso de entonces requería. Si es difícil en nuestros tiempos el arte de la cocina, talvez lo era más en aquella época, pues se exigían del cocinero en una solemnidad como ésta varias pruebas de que los modernos no tienen la menor idea. No sólo debían todos los platos halagar al gusto sino recrear también la vista de los comensales. Delante de Gonzalo había un enorme pavo real con todas las plumas de la cola desplegadas haciendo la rueda; se había vencido con tanta fortuna la dificultad de cocerlo sin echar á perder su plumaje, que parecía vivo; rodeábanle en el mismo plato, como si le estuvieran mirando, muchas aves de menor tamaño y rellenas de especias y aromas; de trecho en trecho descollaban enormes pasteles de dos varas de alto, cuyas tapas se levantaron por sí solas á una seña del maestresala, y asomaron hasta el pecho otros tantos enanos extrañamente vestidos, que con cucharas de plata distribuían el contenido del pastel y derramaban flores sobre los convidados. Los platos de confitura figuraban ora montecillos llenos de plantas cargadas de frutas en dulce, ora pequeños lagos de almívar, en que surcaban barquillas de azúcar piedra colmadas de golosinas; otros había que ofrecían la forma de una montaña escarpada con un volcán en la cima, y el humo que de ella salía era un delicioso perfume. Al abrirla se hallaban dentro castaños y otras frutas que lentamente se iban cociendo á la llama del espíritu de vino. Había un jabalí entero con piel y todo, y unos cazadores de pasta le sujetaban con sus venablos; al partirlo se vió que estaba cocido,

y los cazadores fueron distribuídos también en pedazos con el resto de la vianda. Hacia el fin del convite, entraron en la sala cuatro pajes vestidos de cuadros encarnados y amarillos y montados en cuatro caballos blancos, trayendo un plato enorme en el cual venía un atún de tres brazas de longitud que dejaron delante de Gonzalo; mientras que todos admiraban la mole del pez y la manera con que estaba adornado, pues traía sobre el lomo la figura de un joven desnudo con una lira en la mano que representaba á Arión de Metimna, volviéndose Gonzalo al duque de Nemours, le presentó un cuchillo y le rogó que abriese la boca del atún.

Hízolo así el duque, y de ella salieron muchas palomas que desplegando sus alas iban volando por la sala á medida que se veían fuera de su prisión. Al pronto se recibió este juguete con gran contento y algazara; pero parándose luego las palomas aquí y allí, se vió que del cuello de cada una pendían joyeles y tarjetas en las cuales se leía un nombre.

Conociendo la concurrencia que el capitán de España trataba de regalar á sus huéspedes con tan ingeniosa traza, era de ver el alboroto que producía el afán de coger las palomas; el que lograba alcanzar una, leía el lema, y con mucho placer la ponía en manos de aquel á quien estaba destinada.

También Fanfula se dedicó á cazar alguna; habiéndole pasado por encima de la cabeza la que llevaba el nombre de doña Elvira, pudo leer la tarjeta; y gustándole sobremanera el rastro de la doncella, se propuso ser él quien le presentase el don. Al posarse el ave, hizo tantos esfuerzos de agilidad que al cabo consiguió apoderarse de ella, y

abriendo paso entre la gente, hincó la rodilla delante de a joven española y le ofreció la paloma, mostrándole que traía al cuello un broche de gruesísimos y hermosos diamantes.

Tomó doña Elvira con mucho agrado la tímida avecilla, y al acercarla á su boca para hacerle caricias, empezó el animalito á batir sus alas desordenando los rubios cabellos ensortijados en la blanca frente, que se cubrió de un ligero sonrosado. Mientras se ocupaba en desatar la joya del cuello de la paloma, le dijo Fanfula:

— Creo que no hay en el mundo diamantes más hermosos que éstos; pero señorita, el ponerlos al lado de vuestros ojos es querer eclipsar su brillo.

Recompensó las corteses palabras de Fanfula una sonrisa de complacencia.

Alguno de mis lectores, acostumbrado talvez á la delicadeza que la moderna urbanidad usa en todas las relaciones sociales, pensará entre sí que el cumplimiento era un tanto cuanto alambicado; pero le rogamos reflexione que para un hombre de armas del siglo XVI, de cabeza ligera como el italiano, fué demasiado bueno, y lo que le absuelve mejor de lo que yo pudiera decir fué que la hija de Gon zalo se dió por satisfecha de la oportunidad y exactitud de la comparación.

No pudo sin embargo mirar Fanfula sin envidia y algo de disgusto que después de alabar y ponderar mucho la alhaja, se volviera la joven á Fieramosca y presentándole un alfiler de oro le rogara que se lo prendiese á la cintura. Victoria Colonna, que estaba allí cerca, se adelantó con seriedad para hacerlo por su mano; y conociendo Héctor que la proposición de doña Elvira era razonablemente inconsi-

derada, iba ya á entregar el broche; pero la joven, que era caprichosa, como todo niño que ha tenido padres demasiado indulgentes, se puso entre los dos dos y dijo á Fieramosca con una sonrisa que procuraba ocultar su despecha:

— ¿Tan acostumbrado estáis á manejar la espada, que desdeñáis tener un solo instante en la mano un alfiler?

El italiano se vió en la precisión de obedecerle. Victoria Colonna se volvió á otra parte, mostrando en su hermoso y altivo rostro cuán lejos estaba de usar semejantes lisonjas. Fanfula, deteniéndose un breve espacio para mirar á Fieramosca, le dijo:

— ¡Dichoso tú! los otros siembran, y tú recoges. Y se alejó de allí silvando como si hubiera estado solo en la calle y no entre aquella gente escogida.

Las dádivas de Gonzalo no se limitaban á las mujeres; también se había acordado de sus huéspedes los franceses: el duque de Nemours y sus barones recibieron ricos presentes de anillos y joyeles de oro para adornar sus gorras. La suntuosidad que el capitán español desplegaba en este convite no era por cierto sin motivo; pues deseaba manifestar á los franceses que no sólo no carecía de cosa alguna para mantener sus tropas, sino que aun le sobraban muchos medios para obsequiar á sus convidados.

Concluído el juego de las palomas, volvió cada cual á su puesto para asistir á los brindis que ya se iban acercando.

El duque de Nemours, siguiendo la costumbre francesa, se puso en pie, tomó la copa, y volviéndose á doña Elvira la rogó la tuviese desde entonces por su caballero, salva la obediencia del rey cristianísimo. Aceptó la doncella y res-

pondió cortésmente; después de muchos otros brindis, creyó Gonzalo que era ocasión de levantarse, y seguido de todos sus comensales salió á un mirador que la mar, donde consumieron en gratos coloquios las horas que aun faltaban hasta el fin del día.

Doña Elvira y Fieramosca pasaron juntos la mayor parte de aquel tiempo. Parecía que la joven no pudiese permanecer ni un momento apartada de él; si Héctor se alejaba mezclándose en la concurrencia ó deteniéndose en algún grupo, á los pocos minutos la veía á su lado. Harto sagaz el mancebo para no echar de ver esta preferencia, obedeciendo á los impulsos de su honradez se negaba á fomentarla; pues sabía que no podía conducir á buen fin; pero comprometido por su carácter y aun más por la voluntad de Gonzalo, no le era posible mostrarse descortés. Muchos advirtieron lo que ocurría y cuchicheaban entre sí maliciosamente. Fanfula, que aun estaba resentido del lance de la paloma, se volaba al ver á su compañero tan favorecido, y cuando lograba acercarse á él, le decía entre risueño y colérico: « Me la pagarás con las setenas ».

CAPÍTULO XV.

LAS FUNCIONES DRAMÁTICAS. — EL BAILE. — EL RAPTO.

En la sala mayor del piso bajo, que en todas las fortalezas antiguas servía para punto de reunión de los hombres de armas, se había dispuesto un teatro formado á corta diferencia como los modernos, salvo que en aquel tiempo, en vez de levantar la cortina, se acostumbraba dejarla caer en el lugar donde ahora se coloca la orquesta. De una ciudad inmediata de la costa se trajo una compañía de cómicos ambulantes, que después de pasar el carnaval en Venecia, iba de pueblo en pueblo representando dramas y comedias para llegar á Nápoles en las fiestas de San Jenaro, ó á Palermo por Santa Rosalía. Teniendo ahora que presentarse á un auditorio tan escogido, se había preparado con todo esmero, á fin de que el espectáculo fuese el mejor posible. Apenas anocheció colocáronse los espectadores y se dió orden para empezar. Después de venir al suelo un lienzo enorme que servía de telón de boca, apareció el

escenario; á un lado se veía un pórtico profusamente decorado de estatuas y columnas, que mostraba dar entrada á un palacio, sobre cuya puerta se leía escrito en letras de



La hija de don Gonzalo.

oro: *Tierra de Babilonia*; debajo, sentado en un trono y rodeado de sus barones, había un rey con su cetro en la mano, vestido á usanza oriental, con gran turbante cubier-

to de piedras preciosas, y encima la corona; en el foro se columbraba la playa del mar, y á un lado en lontananza una riscosa montaña llena de árboles y peñascos, á cuyo pie había una caverna de la cual salía de cuando en cuando un dragón que al parecer guardaba cierta piel de carnero con vellón dorado muy reluciente, colgada de un árbol allí cercano.

Junto al rey, en otro trono inferior, se veía una mujer alta, gruesa de buena cara, con vestido de raso carmesí de dos varas de cola y una caperuza de terciopelo negro á la francesa; cenía una cimitarra corva y tenía en la mano un libro y una varita: era Medea.

Á poco apareció en la orilla una nave, de la cual saltaron en tierra muchos jóvenes con trajes de soldados, y entre ellos uno hermosísimo, cubierto con escama y malla, excepto la cabeza: era Jasón; dos negros le traían el yelmo y el escudo.

Acercándose éste al proscenio y haciendo una reverencia al rey, empezó una relación en versos octosílabos, que talvez no sonaron muy bien en los oídos de Victoria Colonna, así como no sonarán en los de mis lectores, y que empezàba de esta manera:

De la cristiandad llegamos.
Argonautas nos llamamos;
Al soldán de Babilonia
Que Dios guarde su corona...

y siguiendo en éste metro, decía cómo eran venidos para llevarse el vellocino de oro. Á estas palabras, el rey Oeta, después de tener consejo con sus capitanes y con su hija, respondió que le placía, y se marchó dejando sola á Medea con Jasón.

Éste empezó al momento á enamorar á la mujer y á pedirle su auxilio, prometiéndole llevarla á tierra de cristianos, donde la haría su esposa y gran reina. Medea se dejaba vencer muy fácilmente y le enseñaba ciertos encantos con los cuales adormecería al dragón, recomendándole con toda eficacia que si quería ponerlos por obra no nombrase á los santos ni hiciese la señal de la cruz, cosas que podían quitarles su valor. Así que marchó, dijo Jasón á sus secuaces que no era de caballeros el pelear con encantamientos, y quería probar á vencer á la bestia con las armas; y poniendo mano á la espada, cubriéndose con el escudo que uno de sus escuderos le presentara, mientras el otro le ponía el yelmo, llegaba á dar el asalto al dragón. Pero saliendo éste de su cueva, vomitando llamas, se defendía tan perfectamente, que después de pocos minutos de batalla, tuvo Jasón que desistir de su empresa. Sus compañeros entonces con muchos ruegos le exortaban á que recurriera á los hechizos, y haciéndolo así, consiguió adormecer al dragón y descolgó el vellocino sin obstáculo. Volvió Medea solicitando que se embarcasen todos en las naves con ella; oíase entonces en la tierra gran rumor de trompas, atabales, clarines y otros instrumentos moriscos. Salía poco después un joven á caballo en traje sarraceno á desafiar á Jasón, el cual aceptaba el reto y vencía á su contrario. Mientras quería volver á sus naves con los suyos, llegaba Oeta con su comitiva, y viendo huir á su hija y muerto en el suelo á su hijo Absirto, mandaba que se estorbase el embarco de los argonautas. Comenzaba entonces Medea sus encantos; cubríase el aire de tinieblas; muchos hombres extrañamente vestidos á guisa de demonios, corrían de aquí para allí blandiendo sendas antorchas, y acababan por

incendiar la ciudad de Babilonia, llevándose consigo al rey y á todos sus barones, en tanto que los argonautas zarpaban libres y emprendían su viaje. Así terminaba el drama.

Aquéllos lectores nuestros que se envanezcan demasiado con los primores de los teatros modernos, deben considerar que el talento con que hoy se sabe arrancar aplausos de los espectadores y que consiste en disponer las cosas de manera que acaben siempre con un incendio, con algún hundimiento, con el Tártaro ó con el Olimpo, no es privilegio de nuestra edad, sino que ya dominaba en la escena y era apreciado por el público del siglo XVI.

La concurrencia á la cual se ofrecía este espectáculo, aunque compuesta en general de personas asaz instruídas, quedó de él contenta, ó al menos mostró quedarlo; y á la verdad, demasiado hicieron unos comediantes de aquella estofa, atendido el lugar en que se hallaban. Pero otra gran parte de los convidados á la fiesta, á quienes su inferior condición no consentía alternar con los nobles y con los caballeros, gozaba entre tanto de una diversión semejante que se había dispuesto en el patio, y con sus gritos y palmadas daba muestras de más ardiente aprobación.

Algunos soldados de Gonzalo habían solicitado y conseguido licencia para recitar una comedia de su tierra; y arreglando en un rincón del patio un sitio con tablas y lienzos á manera de teatro, estuvieron ensayando por muchos días y representaron en el señalado una comedia muy del gusto de los españoles, titulada: *las Mocedades del Cid*; después de ésta, si quedaba tiempo, debían ejecutar también un *sainete*.

Mientras comenzaba en el castillo la acción dramática

que hemos descrito, tuvo principio la otra en el segundo teatro, siendo numerosísima la concurrencia, compuesta de cabos de escuadra, de oficiales, de soldados, de paisanos, de tenderos y de infinito pueblo de escalera abajo. La aristocracia de esta reunión estaba cómodamente sentada junto al tablado, y á medida que los radios de la turba se iban apartando de este centro, encontraban siempre individuos de más baja categoría y de más pobre apariencia, hasta llegar á los últimos que eran rateros ó mendigos andrajosos. Á todos estaba abierta la entrada del patio; por esto era grande la muchedumbre, y aunque por su diversa colocación, no todos podían gozar igualmente de aquel entretenimiento, los que se hallaban lejos se desquitaban haciendo ruido y lanzando gritos y aullidos que oían algo amostazados los de cerca del escenario, reprimiéndolos con voces de *¡silencio!* que salían ora de un lado, ora de otro, y que en lugar de servir de freno eran más bien nuevo estímulo para los alborotadores.

Entre tanta gente ocupada en solazarse, se veía un hombre que no obstante su miserable catadura y su desordenado traje, tenía una cara y un continente que no permitían confundirle con la turba restante; su inquieto y solícito movimiento manifestaba á las claras que el fin que allí le guiaba no era por cierto el de divertirse. Este hombre era Pietraccio, que llegando hasta aquí sin obstáculo para matar al Valentino y para avisar á Fieramosca del peligro que corría Ginebra, hallándose ahora entre aquella confusión, permanecía perplejo, conociendo cuán difícil le sería encontrar á las personas que buscaba. Asombrará talvez al lector el que un asesino condenado á la pena capital se atreviese á presentarse en la ciudad y se expusiese á caer

en manos de la justicia, y ciertamente que en la actual organización de la sociedad sería grave imprudencia. Pero los hombres de aquel tiempo no tenían como nosotros leyes y oficiales de policía dedicados exclusivamente á velar por su tranquilidad; y Pietraccio, ahora que pasara el conflicto en que se había puesto asesinando al podestá, podía estar seguro en Barletta y mucho más siendo de noche, como lo hubiera estado en la selva con los suyos. Sea cual fuere la dificultad de la empresa que acomete, harto acostumbrado está á salir de apuros y harto apetece llevar á colmo su venganza, para que no halle medio de vencer cualquier obstáculo: dejémosle el cuidado de mirar por sí, y volvamos á los principales actores de nuestra historia.

Iban á dar las diez cuando, concluída la función dramática, volvió la comitiva á la sala del banquete, que transformada ahora en salón de baile resplandecía al fulgor de infinitas luces de cera simétricamente colocadas en grandes candelabros y arañas que del techo pendían. La orquesta, del mismo modo que durante la comida, estaba en las tribunas abiertas en derredor á dos tercios de altura del espacio entre el pavimento y la cornisa; además de los músicos, que ocupaban sólo un lado, se había metido en ellas toda clase de gente de menor monta para ser espectadora de una diversión en que no podían tomar parte.

Gonzalo con sus huéspedes y las señoras se sentaron en un estrado dispuesto junto al lienzo de donde colgaban las banderas; luego que se llenó la sala, levantóse el duque de Nemours, y sacando á doña Elvira rompió el baile.

Cuando la joven volvió á su sitio, queriendo Fieramosca mostrarse cortés también en esta ocasión, vino á ofrecerle su mano excusándose anticipadamente de su poca destreza.

La proposición fué aceptada con visible alegría; salieron otras muchas parejas, y entre los demás Fanfula que no pudiendo conseguir ser el caballero de doña Elvira, eligió la joven que le pareciera más graciosa y procuró colocarse en aquella que llamaremos *contradanza*, de manera que le fuese fácil hallarse cerca de Héctor y de su pareja. El estudio con que pillaba al vuelo todos los gestos y palabras de doña Elvira, no debió complacer mucho á ésta; en las tímidas miradas de la joven se leía cuánto le contrariaba la grave conducta de su caballero; y el son de la música, el movimiento y la libertad que el baile concede habían producido en la hija de Gonzalo una exaltación de fantasía que apenas le era dado reprimir. Héctor y Fanfula lo echaban de ver simultáneamente; el primero sentía por ello sincera pesadumbre, el segundo agrio despecho, y siempre que podía, ya con medias palabras, ya con miradas de inteligencia, desconcertaba á Fieramosca, el cual, no gustando de semejantes chanzas, guardaba un continente serio y talvez melancólico, que la doncella interpretaba de una manera muy distante de la verdad.

Por último doña Elvira, con aquella arriesgada imprudencia que era la base de su carácter, aprovechando un instante en que Héctor la tenía de la mano, se inclinó hacia él y le dijo al oído:

— Concluída esta danza iré al terrazo que mira al mar; id vos también, que tengo que hablaros.

Dolorosamente conmovido Fieramosca por estas palabras que le indicaban una intriga peligrosa, dijo que sí con la cabeza sin dar otra respuesta. Pero bien sea que las precauciones de doña Elvira para bajar la voz no fuesen suficientes, bien que Fanfula estuviese muy alerta, el hecho es

que también él oyó la cita, y maldiciendo en su corazón la fortuna que alcanzaba Fieramosca, decía entre dientes: — ¿Y no habrá medio de hacérsela pagar cara á esta loquilla?

Héctor por su parte luchaba con varios pensamientos; no trataba de dar oídos á las lisonjas de la linda española; primero porque estaba muy viva en su pecho la imagen de Ginebra; después, porque aun sin este motivo hubiera tenido bastante juicio para no querer divertirse á costa de la hija de Gonzalo; además de que ésta nunca hubiera podido rendir su corazón por tales medios, pues no era Héctor de aquellos hombres siempre dispuestos á aprovechar la ocasión. Temía por otra parte el ser motejado de descortés, de villano y talvez de cosa peor, pues harto cierto es que entre las humanas contradicciones existe la de tener por malas ciertas cosas, y por necio al mismo tiempo al que no quiere hacerlas. Durante el resto de la contradanza anduvo discurriendo un medio de esquivar el peligro, y después de cien proyectos, viendo que se acercaba el momento fatal, resolvió firmemente correr cualquier riesgo antes de exponerse á faltar á Ginebra en lo más mínimo. Y pensando que, mientras él se hallaba en aquellas fiestas, estaba ella en un pobre claustro, en medio del mar, abandonada de todos y probablemente acordándose de él, se afligía de haber abrigado otros respetos mayores que el de su amor; y por esto, apenas concluyó de bailar con doña Elvira, pidió permiso para apartarse de aquel sitio alegando uno de aquellos dolores de cabeza, que servían en el siglo XVI y sirven en el XIX en tantas ocasiones, y se dispuso á salir del baile y marcharse á su casa.

Los jóvenes que tomaron parte en esta contradanza, tan-

to para bailar con más desembarazo, como porque así lo requería el uso, se habían quitado las capas que traían colgadas del hombro izquierdo, dejándolas todas en una cámara contigua, quedándose en ropilla y calzón, generalmente de raso blanco. Fanfula y Héctor estaban vestidos de este color, y en estatura y en traje se parecían perfectamente; sólo al tomar las capas se hubiera notado entre ellos una diferencia: la de Fieramosca era azul bordaba de plata, la de Fanfula carmesí.

Buscando Héctor á don Diego García, le rogó le disculpase con Gonzalo y su hija de la necesidad de retirarse, y se dirigió después al cuarto donde estaba su capa; cuando estuvo cerca de la puerta, en un momento en que dejando la turba un claro se encontró sin persona alguna á su lado, sintió en el hombro un ligero golpe como de un cuerpo sólido que procedía de arriba, y mirando al suelo donde había rodado de rechazo, vió un pedazo de pergamino doblado que contenía alguna cosa pesada. Alzó los ojos á la tribuna de donde creyó pudiera venir, y notó que nadie ponía mientes en él. Iba á seguir su camino; pero se bajó, lo recogió, y desdoblándole encontró delante una piedrecita puesta allí para dar peso y asegurar la dirección de la carta. En ella se leía en groseros caracteres inteligibles: « La señora Ginebra será robada de Santa Úrsula por voluntad del duque Valentino al dar las once de esta noche. El que os da este aviso os aguarda con tres compañeros en la puerta del castillo y lleva en la mano una azagaya. »

Sintió Héctor helársele hasta los tuétanos de sus huesos al leer esta misiva y al recordar que ya habían dado la diez y media en el reloj de la fortaleza. No había instante que perder; pálido como un hombre herido de muerte que

da los últimos pasos y va á caer, en un punto llegó á la puerta y se precipitó por la escalera, del modo que se hallaba, sin capa ni gorra, dejando atónitos á cuantos tropezaban con él, y corriendo cuanto podía, llegó al sitio señalado con tal ímpetu, que para detenerse tuvo que asirse al grueso aldabón de hierro de la puerta; el arco de la entrada estaba oscurisísimo; miró casi sin poder respirar, tanto había corrido y tal era su angustia, cuando, desviándose de la pared á que estada arrimado, se le acercó el hombre de la azagaya.

Muchos notaron la desenfrenada evasión de Fieramosca; pero nadie pensó en seguirle así que fué conocido el pretexto que elegía para ausentarse. Sin embargo, Íñigo y Brancaleone, que más que los otros le amaban, no pudiendo satisfacerse con la leve excusa, dieron tras él, y aunque no lograron alcanzarle, consiguieron no perderle de vista y llegaron á la puerta pocos momentos después.

Hallaron á Fieramosca asido de Pietraccio; procurando arrastrarle hacia afuera, le gritaba: — ¡Vamos, pronto, pronto! Vió entonces á sus compañeros y les dijo rápidamente: — Si sois amigos míos, venid conmigo y valedme contra ese traidor del Valentino: entremos en una barca, siete somos, presto llegaremos á Santa Úrsula. Brancaleone, después de mirar á sus camaradas, respondió: — ¿Y en dónde están las armas? En efecto ninguno de los tres traía ni siquiera espada. Desesperábase Fieramosca, arrancábase los cabellos, estaba fuera de sí. Entonces Brancaleone, que cuando era preciso sabía encontrar recursos, dijo: — Tú, Héctor, vete á la playa con éstos, dispón la barca y los remos, y aguárdanos; tú, Íñigo, vente conmigo. Y echó á correr con él mientras Héctor le gri-

taba : — ¡Pronto! ¡pronto! ¡van á dar las once! Aunque sus amigos no comprendían ni el sentido de estas palabras ni el motivo de tanta premura, conociendo que se trataba de alguna cosa muy importante, entraron volando en casa de los hermanos Colonna y en la sala baja donde estaban las armas, y descolgando de la pared cotas, yelmos y espadas para tres individuos, volvieron á salir con igual precipitación y se reunieron con su amigo que estaba ya en la barca : echaron en ella las armaduras, y saltando dentro Íñigo que se había quedado el último, apoyó un pie en la playa y lanzó la barca al mar; asiéronse á los remos, y encorvándose sobre ellos los doblaban : tal era la fuerza de sus brazos. Al salir del puertecillo que había detrás de la roca, tenían que pasar por debajo de la torre del reloj : cuando llegaron, se oyó en lo alto el rumor que producen las ruedas poco antes de dar la hora. El pobre Héctor encogió los hombros y bajó la cabeza como si aguardara que la torre le cayese encima : al cabo de pocos segundos, dió la campana mayor los once golpes fatales, cuyo bronco son fué perdiéndose en los aires en decrecientes oscilaciones débilmente repetido por un eco lejano.

Antes de ver el éxito de este viaje, es necesario que volvamos al salón del baile.

Fanfula, á quien el acaso ó su astucia hiciera dueño del secreto de doña Elvira, se propuso aprovecharlo aunque no sabía cómo; pero viendo desaparecer á su favorecido rival sin capa ni gorra, le ocurrió una idea loca, que, fuesen cualesquiera las consecuencias que pudiese tener, empezó á poner por obra.

No había perdido de vista á la hija de Gonzalo : apenas concluyó la contradanza, la observó que se retiraba al mi-

rador y conoció que no había reparado en la ausencia de Fieramosca. Corrió á la cámara donde estaban las capas, tomó la de Fieramosca y también su gorra que era de terciopelo oscuro adornada con plumas, y calándose ésta hasta los ojos y procurando que las plumas le sombreasen la cara, echóse al hombro la capa azul : á no mirarle bien, cualquiera le equivocara con Héctor. Cuando entró en el mirador no había allí nadie : adelantóse con cautela y vió á doña Elvira sentada junto al parapeto que daba al mar con el codo apoyado en la baranda de hierro : miraba al cielo y permanecia inmóvil.

En aquel momento estaba la luna oculta detrás de algunas nubecillas que el viento impelía mansamente. Conoció Fanfula que si no aprovechaba aquella favorable oscuridad, corría riesgo de ser reconocido : acercóse pues, de puntillas á doña Elvira, que no le sintió hasta verle á su lado, y cuando ésta volvió la cabeza para mirarle, bajando Fanfula la suya con mucha gracia y destreza en actitud reverente, hincó una rodilla y tomando su mano imprimió en ella los labios : hízolo tan bien que consiguió ocultar su rostro, de manera que la hija de Gonzalo no abrigó la menor duda.

Hizo por retirar la mano, lo cual, según costumbre de todas épocas, le fué vedado con excusable violencia. Aunque la índole de doña Elvira fuese harto ligera y caprichosa, debemos creer que el hallarse en tan íntimo coloquio con un joven despertaba en su corazón algún remordimiento y que temblaba también ser sorprendida por su padre y más aún por su severa amiga.

Una ráfaga más fuerte de aire quitó el velo que cubría á la luna, la cual iluminó todo aquel sitio é hizo resplandecer los vestidos de Fanfula y de doña Elvira. Ninguno de

los dos lo echó de ver sin duda; pero un grito agudísimo, de voz femenil, que salió del pie del mirador poco distante del mar, los hizo estremecer; y conociendo que por haberlo oído otras personas del baile, saldrían á ver lo que era, volviéronse rápidamente por distintos lados al salón, donde los pocos que habían percibido el grito, distraídos en otras ideas, no se curaron de él. Pero al primero había seguido otro más débil, que murió en las fauces de la que lo lanzaba; oyóse en seguida el sordo golpe de un cuerpo humana que cae en el fondo de una barca; el mirador estaba ya desierto; en lo interior todos atendían al baile: nadie se asomó á mirar quién sería la infeliz que pedía socorro.

Mientras esto sucedía, impelida por siete hombres robustos la barca que llevaba á Fieramosca y sus compañeros, volaba hacia el monasterio, dejando en pos una larga faja de espuma. Viendo Brancaleone que Héctor no pensaba más que en remar con todas sus fuerzas, dijo resueltamente.

— No sé, Héctor, adónde nos llevas; pero si no es cosa de broma y hay que menear los puños, de poco nos servirán esas cotas mientras estén ahí tiradas.

Persuadidos todos de esta razón, empezaron á vestirse aquellas armas, usando la cautela de que fuese uno solo el que dejase el remo á la vez. Ceñidas las espadas y encasquetados los ligeros capacetes, volvieron á bogar con nueva furia, tendiendo los ojos por la llanura del mar, para ver si descubrían á sus adversarios. Héctor contó con interrumpidas palabras la ocasión de aquel viaje. Á poco percibieron un barquichuelo poco distante, y le pusieron la proa; pero al acercarse vieron que no llevaba más que una persona y que se dirigía á Barletta. Para no perder tiempo

se dirigieron otra vez al monasterio, sin haber podido enterarse de la figura del que remaba. Aconsejó Íñigo aproximarse más, con el objeto de saber algo; pero Héctor no lo consintió, porque ya había pasado la hora fatal y apenas podía presumir que llegaría á tiempo. ¡Oh! si hubiese seguido el parecer de Íñigo, ¡cuántas desgracias evitara!

El monasterio de Santa Úrsula iba haciéndose mayor: Fieramosca tenía clavados en él los ojos y veía todas las ventanas sin luz: cuando se hallaron á dos tiros de bala percibieron una barca chata y larga que venía como una golondrina á flor de agua. Héctor, Íñigo y Brancaleone, dijeron á un tiempo y en voz baja: — ¡Helos ahí! Y volviendo la proa hacia aquel punto, duplicaron sus esfuerzos: conociendo la otra barca su designio, se dió á huir; mas parecía que sus perseguidores adquirían triple vigor. Disminuye visiblemente el espacio que separa los dos bateles; ya pueden oirse las palabras desde el uno al otro; ya Fieramosca, levantándose cuanto puede sin soltar el remo, divisa una mujer tendida en la popa y dos hombres que la guardan y grita: — ¡Traidores! con un rugido que retumba en las bóvedas del monasterio.

— Vamos, vamos, boga, arranca, decían todos á una, angustiados y apretando los dientes: ya tocan con la proa la popa de la barca enemiga. Héctor, rápido como el pensamiento, suelta el remo, saca la espada y se lanza entre los raptores que le aguardaban bien apercibidos. El empuje que hubo de dar á su barca para saltar en la otra, la hizo quedarse un poco atrás, y por lo mismo se encontró solo y recibió en el pecho y en la cabeza varias cuchilladas de que le guardaron la cota y el capacete. Pero ya sus compañeros, viéndole en tal peligro, se habían reunido á él. Pie-

traccio que se hallaba más cerca, saltó el segundo; mas apenas llegó adonde creía hallar al Valentino, cuando un golpe de remo le derribó sin sentido. Íñigo y Brancaleone están al lado de Héctor : peleando en aquella estrechura brazo á brazo (todos sabían manejar la espada) ni ellos podían hacer grande estrago en sus enemigos ni recibir mucho daño, teniéndolos de frente y unidos en medio de la barca : daban y paraban alternativamente infinitos tajos y estocadas, haciendo balancear en aquella confusión el barco, que á poco estuvo de volcar.

Los compañeros de Pietraccio no habían podido acercarse al lugar del combate, que no consentía sino tres hombres de frente; mas no por esto fueron inútiles. Recogieron la mujer que se quedó en la popa y en peso la trasladaron á su barca. Echando de ver esto los tres combatientes se fueron retirando poco á poco, y saltando á un tiempo á su barca, permitieron que la otra se alejara. No hubiera abandonado Héctor el campo tan fácilmente, si entre sus enemigos hubiese estado el Valentino; pero no le vió y pudo conocer que para aquella empresa sólo había arriesgado á sus satélites : parecióle, pues, acción indigna el cebarse en la sangre de éstos. Además, considerando que Ginebra era salva (así lo pensaba al menos) creyó más oportuno el atender á darle auxilio. Grande ira le dió á don Miguel el contemplar cómo le robaban el fruto de tantos afanes y el no haber pensado en poner en cobro á la mujer en la proa; pero ya no había remedio, porque querer ahora arrancar su presa de las garras de aquellos jóvenes animosos, era lo mismo que intentar hacer un agujero en el agua. Sin embargo, el esbirro del Valentino no había dejado su derrota enteramente sin venganza. Mientras los

tres enemigos se retiraban á su barca los fué acosando con la espada en la mano derecha y el puñal en la izquierda: á Fieramosca, que se había quedado el último, le asestó muchos golpes, y en el momento que ponía el pie en su bajel consiguió pincharle ligeramente en el cuello con su daga; pero Héctor nada sintió con el ardor de la pelea. Después de haberse separado las dos barcas, continuaron ambas su camino, la una hacia Barletta, la otra hácia el monasterio.

La mujer estaba envuelta en una sábana. Fieramosca la puso sentada lo mejor que pudo, y al quitarle el lienzo que la cubría, en lugar de Ginebra encontró á Zoraida desmayada. En cualquier otra ocasión hubiera dado gracias al cielo por haber librado á esta joven infeliz; más ahora se encontraba con que nada había hecho cabalmente cuando creyera logrado su objeto. ¿Qué había sido de Ginebra? ¿cómo hallaba á la otra en su puesto? Suspiró profundamente, hirió su cabeza con el puño, y dando prisa á sus compañeros, que por no comprender aquel trueque, se asombraban de su dolor, en pocos momentos se encontró en la isla. Subió volando la escalera del cuarto de Ginebra: lo halló abierto y vacío: todo el monasterio estaba en profunda quietud. Mientras se dirigía hacia otra parte para inquirir noticias, llegaban sus compañeros al corredor, sosteniendo á Zoraida que había ya cobrado el sentido y que á las urgentes preguntas de Fieramosca no podía responder otra cosa sino que á eso de las once la despertaron de repente muchos hombres que entrando en su dormitorio la envolvieron en la sábana y la metieron en la barca, sin que recordase ninguna otra circunstancia; que nada sabía de Ginebra, pues no la había visto desde el medio día

anterior, y observando que estaba melancólica creyó conveniente no incomodarla, por lo cual á la hora acostumbrada se había recogido sin despedirse de ella.

Escuchaba Héctor esta relación con los ojos clavados en Zoraida : á las postreras palabras se fué trastornando su fisonomía, perdió el color y se le hundieron las mejillas ; por último tuvo que sentarse, y al querer levantarse, le flaquearon las piernas. Entre tanto había ido uno de sus amigos á llamar á la puerta del claustro y volvía con una luz que le dió Jenaro. Asombrados quedaron Íñigo y Brancaleone al contemplar el rostro de Fieramosca, tan mudado que daba miedo, y atribuyeron este trastorno á la fatiga y á la angustia. Probó segunda vez á ponerse en pie ; pero perdidas ya enteramente las fuerzas, cayó á plomo en la silla y dijo con voz alterada :

— ¡ Brancaleone ! ¡Íñigo ! me siento malo é incapaz de sostener en la mano ni una pluma, no que la espada : el tiempo vuela... ¿ qué será de Ginebra ? ¡Oh! ¡ si por una hora sola pudiese cobrar mi vigor !... mas que luego quedase deshecho en polvo... Os ruego, amados compañeros, que no os detengáis un momento... id... no sé adónde os diga ; pero volved á Barletta, buscad, libertad á esa desgraciada... ¡ Qué no pueda yo, Dios eterno, dar un solo paso por ella !...

Dicho esto, probó de nuevo á levantarse, pero no pudo, y tornó á rogar á sus compañeros que le dejasen allí y corriesen á dar auxilio á Ginebra : con tal instancia lo hizo que conociendo los otros que no había que perder tiempo en tomar consejo, se despidieron prometiéndole volver pronto con alguna nueva. Hiciéronse á la mar con toda premura y enderezaron á la ciudad.

Zoraida en tanto procuraba consolar á su libertador con palabras llenas de tierna solicitud : quitóle el yelmo y la cota, y al enjugarle el sudor que de la frente y del cuello brotaba, echó de ver la herida que tenía junto á la clavícula.

— ¡Estás herido! gritó. Y quitando con un paño la poca sangre que había salido y que escondiendo la herida la hacía parecer mayor de lo que realmente era, se tranquilizó hallándola tan leve, y añadió : ¡Oh! ¡no es nada! es un arañazo. Pero mirando después más despacio con la luz, vió que al rededor se había formado una roseta amoratada, al paso que los labios y los ojos de Héctor se iban poniendo lívidos, y sus manos y orejas amarillentas, frías y rígidas. La práctica que había adquirido en Levante de curar heridas de toda especie le hizo sospechar que el puñal que le tocó estaría envenenado. Rogó al joven que se echara en la cama, y sosteniéndole no sin trabajo consiguió su intento : le tomó el pulso que latía lento lento y como encarcelado.

Pero nada eran para Fieramosca las penas del cuerpo en comparación de las ideas angustiosas que por grados se iban multiplicando, ofreciéndose á su mente bajo formas siempre nuevas. Las ocurrencias de aquella noche y el peligro de Ginebra no le habían dejado pensar hasta entónces sino en ellas; pero así como el sentenciado á muerte, si en la última noche de su vida puede lograr un instante de sueño, siente al despertarse caer de golpe sobre su corazón el peso abrumador de la idea de la próxima catástrofe, del mismo modo, apenas consiguió Fieramosca salir del aturdimiento en que se hallaba, recordó el desafío, el juramento que hiciera de no exponerse á riesgo de ser herido;

pensó en el baldón que sobre él caería por haber faltado á sus promesas, en el dolor que sentiría no pudiendo sacar su espada al lado de sus compañeros, en la burla que los franceses harían de él y del menguado honor italiano. Hiriéronle estas imágenes con tanta fuerza en la parte más sensible del corazón, que todos los músculos de su cuerpo se contrajeron, y salió de su pecho un suspiro tan amargo, que Zoraida se puso en pie asustada, preguntándole la causa.

— ¡Estoy deshonrado para siempre! exclamaba Héctor hiriéndose la frente con ambos puños. ¡El desafío, Zoraida, el desafío! ¡Faltan ya pocos días, y tal me siento que no podré manejar la espada antes de un mes! ¡Oh Dios mío! ¿qué crimen he cometido que merezca este castigo?

No sabía la joven qué responder á estas palabras; pero probablemente más que en la honorífica batalla pensaba en el inminente peligro del amado de su corazón, peligro que su experiencia le mostraba ir creciendo á cada instante. Al primer momento de agitación siguió rápidamente una especie de letargo: cayó el joven boca arriba más pálido que nunca; el latir de las arterias del cuello se manifestaba convulso, y al mirar Zoraida la herida halló que la roseta encarnada había crecido más de un dedo.

Proseguía Héctor lamentándose, y exclamaba:

— ¡He aquí el campeón de la honra italiana! ¡he aquí el glorioso término de la batalla y de las bravatas! Pero ¿cuál es mi delito? ¿podía por ventura dejar de hacer lo que he hecho?... Y ¿á quién explicaré los motivos de mi conducta? Mis enemigos fingirán no creerlos y dirán: Héctor inventó estos subterfugios, porque tenía miedo de nosotros.

Mientras con tales ideas iba acalorando su mente, el veneno que le comunicara el puñal de don Miguel hacía progresos, serpenteando por las venas que se derraman por la superficie del cráneo, y poco á poco se le enturbiaba la vista y la luz de su razón y le parecía que todos los objetos daban vueltas cada vez más rápidas sembrados de puntos lúcidos que le deslumbraban. Zoraida estaba de pie á su lado, mirándole sobresaltada y trémula; Héctor clavaba en ella sus ojos desencajados, y en aquel trastorno de los sentidos, al débil resplandor de la vela veía progresivamente descomponerse las facciones de la joven trocándose en las de La Motte, que estirando los ángulos de la boca formaba una sonrisa espantosa y amarga: abultábanse luego sus labios y presentaba la figura de Grajano de Asti, que iba creciendo poco á poco y que abriendo sus fauces producía el pálido rostro del Valentino : así naciendo estas fantasmas unas de otras, le ofrecieron como una fantasmagoría de los personajes que en aquel momento debían estar más profundamente gradabos en la mente del enfermo. Entre las otras visiones apareció también la imagen de Ginebra, á la cual con ardientes palabras de amor decía : — ¡Dejarme morir de este modo! ¡á mí que tanto te quise! ¡sácame de este abismo!... y otras expresiones vacías, al fin de las cuales todas las figuras que creía ver se fueron confundiendo y formaron primero una tinta unida, roja y trémula como un relampagueo prolongado, que oscureciéndose después y borrándose por grados se extinguió del todo cuando las facultades físicas y morales del joven quedaron enteramente suspendidas.

CAPÍTULO XVI.

EN QUE GINEBRA CAE EN MANOS DEL VALENTINO. LA VENGANZA DE DON MIGUEL.

Para conducir á la par la relación de los varios sucesos que acaecieron separamente en aquella noche á los diferentes actores de esta historia, hemos tenido que dejar suspensa la curiosidad del lector con respecto á cada uno de ellos; y aunque ésta sea la costumbre de muchos novelistas, no creemos que parezca muy grata cuando el libro que se tiene en las manos es tan poca cosa que no inspira otro interés que el de verlo pronto concluído. No nos disculparemos de haber seguido este método, indispensable por lo demás en nuestro caso; pues semejante disculpa sería un acto de pura vanidad que podría dar margen á que se rieran de nosotros : la modestia, que en algunos es una virtud, en muchos no pasa de un cálculo equivocado.

Sea de esto lo que fuere, tenemos que abandonar también á Fieramosca, volver á la fortaleza y buscar al Valentino á quien dejamos en las habitaciones bajas que daban al mar.

Á pesar de su astucia se había malogrado el primero de los fines que le condujeran al centro del ejército español; pues no pudo infundir á Gonzalo la suficiente confianza para hacer liga con él ó al menos para que le guardara las espaldas. El Gran Capitán, guardándole fe por lo que hace á tenerle oculto, había evadido sus proposiciones, sin dejar por eso de tratarle con aquella deferencia que, si no á sus cualidades, creía deber á su grado. En los siete ú ocho días que transcurrieron en estas negociaciones, permaneció allí casi siempre encerrado en su habitación para que nadie le conociera; y si alguna rara vez salió á tomar el aire, fué de noche y con la careta puesta, según acostumbraban en aquel siglo los hombres de alta dignidad, comunmente para auxiliar con el secreto las operaciones poco laudables. Pero, como antes hemos dicho, á las miras políticas iban también unidas las maquinaciones contra la mujer que se había atrevido á mostrarle desprecio, maquinaciones que, merced á la destreza de don Miguel y según sus promesas, debían en aquella noche producir su resultado. Difícil parecerá talvez á alguno el comprender cómo este insigne malvado, que rompiera ya todo freno, podía dar tanto valor á la posesión de una mujer y seguir su pista con tanto encarnizamiento. Error fuera en verdad el admitir que una pasión amorosa, aun en el más abyecto sentido, guiaba los deseos del Valentino. Pero Ginebra había resistido, resistido mostrando desprecio y horror por él, vivía feliz con otro, parecíale estar desairado y escarnecido; y ¿quién en el universo podía gloriarse de haber domado la voluntad de César Borgia?

Cuantas mujeres había conocido que tuviesen fama de hermosas, todas fueron por causa de él culpables ó desgra-

ciadas, y entre ellas las había honradas y virtuosas que debían considerarse seguras por los vínculos de sangre que las unían con hombres poderosos. ¿Podía por ventura sufrir que una joven poco conocida y mal guardada se burlase hasta tal punto de quien hacía temblar la Italia de un extremo al otro?

En aquella hora, sin embargo, veía el Valentino muy próximo el momento de saborear su venganza, y decía entre sí: — ¡Caro me pagarás el fastidio que me devora en este encierro! — Y á la verdad, el hallarse metido en un cuartucho semejante á una cárcel, estando acostumbrado á la vida espléndida de la romana corte, debía parecerle duro, si á un hombre como aquél podían parecer duras ciertas privaciones encaminadas á conseguir su objeto. Tampoco le faltaba medio de emplear el tiempo. Además de las horas que tuvo que pasar conferenciando con Gonzalo y de las que gastó urdiendo con don Miguel la trama de su empresa, diariamente recibía de la Romagna mensajeros, que despachados por sus más íntimos agentes, traían cartas, papeles, avisos sobre los negocios corrientes; llegaban y volvían á salir por la noche, corroborando completamente el aserto de Nicolás Maquiavelo, que escribiendo al senado de Florencia, decia: « De cuantas cortes hay en el mundo, aquella en que más se guardan los secretos es la corte del duque. » Y aunque no añadía claramente el por qué, bien dejaba comprender que á las lenguas imprudentes sabía imponer el silencio del sepulcro.

Sosteníase esta correspondencia por medio de ligeras naves que venían costeando la Romagna y se ocultaban en ciertos escollos al pie del Gárgano: desde allí salía por la noche el mensajero en una barquilla y llegaba á la roca;

de las tripulaciones, compuestas de hombres escogidos, había sacado don Miguel los compañeros que para su empresa necesitaba. Aquella noche, mientras el castillo rebosaba música y algazara, estaba César Borgia sentado junto á una mesa repasando á la luz de una antorcha muchos papeles que los correos de los días anteriores le habían traído. Tenía puesta una capa abrochada por delante con una fila de botones pequeños, ropilla y mangas de raso negro con follados de terciopelo blanco : tres ó cuatro botones deshechados junto al cuello de la capa dejaban ver una cota de finísima malla de acero que llevaba siempre debajo. Á pesar de la robustez de su complexión, aquejábale de cuando en cuando un humor acre de la especie de los herpéticos, que ora discurría oculto por sus venas, ora aparecía en el cutis y especialmente en la cara ; entonces la lívida palidez de su rostro se trocaba en un colorido rojo esponjoso lleno de granillos que destilaban humor ; y era tal la asquerosa deformidad de su rostro, que repugnaba hasta á las personas que más de continuo se rozaban con él : un alma como la suya no podía vestirse de una forma que mejor la retratara. Á consecuencia de la vida sedentaria que contra su costumbre llevara en aquellos días de encierro, y por la influencia de la primavera, se habían desarrollado aquellos humores infectos con muchísima fuerza, desfigurándole más que nunca las facciones y produciendo en su ánimo una rabia inexplicable y zozobrosa, ordinaria consecuencia de semejantes padecimientos.

Á eso de las diez, cuando en el salón superior estaba comenzando el baile, se abrió cautelosamente la puerta del cuarto del duque, y se presentó en el quicio un hombre armado que traía un paquete bajo el brazo. Levantó la

cabeza el Valentino, y entrando el hombre, dejó sobre la mesa con el mayor acatamiento el paquete, sin que ninguno de los dos profiriese una palabra : después de poner el duque la mano encima del envoltorio, dijo al mensajero :

— Esta noche saldré de aquí : vete al último cuarto de éstos, y sea lo que oigas, no vengas si no te llamo.

Salió el hombre por la puerta frontera á la de entrada, y sacando César Borgia un puñalito muy afilado cortó los cordones de seda encarnada que con los sellos apostólicos sujetaban una carta de pergamino que el papa Alejandro le escribía. Al abrirla salió de adentro rodando sobre la mesa un globito de oro, á cuya vista se puso el duque en pie lleno de recelo : mirando luego atentamente el sello y la letra, se tranquilizó y volvió á sentarse.

No se atribuya á terror pánico esta alteración : eran tantas en aquel siglo las artes para preparar los venenos y hasta para enviarlos cerrados en cartas, de manera que al abrirlas hiciesen inmediatamente su efecto, que bien merecía disculpa el duque de haberse sobrecogido á la vista de un objeto que no esperaba; además de que, si había en el mundo un hombre que debiese pensar lo peor, él era sin duda alguua.

La carta estaba escrita en una cifra cuya clave ninguno conocía excepto el papa y él : la práctica que había adquirido le facilitó el leer sin pararse lo siguiente :

« Días pasados conversamos detenidamente con el enviado del rey cristianísimo, el cual nos quiso obligar á cerrar los pactos de la liga contra el rey católico para despojarle del reino, ofreciéndonos además cuantiosos auxilios para llevar á cabo la empresa de Siena y del Estado del conde Giordano ; cuyas cosas no hemos querido otorgar sin saber

antes en qué términos os hallabais con el magnífico Gonzalo. No creemos que la Francia, aunque en el momento actual lleve alguna ventaja en las armas, pueda resistir mucho tiempo al ejército de Fernando, conducido por tan consumado capitán, y que fácilmente puede recibir por mar refuerzos y auxilios de toda especie, cuando la gente francesa soporta con trabajo una guerra larga y mísera. Útil consejo será, pues, mantener añudado el hilo con los dos, y en tanto se reunirá esta gente y se logrará algún efecto, en cuya vista podremos determinar lo que más convenga.

» Ayer vino á buscarnos la madre del cardenal Orsino, trayéndonos los dos mil escudos y suplicándonos le permitiésemos llevarle sus alimentos al castillo, como antes sucedía, lo cual libremente le hemos podido conceder, habiendo resuelto ya la suerte de su hijo y dádole los polvos para un mes de vida y nada más.

» Siendo nuestra mente dar impulso con toda fuerza á la destrucción de la casa de Orsini, para mayor gloria y exaltación de la Santa Iglesia, os encargamos estéis vigilante, para que á la muerte del cardenal se halle la gente dispuesta á venir á la campiña de Roma y poner el campo sobre Bracciano, donde estos pésimos enemigos de la Iglesia y de Dios han hecho gran resistencia, y más si el ejército francés sufriese algún descalabro que nos hiciera mirar con menor respeto al Cristianísimo.

» Como por los infinitos gastos actuales se halla la cámara apostólica exausta de dinero, pensamos dar el capelo á Juan Castellar, arzobispo de Trani, á Francisco Remolino, enviado del rey de Raona, á Francisco Soderini de Volterra, á monseñor de Corneto, secretario de los Breves, y á algunos otros personajes muy ricos; y cuando vos vengáis

á Roma concertaremos cuanto convenga acerca de su suerte.

» Maese Amet, embajador del Sultán, hablando con nosotros de muchas admirables ceremonias del arte, nos demostró que, por la fuerza de Saturno que se halla con Júpiter y Venus en la cámara del Sol en ascendencia, podemos correr grave peligro en este año; contra el cual nos ha aconsejado que llevemos continuamente una bala de oro, como esta que os remitimos al mismo efecto, y que tiene dentro la hostia por nos consagrada. — Vale. — Dat. Romæ, in ædib. Vatic. die XV mens. Martii, MDIII. — Alex. P. VI. »

Aunque los hechos consignados en esta horrible carta son harto verdaderos, y aunque la traición urdida contra el cardenal de Corneto, cayendo sobre la cabeza del papa, como todos sabemos, fué causa de su muerte, hemos estado vacilando antes de ponerla á la vista de nuestros lectores. Pero si Dios por sus fines inescrutables ha permitido que algunos de los primeros custodios de las cosas más santas abusasen de ellas tan infamemente, talvez perjudicaría el ocultar sus iniquidades y lograríamos así la calificación de parciales y de amigos del triunfo de un partido y no de la verdad, que para sostenerse no necesita del auxilio de la doblez. Los delitos del papa Borgia y de muchos otros ministros de la Iglesia serán pesados en la incorruptible balanza de la ira divina, cuyos juicios no es dado al hombre sondear; pero de las cenizas de aquellos pontífices, lo mismo que de las tumbas de los mártires sale esta verdad: no en el oro, no en las armas, no en las arterías cortesanas, sino en las virtudes evangélicas se afirma y se levanta gloriosa la cruz de Jesucristo.

Las reflexiones que hizo el duque al leer la carta de su padre fueron, como es fácil suponer, muy distintas de las anteriores. Mirando alternativamente el escrito y la bala de oro que hacía girar entre sus dedos, despuntaba en su rostro una sonrisa, en que aparecía desprecio por un lado, pues no creía en Dios ni en los santos, y por otro una credulidad tímida y suspicaz, porque tenía fe en la astrología; tan cierto es que la razón humana necesita ver un principio más allá del mundo corpóreo. Aunque no hubiera resuelto marchar aquella misma noche para Romagna, las cosas en la carta contenidas le hubieran inducido á ello. Una trama que debía saciar su ambición y atestar sus arcas, era negocio más digno de atención que un vano empeño de mujeres. Pensó que don Miguel no podía ya tardar con los suyos, y guardando en el seno la bala de oro con desdeñoso ademán y como diciendo « sea lo que fuere », se dedicó á empaquetar los papeles y demás efectos que iba á llevarse consigo.

Pocos minutos tardó en esta operación. Volvió á sentarse, y no sabiendo qué hacer, sacó el globito de oro, empezó á mirarlo y remirarlo, haciéndolo caer de una en otra mano y acordándose del sacramento que contenía y de quien se lo enviara; luego de idea en idea, pensó en la religión de que éste era cabeza, en los artículos de la fe, que en algún tiempo había creído, en su espléndido estado, fruto de la opresión de los pueblos, y después de haber escarnecido la credulidad del mayor número, oía una voz que saliendo sorda sorda, del fondo de este edificio de soberbia, de violencia y de irreligión, decía : « ¿Y si fuese verdad?

No queriendo el duque prestarle atención, ni pudiendo

tampoco sofocarla, se levantó colérico, se paseó por el cuarto, é hizo cuanto le fué dable para distraerse. Todo en vano: aquel *¿si fuese verdad?* le acosaba, le oprimía y hasta le quitaba, si debo explicarme así, el sabor de los honores, del poderío, de todos los bienes que poseía. Echóse en la cama, ocultando con rabia el rostro entre las almohadas, y al cabo consiguió sosegarse y quedarse dormido.

Pero continuando durante el sueño sus ideas en la misma dirección, le pareció estar en Roma, en la calle que desde el Castillo guía á San Pedro. El cielo y la tierra estaban trastornados; todo al revés, todo lleno de tinieblas y de aullidos. Hacía esfuerzos para llegar á San Pedro, y no podía, y se fatigaba angustiado: creyó que le agarraban por detrás y miró en derredor: eran todos aquellos á quien había hecho traición, asesinado, envenenado, y le tiraban de los cabellos y de las carnes, lanzando largos y desesperados rugidos.

Después, sin saber cómo, se hallaba en San Pedro en un caos indescribible, oscuro, lleno de lágrimas, conmoviéndose las paredes, abriéndose los sepulcros, vagando mil fantasmas; y sus víctimas seguían destrozándole y le gritaban: ¡Justicia de Dios!... y él pensaba: ¡He aquí el postrer juicio en que no quise creer!

Y desesperábase por seguir adelante y buscar refugio junto al papa á quien veía en el altar mayor iluminado de pálido y trémulo resplandor. Pero le detenían por un lado su hermano el duque de Candía, con las heridas abiertas, que en vez de sangre destilaban una linfa repugnante, y con la forma asquerosa de un cadáver corrompido bajo el agua; por el otro el duque de Biselli, y Astorre Manfredi, y niños, y mujeres, que llorando tendían los brazos hacia el

papa, y gritaban : ¡justicia y venganza! El papa tenía puesta una capa pluvial negra y la tiara en la cabeza. El rostro ya marchito de Alejandro VI estaba amarillo como el de un cadáver : su figura se fué levantando lenta lenta, y el llanto y los gritos fueron sofocados con una carcajada infernal que salió de la boca del pontífice con estas frases : « ¡Cristo, la fe, los papas..... todo impostura! » y esta última palabra retumbó en la bóveda del templo como un aullido prolongado.

Aun resonaba en los oídos del duque, cuando éste se hallaba ya con los ojos abiertos, sentado en la cama y despierto completamente.

Permaneció un momento como aturdido ; pero este sueño robusteció en su entendimiento la infernal opinión de que podía cometer cualquier delito sin temor del castigo en otra vida. Mientras que se afirmaba en este pensamiento (habían dado las once pocos minutos hacía), el murmullo de la conversación de tantas personas, el son de la música, los gritos de algazara que bajaban del piso alto, llegaban debilitados por el espesor de las bóvedas ; pero aquel mismo grito que había interrumpido el coloquio de doña Elvira y Fanfula, lo oyó el duque mucho más cerca y como si viniera de junto á la puerta de su cuarto, que daba á un pequeño arenal entre el mar y los cimientos del castillo. Salió á ver quién lo había lanzado, y sólo percibió una barquilla vacía cuya proa encallando en la arena se detuviera en la playa : miró hacia arriba al mirador y á las ventanas y no vió á nadie : estaba por volverse á su habitación, y sin embargo dió algunos pasos acercándose á la barquilla, y alargando el cuello por encima del borde, halló tendida en el fondo una mujer que gemía sosteniendo su cabeza con ambas manos.

Después del primer movimiento de sorpresa, se decidió de pronto y entrando en el batel, la levantó, la llevó adentro y la puso en su cama. Pero ¡cuál no sería su asombro, cuan-



Sosteníase esta correspondencia por medio de ligeras naves (p. 255)

do, al acercar la luz para mirar su rostro, reconoció á Ginebra! Harto impreso tenía en su mente aquel rostro para negar crédito á sus ojos; mas ¿cómo adivinar por cuál extraño accidente se le venía ahora á las manos, sola y al

parecer después de haber burlado las asechanzas de don Miguel?

— De hoy más, decía entre sí, debo creer al menos que hay diablos; pues sólo un diablo propicio podía servirme tan á mi gusto.

Y dejando la luz en una mesilla junto á la cabecera, se sentó en el borde de la cama, contemplando los movimientos de la cara de Ginebra para espiar el instante en que volviera en sí : la delicia de poder saborear por fin una venganza larga y dolorosa, hacía brillar en sus ojos una llama que á guisa de chispa eléctrica corría de uno á otro, y las manchas que afeaban su rostro se encendían cobrando un colorido sanguinoso. Y á la verdad no podía verse nunca bajo un aspecto más horrendo la cara de un hombre, que á la deformidad física unía la que suele comunicar á los lineamentos la expresión del crimen. Á un lado Ginebra pálida, inmóvil, grabado en su rostro el dolor, en lánguida y abandonada actitud; y al otro el Valentino, tal como lo hemos descrito, formaban un cuadro triste y lastimoso. En esta situación permanecieron entrambos largo tiempo : dichosa pudo llamarse Ginebra mientras que el letargo de sus sentidos le quitó el conocimiento del lugar en donde se encontraba y la vista del hombre que era en aquel instante su absoluto dueño; pero harto poco duró esta fortuna. Notó César Borgia en un movimiento ligero que su víctima iba á abrir ios ojos. En aquella hora y en aquel sitio confiado estaba de que nadie vendría á estorbarle : el gritar, debajo de aquellas macizas bóvedas, durante el ardor de la fiesta, hubiera sido inútil. Conociéndose, pues, enteramente seguro, resolvió, ya que le sobraba tiempo, saborear sin precipitación una fortuna tan fecunda.

Un profundo suspiro que salió del pecho de la joven hizo levantar el velo que lo cubría. Abrió un momento los ojos y pronto volvió á cerrarlos. Los abrió por segunda, por tercera vez, y luego empezó á fijarlos en el rostro inmóvil y desconocido que junto á ella estaba; pero lo veía materialmente, sin que su imaginación recibiese idea alguna de aquella vista : no pudiendo sin embargo soportar la imagen de aquella fisonomía desfigurada, se volvieron á otra parte con lentitud y con un movimiento tan lánguido que hubieran compadecido á quien no fuera César Borgia. Al cobrar poco á poco el sentido, la primera memoria que le ocurrió fué la de Fieramosca á los pies de doña Elvira en el mirador.

— ¡Oh Héctor! dijo casi sin articular las sílabas : ¿luego era cierto? ¿luego me has vendido? y llevando á los ojos y á la frente las palmas de sus manos, permaneció en esta actitud por algunos instantes : al oir aquel nombre contrajéronse los labios del Valentino con rabiosa sonrisa.

Ginebra entonces no pudo acordarse de otra cosa sino de que debía hallarse en la barquilla : incorporándose sobre un codo para levantarse, sintió lo blando del lecho, abrió los ojos espantada, vió al duque y lanzó un grito que la mano de éste ahogó en su boca agarrándola por la garganta y volviendo á tenderla como estaba antes.

— No grites, Ginebra, le dijo; porque sería inútil. Te agradezco infinito que hayas venido á encontrarme, y procuraré indemnizarte de la molestia de un viaje á estas horas... Pero sin duda no era tu intención buscarme á mí, ¿no es verdad? Amiga, ¡cómo ha de ser! No todos los tiros dan en el blanco.

La infeliz Ginebra escuchaba estas palabras con un tem-

blor que le quitaba las fuerzas. Como hacía mucho tiempo que no viera al duque, no podía reconocerle; pero sentía cierto horror indefinible, al recordar confusamente aquella fisonomía. Convencida de que no le era dable oponerle la menor resistencia, se contentó con decir :

— ¡Señor!... ¿quién sois?... tened compasión de mí... ¿qué queréis?... dejadme...

Y el duque :

— ¿Recuerdas, Ginebra, de qué manera te condujiste en Roma muchos años hace con un hombre que te amaba más que á su vida, y que te hubiera colmado de dones y obsequios hasta el extremo de maravillarte? ¿Recuerdas que te portaste con él en unos términos que repugnaran hasta á un mozo de caballos? ¿Recuerdas que te mofaste de su amor, que tuviste por viles sus ofertas, que te revestiste para con él de un orgullo que fuera demasiado en una reina? Aquel hombre soy yo. Y ¿sabes quién soy yo? Soy César Borgia.

Este nombre cayó como una masa de plomo en en corazón de Ginebra para sofocar en él toda esperanza : quedóse sin responder mirando al duque tan estremecida como hubiera mirado á un tigre que la tuviera entre sus garras y á quien ni siquiera habría pensado en enternecer con sus palabras.

— Ahora que sabes quién soy, prosiguió el duque, figúrate si debes aguardar compasión de mí : sin embargo, podría resignarme á no tomar de ti la venganza que debo y puedo; pero con la condición, Ginebra, de que tengas juicio : bien lo necesitas á fe mía.

Estas palabras menos ásperas no pudieron menos de encender en el pecho de la joven una chispa de esperanza,

y con las manos cruzadas, procurando no manifestar al mirarle toda la repugnancia que por él sentía, empezó á suplicarle, como se suplica á la cruz del Salvador, que no oprimiese á una mujer harto infeliz y miserable.

— Os lo ruego, señor, por las llagas de Jesucristo, por aquel día en que también vos, aunque hoy en la tierra tan poderoso, os hallaréis en presencia del juez eterno... Si tuvieseis una mujer muy amada, decid, y se encontrara en poder de otro, y pidiese en vano misericordia; si vuestra madre, si vuestra hermana se viesen en el conflicto en que yo me veo, y suplicasen, suplicando en balde ¿no es verdad que clamaríais al cielo venganza contra quien las ultrajara?

Estas palabras, que unían la idea de la virtud y de la honestidad á los nombres de la Vannozza y de Lucrecia Borgia (madre la primera, y la otra hermana de César) provocaron la risa del Valentino, que tenía noticia de sus maldades. Pero fué una risa siniestra que aumentó el terror de Ginebra. Prosiguió ésta sin embargo su ruego, alterándose su voz con el llanto mientras hablaba; por lo cual con dificultad podían oirse sus últimos acentos entre los continuos sollozos.

— Yo soy una mujer oscura y desgraciada: ¿qué ventaja, qué gloria puede hallar un personaje poderoso como vos en vengarse de mí?... ¿Quién puede decir que no llegará un momento en que la memoria de haberme perdonado sea un bálsamo para vuestro corazón?

El querer pintar la angustia, la desesperación de la infelicísima Ginebra al mirarse en este trance terrible, el querer describir sus lágrimas, sus ruegos, y por último sus furibundos gritos y sus dementes imprecaciones, sería cosa imposible y ofreceríamos á nuestros lectores un cuadro de-

masiado lastimoso. Diremos sólo que su destino estaba resuelto y era irrevocable.

Don Miguel, que volvía en tanto con sus compañeros descontento, con las manos vacías y temblando la cólera de su amo, llegó al pie del castillo : viendo en la puerta de la habitación del duque la barca de Ginebra y la del que había traído el mensaje del papa, empezó á recelar : saltó en tierra, se acercó al dintel, oyó ruido dentro, temió algún siniestro accidente, empujó la puerta, la encontró cerrada, y no se hubiera tranquilizado si la voz de César Borgia, que le gritó *¡aguarda!* no le convenciera de que ningún peligro corría. Aplicó el oído al agujero de la cerradura, sin poder atinar el motivo que podría tener su amo para no abrirle.

Al cabo de algunos minutos, durante los cuales reinó el silencio más profundo, y en que sólo se escuchaba en lo alto del edificio resonar música y algazara lejana y el murmullo de las olas de la orilla que hacían chocar ligeramente una con otra las dos barcas, don Miguel, que estaba con la mayor atención, oyó de repente la voz del duque, que dijo soltando una carcajada :

— Anda, y ruega ahora á Dios y á sus santos.....

Y oyó también el ruido de sus pasos acercándose á la puerta, de la cual se separó don Miguel así que el duque, dando vuelta á la llave, salió afuera. Quiso don Miguel empezar á disculparse; pero su amo le interrumpió.

— Otra vez me contarás esa historia : por ahora sé de ella más que tú mismo.

Hubiera podido creer don Miguel con estas palabras que estaba el duque encolerizado con él, si en el tono de la voz y en la expresión de la fisonomía no conociera que había en esto un misterio para él impenetrable.

Volviéndose el Valentino á los hombres que condujeron á su confidente, les dijo :

— Presto, embarcaos y aguardadme debajo de Santa Úrsula, y tú, Miguel, vente conmigo.

Largaron aquéllos y pronto se perdieron de vista. Don Miguel y el duque entraron en la habitación de éste, y volvieron á salir al instante trayendo á Ginebra que dejaron en la barca donde la encontró poco antes el Valentino.

Hecho esto, llamaron al mensajero que estaba en el cuarto interior : entraron los tres en su barca sin proferir una palabra, y cuando alcanzaron la que iba delante, se trasladaron á ella.

Sentóse el duque en la popa, y quedóse don Miguel en pie delante de él. Aunque sabía ya por qué su señor no se curaba de que hubiese fallado el golpe, quiso referirle los motivos que tuviera para volverse con las manos vacías y cómo le habían asaltado muchos hombres; cómo se defendieron con harta dificultad y cómo aquéllos les robaron su presa.

— Á uno de ellos, sin embargo, caro le ha costado el lance, añadió señalando á Pietraccio, el cual, según hemos visto, fué herido con un remo en la cabeza y cayó aturdido en la barca, quedando prisionero. Pero ya había cobrado el sentido y se hallaba sentado á dos varas del duque : creyéndole sus hombres más muerto que vivo é imposibilitado para escapar, le dejaban en paz.

— Este canalla, proseguía don Miguel, saltó en nuestra barca con mucha furia ; pero el Rojo le ha sentado un capirote en la oreja tendiéndolo cuán largo era : yo le creí muerto, y ahora veo que aun aletea.

En la relación de don Miguel se habían deslizado algunas

palabras, de las cuales coligió Pietraccio que se hallaba en presencia del hombre á quien había ido buscando aquella noche en la fortaleza. Reparó el Valentino que el herido le miraba de mal ojo y con un gesto alocado que le hacía sospechar estuviese maquinando alguna cosa contra él : casi tuvo intención de mandarlo arrojar al agua. Don Miguel, que, si el lector se acuerda, había oído en el calabozo de Santa Úrsula las últimas palabras de la madre del asesino y el encargo de que se vengase de César Borgia, conoció también, observándole de soslayo, que iba á poner por obra algún proyecto desesperado. Aunque el sicario del duque servía á éste porque con su apoyo juntaba mucho dinero, hubiérale complacido el hacerle pagar una injuria antigua sin descubrirse y sin que se echase de ver que era suya la culpa. Fácilmente adivinará el lector la disposición de su ánimo para con el duque, al saber que la infeliz que murió en el calabozo de la torre, á la vista de don Miguel, era la mujer de éste.

Cuando por consecuencia del encuentro con Fieramosca y sus compañeros se halló que tenía á Pietraccio en su poder, había reunido apresuradamente algunas ideas y bosquejado el proyecto de hacerle servir para vengarse de su amo ; pero en tan breve tiempo no pudo combinar el modo, y sin haber resuelto nada definitivamente, pensaba tan sólo madre : ambos habían sido presos por la gente del preboste con una banda de asesinos : la madre quedó allí muerta de resultas de una herida que recibió defendiéndose, y antes de dar el último suspiro entregó á su hijo un collar, diciéndole no se qué... ¡ah ! sí, ahora me acuerdo... diciéndole que se lo había regalado un su amante de Pisa... Y sin embargo... espera, Rojo, antes de echarlo al agua, quiero ver

en aprovechar la ocasión que se presentase : en aquel momento veía caminar las cosas á medida de su deseo. Á las últimas palabras de don Miguel siguieron pocos instantes de silencio, que el joven creyó suficientes para llevar á cabo un propósito desesperado. Levantóse, y pasando por junto á don Miguel, el cuál fingió querer detenerle y que se le escapaba de las manos, se abalanzó al Valentino como una fiera rabiosa, pensando despedazarlo con los dientes y con las uñas ; pero el duque que estaba sobre sí se encontró dispuesto á recibirlo, y apenas don Miguel tuvo tiempo de asir por los hombros á Pietraccio, cuando ya éste caía muerto, traspasado por el puñal que llevaba el duque en el cinturón y que en aquel punto había sabido usar con increíble ligereza.

Tan instantáneamente sucedió esto, que los remeros se volvieron al ruido cuando ya estaba todo acabado, y, permaneciendo suspensos un momento, vieron que el Valentino envainaba su puñal y empujaba con su pie el cadáver todavía palpitante, mandando que fuese arrojado al mar.

— ¡Loco, malvado ! exclamaba don Miguel, mostrándose azorado por el peligro que el duque corriera ; y sin embargo, nadie me quitará de la cabeza que este hombre era algo más de lo que parecía... Le hallé pocos días hace en lo más bajo de la torre del monasterio, encerrado con su si lo trae al cuello todavía. Al menos lograremos que el oro que tenga no sea pasto de los peces.

Y así diciendo desabrochó el jubón del mudo, halló la cadena y la mostró al duque que prestaba singular atención á sus palabras.

No pudo el Valentino dominarse hasta el punto de disimular la improvisa turbación que aquelta vista le causaba.

Permaneció un momento pensativo, y sus manos, que unidas sostenían el medallón pendiente del collar, cayeron sobre los muslos como si hubiesen perdido su fuerza. Sentóse en el sitio donde primero estaba, mandó por segunda vez con ronco acento que arrojasen al mar el cadáver, y volviendo la cabeza hacia otro lado, por el chapuzón que oyó en el agua conoció que había sido obedecido : apretando en el puño la cadena, la arrojó lejos, y embozándose en la capa con la cabeza apoyada en una mano, enmudeció.

Fingiendo respetar don Miguel las meditaciones que ocupaban al duque, se apartó de él sentándose entre los hombres que impelían la barca : guardaron todos silencio y diéronse á bogar, sin que volviese á oirse en todo el viaje otra cosa que el ligero rumor del agua que de los remos goteaba cuando se hallaban fuera del mar. El esbirro del Valentino alcanzó una venganza que nadie en el mundo había logrado jamás de aquel hombre; pues consiguió despertar en su corazón ciertas memorias que le hicieron experimentar una especie de remordimiento, de aquel remordimiento que desnudo de todo consuelo es muy semejante á la desesperación del infierno. Gran triunfo era éste para don Miguel, que supo conocer su valor y saborearlo á todo placer. Después de estos sucesos siguieron su viaje y llegaron al buque que los aguardaba y que al punto dió la vela para volver á Romagna. Pero nosotros no seguiremos ya más á estos perversos.

CAPÍTULO XVII.

LOS ÚLTIMOS INSTANTES DE GINEBRA. — EL COMBATE DE ESPAÑOLES Y FRANCESES.

La desaparición de Fieramosca y sus amigos no había turbado la alegría del baile, pues fueron muy pocos los que en ella repararon. Después de salir Fanfula del mirador donde encontrara á doña Elvira, se fué á dejar en su sitio las prendas que usurpara á su amigo, y se mezcló entre los bailarines, riéndose entre sí de la burla con tanta fortuna llevada á cabo y muriéndose de ganas de contarla. La hija de Gonzalo andaba buscando con los ojos á Fieramosca, sin poder adivinar los motivos que tendría para huir de ella.

Al cabo de una hora, entraron Íñigo y Brancaleone preguntando por Gonzalo á los primeros que toparon. Indicáronles que estaba en un ángulo del salón conversando con algunos barones franceses. Llegáronse á él, le llamaron aparte, le contaron lo que había sucedido, le dijeron que el Valentino se hallaba en la fortaleza, que por su mandato se

había cometido aquella infamia, y por último le rogaron que les aconsejase lo que debían hacer. Gonzalo, que le creía muy capaz de tamañas maldades y aun de mayores, permaneció pensativo un momento, y luego, diciendo á los dos que le siguiesen, se encaminó á su gabinete. Encontró al paso á don García y le hizo seña de que le siguiese.

No quisó confesar que el duque estuviera en el castillo por no faltar á la fe prometida; pero reflexionando que en aquel mismo día se había despedido, indicando que se marcharía por la noche, le pareció muy extraño que hubiese elegido cabalmente los últimos momentos para armar tanto desorden. De todos modos resolvió informarse, y mandando tomar dos luces, se ciñó la espada y echó á andar por un corredor que salía á una escalerilla de caracol, por la cual bajaron todos, abriendo antes dos puertecillas de hierro que cerraban la entrada. Otra quedaba aún por abrir : detúvose Gonzalo y dijo á los suyos en voz baja que le aguardasen allí sin meter ruido y que no entrasen si no los llamaba. Entró en seguida en la habitación del duque, la encontró desierta, sin luz y trastornada : aquí una silla, allá una mesa volcada, junto al lecho una lámpara caída y el aceite derramado por el suelo : los cuartos inmediatos también vacíos. Llamó entonces á sus gentes y después de reflexionar un instante, les dijo : — No quisiera, por guardar fe á un malvado, arriesgarme á ultrajar á quien está inocente. Sabed, pues, que el duque ha permanecido muchos días en esta habitación. Quería partirse esta noche ó mañana temprano : no puedo deciros otra cosa, porque nada más sé. Todos estamos persuadidos de lo muy capaz que es de cualquier maldad; acaso sea también autor de la presente. Haced, por ende, lo que mejor

os plazca: seguilde, si así os cumple, que licencia os doy; y vos, don Diego, prestadles todo el auxilio que posible os fuere.

Ocurriósele á Íñigo la idea de asomarse para ver si



Desfilaban por la escalera los convidados acompañados por los barones del ejército español... (pág. 276.)

columbraría aún en el mar algún buque en que fuese el Valentino; pero no pudiendo percibir nada á través de los vidrios, para no perder tiempo en abrir las enormes venta-

nas, corrió á la portezuela que daba al arenal y reparó la barquilla en cuyo fondo había tendida una joven que desconocía, si bien imaginó que pudiera ser Ginebra.

Llamó á gritos á sus compañeros, y todos se quedaron sin saber qué pensar al mirar una mujer sola y abandonada en aquel sitio. Con todo el cuidado que les fué posible la llevaron al lecho del duque; compadecido Gonzalo de una infeliz á quien miraba toda magullada, llena la cara de arañazos, descompuesto el cabello y con algunas manchas de sangre hacia el pecho, subió apresuradamente al salón del baile con el objeto de encomendarla á alguna mujer, y no queriendo publicar por entonces la ocurrencia, que para él todavía era un caos, pensó fiarse de Victoria Colonna, cuya madura prudencia le era suficientemente conocida. Habló con ella y la guió secretamente al cuarto donde yacía Ginebra, contándole por el camino lo acaecido y persuadiéndola de la necesidad que en aquel conflicto tenía de sus auxilios la desdichada que no conocían. El animoso corazón de Victoria aceptó con gusto y gratitud este encargo : y cuando estuvo junto al lecho de la joven y la hubo mirado un instante, le arregló la ropa de la cama, mulló las almohadas y la colocó en más cómoda postura, con aquella próvida y solícita piedad con que la Providencia ha dotado especialmente á las mujeres, instituyéndolas dispensadoras de sus consuelos á los afligidos.

El estado actual de Ginebra era una especie de letargo en que la habían sumergido sus graves padecimientos y una postración total de sus fuerzas; no podía decirse que estuviese sin sentido, ni tampoco en sí : se quedaba donde la ponían ; si le levantaban un brazo ó la cabeza, ni se oponía al movimiento ni mostraba advertirlos ; tenía los ojos abier-

tos naturalmente, pero del todo apagados, y los volvía en derredor sin mirar. Conociendo Victoria que semejante estado, cuanto menos violento parecía, tanto más daba que recelar y que no había tiempo que perder, despidió á los hombres, llamó á algunas criadas que trajeron después espíritus y cordiales, y consiguió á poco reanimar la vida de Ginebra que parecía próxima á extinguirse.

La primera señal que dió del recobro de sus facultades, fué mirar un momento al rededor muy asustada y luego levantarse impetuosamente fuera de la cama en ademán de huir; mas era tal su debilidad que hubiera caído en el suelo á no recibirla en sus brazos Victoria, que volvió á colocarla en el lecho.

— ¡Oh Dios! dijo entonces Ginebra : ¿vos también estáis confabulada con él? Y sin embargo me parecéis mujer de bien : siendo joven y hermosa ¿no tendréis piedad de mí?

— Tranquilizaos, respondió Victoria tomándole la mano y besándosela, yo y cuantos en esta fortaleza se hallan deseamos serviros, ayudaros y defenderos : sosegaos por amor del cielo, pues á nadie debéis temer ya.

— Si así es, dijo Ginebra saltando otra vez del lecho, dejadme, dejadme marchar.

Creyendo Victoria que este afán por huir, procedía de alguna perturbación de las facultades intelectuales, y viéndola tan débil y desfigurada, intentó persuadirla á buenas que tuviese paciencia por algún tiempo; pero el aborrecimiento que sentía por aquel lugar había pasado á ser una manía que los obstáculos aumentaban : seguía, pues, haciendo esfuerzos y decía llorando :

— ¡Señora! por amor de Dios y de la Virgen Santísima, no os pido otra cosa sino que me saquéis de este lecho;

arrojadme al mar, al fuego si queréis; pero sacadme de aquí. Poca será ya la molestia que os dé esta infeliz... un sorbo de agua... que se me abrasan las entrañas... y hacedme la caridad de que pueda hablar cuatro palabras con fray Mariano, el de aquí de Santo Domingo... pero vámonos... dejadme partir...

Y se levantó sin que Victoria se opusiera ya, viéndola tan resuelta. No sin trabajo entre ella y sus criadas la llevaron casi en peso por la escalerilla á un cuartito reservado, donde Gonzalo había mandalo arreglar una cama. Al verse allí, dió un suspiro y dijo :

— Dios que lo ve todo, señora mía, sabe si le pido con todo mi corazón que os pague el bien que me hacéis. ¡Virgen santa! os doy gracias. Y vos, señora, que al menos seréis causa de que no muera desesperada... tened la bondad de que avisen á fray Mariano... decid ¿qué hora es? ¿es de día ó de noche? no sé si estoy ó no en el mundo.

— Es la una de la madrugada, respondió Victoria : al momento irán á llamar á fray Mariano. Pero debo haceros presente que el sobresalto en que os halláis os hace temer más de lo que es debido. Tranquilizaos, descansad, apreciable joven, aquí estáis en paraje seguro : no os abandonaré.

— ¡Oh! ¡no, no os separéis de mí! Si supierais qué consuelo dan á mi corazón vuestros ojos compasivos cuando me miran! Sentaos aquí en mi cama... mirad, ya me retiro hacia la pared... no, no temáis incomodarme : así estoy mucho mejor.

Y permaneciendo algunos instantes como atontada, le acometió un temblor hijo del anterior espanto y decía casi frenética :

— ¡Si supierais qué horror! ¡verme sepultada viva! ¡sofocada bajo un montón de cadáveres!... ¡y sobre mí aquellos rostros difuntos y llenos de podredumbre que se reían!... ¡Dios mío! ¡paréceme aun encontrarme allí!...

Y diciendo estas palabras se apretaba contra su protectora, la cual, conociendo que serían inútiles las reflexiones para calmar aquel delirio, la abrazaba y hacía lo posible por tranquilizarla.

— ¡Oh señora mía! continuaba Ginebra, no sé lo que me digo : veo que estoy hablando mil despropósitos ; ¡ pero ha sido grande, muy grande mi desgracia!... y no lo merecía á fe : ¿qué le hice yo para qne me tratara tan indignamente?... Y la Virgen Santísima me había prometido llevarme á puerto de salvación... ¡la supliqué con tanto fervor!... ¡y luego abandonarme!... Verdad es que he sido una imprudente... pero más desventurada que culpable... ¡oh! ¡sí! ¡mucho más desventurada!..... Porque mi corazón... yo sé bien lo que mi corazón sentía... y lo que yo he sufrido... nadie lo sabe tampoco sino yo.

— Sí, querida, lo creo, respondía Victoria; pero sosegaos y no digáis que la Virgen os haya abandonado : ¿no véis que me ha traído aquí para enjugar vuestras lágrimas y consolaros de vuestras penas? Á vuestro lado estoy, no os abandono. Pero si vuestras desgracias exigen anxilios de otra clase, si hay que castigar á quien os ultrajó, si hay que remediar algún desmán, hablad, fiaos de mí... Fabricio Colonna, mi padre... Gonzalo... todos en suma se ofrecen desde luego.

— ¡Ah señora mía! interrumpió Ginebra : nadie en el mundo podría hacerme gozar un momento de dicha, ni disminuir en un ápice los males que me aquejan. Todo



acabó para mí... Os lo agradezco, os lo agradezco de veras; pues de vos he recibido el último consuelo... y no me llaméis ingrata, si no os refiero mis trabajos; pero no es posible, no son para contados; y si no acepto tampoco vuestras ofertas..... ¡Dios os lo premie!... á mí sólo me toca tributaros gracias y besaros estas manos benéficas que sostendrán mi cabeza en la última hora y cerrarán mis ojos... Prometedme que no me abandonaréis hasta que esté fría enteramente.

Intentaba Victoria alejar tan lúgubres ideas, persuadiéndola de que ningún peligro amenazaba su vida; pero Ginebra no la dejaba hablar.

— No, no, es inútil : yo sé lo que ha sucedido y cómo me siento... no me neguéis este favor, ángel de mi consuelo : ¿es verdad que no me lo negáis?... Ya véis que me aprovecho de vuestra buena voluntad y no podéis llamarme ni ingrata ni orgullosa... Decid ¿me lo prometéis?

— Sí, sí, querida, os lo prometo si llega el caso.

— ¡Oh! así estoy más tranquila : haced ahora que venga el padre Mariano, y entonces todo habrá acabado para mí... Dadme un poco de agua, que me parece que tengo en el corazón carbones encendidos... aquella luz, si fuese posible quitarla de delante, que me hace mucho daño á la vista.... Perdonadme tantas molestias ; pero poco durarán ya.

Después de hacerle estos ligeros favores, volvió Victoria á sentarse en el borde del lecho : á poco se presentó Íñigo preguntando si podía entrar el padre Mariano. — Que entre, respondió Ginebra.

Apareció en la puerta un religioso de alta estatura, cuyo pálido y modesto semblante estaba medio oculto debajo de la capucha, y se acercó á la cama diciendo : — Cristo os

guarde, señora. Salieron todos los demás y se quedó solo con ella.

La presencia de este religioso, sus modales llenos de aquella ardiente caridad que produce el convencimiento de lo muy divino y augusto que es el encargo de consolar al hombre en sus miserias, indicaba á primera vista que todos los afectos, todas las miras mundanas estaban muy lejos de su corazón largo tiempo había.

Su historia era una especie de misterio para los habitantes de Barletta y para los mismos frailes del convento de Santo Domingo, en el cual, sin ocupar ninguna de las dignidades de la orden, vivía rodeado en una especie de reverencia, que procedía del ejemplo de sus virtudes, de su saber y de la persuasión de que era víctima de una persecución religiosa. Se susurraba que en el siglo había sido uno de los primeros ciudadanos de Florencia, de la secta que tenía por corifeo á fray Jerónimo Savonarola; que arrastrado por la elocuencia de este terrible predicador, había abandonado el mundo y recibido de su mano el hábito dominicano de San Marcos. Á estos hechos, que generalmente pasaban por verdaderos, se unían voces menos acreditadas de que para entregarse á Dios tuvo que romper relaciones íntimas... Decíase también que aquella súbita mudanza fué ocasión de grave escándalo, de odio, de venganza por parte de la mujer abandonada, por cuyas instigaciones le envolvieron en la persecución suscitada por la corte de Roma contra el fraile; y que después de la muerte de éste, logró sustraerse no sin dificultad con el auxilio de sus superiores que le habían hecho huir disfrazado, enviándole bajo otro nombre al convento de Barletta, donde vivía como desconocido por ser pueblo poco frecuen-

tado. Éstos eran los rumores que corrían. Pero ni la malevolencia más perspicaz hubiera hallado medio de manchar su fama. Las severas doctrinas de Savonarola habían hallado su corazón como una tierra preparada para recibir su semilla, y auxiliadas por su carácter dispuesto á sacrificarlo todo por la verdad, produjeron opimos frutos de caridad y ardentísimo celo.

La hoguera que redujo á cenizas á su maestro había consumido también, por decirlo así, su partido entero : el miedo de la venganza papal hizo callar á cuantos detestaban los abusos de la corte romana. El padre Mariano vivió tranquilo en su retiro desde el punto en que Dios no le consideró digno de morir por la verdad, satisfecho con no ser inútil espectador de unos males contra los que no le era permitido levantar la voz.

Sentándose á la cabecera de Ginebra, la bendijo y le preguntó si quería confesarse.

— ¡Oh sí! padre, repuso la joven, es mi más ardiente deseo; y si no hubiera sentido que me faltaban las fuerzas hasta la vida, no os hubiera dado á esta hora tanta molestia. Conozco que es muy escaso el aliento que me resta; por lo mismo os ruego que no perdamos tiempo y haced que muera en gracia de Dios y de la santa iglesia romana.

— La vida y la muerte están en manos del Señor, respondió el padre Mariano, y no ha de suceder sino lo que sea su alta voluntad: haced por vuestra parte lo posible y no dudéis que os prestará su auxilio.

Y hecha la señal de la cruz, después de las oraciones de costumbre, empezó Ginebra su confesión.

Para mostrar su corazón hasta lo más íntimo, le fué indispensable referir desde el principio la historia de su vida,

su desgraciado matrimonio, la supuesta muerte, su peregrinación de tierra en tierra. La debilidad que sentía interrumpió algunas veces la relación, que por otra parte iba mal coordinada á causa del estado de su cerebro.

— ¡Padre! dijo por último: verdad es que he pasado muchos años junto á un hombre que no era mi marido; pero jamás he tenido otra culpa que la de exponerme al peligro de obrar mal: Dios solo me ha preservado. He sido negligente en buscar á mi esposo y en averiguar si en efecto había muerto... al fin le encontré y entonces resolví sin demora volver á su lado... y lo puse por obra... y esperé que con el auxilio de la Virgen lo conseguiría... pero ¡Dios santo! ¡en qué abismo fuí á caer!

Y aquí contaba á fray Mariano como al tocar al pie de la roca había visto el último coloquio de Héctor y Elvira, por lo cual, oprimida de dolor, cayó desmayada en su barca sin volver en sí hasta que se halló en el cuarto del Valentino: y al referir este hecho cruel, prorrumpió en un llanto convulsivo y desesperado y dijo muchas frases inconexas que probaban la naciente perturbación de su espíritu.

Conmovido el buen religioso hasta lo profundo de su corazón, tomó con toda la prudencia que la importancia del caso requería las medidas necesarias para tranquilizarla, y no lo consiguió hasta que, pasado algún tiempo, fatigada la naturaleza dió lugar á un parasismo que dejó á la infeliz mucho más débil y agravada que antes.

— ¡Padre! proseguía diciendo Ginebra con flaca voz; ¿y es posible que Dios y la Virgen hayan rechazado mis lágrimas y maldecido mi dolor? La venganza divina se ha desplomado sobre mi cabeza como un rayo, cuando al parecer me anunciaba misericordia... inmenso ha sido ya el castigo

de mis culpas... pero otro tengo aun más tremendo... conozco que moriré desesperando encontrar perdón... conozco que el Señor endurece mi corazón en estos últimos instantes... estoy á las puertas del sepulcro y no puedo olvidar á aquel hombre, ni perdonar á aquella... ¡Oh, rogad por mí!... ¡socorredme! mientras aun es tiempo, habladme de esperanza...

— ¿De esperanza? interrumpió el religioso: ¿y no sabéis que el que á vos me envía es aquel Dios que compró vuestra salvación con muerte de cruz, que os promete su misericordia y os la prometería si sobre vos pesaran los pecados de todo el mundo, con tal que no hicierais agravio á tanto amor desesperando de su perdón? Y ¿qué os pide para merecerlo y merecer aquella corona de gloria y alegría que jamás tendrá fin? Os pide que le améis como él os ha amado, que sufráis un poco por su amor, como él ha sufrido, y tanto por el vuestro; que perdonéis á quien os hizo injuria, como él perdonó los ultrajes, las bofetadas, los azotes y la muerte: vedle en el cielo que os aguarda y anhela acogeros en sus brazos, enjugar vuestras lágrimas y trocarlas en un júbilo que no tendrá medida. El enemigo que os creyó suya, no puede soportar que os deslicéis de sus manos y procura con toda la eficacia volver á apoderarse de su presa: él trabaja por quitaros la esperanza; pero no lo conseguirá. Yo, ministro de Dios eterno, añadió poniéndose en pie y extendiendo con solemne actitud las manos sobre la cabeza de Ginebra, yo os juro por su santo nombre que á una con el perdón está escrita en el libro incorruptible vuestra salvación eterna, si con un acto de amor sabéis comprar tan alto premio: descienda á vuestra alma la divina sangre del verbo como celeste rocío, lave en ella toda mancha, infún-

daos paz, alegría y dolor de haber ofendido al que la derramó por vos, y os dé valor para rechazar y despreciar las asechanzas del enemigo que apetece vuestra perdición.

— ¡Oh, padre mío! dijo Ginebra compungida de veneración por las palabras que oía: Dios habla por vuestra boca. ¿Luego aun puedo esperar y no estoy abandonada para siempre?

— No, alma bendita, antes bien cuanto más recio sea el combate, tanto más gloriosa será la palma. Mas ahora que Dios os concede su gracia, y tiempo para reconocer vuestras culpas y la inmensidad de su misericordia, pensad en no volver atrás y acordaos de lo que dice: mejor fuera para ellos no conocer los senderos de la justicia que el abandonarlos después de haberlos conocido: el que pone su mano en la esteva y luego se vuelve atrás no es digno del salario. ¿Decís que no puede salir de vuestro corazón la imagen de ese hombre? ¡Contemplad por quién habéis despreciado el amor de vuestro Dios! Por uno que ni siquiera ha sabido guardaros aquella fe mundana y culpable que os había dado, por uno que á un soplo se ha vuelto á otra parte sin curarse de vos. ¡Así cumple el mundo sus promesas! ¡y no obstante despreciáis por seguirlo las promesas infalibles del Eterno! ¡y cuando os hace tocar con la mano la vanidad de vuestros deseos, casi os indignáis en vez de postraros ante este milagro de su infinita bondad! — ¡Qué no podéis perdonar á aquélla jóven! Y ¿en qué os ofendió? En primer lugar, ni os conoce siquiera: luego es doncella libre, y puede sin delito dedicarse á estos pensamientos. ¡Oh! ¡cuánto debierais amarla y adorar en ella el instrumento de que la mano de Dios se vale para vuestra salvación! ¡Yo soy también pecador, lo fuí, fuí tan ciego, tan loco, que busqué en las

criaturas la paz de mi pecho. Dios me llamó: seguí su voz con amargura al principio; pero después ¡cuán rica recompensa no me otorgó la divina bondad por aquel ligero sacrificio! ¡Cuán tranquila alegría es la de amar estando seguro de una correspondencia inmensa é incalculable! ¡oh! creedme á mí, alma inexperta, que soy hombre y he sido más pecador que vos y lo he experimentado: todo es hiel, todo incertidumbre, todo tinieblas, fuera de amar á Dios y servirle y tener confianza en sus misericordias.

— ¡Oh, sí! dijo Ginebra interrumpiéndole y vertiendo abundoso llanto: vos me habéis iluminado, me habéis vencido. Sí, perdono, perdono con toda mi alma y daré pruebas de ello. Venga esa joven, véala yo, abrácela antes de morir; y que luego vivan felices, así como espero que Dios tendrá piedad de mí en la vida futura.

Cayó el fraile de rodillas junto al lecho, y levantando al cielo los ojos y las manos, dijo: *Variis et miris modis vocat nos Deus!* adoremos la obra de su clemencia.

Y después de permanecer un momento orando, se levantó, bendijo y dió la absolución á Ginebra y luego prosiguió:

— ¿Estáis, pues, verdaderamente resuelta á ver á esa joven y hacer esa obra meritoria?

— Sí, padre, haced que venga; conozco que tengo necesidad de morir perdonando.

— Y Dios, en su nombre os lo digo, ya os ha perdonado también, ya sois suya: ese santo propósito es el signo de vuestra salvación.

Iba á salir el religioso para buscar á doña Elbira. Ginebra le detuvo diciendo:

— Otro favor tengo que pediros y no podréis negármelo si deseáis que muera en paz. Cuando ya no exista, id al

campo francés, buscad á mi marido (llámanle Grajano de Asti y se halla á sueldo del duque de Nemours) y decidle que en mi última hora he pedido perdón á Dios, como se lo pido á él si le ofendí: decidle que por el trance en que me encuentro le juro que al salir mi alma de esta vida miserable está tan pura como cuando me recibió de manos de mi padre, que no maldiga mi memoria y mande rezar una misa por mi eterno descanso.

— Estad tranquila: vuestro deseo quedará cumplido.

— Otra gracia voy á pediros, prosiguió Ginebra... No sé si hago bien ó mal... pero Dios que ve mi corazón conoce que hablo con buen fin... Quisiera que buscaseis también á... Héctor Fieramosca que es lanza del señor Próspero.., decidle sólo que rogaré por él y que le perdono... Es decir... no, no le habléis de perdón... al cabo no estoy enteramente cierta... acaso sería otro que se le pareciese... No, no, decidle sólo que piense en su alma... que ahora conozco el error en que nos hallábamos... que se acuerde de la otra vida; pues ésta pasa como el humo, y se lo dice quien lo experimenta, y le quiere... y desea su mayor bien. Decidle también que si Dios, según espero, me recibe en su misericordia, rogaré por él para que venza en el combate y quede limpio el honor de las armas italianas.

Fray Mariano lanzó un suspiro y respondió:

— También en esto os complaceré.

Permaneció la moribunda un breve espacio en silencio; acordóse de su protegida Zoraida, con quien había tenido algún rencor en los días últimos; suplicó al fraile que fuese á buscarla en el monasterio de Santa Úrsula, y que le entregase una toca suya, rogándola que la usara en su memoria; le recomendó aquella pobre desvalida, pidiéndole que

le proporcionase algún refugio honroso y que, sobre todo, procurase hacerla cristiana. Luego proseguía:

— La última caridad que os pido, y no dudo me la otorgaréis, es que me hagáis enterrar en la capilla subterránea de Santa Úrsula, vestida con el hábito del monasterio. Es para mí gran consuelo el saber que dormiré en paz cerca de la imagen de aquella Virgen, que se dignó escuchar mis plegarias y poner un término á mis desdichas.

— Bien, dijo el padre Mariano conteniendo difícilmente sus lágrimas; vuestra voluntad será cumplida en todo.

Salió en seguida y volvió acompañado de Victoria Colonna: tomó la palabra para que Ginebra, á quien se iba ya concluyendo el aliento vital, no se fatigase hablando demasiado, y dijo:

— Señora, os ruego que os sirváis veros con doña Elvira y procuréis traerla aquí: esta pobre joven desea decirle dos palabras.

Victoria, que no aguardaba esto, se quedó suspensa por algunos momentos: luego salió sin replicar, mientras Ginebra le pedía perdón por la nueva molestia.

Eran las dos de la madrugada y hacía poco que concluyera el baile: los salones iban quedando vacíos; desfilaban por la escalera los convidados acompañados por los barones del ejército español. Gonzalo acababa de despedir al duque de Nemours y sus caballeros, que montando á caballo, se encaminaban á su campamento precedidos de muchísimas antorchas.

En el patio se oía gran rumor de gente á pie y á caballo que resonaba en todo el castillo. Las mujeres saltaban á las grupas de los corceles de los hombres, según uso de aquel siglo. Así fué disminuyendo poco á poco la turba y el es-

trépito, quedando por fin el patio enteramente solo : de cuando en cuando pasaba algún criado y se oía cerrar y abrir puertas, y asomaban luces en los miradores y las ventanas, y por último cuando el reloj dió las tres, levantó la guardia el puente de la plaza, y cesando el ruido de las cadenas que lo sustentaban, se advirtió profundo silencio que no volvió á interrumpirse en el resto de la noche.

En tanto Victoria había cruzado los salones donde los criados estaban apagando las luces y arreglando los muebles : llegó á la cámara á la cual se había retirado doña Elvira, que empezaba ya á despojarse de sus galas y adornos. La encontró en esta ocupación servida por dos camareras, cuyo auxilio, según la manera áspera con que las trataba, no le era sin duda muy grato ; estaba acalorada, encendida y al parecer no muy satisfecha de la función. Cuando vió entrar á Victoria, un sobresalto íntimo, hijo tal vez de oculto remordimiento, le hizo creer que su amiga iba á explicarse con ella en un tono que en aquel momento le parecía muy duro de soportar. Esta idea fué causa de que la recibiese con un ademán de sorpresa que no disimulaba enteramente su impaciencia. Echólo de ver Victoria; pero sin darse por entendida, le dijo con la mayor dulzura que la rogaba suspendiese por un cuarto de hora sus preparativos de descanso y se trasladase á la habitación de Ginebra. Tuvo que explicarle por qué casualidad se hallaba en el castillo aquella joven; y la hija de Gonzalo, que, como todos los individuos de cascos ligeros, tenía en el fondo un excelente corazón, se convino en ir allá, con tanto mayor gusto, cuanto que veía que las cosas iban tomando mejor sesgo del que esperaba.

Llegaron juntas, pues, al cuarto de Ginebra y se acerca-

ron á la cama. La belleza de doña Elvira no se había mostrado tan esplendente cuando su traje y su peinado estaban dispuestos con todo estudio, como ahora en el desorden que dejaba ondear libre por el cuello y los hombros su copiosa cabellera de oro: bajó el padre Mariano los ojos; la pobre Ginebra sintió al mirarla un estremecimiento interior y lanzó un suspiro, al cual el buen fraile no pudo negar compasión. Permanecieron silenciosas por algunos instantes las tres mujeres; luego, incorporándose Ginebra sobre el codo, dijo:

— ¡Señora! os asombraréis sin duda del atrevimiento que he tenido en molestaros, no conociéndoos ni siendo de vos conocida; pero todo se perdona al que se encuentra en este trance. Antes de hablaros más claramente, he de pediros vuestro permiso: ¿puedo deciros dos palabras con entera libertad? Sea cual fuere la respuesta que me deis, dentro de poco quedará encerrada conmigo en la tumba; pero ¿deberé explicarme delante de esta señora, ó preferís que estemos solas?

— ¡Oh! dijo doña Elvira: ésta es la amiga más querida que tengo y me ama mucho más que merezco: hablad, pues, señora mía, que ya os escucho.

— Ya que me dais licencia, he aquí la sola pregunta que voy á haceros.

Y en esto, como para tomar aliento y preparar la frase que no sabía de qué manera comenzar, se detuvo un instante. La infeliz había adoptado con toda la sinceridad de su corazón el propósito de perdonar á la mujer que era causa de tan desesperado dolor; pero ¿quién será tan severo que la acrimine, si en el momento de adquirir la seguridad de que sus ojos no la habían engañado y de que el joven que

viera á los pies de doña Elvira era Héctor, sentía una invencible repugnancia á convencerse plenamente de esta verdad? ¿quién tendría valor de condenarla por el solo hecho de alimentar una lejana esperanza de haberse equivocado y de que Fieramosca era el mismo de siempre?

Sea de esto lo que fuere, debemos creer que estos sentimientos no estaban aun enteramente apagados, y que de ellos nacía la breve perplejidad que produjo aquellos instantes de silencio.

Al cabo dijo resueltamente y con voz clara é inteligible:

— Decidme, pues, y perdonadme si me atrevo á haceros semejante pregunta. ¿No os hallabais esta noche, á eso de las once, en el mirador que da al mar, y no estaba á vuestros pies Héctor Fieramosca?

Esta pregunta tan inesperada como terminante conmovió á las dos jóvenes aunque por distintas causas: el rostro de doña Elvira se puso como un ascua y se quedó sin proferir palabra. Ginebra, que la estaba mirando fijamente, lo comprendió todo, sintió helársele la sangre, y repuso con cólera:

— Señora, conozco que es mucha mi osadía; pero ved que muero y que por el perdón que todos aguardamos en la otra vida, os suplico que no me neguéis esta gracia: respondedme. ¿Érais vos? ¿era él?.....

Doña Elvira creía estar soñando: volvió sus tímidos ojos á Victoria, que leyendo en ellos cierto temor á su severidad y convencida de no ser aquélla la ocasión de manifestarla, la abrazó tranquilizándola sin decir ni una palabra. Esta incertidumbre daba la muerte á Ginebra: tendió hacia la doncella las trémulas y abiertas palmas, y con voz que bien pudiera llamarse desesperado grito, volvió á exclamar:

— ¡Decid, por Dios!...

Doña Elvira abrazó con fuerza á su amiga, bajó los ojos, y respondió :

— Sí... éramos nosotros.....

El rostro de la infeliz Ginebra sufrió un grave trastorno como si de repente hubiera enflaquecido : sin embargo, aunque con mucha dificultad se sentó en el lecho, tomó la mano de doña Elvira, hizo que se acercase, le echó los brazos al cuello, y dijo :

— Bendígaos el Señor y sed dichosos.

Pero casi no se percibió esta última palabra; y acaso, aun antes de que fuese pronunciada, ya recibía su alma en el cielo el premio de la victoria más difícil que de sí misma puede conseguir una mujer, del perdón más arduo y magnánimo que al corazón humano le es dado conceder.

Sus brazos, que estaban enlazados al cuello de la hija de Gonzalo, perdieron su fuerza y cayeron á una con el cuerpo sobre la cama. Su cara mostró al momento el sello y el color de la muerte : conociéronlo las dos jóvenes y lanzaron un grito. El fraile permaneció un breve rato sin respirar siquiera; al fin exclamó juntando sus manos :

— Este semblante muestra la calma de la gloria.

Arrodillándose luego los tres, rezaron por el descanso de aquella alma que tanto lo necesitaba y que tan bien había sabido merecerlo. Enlazáronle las manos sobre el pecho, puso entre sus dedos el padre Mariano el rosario que traía colgado de su correa, colocó una luz á los pies del cadáver, dijo : *requiescat in pace*, llevó á las dos jóvenes fuera de aquel lugar funesto, y volviendo al lado de la difunta pasó allí en oración las horas que aun quedaban hasta el día.

Una de las principales miras de Gonzalo al conceder su

consentimiento para los combates que debían verificarse entre españoles y franceses y entre italianos y franceses, había sido la de ganar tiempo hasta que pudiesen llegar los refuerzos que aguardaba de España por mar, y sin los cuales, siendo muy inferiores sus fuerzas á las del ejército francés, se había visto precisado á permanecer encerrado en Barletta y á no intentar acción alguna de importancia. Pero en el discurso de aquel día en que tuvo por huéspedes á los barones fanceses, recibió cartas que le anunciaban como muy próxima la llegada de hombres, que habiendo doblado ya el cabo de Reggio, poco podían tardar en presentarse delante de Barletta. Conociendo por lo tanto que no le convenía la dilación, ni desaprovechar el entusiasmo que debía producir en los suyos la llegada de nuevos soldados, al hablar de aquellos desafíos con el duque de Nemours y con los demás franceses hizo lo posible por persuadirles que se señalara el día más cercano que dable fuera. Decidióse, pues, que los españoles combatiesen á la mañana siguiente á la noche del baile en un sitio inmediato al mar, una media milla fuera de la puerta de Bari, y los italianos al tercer día en un paraje que Brancaleone y Próspero Colonna habían ya visto y juzgado á propósito, y se hallaba próximo á la tierra de Quarato, á mitad de camino entre Barletta y el campo francés.

Advertidos por sus capitanes los caballeros de entrambas partes de cuánto se había resuelto, pensaron al momento en hacer sus preparativos: los franceses que tenían que pelear salieron del baile y se volvieron á su campamento antes que los demás, para tener lugar de disponer lo necesario para la batalla; y también los españoles, yéndose á sus respectivos alojamientos, cuidaron de aparejarse y des-

cansar algunas horas. Íñigo y Brancaleone recibieron la noticia cuando, después de trasladada Ginebra á la habitación de donde no había de salir con vida, iban á buscar al fraile: el primero, que era uno de los combatientes, tuvo que pensar en arreglar sus cosas, encomendando á su compañero el encargo de ver á Fieramosca y ayudarle en cuanto necesitara. Estrecháronse las manos al separarse, y dijo Íñigo:

— ¿Cómo ha de pelear pasado mañana si esta noche no podía tenerse en pie?

En vez de responderle, meneó Brancaleone la cabeza mordiéndose el labio inferior y manifestando en la expresión de su cara que conocía toda la verdad de la reflexión del español. Fuése de allí, bajó al puerto, y se embarcó en un batel, encargando que le llevaran pronto al monasterio para informar á Héctor, según le habían prometido, del éxito de sus pesquisas.

Pero antes de participar á nuestros lectores el estado en que encontró á su amigo, á quien dejara bastante apurado, es necesario referir el fin de la empresa de los españoles.

Cuando los dos pelotones de once hombres por banda llegaron al campo, ya había salido el sol una hora hacía. De los españoles, los más nombrados eran Íñigo, Acevedo, Correa, el anciano Sagredo y don García de Paredes: los demás, aunque menos conocidos, no dejaban de ser buena gente de armas y sobresalientes jinetes. Pedro Navarro había recibido de Gonzalo el encargo de servirles de padrino. Igual comisión recibió por parte de los franceses el señor de la Palisse, que entre sus guerreros contaba á Bayardo, espejo de la milicia de entonces. La batalla se sostuvo por mucho tiempo con igual fortuna por ambas

partes. De una cuchillada cortaron las riendas del caballo de Sagredo, que furiosamente arrebatado por el animal, iba á salir del límite del campo. Esle lance, previsto por los reglamentos de los duelos, era tenido por un vencimiento, y aquel á quién acaecía debía rendirse prisionero. Viendo el buen Sagredo que su corcel iba á traspasar la línea señalada por gruesas piedras, se tiró al suelo, y aunque por la dificultad del salto ó talvez porque los años le quitaran su agilidad, cayó de rodillas, se defendía gallardamente de dos hombres que le acosaban á caballo. Pero se le rompió la espada, y no teniendo otras armas, ni pudiendo acogerse á los suyos que se hallaban muy distantes, se vió en la precisión de rendirse y retirarse del campo. Se portó sin embargo con tanta honra, que todos le alabaron y sintieron su desgracia. Después de este suceso siguió el combate y pareció que la fortuna se inclinaba hacia los españoles. Muchos franceses habían perdido sus caballos; y aquí es necesario advertir al lector que, á pesar de las antiguas reglas caballerescas, se acostumbraba en semejantes duelos concertar de antemano que podrían ser heridos los caballos, á fin de que la lucha fuese más verdadera imagen de la guerra, en la cual nunca ó muy rara vez se usaba esta cortesía, y para que resaltase mejor la pericia de los combatientes. Después de dos horas de pelea, mandaron los padrinos tocar las trompetas concediendo algunos momentos de descanso.

Todos los españoles estaban aún montados, y en su pelotón sólo faltaba Sagredo. De los franceses, uno solo tuvo que rendirse prisionero, y en esto estaban iguales ambos bandos; pero yacían muertos en el campo siete caballos de los suyos. Bayardo estaba montado todavía. Á la media

hora volvió á trabarse la lucha, y á pesar de los esfuerzos de los españoles, sosteníanse sus enemigos como atrincherados detrás de los cuerpos de sus caballos, por encima de los cuales no quisieron pasar jamás los de sus adversarios, aunque los caballeros les destrozaban los hijares á espolazos. Después de afanarse inútilmente, hicieron los franceses la proposición de concluir la batalla y quedar con igual honor.



CAPÍTULO XVIII.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.—LOS ITALIANOS VAN Á MISA ANTES DEL COMBATE.

La obstinada defensa de los franceses y la dificultad de vencerlos enteramente, agrupados como estaban detrás de los cuerpos de sus caballos, fué causa de que la mayor parte de los españoles se inclinasen á prestar oídos á su propuesta. Pero no cedía Paredes; antes bien gritaba enfurecido á sus compañeros que era una mengua retirarse estando sus contrarios medio vencidos, y terminar la empresa sin que confesaran que los españoles valían más que ellos á pie y á caballo. No teniendo á la sazón más arma que la espada, con la cual no podía llegar á ellos, se encorvaba hasta el suelo y levantando las enormes piedras que señalaban los límites del campo y que con dificultad hubiera podido mover un hombre de fuerzas comunes, las tiraba en medio del escuadrón enemigo. Como era muy fácil esquivar el golpe, se convenció de que por este medio no podía hacerles el menor daño. Volvió á encenderse sin embargo

la pelea y duró hasta que el sol empezó á declinar hacia el occidente: continuaron los franceses su encarnizada defensa hasta el punto en que los pelotones tuvieron que cesar: decretaron los jueces igual el honor de la jornada, dando á los españoles la prez de más valientes, y la de más constantes á los franceses. Los dos prisioneros fueron canjeados; y todos fatigados, anhelantes y cubiertos de polvo, tomaron el camino unos del campo, y los otros de la ciudad.

Cuando llegaron los españoles era ya casi de noche. Echaron pie á tierra en el castillo, presentáronse á Gonzalo y le refirieron lo ocurrido. Amostazóse algún tanto el Gran Capitán y les reprendió porque habiendo comenzado bien no supieron acabar del mismo modo. En esta ocasión se mostró en todo su brillo el noble carácter de don García. Así como en el campo había reconvenido ásperamente á sus compañeros porque dejaban imperfecta su empresa, ahora en presencia de Gonzalo los defendía con ardor, diciendo que habían hecho todo lo posible como hombres de bien que eran y llevado á cabo su propósito que era hacer confesar á los franceses que valían tanto como ellos en la batalla á caballo. Pero Gonzalo no quiso admitir estas excusas y los despidió después de decirles: — *Por mejores os envié yo al campo.*

Volvamos ahora á anudar el hilo de lo que le sucedió la noche anterior á Brancaleone, después de separarse de Íñigo para ir en busca de Fieramosca.

Cuando arribó á la isla de Santa Úrsula, la prisa por llegar que había tenido en el camino se calmó reflexionando de qué manera anunciaría á Héctor la desgracia de Ginebra y la situación en que la había dejado. Subió lentamente la escalera que daba á la esplanada del convento, y coordi-

nando sus ideas se encaminó al monasterio. Pero el discurso que había preparado fué del todo inútil. Al entrar en el dormitorio, vió á Zoraida sentada á la cabecera, que con un dedo le hizo seña de que callase, porque Héctor estaba durmiendo profundamente. Se retiró de puntillas, mientras que levantándose la joven miró un breve rato á Fieramosca; viendo que descansaba tranquilo, salió también con mucho tiento y se reunió con Brancaleone en uno de los aposentos inmediatos.

— Todo va perfectamente, dijo Zoraida : mañana veréis á Héctor como si no hubiera estado enfermo. Pero ¿ dónde está Ginebra? ¿la habéis encontrado?

Cobró aliento Brancaleone al oir las nuevas de Fieramosca, y respondió :

— Ginebra está en la fortaleza y en buenas manos : presto podréis verla; pero decidme ¿ se halla enteramente curado? tenemos que pelear pasado mañana.

— Pues bien, peleará.

Cierta expresión misteriosa que se advertía en las palabras de Zoraida estimuló la curiosidad de Brancaleone, que deseaba saber á punto fijo qué especie de mal tenía su compañero ; díjole la joven que le habían herido levemente en el cuello; pero no quiso mentar el puñal envenenado. Viendo el guerrero poca naturalidad en las explicaciones que le daba Zoraida, volvió á preguntarla, sin que por esto lograse más claros informes.

— Tenemos una fábula en Levante, respondió sonriéndose tristemente, que habla de un león del desierto, al cual salvó la vida un ratón. No quiero deciros más, y contentaos con saber que dentro de pocas horas tendrá el brazo de Héctor tanto vigor como el cuello de un toro salvaje. Por

ahora nada hay que hacer sino dejarle tranquilo; mañana despertará á buena hora para hacer sus preparativos; yo me vuelvo á su lado por si ocurre algo : fiaos de mí que soy maestra en el arte de curar heridas y he tenido entre manos otras mucho más peligrosas.

Conociendo Brancaleone que nada podía hacer con el herido, encargó á Zoraida que así que despertara le tranquilizase con respecto al paradero de Ginebra, le anunciase para el día siguiente el combate y le dijese que volvería hacia el medio día si antes de aquella hora no le hubiese visto en la ciudad : así convenidos, se volvió á Barletta, y antes de ir á su casa quiso entrar en el castillo para saber de Ginebra.

Pero halló la puerta cerrada y alzado el puente levadizo, por lo cual tuvo que diferir para la mañana siguiente sus indagaciones.

Apenas fué de día, corrió allá y se encontró con que habían salido los once guerreros españoles en dirección del campo, seguidos de cuantos pudieron acompañarlos, de manera que había quedado poquísima gente. Subió la escalera sin hallar á quién preguntar; llegó á la puerta del cuarto donde la noche anterior había dejado á Ginebra, y llamó. El padre Mariano, que había pasado allí toda la noche, le abrió, y entrando con él en un aposento inmediato, le refirió lo acaecido.

Tanto más afligido quedó Brancaleone con la triste nueva, cuanto que veía caer aquella desgracia sobre su amigo cabalmente en la ocasión en que menos preparado estaba para resistirla y cuando necesitaba todas sus fuerzas para la próxima batalla : temía que abrumado bajo el peso de tamaña pesadumbre se mostrara inferior á sí mismo en

una prueba tan importante y ardua. Pensó pues en remediar este inconveniente, y concertó con el fraile que ocultarían por todo aquel día la muerte de la joven y que el religioso se encargaría de conducir el cadáver al monasterio, según fuera su voluntad, mientras Héctor estaría ocupado en batallar con sus compañeros. Creyeron que no sería difícil guardar el secreto aquel día estando la fortaleza casi desierta, y dieron noticia de todo á Gonzalo para que concediese los auxilios que serían necesarios para hacer la traslación del cuerpo y los funerales con algún decoro.

Con respecto á Fieramosca, á quien era indispensable dar alguna explicación, convinieron que se le dijese que Ginebra estaba bien, que no podía verla por todo aquel día y que le encargaba se acordase del honor italiano, que pelease con todo el ardimiento que tan alta ocasión exigía, que rogaría á Dios por él y por sus compañeros : todo lo cual podía decírsele sin mentira y sería suficiente para tranquilizarle y hacer que marchase sin zozobra á la batalla.

Terminada de esta manera aquella diligencia importantísima, bajó Brancaleone á la plaza, y entrando en la casa de los Colonna, los encontró á los dos en el patio revistando minuciosamente las armas, las monturas y los caballos de los campeones italianos, para que á la mañana siguiente se hallaran bien dispuestos y no llevasen prenda ninguna en sus arneses que no estuviera probada.

Brancaleone, que tuvo noticia de esta reunión, había enviado á ella sus escuderos y los de Fieramosca con los caballos y las armas. Pero su dueño faltaba, y á las preguntas de los jefes respondían todos diciendo que ni le habían visto, ni sabían de él.

Oyó Próspero Colonna estas nuevas con no poca extra-

ñeza que después se trocó en ira; cuando se presentó Brancaleone le preguntó con severo rostro :

— Y ¿dónde está Fieramosca que no parece?

— Señor excelentísimo, respondió Brancaleone, dentro de breves instantes estará aquí : su tardanza es involuntaria... un negocio imprevisto é importante...

— Y ¿qué cosa puede haber para él de más importancia que el empeño de mañana? No creyera que pudiese tener ahora otros pensamientos.

Fanfula, que recordando las ocurrencias de la noche anterior, deseaba hallar alguna ocasión de hablar de ellas, dijo riendo :

— ¡Vaya! eso será que habrá bailado mucho esta noche, ó hallado algún clavo nuevo para echar fuera el viejo, y ya se sabe que en semejantes casos se hace muy cuesta arriba el madrugar...

— Sí : ¡habrá encontrado un rayo que te confunda! repuso Brancaleone : ¿piensas que todos son tan locos como tú? Os repito, señor excelentísimo, por mi honor, que estará aquí dentro de poco y aun iré yo mismo á buscarle.

Creyó que este partido era el más seguro, pues aun cuando se fiaba de Zoraida, temía que se hubiese atravesado algún obstáculo imprevisto. Encaminóse al puerto para hacer otra vez el viaje de la isla, entró en una barca, y en el momento de separarse de la playa vió salir por detrás del muelle un batel en el cual con grandísima alegría divisó á Héctor, que saltando en tierra se dirigió á él preguntándole :

— ¿Dónde está Ginebra? ¿qué le ha sucedido? Pronto, pronto, vamos á verla.

— Pronto, pronto, á casa de los Colonna es adónde

tenemos que ir : sólo á ti aguardan : Ginebra está buena, y después la verás.

— Bien, me alegro ; pero vamos á verla.

— ¿No te ha dicho Zoraida que mañana es el combate?

— Sí, lo sé ; pero ahora llévame, por amor de Dios, adonde está Ginebra.

— Ahora no puedes verla, ni tampoco en todo el día.

— Pues yo te digo...

— Mira, si no me escuchas ni me dejas hablar, no acabaremos nunca... Has de saber (y todo esto de su parte; no porque yo la haya visto, sino que me han dado un recado suyo para que te lo dijera), has de saber que está buena : la señora Victoria la ha recogido, la ha consolado, prodigándole cuantos auxilios exigía el caso, y nada le falta : te ruega que no tengas por hoy otro pensamiento, ni trates de verla, que te tranquilices, que pelees mañana como quien eres, que pienses en el honor de Italia, en todo lo que otras veces habéis hablado sobre esta materia, y que ella rogará á Dios para que alcancemos la victoria.....

— Pero ¿por qué no he de poder ir á verla?... aquí hay algún misterio.

— Yo te digo que no hay misterio alguno : ni aunque quisiera podría decirte lo que le sucedió ayer, pues tampoco lo sé ; pero debes contentarte por ahora con la seguridad de que se halla en salvo : lo demás lo sabremos después de la batalla, que no es tiempo ahora de pensar en otra cosa... Vamos : el señor Próspero y todos los demás están esperando y han preguntado ya por ti, extrañando mucho que en estos momentos andes tan distraído... ¡Vamos! ¡un poco de resolución! Siempre has sido hombre de pro ¿y es necedad que dejes á un lado tu honra y tu fama de buen soldado?...

— Vamos, sí, vamos, respondió Fieramosca medio amostazado, que no soy caballo que sufra tantos espolazos : te suplicaba el favor de verla un instante : ¿se vendrá abajo el mundo por esto?

— No se vendrá abajo el mundo... pero ¿no has oído que están todos allí haciendo el alarde y que sólo tú faltas? ¿qué quieres que piensen de ti?

— Vaya pues, dijo Fieramosca acelerando el paso (porque todo este diálogo pasó andando lentamente y queriendo el uno ir hacia el castillo y tirándole el otro hacia la casa de los Colonna), vamos, que razón tienes : la obligación y la honra ante todo.

Y mientras caminaban apresurados, le preguntaba Brancaleone :

— Ahora bien ¿cómo te sientes? ¿y la herida?

— No fué nada... ya te contaré después, que ahora no hay tiempo... ¡cuántas diabluras! ¡y la pobre Zoraida!... no ha querido decirme nada; pero yo lo he adivinado perfectamente por lo malo que me sentía... el puñal estaba sin duda envenenado... gran pesar me daría que me hubiese chupado la herida con riesgo de su salud y talvez de su vida... y mucho temo que haya sucedido así. Pero como estaba hecho un tronco, no puedo ahora distinguir si esto es un recuerdo ó algún sueño que he tenido.

— Pero al cabo, te sientes bien.....

— Como si nunca hubiera estado enfermo.

En esto entraron en el patio y se presentaron á Próspero Colonna, que después de reconvenir á Fieramosca por su tardanza, prosiguió atendiendo á su ocupación.

El minucioso cuidado que empleó en la revista hizo que ésta durase algunas horas. Se probaron los caballos; se

ensayó la resistencia de los arneses hasta con golpes de lanza, espada y de maza; se experimentó el filo de las armas ofensivas en madera y hierro y se desecharon las menos perfectas. Hacia el medio día se volvió cada cual á su alojamiento, quedando allí solo Héctor con el pretexto de arreglar algunas particularidades del desafío; pero en realidad con el objeto de que no anduviese libremente por la ciudad. Brancaleone había hablado en secreto con el señor Próspero, dándole noticia de todo y rogándole hiciese lo posible por tener á Fieramosca ocupado durante el resto del día, lo cual cumplió exactamente. Al anochecer, cuando ya no quedaba pretexto razonable para detenerle, le dió suelta : Brancaleone le acompañó hasta su casa entablando conversación sobre el ejercicio de las armas y concertando de qué manera se conducirían á la mañana siguiente con sus enemigos; y logró cautivar tanto su atención, que Héctor no pudo correr con el pensamiento allí donde su corazón le llamara. Al tiempo de cruzar la plaza, llegaba el pelotón de los españoles : acercáronse á ellos y les pidieron nuevas de la jornada.

— Tenaces son por mi vida esos diablos de franceses, dijo Héctor al separarse de su amigo : los españoles han hallado un hueso algo duro de roer.

— Tanto mejor, respondió Brancaleone, así nos las habremos con hombres de pro. Yo confío valer mañana por dos : ¡figúrate lo que dirían los tunantes de los Orsini, si supiesen que salíamos mal! ¡Poquito se reiría el cobardón del conde de Pontigliano!... pero no tendrá ese gusto.

— ¡Oh! no, respondió Fieramosca; y acaso le pese á alguno de esos franceses el haber querido probar los higos de Puglia. En fin, pensemos ahora en descansar algunas

horas, y mañana mostraremos que los pobres italianos, aunque siempre han sido oprimidos y tenidos en poco, á su perverso destino lo deben; pero que, hombre á hombre, ni temen á los franceses ni al mundo entero. Adiós, Brancaleone, prosiguió sonriéndose; ya sé lo que vas á decirme: no tengas miedo; hasta mañana por la noche sólo pensaré en lo que importa; te juro que ahora hierve mi sangre mucho más que el día del reto y que confío en no dejar desairada á la Italia, ni con mengua á mis compañeros.

— Bien seguro estoy de eso, repuso Brancaleone. Hasta mañana.

— Hasta mañana, repitió Fieramosca apretándole la mano; y se separaron.

Antes de subir á su cuarto, quiso Fieramosca dar una ojeada á la cuadra: entró en ella y se puso á acariciar á su buen caballo de batalla con aquel afecto y casi diré amistad que inspira á todo soldado el compañero de sus fatigas y peligros. Pasábale la mano por el cuello y el lomo golpeándole suavemente; y el caballo enderezaba las orejas y jugueteaba haciendo como que iba á morder á su amo.

— Pobre Airón mío, come y mantente alegre mientras puedas, que no estás muy seguro de dormir mañana en esta cama... En cualquier otro empeño llevaría á Bocanegra y no aventuraría tu pellejo; pero en este lance necesito de ti, porque estoy seguro que no darás un tropezón.

Y luego sonriéndose y cogiéndole con ambas manos el hocico, prosiguió:

— También tú eres italiano, y has de ayudar á llevar la cruz.

Viendo después que todo estaba en buena disposición, dijo á su escudero:

— Masuccio, á las cuatro le darás de beber, y después cuanta cebada le quepa en el cuerpo; á las cinco subirás á ponerme el arnés.

Dadas estas órdenes se encaminó á su cuarto, y á los pocos minutos ya había apagado la luz y se hallaba en la cama con el firme propósito de dormir y descansar. Creyó al principio que podría reconciliar el sueño; pero luego le ocurrió una idea y otra y otra, y al cabo de muchas horas de estar acostado no había conseguido cerrar los ojos ni un momento. La aventura de Ginebra, con respecto á la cual se había tranquilizado en parte por las seguridades que le diera Brancaleone, se le presentó en seguida llena de sombras y sospechas, y se agolparon á su imaginación mil inciertos temores. ¿Qué significará tanto misterio? decía entre sí; ¡y ni mañana siquiera he de saberlo! ¿Si tratará de engañarme mi amigo Brancaleone?

— ¡Oh! ¡mengua, mengua! dijo sentándose en su lecho, ¿cómo puede caber en mi corazón tanta vileza?... ¿No soy ya el que antes era? ¿qué diría Ginebra si me viese tan trocado y tan frío en los sentimientos que algún día hicieron circular fuego por mis venas?

Y con estas reflexiones tuvo tanta ira de sí mismo, que se levantó enfurecido y se vistió, pues no siéndole posible dormir, le parecía la cama un potro: salió á la azotea, se sentó como tenía de costumbre en el antepecho debajo de la palmera, y resolvió aguardar allí la aurora que no estaba muy distante.

Apenas reflejaba en el mar la pálida y menguada luna. Á quinientos pasos de distancia sobre la izquierda se alzaba la fortaleza, que, no permitiendo la oscuridad distinguir sus contornos, se percibía como una masa oscura: sólo las

almenas puestas encima de las torres aparecían algo claras en lo alto. Miraba Héctor aquellos muros suspirando, pensando en la que en ellos estaba encerrada y parecíale oir de cuando en cuando el lejano murmullo de un rezo alternado. Pero era tanta la distancia, que no podía decidir si sería realidad ó ilusión : en una ventana había una luz que no desapareció en toda la noche : toda su sangre hubiera dado por no verla, y apartaba de ella los ojos, diciendo : — Loco estoy sin duda cuando me complazco en atormentarme con semejantes ideas. Pero no podía menos de volver á la luz los ojos, y siempre la veía clavada allí.

Con aquella especie de mala fe que muchas veces adopta el hombre consigo mismo cuando le atormenta alguna duda, trató de persuadirse de lo que en lo íntimo de su corazón no creía, esto es, que Ginebra estaba buena, que nada adverso le había sucedido y que todo el misterio que en estas cosas veía, era una vana aprensión suya. Y si tanto trabajaba por engañarse á sí propio, lo hacía conociendo que para volver todos sus pensamientos y todas las virtudes de su ánimo á la batalla, le era indispensable adquirir, si no la certeza, la probabilidad al menos de lo que su raciocinio le mostraba como pura ilusión.

— ¡Oh ! sí, sí, decía meneando la cabeza y pasándose la mano por la frente y los cabellos, como para disipar las ideas que le abrumaban, pensemos en nuestro honor antes que en todo... y talvez mañana á estas horas habré podido ya decirle : *Ginebra, hemos vencido*... ó talvez me habrá visto entrar en Barletta tendido en una camilla y habrá dicho : *Pobre Héctor, has hecho cuanto has podido*... ¿Y si sucediera esto último? Entonces habría muerto como hombre de bien, y ella lloraría mi muerte, porque no que-

rría verme vivo á precio de una vileza; y se llenaría de orgullo al decir: éramos amigos desde la infancia... Sí... pero entre tanto se quedará aquí sola, sin amparo; ni sabe siquiera que su marido se halla en el campo francés, y aunque lo supiera ¿cómo podría presentarse á él al cabo de tanto tiempo?

Ya tenía formada y hasta cierto punto cumplida la intención de recomendarla á Brancaleone; pero reflexionando que también éste podía morir en la pelea, resolvió escribir una carta á Próspero Colonna, disponiendo que los pocos bienes que poseía en Capua, esto es una casa y una corta hacienda, y los arneses y caballos, que valían algunos miles de ducados, todo fuese para María Ginebra Rossi de Monreale. Encendió luz, y en un momento concluyó su escrito: entonces se le ocurrió incluir otro para Ginebra como de despedida, y recomendándole la sarracena Zoraida, con quien tantos motivos de gratitud tenía. Como ya cantaban los gallos, y sus escuderos empezaban á rebullirse en la caballeriza, puso únicamente estos renglones:

« GINEBRA: voy á montar á caballo y no sé si volveré vivo esta noche: si el cielo ha dispuesto otra cosa, confío que después de verter una lágrima por el que desde niño ha sido tu fiel amigo y servidor, te alegrarás de que haya encontrado la muerte más bella y gloriosa que en la imaginación cabe. Disfruta por amor de mí los pocos bienes de mi herencia: sabes que soy libre y que no tengo parientes cercanos. Sólo te recomiendo, y no gastaré para ello muchas palabras, á mi escudero Masuccio, que desde el día en que recibió su herida del hombro en Ofanto, está casi imposibilitado, y si tú no le socorrieras tendría talvez que pedir limosna, lo cual fuera un desdoro para mi memoria.

Otra cosa me queda que decirte. Tu marido se halla á sueldo del duque de Nemours. No tengo tiempo para más : oigo que van á dar la señal en casa de Colonna. Guárdete Dios. Te recomiendo también á Zoraida. — HÉCTOR. »

En efecto se oía ya al trompeta que, disponiéndose á tocar la diana, probaba el clarín sacando de él breves é interrumpidas notas. Cierto murmullo sordo que procedía del piso bajo de la casa y también de las inmediatas, voces confusas y pisadas de hombres y caballos por las calles, indicaban que la mayor parte de los que debían ser actores ó espectadores del hecho de armas habían empezado á ponerse en movimiento : sin embargo, aun no asomaba el alba en el horizonte y una niebla espesa ocultaba las estrellas y condensaba la atmósfera.

Fieramosca, después de cerrar las dos cartas, se asomó á la ventana y vió la niebla que el rayo divergente de la luz que sobre la mesa tenía iluminaba hasta donde podía alcanzar. El feo aspecto del tiempo aumentó el mal humor á que el guerrero estaba de antemano dispuesto : los murciélagos que pasaban con vuelo trémulo y veloz por delante de la ventana atraídos por el resplandor, los centinelas colocados en las torres del castillo, que acercándose la hora de relevar las guardías, daban el alerta con cierto grito lúgubre; todo en fin acrecía la tristeza de aquella hora oprimiendo por un instante el corazón del combatido joven. Pero los pasos graves de dos hombres que entraban en el cuarto, le hicieron levantar la frente y componer la fisonomía con una expresión alegre y atrevida, para que no echasen de ver su estado verdadero.

Presentóse Brancaleone completamente armado aunque sin yelmo, y tras él Masuccio que traía el arnés de Fiera-

mosca. La campana de Santo Domingo hacía ya señal para la misa que debían oir los combatientes antes de marchar al campo.

— Ármate, Héctor, que pronto estarán todos en la iglesia, dijo Brancaleone; y auxiliado de Masuccio, en pocos minutos vistió á su amigo la reluciente y perfecta armadura que usaba en las ocasiones más importantes. Era obra de uno de los primeros artífices de Milán y se ajustaba tan perfectamente á los miembros del caballero y estaba tan maestramente encajada en las junturas, que seguía los contornos del cuerpo sin alterar en ninguna parte su gracia, dejándolo al mismo tiempo del todo libre y suelto para cualquier movimiento. Cuando concluyó de armarse, bajaron juntos siguiéndoles los escuderos con la lanza, el yelmo y el escudo, y trayendo del diestro los caballos : llegaron á Santo Domingo, donde á breve rato estuvieron reunidos los trece campeones con Próspero Colonna y gran turba de pueblo.

Era la iglesia un cuadrilongo de tres naves separadas por columnas y arcos góticos de labor grosera : en medio había un banco suficiente para trece personas, donde estaban los hombres de armas italianos. Iba asomando ya la luz del día; pero aun no tenía la fuerza necesaria para pasar al través de las vidrieras pintadas que cerraban las angostas ventanas, de modo que todo el interior del templo permanecía en completa oscuridad : la rojiza luz de los pocos cirios del altar reflejaba débilmente en las corazas de los guerreros, dejando invisibles casi todas las figuras. Próspero Colonna, armado también de punta en blanco, estaba delante de los otros y tenía á los pies para arrodillarse un almohadón de terciopelo carmesí con la columna bordada

de plata, que le trajeron dos pajes. Salió la misa; decíala fray Mariano. Los espectadores capaces de altos y generosos sentimientos no miraban talvez con indiferencia á los valientes y esforzados jóvenes que humillaban ante el Dios de los ejércitos sus frentes surcadas por el hierro y los trabajos, pidiéndole diese favor á sus espadas para que venciesen á los insolentes que pretendían arrastrar por el lodo el nombre italiano.

Sus actitudes, que por el largo uso de las armas tenían aun en aquel momento cierto aire valentón, expresaban los religiosos sentimientos de su ánimo. En el extremo izquierdo del banco se hallaba Fieramosca inmóvil y cruzados los brazos sobre el pecho. Tenía en frente la puerta de la sacristía que estaban abierta: el entrar y salir de los criados de la iglesia que acudían á sus quehaceres hubiera sido suficiente motivo para distraerle; pero además sobrevino un espectáculo y una conversación, que en aquel momento eran muy propios para fijar dolorosamente sus pensamientos.

Estaba de pie en medio de la sacristía un hombre con una capa remendada, con los cabellos desordenados y con una facha de mal agüero: volvióse hacia un fraile dominico qne rellenaba con su corpulenta humanidad todo un sillón de baqueta colocado entre dos armarios, y le preguntó con voz ronca y áspero tono:

— ¿Cuál sacaré, el de los pobres ó el de los señores?

— ¡Buena pregunta! respondió el fraile, y la única parte de su cuerpo que se movía eran los labios. ¿No sabes que el señor Gonzalo hace el gasto? no se trata de uno de esos hambrones de Barletta, que por no dar una hacha al cura, consienten que los entierren por amor de Dios... De pri-

mera clase, ya lo he dicho cien veces, de primera clase, campanas, túmulo y misa mayor. Estáis hoy más torpes que nunca.

El otro se encogió de hombros, y dirigiéndose hacia uno de los lados de la sacristía, se ocultó de Fieramosca : oyó éste el rumor de una cerradura, luego el de unos pasos que se alejaban : á poco, las mismas pisadas que se iban acercando y el ruido de alguna cosa que venía á rastras : apareció otra vez el mismo individuo tirando tras sí y dejando en medio de la sacristía un ataúd negro con filetes plateados, con una cruz hacia la cabeza, y con una calavera sostenida por dos huesos en forma de aspa, hacia los pies : echó encima un gran paño de terciopelo negro, después de sacudirle bien el polvo. Mientras que el sepulturero desempeñaba su comisión con aquel ademán distraído y de mal humor que muchas veces se observa en los sirvientes de las iglesias, una idea agradable que le ocurrió de pronto le hizo arrugar por medio de una risita el pellejo que le tapaba los huesos de las mejillas.

— ¿Conque esta vez también á mí me darán para beber? ¡Hace tanto tiempo que no tenemos más que pescadores y marineros!... Demos gracias á Dios que de cuando en cuando cae alguno de estos pe..... (volvióse de golpe como temiendo que le oyeran y prosiguió bajando la voz) de estos peces gordos.

— Á cada quisque le llega su San Martín, dijo el fraile cortando en dos pedazos la frase con un bostezo.

— Y puede ser, añadió el sepulturero arreglando el paño mortuorio sobre el ataúd y apartándose para ver si colgaba más de un lado que del otro, puede ser que la bruja de mi mujer haya acertado. Anoche (oidme por gusto) estábamos

acostados hablando de que no cae qué hacer y que el guardapiés y la ropilla que nos compramos con el dinero de la peste están ya hechos girones... Mirad si es verdad. Y así diciendo estiraba la manga sobre el codo, para demostrar la certeza de su aserto. Por último, decíamos que si las cosas seguían así un poco más de tiempo, nos íbamos á morir de hambre. Luego, esta mañana, después de la oración, mientras que me vestía para bajar á la iglesia, me dice : oyes, Rubio, ¿sabes lo que he soñado? Y digo ¿qué has soñado? Y dice : se me figuraba que la cocina del huésped Veneno estaba llena de camas, y el huésped más amarillo que la cera, y en fin que había vuelto la peste, dice, y estábamos como príncipes y tú andabas por Barletta vestido como un caballero... Decid, padre Blas, poca diferencia hay entre la peste y la guerra ¿no es verdad?... acaso antes de la noche (y volvió á bajar la voz, y viendo que nadie le miraba desde la iglesia señaló con el dedo pulgar por encima del hombro hacia los trece jóvenes), en fin, puede ser que alguno de ésos vuelva á su casa entre cuatro...

El fraile, bien sea por distracción ó bien por conservar los derechos de la gerarquía, no se curó de responder, por lo cual se acabó el diálogo. Así que el sepulturero lo dejó todo corriente, desapareció, y se quedó el ataúd en medio de la sacristía. No se le ocurrió á Fieramosca para quién podría servir aquel féretro, y si hubiera concebido alguna sospecha la habría desechado como una locura : con todo, no le fué posible apartar de él los ojos mientras duró la misa. Fijáronse naturalmente sus pensamientos en la idea de que aquel día podía ser el último de su existencia, y volvió con más fervor su espíritu á Dios, pidiéndole otra

vez perdón de sus culpas. Recorrió con la imaginación todo el tiempo transcurrido desde cuando sacó á Ginebra de Santa Cecilia, y le parecía no sentir otro remordimiento que el de no haberle participado que Grajano vivía. Pero tanto de esta falta como de las demás se había confesado la noche antes y creyó estar tranquilo y poder morir sin miedo. Acabóse la misa, salieron los trece en pos de Próspero Colonna, y llegaron á casa de éste, donde se sentaron á la mesa para no ir á pelear en ayunas.

Entre las condiciones estipuladas por ambas partes, había la de que todo hombre de armas que cayese prisionero pudiese rescatarse con armas y caballo mediante el desembolso de cien ducados. Los italianos depositaron el dinero en manos del señor Próspero : dispuso éste que los mil y trescientos ducados se cargasen en varios mulos que salieron delante llevando al campo provisiones y otras cosas que acaso pudieran ser necesarias.

Concluído el almuerzo, fueron todos juntos á la fortaleza, donde el Gran Capitán los aguardaba en el salón del baile: con pocas palabras y faz serena se despidieron de él, que les dijo les aguardaba á cenar habiendo dado órden para el servicio de veinte cubiertos, con la idea de que si los franceses se olvidaban de llevar consigo el precio del rescate, no tuviesen que irse á la cama con la barriga vacía. Bajaron al patio donde estaban aguardando los escuderos puestos en fila con los caballos del diestro. Montaron y echaron á andar de dos en dos, precedidos de los trompetas y acompañados de muchos amigos y de una turba de curiosos.

CAPÍTULO XIX.

LA BATALLA ENTRE ITALIANOS Y FRANCESES.

Á igual distancia de Barletta y del campo francés, donde la llanura empieza á elevarse acercándose á las colinas, se extiende entre algunos montecillos bajos un valle de cerca de trescientos pasos, formado por un aluvión antiguo. El terreno de guijo menudo y arena silícea y afirmado por el tiempo, está limpio de yerbas y arbustos y presenta al casco del caballo un paso cómodo y seguro. Éste era el sitio elegido para el combate. En el día anterior habían trabajado allí algunos hombres para nivelarlo donde hubiese algunas desigualdades: fijáronse los límites con un surco y con gruesas piedras alineadas en derredor; y á la sombra de unas corpulentas encinas que descollaban en el borde de un precipicio se situaron las sillas para los jueces, bajo una especie de tienda de tiras blancas y rojas, atada á las ramas de los árboles. Delante de este tribunal se veían clavadas en el suelo y dispuestas en fila veinte y seis lanzas con

gruesas letras en un cartelón. La curiosidad había traído gran copia de labriegos y señores de lugar, que antes de salir el sol ya habían tomado sitio en las alturas circunvecinas. Los más autorizados estaban sentados en la yerba con los ancianos y las mujeres: los demás, como niños, pobres y jornaleros, se encaramaban en los árboles, dejándose ver aquí y allí entre las hojas, haciendo contrastar con el verde el color de sus caras y vestidos.

Bello espectáculo era (especialmente para el que colocándose en un extremo del campo volviese las espaldas á lo interior de la tierra y el rostro á la marina) aquella escena campestre animada por la muchedumbre, llena de movimiento y vida: á la derecha subían hacia el cielo las grandiosas masas de las encinas, mezclándose con la tinta oscura de sus hojas el verde más vivo y alegre de otros arbolillos menores; en una llanura, más allá de la arboleda, el recinto de Quarato, del cual sólo se veía la puerta defendida por una torre incrustrada en las rocas, á cuyo pie culebrea el camino: en medio del campo, y más allá de la playa del Adriático, la ciudad y el castillo de Barletta y las formas pintadas de los edificios sobre el azul cerúleo del mar: más lejos el puente y la isla de Santa Úrsula, las altas crestas del Gárgano y la línea del horizonte: luego, á la izquierda, las colinas que van elevándose gradualmente; y enfrente del sitio destinado para los jueces, sobre un terreno desigual vestido de fresca yerba, grupos de orgullosas encinas con los troncos vestidos de yedra y en todo el vigor de la más rica vegetación. La niebla que se formara por la noche, rasgándose con la ventolina de la mañana, corría por las regiones superiores del aire trocada en nubes de fantásticas formas, que heridas ya del sol refle-

jaban su dorada lumbre. Otras ráfagas de niebla más densa permanecían todavía ligeramente recostadas en la llanura, semejantes á unas alfombras de blanquísimo algodón. Por encima de las cuales se alzaban acá y acullá grupos de árboles más altos ó las cimas de algunos montecillos. El disco solar, próximo á salir del mar, derramaba en el cielo su luz anaranjada, dejando los objetos terrestres iluminados sólo por el reflejo de la atmósfera. Todos los espectadores tenían vueltos maquinalmente los ojos hacia el punto por donde iba á presentarse. En la última línea del mar apareció por fin de repente una chispa de luz vivísima, creció, adquirió forma, salió majestuoso el sol como un globo de fuego, y difundió un resplandor, que al dar figura y colorido á los objetos, se duplicaba oscilando reflejado en el mar.

Una escuadra de infantería, que acudiera temprano, mantenía el campo libre de gente, la cual andaba dispersa en grupos al rededor, reuniéndose con más frecuencia en los parajes en que muchos vendedores de comestibles y de vino habían puesto sus tiendas, bancos y mesas. Entre ellos estaba el hosterero del Sol, Veneno, á quien el lector conoce ya, y que en uno de los puntos más visibles había plantado su ambulante comercio bajo una barraca de ramaje, á la cual acudieran ya muchos soldados, parroquianos antiguos: tenía á la lumbre dos ó tres sartenes enormes, sobre otros tantos hornillos de hierro portátiles: veíase allí una mesa fabricada con groseras tablas y palos que servían de pies, y cubierta de cestas de pescados, alcachofas, hortalizas y fruta de sartén. Tenía puestos dos delantales y gorro blanco, las mangas de la camisa remangadas hasta los hombros, el bote de la harina debajo del brazo, en una mano el plato de lo que iba á freir, en la otra las tenazas para cogerlo, y se

atrafagaba por disponer aquel manjar tan del gusto de los italianos meridionales, sin dejar un momento de charlar, reir, preguntar y responder á todos á una, interrumpiendo de cuando en cuando su eterno diálogo, ó para cantar la *bella Francisquita*, ó para gritar á pulmón herido: ¡Ay qué sardina! ¡y qué sardina! ¡vivita, acabada de salir! ¡Ó no tenéis ojos, ó no tenéis dinero! y otras excitaciones semejantes que se oían á media milla de distancia.

Un murmullo más fuerte de la turba que ocupaba los sitios más altos, hizo volver todas las caras hacia un lado, y de boca en boca llegó la noticia de que ya se divisaba el pelotón francés. Pocos minutos después se presentó en la revuelta de un camino que salía por detrás de un montecillo: se fué acercando é hizo alto formando en batalla en la parte superior del campo, dando el frente al mar. Echaron pie á tierra los guerreros, y hasta ciento cincuenta compañeros y amigos que venían con ellos; dejaron á sus escuderos los caballos, se dirigièron al sitio de los jueces y se dispersaron entre las encinas, aguardando la venida de los italianos.

Una nube de polvo, en la cual se podía distinguir el brillo de las armas, y que avanzaba por el camino de Barletta, manifestó que no se hacían aguardar demasiado. Las turbas, dispersas hasta entonces, se agruparon en los límites de la liza, procurando cada cual ponerse en primera fila, aunque la tropa encargada del buen orden, con los buenos modos que ha usado siempre en tales casos la soldadesca, procuraba echar á la espalda la oleada que se le venía encima, dando golpes en el suelo ó en las puntas de los pies con los cuentos de las picas y partesanas.

Llegaron los italianos, detuviéronse en frente de sus ad-

versarios en igual orden que aquéllos, y echando pie á tierra se dirigieron también al altillo de las encinas.

Después de mutuas salutaciones y cumplimientos, abocáronse Próspero y Bayardo, que eran los dos padrinos, y decidieron que ante todo se debían sacar por suerte los jueces.

Maravilla causará por cierto al lector el no hallar entre los combatientes al famoso Bayardo en ocasión tan importante y el verle desempeñar las funciones de padrino : diré sobre esto que no ha sido menor mi sorpresa, y que no he podido formar otra conjetura que la de suponer que alguna herida abierta todavía le impidiese manejar las armas, ó que talvez la cuartana que estaba padeciendo entonces, disminuyese sus fuerzas : sea lo que fuere, lo que niuguna duda tiene es que no se hallaba en el número de los campeones.

Escribiéronse los nombres de algunos jefes de los dos ejércitos, franceses é italianos en número igual; rotuladas las cédulas y echadas en un yelmo, cupo la suerte á Fabricio Colonna, Obigni, y Diego García de Paredes, que sentándose en el sitio destinado para ellos, abrieron sobre una mesa el libro de los Evangelios, y recibieron de los veinte y seis guerreros el juramento de no usar fraudes en el combate, de no llevar encantos en sus cuerpos ni en sus armas, y de entrar en la pelea valiéndose tan sólo de su esfuerzo y de los recursos naturales. Leyéronse de nuevo en alta voz las condiciones del rescate; y un italiano, vaciando sobre la mesa el saco del dinero, contó las monedas y las entregó á los jueces. Todos aguardaban que los franceses harían otro tanto : viendo Próspero Colonna que ninguno lo traía, les dijo lo más modestamente que pudo :

— ¿Y vuestro dinero, señores?

Acercóse La Motte, y respondió sonriéndose:

— Señor Próspero, el que ahí tenéis será suficiente.

Amostazado el barón romano por tan importuna baladronada, repuso conteniéndose cuanto le fué posible:



— Antes de vender la piel, es preciso matar el oso. Pero no importa; aunque estaba tratado que se traería aquí el rescate, no por eso pondremos obstáculo á la batalla. Señores,

añadió volviéndose á los suyos; ya lo escuchasteis: este caballero da el asunto por concluído: á vosotros toca probarle su error.

Inútil será decir que estas despreciadoras bravatas enardecieron la sangre de los italianos; sin embargo, ninguno respondió ni á La Motte ni á Colonna, y se contentaron con hacer algún gesto ó dirigir al francés alguna mirada fulminante.

Terminados estos preliminares, despidieron los jueces á entrambos pelotones, concediéndoles media hora para disponerse: pasada ésta, un trompeta que estaba á caballo debajo de las encinas, junto á los jueces, daría tres toques de clarín, señal de acometida.

Volviendo á sus caballos, montaron los guerreros, colocándose en fila á cuatro pasos de distancia unos de otros: Colonna y Bayardo revistaron de nuevo las barbadas, las cinchas, las correas y hevillas de las armaduras: si había en el campo ojos ejercitados en este examen, eran sin duda los suyos.

Concluída esta operación, detuvo Próspero el caballo en medio de la fila, y dijo en alta voz:

— ¡Caballeros! no creáis que voy á deciros ni una sola palabra dirigida á amonestaros que peléis como hombres de pro: entre vosotros veo lombardos, napolitanos, romanos, sicilianos. ¿No sois todos hijos de Italia? ¿no se repartirá entre todos el honor de la victoria? ¿no tenéis delante á unos extranjeros que apellidan cobardes á los italianos? Sólo os diré una cosa: mirad allí ése traidor infame, ese Grajano de Asti. ¡Él entra en la liza para mantener el baldón en la cabeza de sus compañeros!... ¿me entendéis?... que no salga con vida de este campo.

Fieramosca, què estaba al lado de Brancaleone, dijo á éste en voz baja :

— ¡Ah! ¡si el voto no me atara las manos!...

— Déjame hacer á mí, que no tengo votos, respondió Brancaleone; bien sé dónde le he de dar que le duela.

El día en que después de oir las aventuras de su amigo, vió que matando á Grajano desaparecería el único obstáculo que entre aquél y Ginebra se levantaba, nació en su corazón el deseo de acabar con el guerrero renegado. Al saber después que se hallaba en el número de los campeones franceses, conoció que no le faltaría ocasión, y bien recordará el lector los informes que estuvo tomando mientras el caballero de Asti se ponía la armadura para entrar en la justa. La inopinada muerte de Ginebra destruía ya su primer pensamiento; mas, lejos de abandonar por esto su designio, creció el anhelo de llevarlo á cabo con las palabras del señor Próspero, á quien como jefe del bando de Colonna, obedecía ciegamente en todo.

Habíanse retirado en tanto los dos padrinos á sus puestos : Bayardo junto á los jueces, y Colonna bajo las encinas. El último, enteramente armado, pero sin yelmo, montado en un gran caballo negro cubierto de una gualdrapa carmesí bordada de oro, levantaba su frente grave y altiva hacia los suyos aguardando silencioso el son de la trompeta. Tenía á su lado un paje, apuesto joven de diez y seis años, vestido con una ropilla de paño azul turquí y calzones color de carmín, y varios jefes del ejército en diversas posturas que á pesar de su inmovilidad mostraban cierta energía y marcialidad en sus continentes. Á medida que se acercaba el instante crítico iban quedándose silenciosas las turbas de espectadores : sólo se oía algún monosílabo murmurado en

voz baja, y en esta quietud que daba á la reunión un aspecto grave y solemne, resonaba de cuando en cuando el relincho de los caballos, que contenidos á pie firme y bien comidos no podían guardar la alineación, tascaban los dorados frenos, los cubrían de espumarajo, arqueaban los cuellos y las colas, y se ponían de manos bufando, dilatando las sanguinosas narices y arrojando chispas por los ojos.

Difícil es en nuestros días formar idea del marcial aspecto de un hombre de armas de aquel tiempo, enteramente cubierto de hierro juntamente con su caballo. Cada jinete, calada la visera, encerrado en su arnés, con el escudo al pecho y la lanza en la cuja, oprimía una silla cuyos arzones ferrados se alzaban por delante y por detrás haciendo casi imposible la caída: incrustado de esta manera y apretando las rodillas estaba en extremo adherido al caballo, y le comunicaba todos sus movimientos con aquella unidad que enlazaría sin duda las dos naturalezas del centauro.

Los caballos tenían defendidas las partes anteriores y laterales de la cabeza con una guarnición de hierro, en la cual sólo había dos agujeros para los ojos: en medio de la frente una punta: el cuello, los brazuelos y el pecho cubiertos también de láminas sobrepuestas á guisa de escamas y flexibles para dejar libres todos los movimientos; y un arnés de la misma hechura les resguardaba la grupa y los hijares, dejando sólo descubierto el sitio en que hiere el acicate. Las bellas formas de los nobles animales quedaban desfiguradas con aquel caparazón, y de piernas arriba parecían otros tantos rinocerontes. Al verlos parados, se hubiera creído imposible que se movieran, no que corriesen; pero una indicación de la brida ó con el carcañal del caballero los encontraba ágiles y prontos cual si estuvieran desnudos;

tanta era la maestría de la construcción de aquellas armas.

Además de la espada, de la lanza y del puñal que cada hombre llevaba sobre su persona, traía colgada del arzón una maza de acero; los italianos tenían mucha reputación en el manejo de esta arma. El modo de adornarse era vario, según el capricho de cada cual : en las cimeras de los yelmos ondeaban plumas de varios colores, dispuestas generalmente al rededor de un largo penacho formado con la cola del pavo real. Algunos en vez de plumas gastaban listones de tela recortada, llamados por los franceses *lambrequins*. Quién vestía sobrevesta, quién banda, quién, por tener una armadura rica y bien trabajada, la lucía descubierta : también los caballos llevaban en la cabeza plumas ú otros adornos, y las bridas eran anchas, festoneadas y de varios colores y llamaban la atención á veces por el valor de sus bordados. Además de la empresa que cada uno tenía pintada en su escudo, los italianos habían mandado escribir en los suyos varios motes acomodados á la ocasión. El de Fieramosca, por citar uno, decía : *Quid possit poteat saltem nunc ifala virtus* (1).

Presentóse un heraldo en medio del campo y publicó en voz alta que nadie fuera osado á favorecer ni perjudicar á ninguna de las dos partes ni con hechos, ni con voces, n con gestos : en seguida se colocó detrás de los asientos de los jueces. Dió el trompeta el primer toque : dió el segundo... se hubiera oído volar una mosca... dió el tercero, y con simultáneo movimiento aflojaron las riendas los caballeros, se encorvaron sobre los cuellos de sus bridones, y menudeando espolazos que les levantaban en peso, se lan-

(1) Muestre al menos en este día, lo que puede el valor italiano.

zaron, primero á saltos, luego á carrera tendida, unos contra otros, rompiendo en el grito de ¡viva Italia! por una parte y de ¡viva Francia! por la otra. Tenían que correr unos ciento y cincuenta pasos hasta encontrarse. Alzóse poco á poco la polvareda, creció, se hizo más densa, los envolvió antes de alcanzarse, y los ocultó enteramente como una nube cuando chocaron, topándose los caballos frente contra frente, rompiendo los jinetes sus lanzas en los escudos y corazas de sus contrarios, con el mismo fragor que produce un montón de peñascos que se desploma desde una montaña, primero sin obstáculos, y que luego hallando una selva, rompe, arranca, troncha cuanto encuentra. De este modo, perdieron los espectadores la vista de la primera acometida, y en aquella amalgama confusa y polvorosa de hombres y caballos apenas podían distinguir el relampagueo de las armas heridas por el sol, y algún pedazo de plumaje que la furia de las cuchilladas cortara y que después de revolotear en aquel torbellino, se alejaba impelido por el viento. Retumbó el fracaso en los valles del contorno: descargó Diego García su puño sobre el muslo, descubriendo su despecho porque no se hallaba en medio de la pelea: éste fué el único gesto que se notó entre tantos espectadores atónitos é inmóviles.

Permaneció reunido por algunos segundos aquel grupo de batalla, y cierto relumbrar más sutil que se divisaba aquí y allí entre el polvo, mostró que los caballeros habían puesto mano á las espadas: oíase un choque de aceros, un martilleo tan acompasado como si en aquel recinto hubiesen estado trabajando diez pares de ayunques. Todo aquel pelotón lleno de luz vivísima y por decirlo así bulliciosa, tenía cierta semejanza con una máquina de fuego artificial

velada en parte por el humo, tan complicado y rápido era el estrecharse, el volverse, el abrirse de las filas.

Tanto había crecido entre los espectadores el ansia de ver y de saber quién llevaría la prez primera, que estaban ya por prorrumpir en gritos y oíase un murmullo siempre mayor, que fué sofocado tanto por los gestos de los heraldos, como por ver salir fuera de aquella masa un caballo suelto, de tal manera cubierto de polvo que ni siquiera podía columbrarse el color de la silla. Corriendo por el campo á medio galope, arrastraba entre las piernas la brida medio rota, y poniendo sobre las riendas ora la una ora la otra mano, daba sendos tirones al freno que le hacían bajar la cabeza y le ponían en riesgo de caer : una ancha herida que traía en las costillas detrás del brazuelo brotaba sangre á borbotón : á los pocos pasos cayó el animal de rodillas y luego vino redondo al suelo. Era de la parte francesa.

Apareados en tanto los hombres de armas, combatían con las espadas : cada pareja daba y paraba grandísimos golpes, y dando vueltas alternativamente el uno al rededor del otro adversario, iban ensanchando la refriega, que al primer empuje apareció cerrada. El polvo, desvanecido por el viento, no quitaba ya la vista de los combatientes : los espectadores conocieron que el hombre desarzonado era Martellin de Lambris. Por desgracia del francés, el que le tocó en frente fué Fanfula, que con su furia descomunal en que había tanto valor como pericia, le hirió en la visera con la lanza, empujándole en toda la longitud de ella hasta hacerle probar si estaba muy dura la tierra : así que le vió tendido, gritó : ¡ Ya va uno ! En seguida, mirando cerca de sí á La Motte, que en el choque con Fieramosca había perdido un estribo, prosiguió : — ¡ No será suficiente el dinero !

¡hay poca moneda!..... Y cuando se ensanchó el grupo, dijo al vencido : — Eres mi prisionero. Pero, levantándose el otro, le respondió con una estocada que fué á resbalar en la luciente coraza de Fanfula : no había trascurrido un segundo, cuando ya la espada de éste caía á dos manos sobre el yelmo de su contrario, el cual aturdido todavía del primer choque apenas podía tenerse en pie : descargóle Fanfula otra y otra y otra, y cada vez repetía gritando : ¡ hay poca moneda ! ¡hay poca ! ¡hay poca! y el esfuerzo del fendiente le hacía pronunciar la palabra con aquella especie de apoyatura que oimos salir del pecho de los que parten leña al descargar la destral.

No pudo el francés guarecerse de aquella granizada, á pesar de sus esfuerzos : volvió á caer medio atolondrado, pero no quería rendirse ; amostazado Fanfula le dió el postrer golpe aprovechando el momento en que Martellin procuraba ponerse de rodillas, y le tendió inmóvil en la arena, diciéndole :

— ¿Estás ahora satisfecho?

Viendo Bayardo que aquel hombre se exponía á morir inútilmente, envió un rey de armas, el cual echó su bastón entre los dos guerreros y gritó : — *Martellin de Lambris, prisonnier*. Acudieron algunos hombres que le ayudaron á levantar y le trajeron á la presencia del señor Próspero.

— ¡Bendiga Dios tus manos! dijo éste en voz alta al vencedor.

Y entregó á sus sargentos el barón francés que no quiso dejarse quitar el casco, se tendió al pie de una encina y allí permaneció mudo é inmóvil.

Había vuelto grupa Fanfula y puesto el caballo á medio galope para meterse en la refriega : miró en torno para

descubrir en dónde sería útil su auxilio y andaba haciendo molinetes al aire con su espada como por juego, ejercicio en el cual tenía la mano más expedita y diestra de todo el ejército. Dando una ojeada general á la escaramuza, conoció que la fortuna no se inclinaba al lado de los enemigos y que los hombres de armas italianos cumplían perfectamente con su deber : entonces levantó más fuerte que nunca su voz, llamando á La Motte y repitiendo su dicho de : *¡hay poca moneda!* y acomodaba estas tres palabras á la tonada de una canción que entonces iban cantando los ciegos por las calles : de manera que su elevada posición á caballo, aquel admirable manejo de la espada y el metal de su voz, todo junto, comunicaba á su canticio un no sé qué tan particular que hasta la grave fisonomía de Colonna tuvo que ceder á la influencia de la risa.

Durante el tiempo empleado en conseguir esta primera victoria, había logrado Héctor hacer perder un estribo á La Motte; pero no consiguió desarzonarle. Era hombre de más fuerzas y de mayor habilidad que el prisionero de Fanfula. Estimulado Fieramosca por la honra que éste reportara, empezó á trabajar con su espada de manera que el despreciador de los italianos apenas podía hacerle frente. Recordó nuestro héroe las injurias que su antagonista profirió en la cena, cuando dijo que un hombre de armas francés no se dignaría tener á un italiano por mozo de caballeriza, y mientras menudeaba estocadas y fendientes haciendo saltar los clavos del arnés de su enemigo y tal vez hiriéndole, le decía con escarnio :

— ¡Sabemos al menos manejar la almohaza! Defiéndete, que ahora se trata de menear los puños y no de charlar.

No pudiendo el otro soportar la mofa, le dirigió un tajo á la

cabeza con tal furia, que por no serle posible á Héctor oponer el escudo, probó á pararlo con la espada; pero ésta no resistió y se hizo pedazos, mientras que la del francés, cayendo en el collarín de la coraza lo cortó, causando una herida en el hombro por encima de la clavícula. No aguardó Fieramosca el segundo : metióse por debajo y abrazó á su contrario para echarlo al suelo : el otro había dejado la espada pendiente de los cordones y procuraba coger el estribo. Esto quería Fieramosca; desasiéndose de él antes de que pudiese cobrar la espada, dió de espuela á su caballo, lo desvió hacia un lado y tuvo lugar de coger la maza que colgaba del arzón, y con ella en la mano se lanzó sobre su contrario.

El excelente bridón de Fieramosca, amaestrado en todo género de batalla, sintió la brida y el acicate y empezó á ponerse de manos como un carnero que se dispone á topar, pero sin apartarse tanto de su enemigo que no pudiera alcanzarle su amo. Viéndole trabajar con aquella inteligencia, pensaba Héctor : ¡Bien hice en traerte conmigo! Y tan perfectamente manejó la maza, que al cabo recobró sobre el francés la ventaja que había perdido.

La lucha de estos dos antagonistas, que eran tenidos por los mejores de ambas partes, si no decidía enteramente la pelea, podía al menos decidir la prez. Doble mengua hubiera sido para La Motte el quedar vencido, después de manifestar tanto desprecio á sus enemigos, y doble gloria para Fieramosca el arrebatarle el triunfo. Conociendo sus compañeros que era muy apto para aquella empresa, se guardaban de tomar parte en ella : también los franceses se guardaron de ayudar á su campeón, para que nunca se dijera que después de tantas bravatas no había podido re-

sistir á un solo hombre. Por esto, casi sin repararlo, dejaron todos de combatir por un momento, clavando los ojos en los dos guerreros. Las ideas que hemos apuntado produjeron en éstos un empeño imponderable de vencer, y peleaban con tal encarnizamiento, con tanto cuidado de no cometer un yerro, con tanto tino en aprovechar las ventajas, que su lucha podía llamarse un modelo del arte caballeresca.

Diego García de Paredes, que había pasado su vida entera entre las armas, maravillado también á vista de batalla tan maestra y no pudiendo resistir á sus interiores impulsos, se había puesto en pie y acercádose al límite del precipicio que dominaba el campo, desde donde los estaba mirando ávidamente. Visto de lejos, con aquel tronco gigantesco sostenido por dos piernas hercúleas y con los brazos naturalmente caídos, parecía inmóvil como una estatua; pero la contracción de sus músculos debajo de la ajustada vestimenta de piel de gamuza, el apretar de los puños y más que todo el chispear de los ojos, claramente mostraban á los que cerca tenía, cuánto le hervía interiormente la sangre, cuánto le mortificaba el no poder ser allí sino mero espectador.

Las consideraciones que los demás tuvieron presentes para no estorbar aquella pelea, ó no se ocurrieron á Fanfula, ó no se curó de ellas: al separarse del señor Próspero, venía corriendo por el campo: aguijó el caballo, y con la espada levantada cerró contra La Motte. Vió Héctor su acción y le gritó: ¡atrás! pero no siendo esto suficiente, cruzó su caballo delante del de aquel calaverón, y con el mango de la maza le dió de revés un golpe en el pecho que por fuerza le hizo detener la brida.

— Para éste de nadie necesito, le gritó amosfazado.

Todos alabaron su cortés proceder con La Motte, menos Fanfula, que prorrumpiendo en una de aquellas exclamaciones italianas que no es posible escribir, dijo entre risueño y colérico :

— ¡ Tienes la lengua en las manos !

Torció el caballo, y metiéndose como un loco entre los enemigos, los desconcertó sin acometer á ninguno en particular, y terminando de esta manera aquel momento de inacción, se renovó más ardiente que nunca la refriega.

Firme Brancaleone en su propósito, desde el principio había corrido la lanza con Grajano de Asti, y la fortuna se había mostrado igual para los dos. Al valerse de la espada se mantuvieron también sin ventaja decisiva por ninguno de ellos. Brancaleone era talvez superior á su enemigo tanto en robustez como en maestría; pero el piamontés sabía aprovechar muy bien el tiempo, y cualquiera perito en el arte de esgrimir las armas conocerá cuán útil es esta ventaja.

Entre los combatientes de las otras parejas, la victoria continuaba indecisa : y aunque sólo hacía hora y media que duraba la pelea, tan obstinada y ardiente había sido, que fácilmente podía conocerse que hombres y caballos necesitaban un breve resuello que les fué concedido por los jueces de común acuerdo. Dió el clarín la señal, y entrando en medio los reyes de armas separaron á los combatientes.

Sonó entre las turbas que circundaban el campo aquel murmullo que nace instantáneo en nuestros teatros al caer el telón después de un espectáculo que ha cautivado la atención general. Volviendo los caballeros á la formación

primera, echaron pie á tierra : quién se quitaba el yelmo para refrescar la frente y limpiarse el sudor; quién, hallando estropeado su arnés ó la montura del caballo, se ingeniaba en componerla. Los caballos, meneando la cabeza y las quijadas, procuraban hallar alivio al dolor ocasionado por el freno; y no sintiendo ya el jinete en la silla, se plantaban en las cuatro patas y con la cabeza baja daban una trémula y prolongada sacudida haciendo resonar sus armaduras. Los vendedores del contorno, que encontraban sus pulmones descansados, levantaron más fuerte el grito, y los padrinos vinieron en sus caballos á mezclarse con sus guerreros.

Por la rendición de uno de los franceses y por hallarse los demás maltratados, y heridos casi todos, juzgaron los espectadores que los italianos llevaban la mejor de la lucha, y entre los que habían apostado por una y otra parte, los que iban en favor de los primeros empezaban á dudar y á amostazarse. Demasiada experiencia de semejantes combates tenía el buen Bayardo para que desconociese que las cosas se ponían mal para los suyos. Esforzándose en disimular esta sospecha, los animaba, los disponía en buen orden y recordaba á cada cual las reglas del arte y el modo de herir y defenderse.

Próspero Colonna, que veía que los suyos tenían menos necesidad de descanso por hallarse menos maltratados que los enemigos, pidió á la media hora que se renovase la pelea : los jueces mandaron hacer la señal. Estimulados nuevamente los caballos por el acicate, aunque todavía jadeaban, levantaron las cabezas y se lanzaron otra vez unos contra otros. Ahora debía decidirse en breve la victoria : restablecióse el silencio y la inmovilidad de los espectado-

res, y creció la furia y el encarnizamiento en los combatientes. Las galas, las plumas, los adornos, habían volado ya en giras y pedazos, ó estaban manchados de polvo y de sangre. De un costado de Fieramosca pendía cortada por un fendiente su banda azul, el yelmo estaba desnudo; pero él, aunque tenía una herida ligera en el cuello, se sentía con vigor y acosaba á La Motte, con el cual había chocado otra vez; Fanfula peleaba con Guignes; Brancaleone seguía su batalla contra Grajano, buscando ocasión de herirle en el yelmo; y los demás compañeros, desparramados aquí y allí por el campo, daban vueltas apareados con los franceses, peleando la mayor parte con la maza, y estrechándolos de una manera admirable.

Levantóse de repente un grito entre los espectadores todos, y hasta los combatientes, volviéndose para saber la causa, vieron que la refriega entre Brancaleone y Grajano se había concluído. Encorvado éste sobre el cuello de su caballo, con el yelmo y el cráneo abiertos de través, perdía á chorros la sangre que salía por lo agujeros de la visera y corría por las armas y por las piernas del bridón, que estampaba las huellas sanguinosas. Cayó al suelo por fin, y resonó su caída como la de un saco lleno de herraje. Alzó Brancaleone la maza ensangrentada blandiéndola por encima de la cabeza, y gritó con voz varonil y terrible :

— ¡Viva Italia! ¡y mueran así los traidores renegados! Y lleno de soberbia se lanzó entre los enemigos que aun se defendían. Pero poco duró ya la resistencia. La caída de Grajano inclinó al parecer el peso de la balanza. Irritado Fieramosca por la obstinada y larga defensa de La Motte, redobló con tanta rapidez la fuerza de los golpes, que lo desconcertó, lo aturdió, y le hirió en el cuello de tal ma-

nera, que le hizo doblegarse atolondrado sobre el arzón delantero, y perder casi de vista los objetos.

Antes de que se enderezase, Fieramosca que se hallaba á la derecha echó su escudo á la espalda, lo sujetó con la mano izquierda á las correas que sostienen en el hombro el peto de la coraza, y apretando las piernas dió de espuela á su caballo. Lanzóse éste con ímpetu hacia adelante, y el caballero francés salió violentamente de la silla. Cuando estuvo tendido en el suelo, Fieramosca, que había aprovechado el tiempo echando también pie á tierra, se tiró á él con la daga desenvainada, y apuntándosela á los ojos de modo que casi le tocaba la frente, le gritó : ¡Ríndete, ó eres muerto ! El barón, que aun estaba casi sin sentido, no respondía, y este silencio podía costarle la vida; pero Bayardo se la salvó declarándole prisionero.

Después que sus escuderos sacaron de allí á La Motte y lo entregaron á Colonna, volvióse Fieramosca para montar otra vez, pero había desaparecido el caballo; dirigió la vista hacia la batalla y reparó que Giraud de Forses, que perdiera el suyo, se lo había llevado y estaba entre los franceses resistiendo todavía á los hombres de armas enemigos. Conoció el buen Héctor que solo y á pie no podía recobrar su caballo ; pero como lo había criado y enseñado por su mano, acostumbrándolo también á seguirle á la voz, no se aturdió : llegóse tan cerca como le era dable, y empezó á llamarle dando golpes en el suelo con el pie, como solía cuando iba á darle pienso. Echó á andar el animal para buscar á su amo, y tratando el jinete de contenerle, empezó á ponerse de manos, luego á dar botes, y sin que el otro pudiese hacerse obedecer, le llevó á pesar suyo en medio de los italianos, que rodeándole le cogieron prisione-

ro sin valerse de las armas. Maldiciendo su fortuna dejó el caballo, en el cual volvió á montar Fieramosca; pero éste le entregó por la punta la espada que le quitaron, y dijo:

— Anda con Dios, hermano: toma tus armas y vuélvete con los tuyos, que nosotros hacemos los prisioneros á fuerza de puños y no por artes de titiriteros.

El francés, que no aguardaba esto, quedó en extremo maravillado. Recapacitó un momento, y respondió en seguida:

— Si no me rindo á vuestras armas, me rindo á vuestra cortesía. Y tomando la espada por la mitad de la hoja, fué á dejarla en el suelo delante del señor Próspero. Todos los que alabaron la generosa acción de Fieramosca, confesaron que también el francés había hablado y obrado como buen caballero. Por esta razón, él fué el único que salió libre sin rescate.

En el pelotón francés faltaban ya cuatro de sus mejores espadas, mientras que los trece hombres italianos continuaban todos á caballo: fácil era conocer el término que tendría la lucha. Sin embargo, los franceses desmontados, que eran cinco, formaron un grupo, poniéndose á los dos lados los cuatro que permanecían á caballo: en este orden se dispusieron á resistir aún á los enemigos, los cuales reuniéndose por tercera vez en batalla, cayeron á una sobre aquéllos.

Nadie creyó que pudieran rechazarlos; pero, admirando la constancia y la pericia de aquella aguerrida gente, creció en los espectadores la ansiosa curiosidad de ver el éxito de su postrer esfuerzo; y algunos sentían que unos hombres de tanto valor se expusieran á un trance tan desigual con gravísimo peligro de sus vidas. Mas no por esto temían los

franceses : magullados, heridos, cubiertos de polvo y sangre, ofrecían un espectáculo honroso á la par que fiero, pues tenían corazón para aguardar el choque de tantos caballos, que al parecer debían aplastarlos. Arrancaron por último los italianos, aunque ya no con la celeridad primera, pues no lo permitía el cansancio de los caballos, muchos de los cuales por las violentas sacudidas de los frenos tenían cubierta la boca de ensangrentada espuma. Los caballeros alzaron más fuerte el grito de : ¡ viva Italia ! y á pesar del estímulo de la espuela no pudieron llegar á sus enemigos sino á un galope grave y sonoro. Tal fué el ansia que en aquel momento se apoderó de los espectadores, que, olvidadas ya las leyes en el principio de la lucha promulgadas, se fué estrechando progresivamente el círculo que cerraba el palenque. Los hombres de armas que cuidaban de mantener el orden, más curiosos aún que los demás, siguieron también el movimiento concéntrico, como vemos comunmente cuando sale el toro á la plaza : al principio está cada cual quieto en su puesto ; pero así que un perro hace presa en una oreja, y viene luego otro y consiguen detener á la fiera, nadie puede resistir, crecen los gritos y el alboroto, se trastorna el orden, y todos salen á la arena para ver mejor.

En medio de la fila de los italianos se había colocado esta vez Fieramosca, que tenía el mejor caballo, y á sus dos lados gradualmente los que lo conservaban menos cansado ó más ágil : así que, al levantarse contra los enemigos, el centro salió más adelante, figurando un ángulo cuyo vértice era Héctor. Sostuvieron este orden tan perfectamente, que forzaron la línea de los franceses sin que éstos pudieran evitarlo. En este instante se trabó nueva

lucha, más terrible que nunca : al número, al valor, á la pericia de los italianos, oponían los otros esfuerzos sobrehumanos, desesperación, rabia por el deshonor inminente é inevitable : entre un torbellino de polvo caían los infelices franceses ensangrentados bajo las patas de los caballos, se levantaban agarrándose á los estribos, á las bridas de los vencedores, volvían á caer maltratados, magullados, rodando unos sobre otros, medio desarmados, con los arneses rotos, y procurando con todo defenderse, recogiendo del suelo pedazos de espadas, astillas de lanzas y hasta piedras para retardar su vencimiento.

Héctor fué el primero que alzó la voz diciéndoles que abandonasen la empresa y se rindieran prisioneros; apenas era oído en aquel estruendo, ó si le oían, se negaban con los hechos, sufriendo mudos aquellos horribles golpes, y ebrios de furor seguían su admirable defensa. De los cuatro que aun estaban á caballo al principio del último encuentro, uno había caído ya y peleaba á pie; á los otros dos les habían muerto los caballos : el cuarto era prisionero.

Imposible fuera describir todos los extraños accidentes, los hechos desesperados que ocurrieron en aquellos últimos momentos, de los cuales conservaron los espectadores por muchos años una memoria de asombro y de horror.

De Liaye (citaremos uno) asió con las dos manos el freno del caballo de Capoccio, probando á romperlo ó arrancarlo de la brida : el caballo le cogió debajo y le pisoteó sin que soltara la presa el francés, que de este modo fué arrastrando por el campo y llevado delante de Colonna : muchos esfuerzos se necesitaron para hacerle abrir las manos y ponerle entre los prisioneros, tan fuera de sí

estaba. Por último, los mismos campeones italianos consideraron que era cosa muy cruel el seguir semejante batalla : el grito de Fieramosca fué imitado por los demás, y todos á una, retirando las armas, decían á los pocos que aun quedaban : — ¡Prisioneros! ¡prisioneros!

Empezó en el pueblo un murmullo, y sin que sirviese la oposición de los heraldos se oyeron voces tumultuosas pidiendo que terminase el combate y se dejase con vida á los franceses : rota ya la valla, se había agrupado la turba al rededor de los combatientes, que se miraban encerrados en un círculo de treinta ó cuarenta pasos de diámetro : unos gritaban, otros agitaban en el aire sus pañuelos y sombreros, creyendo suspender así la batalla; éstos se volvían á los jueces, aquéllos á los padrinos. Abriéndose paso el señor Próspero, se acercó y levantó la voz y el bastón para hacer seña á los franceses que se rindieran : el mismo Bayardo, aunque se dolía de la suerte infeliz de los suyos, viendo que era ya inútil prolongar su defensa y harto duro el malgastar la sangre y las vidas de aquellos valientes, les gritaba que se dieran prisioneros; pero ni su voz ni la de los demás era escuchada de los vencidos, que no conservaban ni figuras de hombres y parecían demonios, furias desencadenadas. Bajaron igualmente los jueces del campo, entraron en medio del círculo, mandaron tocar los clarines y proclamar á los italianos vencedores : quisieron éstos retirarse entonces; pero nada : sus enemigos, á quienes la rabia, el dolor, las heridas habían embriagado hasta el punto de no oir ni entender cosa alguna, seguían, cual el tigre que se halla oprimido y enroscado por una serpiente, batallando como podían con sus adversarios.

Finalmente, viendo Diego García que no había otro me-

dio, lanzándose sobre Sacet de Jacet que asido á Brancaleone pretendía quitarle la maza de las manos, mientras el otro iba á descargársela en la cabeza con riesgo de dejarle muerto, lo aferró con sus maravillosas fuerzas y á pesar suyo lo sacó fuera de la pelea. Imitando este ejemplo otros espectadores, en un momento rodearon á los combatientes; y aunque recogieron algún golpe, después de mucho trabajar y tirar y empujar y rasgarse la ropa, consiguieron quitar de medio á aquellos cinco ó seis hombres casi hechos pedazos, que todavía echaban espumarajo de rabia, y los llevaron debajo de las encinas con los demás prisioneros.

El primer cuidado de Fieramosca, apenas concluído el combate, fué saltar de su caballo y correr hacia donde yacía inmóvil Grajano de Asti.

Cuando Brancaleone le hubo dado el golpe fatal, no pudo el generoso corazón de Héctor resistir el primer movimiento de alegría; pero al instante quedó sofocado por una idea noble y virtuosa. Acercóse á él, apartó la gente que había al rededor y se arrodilló á su lado. Aun corría sangre de la ancha herida, si bien en poca cantidad y agrumada : levantó su cabeza muy despacio y con tal cuidado, que cualquiera diría que trataba de salvar á su más querido amigo, y por último logró quitarle el yelmo.

Pero la maza después de romper el cráneo, había entrado tres dedos en el cerebro : el caballero estaba muerto. Lanzando Héctor un suspiro que salió de lo íntimo de su alma, dejó otra vez en el suelo la cabeza del cadáver y poniéndose en pie, dijo á sus compañeros, que también se acercaron á Grajano, y más directamente á Brancaleone :

— Esa arma (y señalaba la maza que su amigo tenía en la mano y que aun goteaba sangre) esa arma ha hecho hoy

una gran justicia. Pero ¿cómo gozar de tal victoria si la sangre que empapa esta tierra es sangre italiana? ¿no pudiera este infeliz haberla derramado en honor suyo y nuestro contra el común enemigo? Entonces sería venerada y gloriosa la tumba de Grajano, y su memoria recordaría un ejemplo que imitar. ¡Ahora yace ahí infame y pesará sobre sus cenizas la maldición de los traidores á su patria!...

Dichas estas palabras se volvieron todos silenciosos y pensativos adonde estaban sus caballos. Por la tarde fué llevado el cadáver á Barletta: cuando se trató de darle sepultura en lugar sagrado, no lo consintió el pueblo, indignado de su fea conducta. Lleváronlo los sepultureros al crucero de un torrente á dos millas de la ciudad, cabaron un hoyo y lo enterraron. Desde entonces aquel sitio se llamó *el paso del traidor*.

Antes de montar á caballo para salir del campo, volvióse Colonna á Bayardo y le preguntó si quería pagar el rescate de los suyos. Nada respondió el guerrero, que tuvo que sufrir esta humillación en cambio de la baladronada de La Motte; por lo cual decretaron los jueces que los prisioneros siguieran á sus vencedores á Barletta. Echaron á andar á pie, mudos, aturdidos, rodeados de inmensa turba: detrás venían los italianos á caballo, marchando al son de los instrumentos y entre mil aclamaciones de: ¡viva Italia! ¡viva Colonna!

Llegaron á la fortaleza y entraron en el salón los trece campeones presentando los doce prisioneros á Gonzalo que los esperaba en medio de sus oficiales. Después de alabar mucho á los vencedores, se volvió hacia los franceses y les dijo:

— Nunca se dirá que soy capaz de escarnecer la mala

ventura de unos hombres valerosos : varia es la suerte de las armas, y el que hoy se mira vencido, puede ser mañana vencedor. No os aconsejaré que de hoy más respetéis el valor italiano; porque después de esta jornada mis palabras serían superfluas. Os diré, sí, que aprendáis á respetar el valor y el ardimiento do quiera que se encuentre, recordando que Dios lo ha distribuído entre los hombres, sin darlo como un privilegio á vuestra nación, y que el valor verdadero anda siempre acompañado de la modestia, al paso que la loca presunción le quita todo el mérito.

Dicho esto los despidió : salieron todos juntos de la sala; y así concluyó aquella jornada gloriosa.

CONCLUSIÓN.

Todos aquellos que cuentan ó escriben una historia (seamos francos) nutren en su interior alguna esperanza de que podrá deleitar ó de que habrá quien la escuche ó la lea hasta el fin : también yo he tenido guardada en un rinconcito de mi corazón esta esperanza, que, semejante á la llama de una vela expuesta al viento, crecía algunas veces y menguaba tanto otras que parecía iba á apagarse ; pero el amor propio ha sabido manejarla de manera que no se ha apagado hasta ahora.

Si este ingenioso adulador no me ha engañado, si realmente ha habido un lector dotado de tal paciencia que me haya acompañado hasta esta página, me lisonjeo de que gustará saber algo más acerca de Fieramosca, y de muy buena gana le diré lo que me ha sido posible averiguar.

Así que Gonzalo hubo despedido á los vencedores y á los prisioneros, fueron éstos hospedados y bién servidos en casa de Colonna, donde durmieron aquella noche : á la mañana siguiente vino el dinero del rescate, quedaron libres y se volvieron á su campamento acompañados de muchos hasta fuera de la puerta con las honoríficas demostraciones que su esforzada defensa merecía.

Pero Fieramosca, apenas salió de la presencia del Gran Capitán, no paró ya mientes en ellos. Érale lícito al cabo pensar en sí mismo y en Ginebra : escurrióse disimuladamente de entre sus compañeros que se retiraban con una turba de amigos, y que embriagados con la alegría de la victoria no podían entonces tener otras ideas, ni reparar en su ausencia. Vió en uno de los miradores que daban al patio á Victoria Colonna, que después de presenciar la escena de la presentación de los trece guerreros ante Gonzalo, se dirigía á su aposento é iba á entrar en él ; echó á correr el mancebo, y llamándola por su nombre, la hizo volver la cara y detenerse. Victoria, que sabía ya parte de las aventuras de Fieramosca, adivinó lo que iba á preguntar.

— ¡Oh Dios! ¿qué le responderé? dijo entre sí ; pero no tuvo tiempo para reflexionar, pues ya estaba Héctor á su lado. Traía la armadura llena de polvo y algo abollada de los golpes recibidos; en el yelmo sólo había una pluma rota, la visera alzada dejaba ver su hermoso rostro, algo afilado por el cansancio, mojado de sudor y radiante al mismo tiempo de alegría y gloria, al paso que revelaba el ansia de ver á la joven á quien, muerto Grajano, podía ya llamar suya.

Como el corazón del hombre se inclina á temer ó á esperar, según las circunstancias en que se halla ; el desaliento ó mejor diré la desesperación que había sentido en la noche y en la mañana anteriores á la batalla al pensar en las aventuras de Ginebra, ahora, con el sacudimiento físico y moral que en él produjo el largo combate y el inefable júbilo de haber vencido, se había trocado en la confiada esperanza de encontrarla sana y salva.

— ¡Señora! dijo con la frecuente respiración que procede

del violento latir del pecho : Dios os premie y os bendiga : lo sé todo... que la habéis recibido en vuestra casa... que la habéis consolado... ¡pobrecita!... Llevadme adonde esté, ¡vamos por amor del cielo!

Cada palabra del joven era una puñalada para el corazón de Victoria que no tuvo ánimo para darle la dolorosa noticia : gracias que le fué posible aparentar en su rostro un asomo de sonrisa y decirle :

— Ginebra está otra vez en Santa Úrsula. (Y era verdad; pues una hora antes de que volvieran los italianos del campo se la habían llevado al monasterio, acompañándola el padre Mariano, para enterrarla por la noche.)

— ¡En Santa Úrsula! ¿cómo? tan pronto? ¿luego no ha estado mala? ¿luego se siente bien?

— Sí : está bien.

Abrió los brazos Fieramosca (tan grande era su gozo) como para abrazar á Ginebra; pero, en vez de hacerlo, hincó una rodilla, le tomó la mano y estampó en ella besos de gratitud que decían más que mil palabras.

En seguida se levantó como fuera de sí, y sin decir más iba á salir para correr á Santa Úrsula : se detuvo de repente mirándose el pecho y volvió atrás.

— Mirad, señora, dijo sonriéndose con la misma agitación : ¿veis esta banda azul? pues ella me la regaló... hoy una cuchillada la ha hecho dos pedazos. (Y desató el nudo con que unió las dos puntas para no perderla.) — Mucho atrevimiento es el mío, lo conozco; pero, ¿tendríais la bondad de componerla un poco para que Ginebra no eche de ver que la han cortado? La pobrecilla lo tendría á mal agüero y diría talvez: ¿no supiste defenderla con tu escudo?

Victoria se dirigió de buena gana á su habitación para

buscar lo que era preciso al efecto, aprovechando así una ocasión para apartarse un momento del joven y ocultarle el sentimiento que le causaba su engañosa confianza. Volvió á poco más serena; se puso á coser la banda, y, como tenía baja la cabeza, no pudo Héctor notar su conmoción.

— Apenas se conoce de qué color es, decía el mancebo... ha corrido mucha tierra... ha sido la compañera de mis males ¡y ahora lo será de mis dichas! ¡Si supierais cuántos años hace que no se aparta de mí!... la he salvado en muchas batallas... ¡y hoy! cabalmente cuando todos mis pesares se truecan en alegrías... ¡írmela á romper de ese modo! ¿Qué diría de esto el que creyera en agüeros?

Victoria seguía cosiendo sin responder palabra. Combatida por la idea de que era preciso darle á entender la verdad y por la invencible repugnancia que sentía en causarle tan acerbo dolor, creyó conciliarlo todo enviando á buscar á Brancaleone, así que Héctor se hubiese separado de ella, y advertirle que socorriese á su amigo en aquel trance terrible.

— Os doy millones de gracias, dijo Fieramosca así que Victoria hubo acabado de coser: y tomando la escalera, llegó al patio en un instante. Sólo había quedado allí su escudero Masuccio que tenía por la brida el caballo cubierto de espumarajo: el pobre animal estaba con la cabeza baja y los ojos apagados.

— ¡Á la cuadra! ¡á la cuadra! gritó Héctor al pasar junto á él... ¿dónde has aprendido á tener quieto al aire un caballo que está sudando?... y salió del patio, dirigiéndose al puerto para ir á Santa Úrsula: por mar era más corto el viaje.

Al llegar adonde solían estar los bateles, no halló ni

uno siquiera. Las naves que traían los refuerzos de España habían anclado ya, y queriendo Gonzalo que las tropas saltasen en tierra antes de la noche, había mandado tomar todas las barcas para este servicio.

Héctor manifestó su impaciencia golpeando el suelo con el pie, y luego dijo : — Iré á caballo : hay que andar más; pero ¡cómo ha de ser! — Llegó á la cuadra : Masuccio se disponía á quitar la brida al caballo. — ¡Déjasela! dijo Fieramosca. La cogió de sus manos, se la echó al cuello, montó de un brinco, y á los pocos minutos estaba fuera de la ciudad y en el camino que á lo largo de la playa guía al monasterio.

— ¡Pobre Airón! decía acariciándole el cuello con la mano mientras apresuraba con el talón el cansado trote del corcel que hallaba muy duro el salir de la cuadra después de tanta fatiga ; razón tienes, pero sufre otro poco con paciencia, que luego te dejaré á tus anchas.

En tanto se iba acercando la noche : el sol se había puesto media hora hacía : Fieramosca que caminaba hacia el oriente, tenía á sus espaldas el cielo limpio y sereno, y en frente lo veía ocupado por largos nubarrones negros que terminaban por la parte inferior en una raya paralela al horizonte. Veíanse bajar de ella á plomo sobre la línea del mar muchas fajas de lluvia : las cimas de aquella masa de nubes que subían hasta la mitad del cielo, heridas aún por la luz del crepúsculo, se pintaban de una tinta blanquecina. En lo más oscuro relumbraban continuamente los relámpagos y se percibía el rumor bronco y lejano de los truenos. Iba engrosándose el mar y amenazaba borrasca.

El melancólico aspecto del tiempo no podía en aquel instante turbar la felicidad del joven italiano. Medía con im-

pacientes ojos el trecho de camino que le separaba de Santa Úrsula. Imaginaba el placer que le causaría la aparición de Ginebra: veíala salir á recibirle: adivinaba el gracioso y ligero movimiento de su andar y sus miradas dulces y honestas. Creía ser el primero en comunicarle la nueva de su victoria, y andaba discurriendo de qué manera le daría á entender que ya podía disponer libremente de su mano.

Á dos tiros de arcabuz de la torre, el viento de levante que le daba de cara anunciaba ya próximo el huracán: gruesas gotas caían de través, que chocando en la coraza se deshacían en otras muy menudas: el estallido de un trueno abrió en el cielo una catarata, y empezó á caer el agua á mares, lavando de pies á cabeza á Fieramosca, que se hallaba á poca distancia de la torre. La puerta estaba aún abierta; pasó con velocidad y se halló al momento en la isla y en la hospedería. Ató el caballo á una reja debajo de un cobertizo, y en cuatro brincos llegó al cuarto de Ginebra. Inútil será decir que lo encontró vacío. Bajó volando y pensó buscarla en la iglesia, adonde iba ella á rezar en una de las tribunas altas: apenas hubo entrado advirtió que no había nadie; sin embargo, oía una salmodia oscura y apagada como si sonara debajo de tierra. Echó á andar y reparó que del agujero que había á los pies del altar mayor salía un rayo de luz que pintaba en la bóveda un círculo de pálido resplandor: cuando estuvo cerca, oyó que estaban rezando en el subterráneo. Dió vuelta al altar mayor y bajó. El ruido de las armas, de las espuelas y de la contera de la espada que iba chocando en los escalones, hizo volver la cara á las personas que había en la capilla: abrieron paso: á los pies yacía el ataúd que por la mañana había visto en la sacristía de Santo Domingo; en frente, junto al

altar, estaba el padre Mariano con roquete y estola de difuntos y levantaba el hisopo en la mano derecha; en medio, una sepultura abierta; más acá, dos hombres que sostenían la lápida; al otro lado Zoraida de rodillas, encorvada sobre el cuerpo de Ginebra que ya estaba dentro del sepulcro, y sollozando arreglaba el velo al rededor del rostro y le ponía en la cabeza una corona de rosas blancas.

Llegó Héctor abajo, miró, quedóse inmóvil, no dijo una palabra, no hizo un gesto, no movió los párpados. Pero su cara se fué afilando poco á poco, se puso pálido como la muerte, temblaron convulsos sus labios y corrieron de su frente gruesas gotas de sudor frío.

Sollozó Zoraida con más fuerza, y el padre Mariano con voz débil que mostraba lo que padecía su corazón á la vista del joven desgraciado, pudo decirle:

— Ayer voló al cielo: Dios la hace ahora más dichosa que lo hubiera sido entre nosotros.....

Pero también el llanto ahogó la voz del buen fraile y le hizo callar.

La losa, impulsada con las palas de hierro sobre el hueco de la tumba, halló el encaje, cayó y la cerró.

Héctor permanecía inmóvil. Acercóse á él el religioso, le tomó la mano, le abrazó y le hizo dar media vuelta para que saliera de allí: Héctor obedeció. Subieron la grada, salieron de la iglesia: aun duraban los relámpagos y el chaparrón. Cuando estuvieron cerca de la hospedería, se desprendió Fieramosca de los brazos del fraile, y antes que éste pudiese proferir una palabra ya estaba encorvado sobre la silla del caballo, clavándole en los híjares las espuelas: retumbaba el galope bajo el arco de la torre.

Ni los amigos de Fieramosca, ni otro hombre de aque-

lla edad volvió á verle desde entonces ni vivo ni muerto.

Varias conjeturas se hicieron acerca de su fin; pero todas vanas é inciertas. Una sola ofrece algo de verosimilitud, y es la siguiènte:

Algunos pobres montañeses del Gárgano que estaban haciendo carbón contaron á otros villanos que una noche de gran temporal se les había aparecido en la cima de ciertas rocas inaccesibles, que había sobre un despeñadero cercano al mar, la extraña visión de un caballero armado y á caballo: primero unos pocos, luego muchos, y al cabo todos dijeron y aseguraron que era el arcángel san Miguel.

Pero cuando el padre Mariano lo supo y comprobó las fechas, creyó que podría haber sido Fieramosca, que, fuera de sí, llevado por el caballo á aquellos precipicios, hubiese caído en alguno de ellos ó talvez en el mar.

En 1616, habiendo quédado en séco cierto peñascal al pie del monte Gárgano, vió un pescador entre dos roscas un montón de pedazos de hierro casi enteramente consumidos por el ácido marino y halló en medio algunos huesos humanos y el esqueleto de un caballo.

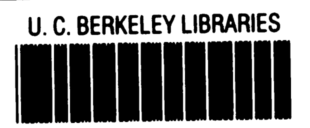
El lector juzgará de esto lo que mejor le parezca; pues se ha concluído la historia.

FIN.

ÍNDICE.

París. — Impr. PAUL DUPONT.




U. C. BERKELEY LIBRARIES
C046660730

